

Javier
Menéndez
Flores

Joaquín Sabina

Perdonen
la tristeza

Edición revisada y actualizada

LIBROS CÚPULA



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Una imperdonable tristeza (prólogo a la presente edición)

En su descargo (prólogo a la edición de 2000)

Nota del autor (para la edición de 2000)

Besar al mensajero, por Joaquín Sabina

Cap. 0. Ha venido al mundo un niño sin dios

Cap. 1. Inventario. El exilio, la dicha, los retratos

Cap. 2. Malas compañías. Pongamos que hablo...

Cap. 3. Ruleta rusa. Pisando el acelerador

Cap. 4. Juez y parte. Entre la cirrosis y la sobredosis

Cap. 5. Joaquín Sabina y Viceversa. Ocupen...

Cap. 6. Hotel, dulce hotel. Devuélvanme mi fracaso

Cap. 7. El hombre del traje gris. ¿Quién me ha...

Cap. 8. Mentiras piadosas. El diario no hablaba de mí

Cap. 9. Física y química. Mejor tiempo en Le Mans

Cap. 10. Esta boca es mía. No dejes que te impidan...

Cap. 11. Yo, mí, me, contigo. Y me envenenan los...

Cap. 12. Enemigos íntimos. Eh, viejo, jugate el pellejo

Cap. 12+1. 19 días y 500 noches. Ahora que todos...

Cap. 14. Dímelo en la calle. Olvidé la lección a la...

Cap. 15. Alivio de luto. Con nada que ocultar, con...

Cap. 16. Vinagre y rosas. Con sesenta qué importa...

Cap. 17. Lo niego todo. Ni he quemado mis naves...

Sabinismos y sabinadas (cien perlas para la posteridad)

Pongamos que hablo de Joaquín (el cantante visto...

Ese Joaquín es el que aún me sigue sorprendiendo

Todavía es de noche

Joaquín es de verdad

El vino del diablo
Noches de tormenta
El Dylan de los que no sabemos inglés
A uno al que le mudó la voz
Los amores perdidos
Pongamos que hablo de un amigo
Una sola hecatombe
Joaquín Sabina
La música, experiencia compartida
El atleta de la medianoche
Canciones sin autopsia
De mujeres, de amigos y de gafas
Sabina y Anibas
Todavía no habéis visto nada
Sabina contra el imperio del crimen...
Cronología esencial
Láminas
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Esta edición, ampliada y puesta al día, supone el retrato biográfico más completo del artista andaluz. El autor, el único periodista que ha escrito un libro sobre Sabina con el propio Sabina, el que más veces lo ha entrevistado y quien mejor conoce las claves de su cancionero, ha revisado el texto original y analizado los aspectos más relevantes de su trabajo a partir del irrepetible 19 días y 500 noches (discos de estudio, recopilatorios y en directo; giras propias y compartidas; colaboraciones con otros músicos; libros). En total, más de un tercio de este volumen es inédito.

JOAQUÍN SABINA
PERDONEN LA TRISTEZA

Javier Menéndez Flores

LIBROS CÚPULA

*A Margarita, Javier y Rodrigo:
gracias por la alegría.*

*Marisa, Joaquín: ¿os acordáis?
(Perdón por la tristeza.)*

*Fue domingo en las claras orejas de mi burro,
de mi burro peruano en el Perú (perdonen la tristeza).*

CÉSAR VALLEJO, *Poemas humanos*

*A mis cuarenta y diez
cuarenta y nueve dicen que aparento.
Más antes que después
he de enfrentarme al delicado momento
de empezar a pensar en recogerme,
de sentar la cabeza,
de resignarme a dictar testamento
(perdón por la tristeza).*

JOAQUÍN SABINA, «A mis cuarenta y diez»

«Su temperamento era el de todo hombre de talento,
y consistía en una mezcla de misantropía, sensibilidad
y entusiasmo.»

EDGAR ALLAN POE, *La caja oblonga*

UNA IMPERDONABLE TRISTEZA

Conservo aquel recuerdo intacto, como si fuera de ayer mismo. Plaza de Tirso de Molina, 1987. Era un mes frío, a primera hora de la tarde. La plaza se veía desierta y yo avanzaba por ella igual que un pez extraviado (ese no era mi territorio). De pronto, lo vi. Iba solo, caminaba hacia mí y nos miramos. Sé muy bien lo que pensó: «A ver qué me dice este». Él no sabe lo que yo pensé, ni siquiera tiene noticia de aquello, pero se lo digo ahora: «Anda, el gilipollas este». Continuamos mirándonos a los ojos hasta que casi nos tocamos, no dije esta boca es mía —ni siquiera hice una leve inclinación con la cabeza— y cada uno prosiguió su camino.

Esa fue la primera vez que vi a Joaquín Sabina en persona. ¿Cómo iba a imaginar entonces, cuando sabía, por supuesto, quién era pero aún no me sentía atraído en lo más mínimo por su discurso musical, que con los años iba a escribir tanto sobre él —tres libros, una veintena de entrevistas, artículos, reseñas de discos, conferencias—, más que ninguna otra persona?

Le conocí justo una década después y puedo afirmar que Joaquín es muchas cosas, pero entre ellas no figura la de gilipollas de ninguna de las maneras.

Aquel «gilipollas» que se dibujó en mi mente se habría formado de igual modo si, en vez de con Sabina, me hubiese cruzado con cualquier otro rostro popular. Es lo que tiene la fama, que distorsiona, caricaturiza. Hablamos precisamente de eso, entre otros muchos temas, para un libro de conversaciones que hicimos. Pero ese no es el libro que toca ahora, sino este; al que tanto quiero por tantos motivos y del que hay algunas cosas que nunca he contado.

Nunca he contado que lo rechazaron en una importante editorial sin leer una sola página, y que luego, cuando empezó a sumar ediciones, la editora responsable de esa negativa se disculpaba mil veces y se lamentaba de aquella errónea decisión cada vez que se encontraba con quien ofició de intermediario, el periodista Jesús Maraña.

Nunca he contado que cuando me reuní con la editora Carmen Fernández de Blas por mediación de un íntimo amigo periodista y poeta, Ángel Antonio Herrera, y ella me preguntó cómo iba de avanzado el libro, porque le interesaba editarlo cuanto antes, le dije que mucho, pero lo cierto es que no había escrito una sola línea y que ni siquiera tenía muy claro por dónde debía empezar. Cuando Carmen me dijo que me lo contrataba me hizo inmensamente feliz, y me consta que yo también a ella, aunque pensé de inmediato que en menudo embolado me había metido. Entonces entendí que lo que debía hacer era, ni más ni menos, lo que había hecho siempre que tenía que escribir algo: ponerme manos a la obra y la cosa iría tomando cuerpo.

Tras hacer acopio del archivo personal de Sabina, que me cedió —es lógico pensar que porque me hice merecedor de su confianza y no, como alguno cree, por mi bonita cara y mis largas piernas—, y desbrozarlo de principio a fin para descartar lo superfluo y agarrarme a lo fundamental, una labor tan ardua como la de escribir un libro, solo que infinitamente más tediosa, comencé a picar y culminé la obra en tres enfebrecidos meses, como un largo esprint. En esos tres meses no dejé de cumplir con mis obligaciones periodísticas —firmaba dos páginas semanales para la *Guía del Ocio* y entrevistas y reportajes para *Interviú*—, pero el resto del tiempo se lo dediqué, íntegro, a ese libro —este—, como un aplicado y gris y penoso opositor. En esos tres meses, que me parecieron tres años, fui un hombre a un teclado pegado y no me permití ni una sola fiesta. Mañanas y noches en la trinchera, como un soldado. El caso es que la editora lo recibió en el tiempo pactado, lo leyó en un par de días y me llamó: «Enhorabuena, Javier. Me encanta».

Nunca he contado que cuando no se habían cumplido veinticuatro horas desde que se lo hice llegar a Joaquín, me llamó por teléfono —qué tiempos aquellos, Sabina hablando por teléfono, y encima desde el fijo— para decirme que le había gustado mucho, que estaba a mis pies y que, si me apetecía que

habláramos para ahondar en algún punto o añadir cualquier cosa, su casa era la mía. Le tomé la palabra, claro, y ese mismo día me reuní con él en ese piso cuyos balcones dan a la plaza en la que lo vi por vez primera —«Anda, el gilipollas este»—, cuando desconocía que la caprichosa vida nos acabaría juntando.

Nunca he contado que aquella fue una noche mágica, que me marché casi al alba, como otras muchas veces en los años sucesivos, pero que no terminó como *Pretty Woman*: tras una agria discusión relacionada con la futura presentación del libro, pues uno de los ponentes que propuse no era de su agrado —aunque con el tiempo se hicieron amigos—, mi anfitrión acabó escupiendo fuego y yo opté por largarme de su casa silenciosamente, muy digno. Su voz enfurecida, como de ogro de cuento, resonaba a mis espaldas mientras bajaba las escaleras que conducían a la calle entre estupefacto y exultante: llevaba el botín conmigo; un texto que me había escrito para que lo incluyera en el libro y que equivalía a su bendición oficial, algo por lo que los editores son capaces de matar.

Nunca he contado que a la tarde siguiente me llamó su secretaria, María Ignacia Magariños, para decirme que Joaquín se sentía muy mal por cómo había acabado la noche anterior y quería que fuese a verle esa noche a Barcelona, donde actuaba. Y fui. En tres horas y media escasas me planté allí —imaginen cómo le pisé—, y en un Palau Sant Jordi en el que no cabía una sola persona más me dedicó «Calle melancolía». Después me fui a cenar con él y toda su *troupe*: Jimena, Isabel Oliart, familiares de esta, amigos varios, y acabamos en la *suite* de Joaquín con él cantando, eufórico tras el concierto, y Pancho Varona a la guitarra. Y nos dieron... Se pueden imaginar. Vimos al sol desperezarse y abrir los ojos en «riguroso directo».

Desde entonces hasta hoy, las felicitaciones por este libro, la primera biografía sobre Sabina cuando ya era una estrella, han sido numerosas. La gente, en la calle, en los bares, en fiestas, en presentaciones de libros, me decía que se había enterado de muchos aspectos de la vida de su ídolo gracias a sus páginas, y me lo agradecía y, aún hoy, lo sigue haciendo (y no solo de viva voz: las cartas recibidas han sido muchas). Yo, lo dije entonces y lo

mantengo, me limité a escribir el libro que quería leer y no estaba en las tiendas. No es petulancia, es un hecho: si ese libro hubiera existido me lo habría comprado, pero tuve que ser yo quien lo acometiera.

En una entrevista que el ya fallecido Joaquín Luqui le hizo a Sabina cuando promocionaba el doble disco en directo *Sabina y Cía. Nos sobran los motivos*, el entusiasta periodista le preguntó por esa biografía que le habían escrito y de la que tanto se hablaba —esta— y él dijo: «A mí se me había olvidado mi vida y Javier Menéndez Flores me la ha recordado. He leído el libro con placer». Aquella frase, el eslogan perfecto, se utilizó, con su consentimiento, en una faja promocional del libro, coincidiendo con su vigésima edición. Para mí, esas son las cosas que cuentan: las que sucedieron en tiempo real y no los «Diegos» del futuro, tan deformados por el aluvión cruel de los días y la infrecuencia de los encuentros.

Debo decir que este libro también me ha reportado *enemigos*. Periodistas, algunos de ellos insensatamente obsesionados conmigo, que desconocen aquello de «perro no come perro» y que nunca me han perdonado aquel éxito. Yo, tan joven, y sin estar en la nómina de un gran diario, en su mundo cerradísimo, era para ellos una suerte de intruso, un advenedizo, y se apresuraron a recordármelo. Por no hablar ya de los ataques recibidos por parte de quienes deberían haber agradecido que mis pasos hayan sido la linterna de los suyos, puesto que cuando me propuse escribir sobre Sabina en aquel territorio apenas estaban hechas la canalización del agua y el tendido eléctrico, y, en vez de echarme a dormir, me remangué la camisa, rematé las infraestructuras y levanté el edificio: con más de mil quinientas páginas escritas sobre él, he abordado su figura y obra desde todos los ángulos posibles, y eso no es discutible. De cualquier forma, a todos esos desvaríos he contestado siempre de la misma manera: trabajando más y publicando nuevos libros, que es un silencio muy cabrón, por estridente, y lo que debe hacerse en estos casos según la sabia sentencia de Umbral. Haciendo obra, en fin. La vida es demasiado corta como para perder el tiempo con esos «enemiguitos» de los que hablaba Miguel Hernández, que ni aun queriendo consiguen que se me mueva un pelo del flequillo (otra cosa que les jode, por cierto, lo del flequillo).

Y ahora, diecisiete años después de que ese libro viera la luz, el sello Cúpula ha querido reeditararlo y a mí me ha parecido estupendo —gracias, Jordi Galli—, pero no tal cual, el mismo libro, sino actualizado. Es decir, ampliado hasta el presente con el análisis de los trabajos —discos y libros— que Sabina ha creado en este tiempo, lo que significa que un tercio del volumen es inédito.

He aprovechado la ocasión para realizar diversas correcciones formales, que no de fondo; también he aumentado las perlas del apartado «Sabinismos y sabinadas» hasta completar la centena y he puesto al día la cronología esencial, además de incluir algunos textos nuevos en el capítulo «Pongamos que hablo de Joaquín», que cuenta de ese modo con más firmas (benditos sean). Y en cuanto a las fotos, todas ellas son nuevas y lleva un cuadernillo extra, tres en total, algo muy poco corriente en este tipo de libros. Pues Cúpula, qué grandes, ha decidido tirar la casa por la ventana.

Por lo demás, el libro mantiene inalterada su estructura —cada capítulo nuevo a partir del título de cada nuevo disco— y conserva su aroma, con sus aciertos y sus carencias. No podía, ni debía, modificar eso, pues así fue concebido y así es como debe permanecer.

En las casi dos décadas transcurridas desde la publicación de este libro, que coincidió con la feliz etapa de *19 días y 500 noches*, Sabina ha lanzado cuatro discos de estudio, dos en directo, tres con Serrat —dos en directo y uno de creación—, distintos recopilatorios, varios libros, ha sostenido colaboraciones literarias en prensa, grabado canciones con diversos colegas y culminado unas cuantas giras. Sin embargo, no son pocos los periodistas y seguidores que sentencian que desde que alumbró aquel disco tocado por los dioses se le ha parado el reloj. Que lleva desde entonces pecando de autocomplacencia. Que se ha dormido en la mullida cama del halago y no ha vuelto a despertar del todo. A pesar de que Sony, la discográfica que ha editado su último trabajo hasta la fecha, *Lo niego todo*, haya intentado convencernos, por medio de un despliegue promocional y publicitario a la altura de una estrella de *rock* anglosajona, de que es una de sus obras capitales. Bien. No seré yo quien les enmiende la plana a tantos, pero tampoco quien se sume al coro de los apóstatas. Prefiero pensar que lo que ha sucedido es que la pasión musical, tan viva en él durante años a pesar de sus profundas

raíces poéticas, ha ido periclitando y cediéndole sitio a la literaria. Un desamor y un reenamoramiento, vaya. Él, ya saben, iba para escritor, y aunque Dylan se cruzó en su camino, lo atravesó como un rayo y desvió su rumbo, por la herida de la letra, de la mejor letra, es por donde sigue sangrando, y lo que te rondaré, rubia.

Y aunque el nervio y la inspiración no se hayan desvanecido, tal y como corroboran algunas de las composiciones posteriores a *19 días...* —«Peces de ciudad», «La canción más hermosa del mundo», «69 punto G», «Lágrimas de plástico azul», «Yo también sé jugarme la boca», «Arenas movedizas», «Resumiendo», «Seis tequilas», «Quien más, quien menos», «Canción de primavera»—, que inciden obsesivamente en la idea de que la vida es un pacto costosísimo entre la fiebre y despertarse, algo que, sin duda, comparto, sí que es verdad, Joaquín, que faltan brazadas largas, carreras de mayor distancia, un poco más de entusiasmo (creativo) y no solo fogonazos bellísimos, como estrellas fugaces, en mitad de la noche cerrada.

En el ámbito musical, Sabina ha conocido como nadie en este país, con la sola excepción de Raphael, Julio Iglesias y Alejandro Sanz, la caricia del éxito; la luz potentísima que cae como maná sobre quien ha logrado dar vida a un sueño impensado, por excesivo. Pero también conoce, superlativamente, la cruz de ese sueño: las pesadillas que provoca el llegar tan alto y las sombras que reinan cuando los focos se apagan, los aplausos se extinguen y en la alta madrugada el guerrero, exhausto y solo, comprende que no es ningún dios, que no es más que un hombre. Sumada a la tristeza de la infancia, indeleble, esa es la espina que atraviesa su tráquea siempre, aun en plena carcajada.

Joaquín, no obstante, se toma con mucha coña esa tristeza, que no por ello es menos triste, pues las procesiones, ya se sabe, se llevan bien dentro (y ahí, como el carnívoro cuchillo de Miguel Hernández, perseveran Úbeda, Jerónimo, Adela, Granada, Pablo del Águila, Londres, Lucía, Krahe, Manolo Tena, Ángel González, García Márquez, Pepe Hierro, Juan Gelman... Y los años, qué hijos de puta, que corren como Usain Bolt perseguido por un toro).

¿Perdón por la tristeza? Nunca, jamás, se la perdonaremos.

Porque ¿qué sería entonces de nuestra alegría emocionada?

Javier Menéndez Flores

Madrid, julio de 2017

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2000

EN SU DESCARGO

Antes de entrar en materia de autopsia, y por aquello de sentar el precedente de la honestidad profesional desde el comienzo de estas páginas, debo confesar que me inicié en Joaquín Sabina algo tarde. Me explico.

Cumplidos los veinticinco, la idea que yo tenía del protagonista de este libro era la de alguien al que, a pesar de estar dotado de una innegable habilidad para las melodías y los versos pegadizos, le gustaba frecuentar en exceso los dominios del ripio, y que lo mismo atacaba con un recurrente e ingrato «Pongamos que hablo de Madrid» a la ciudad que lo recibió con las piernas abiertas y en la cual residía por voluntad propia, que animaba al fácilón personal de un concierto de verano a batir palmas al ritmo de una oportunista canción como «Pisa el acelerador» (mujeres al poder). Eso, cuando no le daba por arremeter, con fondo de chunda-chunda, contra un pobre individuo de nombre Juan que, al sentirse enjaulado en su impuesta piel de hombre, tras cada puesta de sol decidía llevar una segunda vida más cercana a la de un personaje de *Con faldas y a lo loco* que a la de un modélico padre de familia y, previo paso por el tocador, se transformaba en «Juana la Loca».

Mis días transcurrían, en fin, del todo ajenos a las evoluciones y tropiezos de Sabina —disfrutaba de infalibles glorias como los Stones, Dylan, Neil Young, Tom Waits, U2 y Tom Petty— cuando una tarde de verano de 1994 la radio del coche, en mitad de un atasco homicida, me hizo un regalo precioso e inesperado: «*Más vale que no tengas que elegir / entre el olvido y la memoria, / entre la nieve y el sudor. / Será mejor que aprendas a vivir / sobre la línea divisoria / que va del tedio a la pasión. [...] La guerra que se*

acerca estallará / mañana lunes por la tarde / y tú en el cine sin saber / quién es el malo, mientras la ciudad / se llena de árboles que arden / y el cielo aprende a envejecer...».

Esos versos produjeron en mí una conmoción instantánea y, a partir de ese momento, la visión que tenía de Sabina cambió por completo. De pronto, me vi interesándome —también es cierto que al principio con bastante cautela— por el trabajo de alguien que, como ya he dicho, no había conseguido atraer mi atención.

Lo primero que hice fue agenciarme el disco *Esta boca es mía*, en el que se recoge la canción ya referida, y tras escucharlo hasta aprenderme sus textos de memoria me adentré en el pretérito pero por momentos novedoso *Hotel, dulce hotel* («Cuando gritos de alarma suenan por la ciudad, / cuando los sabios dicen “no hay solución”, / ella pretende que hagamos el amor / en una cama de cristal / a orillas del mar...»: «Besos de Judas»), para pasar acto seguido a bucear a pulmón libre en las agitadas y hermosas aguas de *Física y química* («Y si quieres también, / puedo ser tu estación y tu tren, / tu mal y tu bien, / tu pan y tu vino, / tu pecado, tu dios, tu asesino...»: «A la orilla de la chimenea») y volver de nuevo al pasado con el cronístico y feroz *Juez y parte* («Tú que sembraste en todas / las islas de la moda / las flores de tu gracia, / ¿cómo no ibas a verte / envuelta en una muerte / con asalto a farmacia?...»: «Princesa»). Y, poco a poco, sin ser en principio consciente de ello, me fui convirtiendo, lenta pero inexorablemente, al sabinismo.

Y aquí me tienen. Haciendo tareas propias del taxidermista con un personaje —pues eso es Sabina por encima de todo— al que durante años desprecié.

Sirvan, pues, estas palabras para justificar al artista, a Joaquín, cuya única culpa de que este libro se haya materializado tan solo puede serle atribuida por el irreprochable hecho de existir: él estaba en el mundo, lo observaba, sufría, disfrutaba y escribía de él, y yo, presa fortuita de su discurso, caí hechizado por el modo en que lo hacía.

Porque más que el Sabina cantante, músico, lo que me sedujo sobremanera fue su condición de escritor. Un escritor que, al igual que Quevedo —y no se me rasguen las vestiduras los puristas, ya que el símil no es tan descabellado y será el tiempo quien, como siempre, se encargará de

confirmarlo—, relata en verso, y con muy buena letra, historias que previamente ha vivido o le han contado o ha leído en el papel hiperrealista y cruel de los diarios. Y es esa dualidad la que lo convierte, por encima de cualesquiera otras virtudes, en sólida carne de biografía.

En sus hallazgos literarios, en sus metáforas frías, en su inédita manera de edificar universos líricos a base de juntar locuciones adverbiales y frases hechas y rehechas reside, qué duda cabe, un niño que se ha resistido cuanto le ha sido posible a hacerse mayor. Toda una ironía, puesto que era ser adulto, y no otra cosa, lo que siempre ansió, desde bien pequeño. Cuando los placeres —y los horrores— de la edad madura quedaban tan lejos como Plutón.

Es la mirada de Sabina la del perfecto antihéroe. La del muchacho que, a falta de poseer la belleza de Alain Delon cuando era Alain Delon y la nobleza de cuna de un Borgia, se lanzó desde muy temprano a la aventura de vivir con el rostro de la ocurrencia y la disensión. Tan ávido de soledad como de malas compañías, esas que él ama casi tanto como la buena literatura.

Por eso ahora, cuando a sus «cuarenta y diez» —en el momento en el que este libro esté en la calle, en sus curiosas manos, ya serán «cuarenta y once»— es aupado al selecto olimpo de los triunfadores, incluso por aquellos que antes le denostaban —yo mismo—, se debe de estar partiendo de risa en su atalaya de desencanto y pensará: ¿yo una estrella de *rock*? Vamos, anda.

Que no dejen de pasar los trenes del ayer aun con su hiriente carga de honda nostalgia. Que no cesen de venir las redentoras mujeres del futuro que ya se han ido, que siempre se van.

Y que nunca desaparezcan de la faz de la Tierra los caballeros solitarios de alegre y sentimental figura que, incluso en estos tiempos, recorren a lomos de imaginarios caballos de cartón calles que rezuman melancolía con la vana intención de hallar ese improbable lugar en donde únicamente habita el olvido.

Esos héroes posindustriales crecidos en la penumbra de las ya extintas salas de cine de sesión continua que, como Sabina, se siguen envenenando a diario con los besos que dan, con los cuentos que cuentan.

Perdonen la tristeza.

J. M. F.
Madrid, junio de 2000

PARALAEDICIÓN DE 2000

NOTA DEL AUTOR

He estructurado los capítulos de este libro a partir de los discos publicados por Joaquín Sabina hasta la fecha. *La Mandrágora* no lo he incluido como capítulo independiente, si bien lo cito y analizo cuando el momento histórico así lo requiere. La razón es que no se trata de un trabajo propio, sino de la grabación de una de las golfas sesiones acaecidas en el ya extinto *pub* La Mandrágora, en Madrid, que ejecutó en compañía de Javier Krahe y Alberto Pérez.

Por el contrario, el doble disco en directo *Joaquín Sabina y Viceversa*, a pesar de no ser tampoco un trabajo de creación, sí merece figurar como capítulo unitario debido a la enorme trascendencia que tuvo en su día, ya que constituyó un revulsivo fundamental en su carrera.

Lo mismo sucede con *Enemigos íntimos*, grabado en Argentina al cincuenta por ciento con el músico Fito Páez, puesto que su participación en ese disco —a pesar de que él no quedase especialmente satisfecho con el resultado— fue decisiva: si bien es un trabajo con un sonido muy Páez, sus letras son del mismo modo puro Sabina. Y en el caso de alguna pieza en concreto, como «Lázaro» o «Yo me bajo en Atocha», el mejor Sabina.

Debo señalar por último que cada uno de los restantes capítulos, salvo el 0 («Ha venido al mundo un niño sin dios»), que abarca el período de tiempo que va desde el nacimiento del artista (1949) hasta su regreso a España tras su estancia de siete años en Londres (1977), lleva por título el del disco que fue editado en las distintas épocas que sirven como materia de estudio biográfico, seguido, según el caso, del título de una canción en él contenida o del fragmento de una de ellas.

J. M. F.
Madrid, junio de 2000

BESAR AL MENSAJERO

por Joaquín Sabina

*Este Flash-book a plumilla
que Javi Menéndez Flowers
da a la imprenta,
ni me cuenta las ladillas
ni bucea en los desagües
ni me inventa.*

*Ni me toca los cojones
ni barniza la verdad
ni chismorrea,
a pesar (usted perdone)
de que le tocó bailar
con la más fea.*

*Con biógrafos a medida
llenan los cortes ingleses
sus estantes:
¿tu fallo? Contar mi vida.
¡Qué buen ensayo si oviese
buen cantante!*

*Mirándose en los tus ojos
de tinta de chipirón
de Malasaña,
hasta los piratas cojos
le quitan al corazón
sus telarañas.*

*Quién iba a decirme a mí,
tan profano en semifusas
y academias,
que al hermano de Caín*

*le inspiraban más las musas
con anemia.*

*En tu pluma, mis baladas,
parecen mucho mejores
que las mías;
ojalá queden lectores
todavía.*

HA VENIDO AL MUNDO UN NIÑO SIN DIOS

*Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.*

CÉSAR VALLEJO, *Espergesia (Los heraldos negros)*

El 12 de febrero de 1949, Adela Sabina del Campo, de profesión, sus labores, esposa del inspector de policía Jerónimo Martínez Gallego, dio a luz en Úbeda, Jaén, al segundo de sus hijos, varón también, quien fue bautizado como Joaquín Ramón Martínez Sabina.

Aquel niño vino al mundo en un año en el que España empezaba a salir de uno de los períodos de mayor necesidad y carestía de toda su historia. En el intervalo de tiempo transcurrido desde el fin de la Guerra Civil Española (1939) hasta los estertores de los cuarenta —la década de la autarquía, pura y dura posguerra—, la situación económica del país era realmente trágica, pues el hambre impuso su feroz tiranía en la mayoría de los hogares españoles. Para justificar tan lamentable tesitura, el Régimen alegó en su defensa diversas razones: el bloqueo económico impuesto por los países contrarios al franquismo, la nula posibilidad de vender los productos nacionales a los países amigos (cuyas economías habían quedado seriamente afectadas a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial), las numerosas pérdidas materiales causadas durante el conflicto bélico y la sequía, que malbarató las cosechas. Y aunque todas esas circunstancias contribuyeron, sin duda, a la

creación de tan desolador panorama, los verdaderos motivos fueron el fracaso de aquel modelo económico. El dirigismo y la centralización políticas supusieron un notable escollo a la iniciativa y no lograron acabar con el miserable racionamiento (en 1949 los salarios eran entre un veinticinco y un treinta y cinco por ciento más bajos que antes del estallido de la guerra). El elevado gasto público, que no remediaba las perentorias necesidades sociales, y una anticuada industria que estaba protegida en exceso y hacía del todo imposible la competencia, coadyuvieron al estancamiento de España.*

Joaquín Sabina no pasó necesidades ni gozó tampoco de una infancia acomodada, pues la profesión de su padre no daba para excesivos lujos, pero sí pudo recibir una educación rigurosa y completa y, a diferencia de tantísimos niños de aquella época, no tuvo que ponerse a trabajar para echar una mano en la economía del hogar. En una entrevista publicada en *Cambio 16* a principios de 1986, definió a su familia del siguiente modo: «Yo pertenezco a una de esas familias honestas, avaras y cristianas hasta la médula que no son ni chicha ni limoná, y que se quitan el dinero de la comida para que el hijo vaya a un colegio decente. Esa tristeza de la infancia la tengo metida en el alma y es un frío del que huyo desde siempre buscando calor».

Tras concluir sus estudios primarios, prosiguió el bachillerato en el Colegio Salesiano Santo Domingo Savio. Su libro escolar, plagado de sobresalientes y notables, nos habla de un estudiante excelente, casi me atrevería a decir que brillante, lo cual no le impedía subirse a las nubes bastante a menudo, pongamos que en plena clase de religión, para imaginarse a sí mismo como escritor de éxito. Un anhelo que siempre estuvo vivo en él, como declaró en una entrevista de 1983 para el *Heraldo de Aragón*: «Desde los diez o doce años yo quería, sobre todo, escribir. Fíjate que enfrente de nuestro colegio teníamos el colegio de niñas de las Carmelitas, de las que todos estábamos enamorados, claro, y cuando llegaba la Inmaculada había un concurso de poesía. Bueno, pues yo les hacía las poesías a todas ellas para que concursasen, ¡y todas diferentes! A una, un soneto; a otra, una copla de pie quebrado; a otra, una quintilla...».

Es a su padre a quien le debe la pasión por la literatura, ya que el policía se empleaba a fondo en sus ratos libres en la composición de sonetos y en la lectura de poetas como Jorge Manrique y Fray Luis de León. El incipiente vate

de apenas doce años recogió ese testigo y leyó a esos autores con devoción, y en los años sucesivos amplió su mapa literario con escritores de la importancia de Faulkner, James Joyce y Proust. Sabina lo señaló en una entrevista publicada en *Diario 16* en mayo de 1990: «Mi padre me dejó algo que es casi lo más importante que tengo: el amor a las palabras. A juntar palabras y contar historias. Él era uno de esos poetas de provincias que cuando se casaba una sobrina, le dedicaba un romance. Todavía tengo sus obras completas, mil tomos encuadernados por él, con cientos de poesías a cualquier cosa. Eso se lo agradezco muchísimo. Nos escribíamos los sobres de las cartas en sonetos, y en la mili era una vergüenza porque el cabo leía en voz alta los sobres delante de toda la compañía».

A los catorce años tuvo su primera experiencia musical activa, cuando formó, junto con otros tres compañeros de estudios, el grupo The Merry Youngs, que supuso su acercamiento al *rock* y, también, su primigenio contacto con el público. Interpretaban, castellanizados, éxitos de clásicos del *rock* americano —Elvis Presley, Chuck Berry, Little Richard...—, cuyas versiones les llegaban a través del grupo Los Llopis y del Dúo Dinámico, de quienes Joaquín era un gran fan. Aquello le brindó la oportunidad de acercarse a las chicas de su pueblo, a las que trataba de hurtarles, con no demasiada fortuna, algún tórpido beso adolescente.

Hasta que conoció a quien fue su primera novia, Chispa, la hija de un notario de Úbeda que le inspiró decenas de versos de amor. Aquella fue una relación bastante accidentada, ya que el padre de la muchacha se opuso desde un principio a ella. Años después, cuando Sabina ya era universitario, la familia de Chispa se trasladó a Granollers. Joaquín no claudicó y, en compañía de un fiel amigo, viajó hasta allí y se instaló junto a su casa en una tienda de campaña. Chispa se escapó con él y recalaron en el valle de Arán, en la provincia de Lleida, en donde vivieron unos días que permanecen indelebles en su memoria. Pero como los amores a distancia están condenados al fracaso, los pasos dados en direcciones opuestas los acabaron separando sin remedio.

Uno de los hechos a los que Joaquín se ha referido siempre como una suerte de mito fundacional fue el día en que aprobó cuarto y reválida, pues tal vez marcó el comienzo de su decisión de no formar parte de las vidas

organizadas y adscribirse a las huestes de inadaptados —aunque en su caso esa inadaptación sea en la actualidad del todo privilegiada— que sortean el día a día ajenos a horarios y ataduras laborales. Como era tradición en su familia cuando se superaba tan alto listón, su padre quiso recompensarle con un reloj de pulsera, pero él manifestó que prefería una guitarra y su deseo fue satisfecho. Su hermano mayor, en cambio, sí que había aceptado el reloj y, según Joaquín, ese pequeño detalle sería el que los empezó a distanciar: su hermano se convirtió, como su padre, en policía, y él en un cantante cantante. Dos mundos tan alejados entre sí como el cielo y el suelo.

Una vez finalizado el bachillerato, con diecisiete años, se trasladó a Granada para matricularse en la Facultad de Filosofía y Letras e iniciar los estudios de Filología Románica. Allí, fuera ya de las pacatas paredes de su pueblo, empezó a respirar una atmósfera de cierta libertad —teniendo en cuenta la represión de la época— y a establecer contacto con jóvenes que, al igual que él, tenían grandes inquietudes y un deseo ciego de cambiar el mundo. De la mano de Pablo del Águila, uno de sus grandes amigos y mentores en sus años universitarios, descubrió la poesía desgarrada, brutal y bellísima de César Vallejo y el lirismo triste de Pablo Neruda, dos autores —sobre todo el primero— que han viajado desde entonces con él en forma de sorda letanía, y cuya influencia se puede apreciar en una buena parte de su obra.

Aunque llegó a ingresar en la tuna, la abandonó casi antes de entrar, pues sus aspiraciones musicales y crapulosas no iban precisamente por esos fútiles derroteros.

Sabina asegura que en aquella época se levantaba, como otros muchos estudiantes, a las ocho de la mañana —algo que jamás ha vuelto a hacer— para comprar los diarios y seguir los pormenores de la vida parisina en el mayo del 68. Ese año, de gran convulsión política y social, fue detenido por su propio padre durante el estado de excepción.* En una entrevista realizada para el suplemento semanal del *Heraldo de Aragón*, en 1983, relató así aquel episodio: «Yo estuve detenido una vez y me detuvo mi padre. Fue en el estado de excepción del 68. En Granada empezaron a detener a gente y a mí me entró un poco de miedo, por lo que me fui a mi pueblo. Un día llamaron a la policía de Úbeda y ordenaron mi búsqueda. Mi padre me cogió, me metió en un coche y me llevó a Granada, donde me interrogaron. Luego me volví otra vez a mi

pueblo, donde estuve desterrado tres meses sin poder salir». Su progenitor, lejos de recriminarle aquel lance, fue en todo momento comprensivo con el díscolo hijo, cosa que no puede decirse del policía encargado de su interrogatorio, como el cantante manifestó en otra entrevista para el semanario *Cambio 16* en marzo de 1986: «Mi padre se portó con una maravillosa elegancia y no dijo ni pío durante todo el trayecto. El único que habló fue el policía que me interrogó, quien decía continuamente: “No te doy una hostia porque está tu padre en el pasillo, que si no...”».

En 1970 —el mismo año en el que los Beatles anunciaron su ruptura— comenzó a colaborar en la revista literaria *Poesía 70*, una publicación puesta en marcha por el poeta Juan de Loza que tuvo una importante incidencia entre los cantantes y jóvenes poetas que empezaron a agruparse alrededor del grupo denominado Manifiesto Canción del Sur. Su participación en ella lo hermanó con artistas que, pese a su juventud, ya tenían un nombrecito, como Carlos Cano y Luis Eduardo Aute. Sin embargo, aquella empresa no sobrevivió más allá de los seis primeros números: fue precisamente un dibujo erótico de Aute lo que provocó el cierre de su redacción.

Ese mismo año, Sabina, que como todo universitario de entonces poseía un espíritu idealista y un marcado sentimiento revolucionario, participó en un acto pseudoterrorista: en Granada, y en protesta por el Proceso de Burgos,* colocó en compañía de unos amigos un *cóctel molotov* en una sucursal del Banco de Bilbao. Si aquel contestatario estudiante hubiera siquiera imaginado que esa acción cambiaría drásticamente el curso de su vida, tal vez se lo hubiera pensado dos veces antes de llevarla a cabo. A unos días de ser llamado a filas para cumplir el servicio militar, y con la policía pisándole los talones —pues habían sido alertados acerca de la identidad de los responsables de la colocación del artefacto explosivo—, decidió *exiliarse* al Reino Unido cuando tan solo le faltaban unas asignaturas para concluir la carrera, sin sospechar que residiría allí por espacio de siete largos años.

En una entrevista realizada por el periodista Carlos Boyero para la revista *Rolling Stone*, en febrero de 2000, Sabina explicó así aquel suceso: «Yo tenía una novia inglesa, con la primera y más gloriosa minifalda que se vio jamás en Granada, que estaba haciendo una tesis. Aproveché un regreso suyo para largarme a Londres con ella y vivir allí siete años. [...] Habíamos

puesto un *cóctel molotov* en el Banco de Bilbao porque era el Proceso de Burgos. La policía lo sabía y, del *comando* que formábamos, algunos se escaquearon y a otros los trincaron y les cayeron meses de cárcel. Yo estaba escondido y me tocaba irme a los diez días a la mili, pero, tal y como estaba la situación, había que largarse». Joaquín aprovechó aquella entrevista para dedicarle unas palabras de agradecimiento a la persona que hizo posible su marcha a Londres: «Quiero hacer un homenaje a un personaje excepcional, Mariano Zugasti, al que jamás he vuelto a ver, que nunca me ha llamado para tomarnos un jumilla o recordar lo que hizo por mí. [...] Yo no tenía pasaporte, entre otras cosas, porque no tenía ninguna posibilidad de salir al extranjero. Para mí, Londres era como el espacio sideral. [...] Una noche conozco a este tipo durante ocho horas y el tío me da su pasaporte, sin conocerle, con el peligro que aquello implicaba, a cambio de nada. Solo tuve que cambiar la foto, aunque después, en Londres, me hice experto en ese tipo de falsificaciones. Cada vez que necesito creer en el género humano, pienso en el acto de Mariano Zugasti.* [...] Poco después me enteré, a través de los periódicos, de que un tal Mariano Zugasti había aparecido en Londres pidiendo refugio político. Lesley, que estaba bien relacionada, me consiguió asilo político y recuperé mi verdadera identidad en Inglaterra».

En efecto, una nota de la agencia Efe dirigida al *Diario de Jaén* el 16 de enero de 1971, confirmaba la presencia del español en suelo escocés. Con el encabezado «Acusado de prestar falsa declaración», la misiva decía lo siguiente:

«El español Joaquín Martínez Sabina, de 21 años, ha sido acusado esta noche oficialmente por la policía de Edimburgo de contravenir la Ley de Extranjeros de 1953 y prestar una falsa declaración con objeto de desorientar a la policía.

Tras un largo interrogatorio, Martínez Sabina ha sido puesto en libertad a condición de que permanezca en Edimburgo, en una dirección conocida por la policía, hasta que sea citado a juicio para responder de la acusación.

Su abogado, M. Frank Cannon, ha dicho que espera que esto sea dentro de algunas semanas. Martínez Sabina había pedido asilo político en Gran Bretaña, alegando que estaba bajo amenazas en España por sus actividades políticas, pero la policía no ha estimado veraces sus declaraciones».

Los diarios *Ideal* y *Ya* se hicieron a su vez eco de esa información. El primero tituló la noticia «Un separatista vasco de Jaén» y el segundo, «Propagandista del separatismo vasco».

Todo aquello formaba parte de una estudiada estrategia diseñada por sus abogados —amigos de su novia Lesley— con el fin de conseguirle a Joaquín asilo político en Inglaterra y, de ese modo, poder recuperar su identidad. Con ese propósito convocaron una rueda de prensa para poner a la opinión pública de su parte y a la que acudieron periodistas de distintos diarios escoceses que, tal y como habían previsto, recogieron y difundieron las perfectamente calculadas declaraciones del estudiante español.

El cebo surtió el efecto deseado: a los escasos veinte días de publicarse las mentadas reseñas, otra nota de Efe, remitida en esta ocasión al *Periódico de Jaén* con fecha de 4 de febrero de 1971 y el encabezado «Desertor español», aportaba los siguientes datos:

«El Ministerio británico del Interior ha concedido permiso de estancia en Gran Bretaña, por doce meses, al estudiante español Joaquín Martínez Sabina, de 21 años, que tenía que haberse incorporado al servicio militar en el pasado mes de enero y que, para no cumplirlo, salió de España y entró ilegalmente en este país a principios de año.

Martínez Sabina consiguió entrar en Gran Bretaña, con un visado falso, en la primera semana de enero y fue acusado por la policía ante los tribunales. Para evitar ser castigado, inventó, al parecer, una historia de persecución y, apoyado por el abogado escocés Frank Cannon, ha conseguido que le sea concedido permiso de estancia por un año».

En esta ocasión fue el diario *ABC* quien se encargó de recoger la noticia bajo el título «Permiso de estancia a desertor español».

Una vez obtenido el permiso de residencia, Joaquín convivió en Edimburgo con su novia Lesley durante algunos meses, en los que disfrutó tanto de la absoluta libertad que le confería el residir en un país extranjero con un régimen democrático, como de los juegos amatorios que practicaba —sin la necesidad de las burdas prevenciones y de los mil ocultamientos que les eran indispensables en Granada— con su fogosa *partenaire*. Pero, finalmente, las muchas diferencias culturales y las distintas pretensiones profesionales les precipitaron a la ruptura: ella quería que Joaquín sentara la cabeza y se hiciera

un hombre de provecho, que terminara la interrumpida carrera y se convirtiese, por caso, en profesor universitario, y él, en cambio, no se había visto en otra igual para dedicarse a su oficio favorito: vivir la vida en el sentido absoluto de la frase. Al término de unas vacaciones que pasaron en Londres, Joaquín tomó la repentina decisión de continuar en esa ciudad y no regresar con Lesley a Edimburgo. Nunca jamás volverían a verse.

En su nuevo destino, y dado que estaba tieso como la mojama, se vio en la necesidad de convertirse por un tiempo en *squatter* u okupa: habitó distintas casas abandonadas que, con resignación, instinto de supervivencia y no poca maña, llegó a transformar en su hogar, dulce hogar.

A raíz de una manifestación de españoles que tuvo lugar en las calles de Londres, y en la que se vio inmerso casi por casualidad, Sabina entró en contacto con algunos de los numerosos republicanos residentes en la capital británica y con otros estudiantes de su país que se hallaban en su misma situación. De ese modo fue como se implicó en el colectivo español afincado en Londres y frecuentó el Club Antonio Machado, de filiación comunista y fundado por los primeros republicanos llegados a suelo británico, donde colaboró en muchas de las actividades culturales que llevaron a cabo. Volvió a poner en funcionamiento el grupo de teatro Juan Panadero, el cual abandonó en Granada, y con el que representó controvertidas obras de autores como Bertolt Bretch (*La excepción y la regla*) y Miguel Hernández (*Pasión y muerte*), e incluso llegó a dirigir un cineclub en el que se proyectaban películas de Buñuel prohibidas en España y que eran consumidas con fruición por estudiantes españoles que viajaban a Londres por un fin de semana para empaparse de las ventajas culturales del mundo libre.

Entretanto, para subsistir tuvo que desarrollar los más dispares trabajos —camarero, hombre-anuncio, camillero en un hospital...—, hasta que, harto ya de vivir como un miserable y de realizar tareas innobles que no le enriquecían lo más mínimo, decidió probar fortuna cantando, acompañado de su guitarra, por los restaurantes y bares ubicados en las inmediaciones de Portobello Road, en cuya zona residió siempre mientras vivió en Londres.

Después de mucho bregar de un lado para otro y de dejarse las cuerdas vocales ante un público ávido de canciones típicas del folclore español y mexicano —perdió la cuenta de las veces que en aquellos años cantó «Cielito

lindo», «Viva España» y «Borriquito como tú»—, se convirtió, gracias a la mezcla infalible de talento y simpatía, en una pequeña estrella local dentro de un circuito de establecimientos de hostelería latinos. En uno de ellos, llamado Mexicano-Taverna, llegó a interpretar el «Happy birthday to you» para George Harrison, exguitarrista de los Beatles, quien celebró allí su fiesta de cumpleaños. El famosísimo músico, a pesar de que Sabina no era ni de lejos Marilyn Monroe, le obsequió con un billete de cinco libras que el andaluz ha guardado todos estos años como si se tratara de una reliquia familiar. Astros de la interpretación como Elizabeth Taylor y Richard Chamberlain (*Los tres mosqueteros, El pájaro espino...*) también se contaron entre su casual público.

A finales de 1973 debió de correr el rumor entre las altas instancias policiales españolas de que un tal Joaquín Sabina, que salió de España tres años antes bajo una identidad falsa, tenía pensado regresar a su país. En un télex remitido a la comisaría de Jaén por el jefe superior de la policía de fronteras, con fecha del 27 de diciembre, se alertaba a las autoridades jiennenses de lo siguiente:

«Tan pronto efectúe su entrada en España el cantante Joaquín Sabina, cuyos datos personales se ignoran, deberá ser detenido y puesto a disposición de esta dirección Gral., C. G. I. Social, a la que se dará cuenta en caso positivo por el medio más rápido, así como a esta de fronteras, haciendo constar su filiación completa. Comuníquese a puertos y aeropuertos.

También Málaga, Almería, etcétera...».

Como demuestran esas líneas, por España las cosas no estaban como para andarse con tonterías.* Por suerte para Joaquín, su padre pudo interceptar el peligroso télex y avisarle a tiempo, lo que le evitó cualquier tentación de volver a casa.

Lo cierto es que en el transcurso de su estancia en el Reino Unido, el compromiso político de Sabina fue en aumento. Algo del todo comprensible dado el entorno en el cual se desenvolvía. En un artículo publicado en el *Boletín de Información Española* en diciembre de 1974, se recogían estas líneas, escritas a raíz de uno de los muchos festivales organizados por los numerosos emigrantes que residían en la ciudad de Londres: «Para las canciones populares y de protesta apareció en el escenario un enorme mapa de

España rodeado y atado por tremendas cadenas, pero que se habían roto en Portugal... Txema cantó al País Vasco y a su gente. Joaquín Sabina y Carmen y Jesús pusieron música a los problemas de España y Sudamérica. Al final, los cuatro hicieron una canción en homenaje al pueblo chileno...».

De hecho, durante aquellos años Joaquín colaboró estrechamente con la Junta Democrática de Londres, organismo creado por el abogado y político Antonio García-Trevijano con el objeto de formar una coalición de fuerzas políticas, sindicales y sociales de oposición al régimen franquista, y que contó con simpatizantes de distintos países europeos. En el primer piso del restaurante Barcelona, donde actuaba para los clientes, se encargaba a la vez de disponer de todo lo necesario para instalar a intelectuales y opositores a la dictadura que se citaban allí para conspirar, como José Vidal-Beneyto o Raúl del Pozo. Además, Sabina conoció en aquellos días a exiliados políticos no solo de España, sino también de América Latina, con los que se solidarizó de inmediato, como me relató: «Estando yo allí llegaron muchas oleadas: los chilenos que venían huyendo de Pinochet; los argentinos que venían huyendo de López Rega...^{*} Todas esas oleadas las viví. Era un gueto. Es decir, yo me relacioné poco, por no decir casi nada, con ingleses».

En 1975, una nota publicada en la revista *Cambio 16* incluía su nombre como uno de los participantes en un festival de música: «El pasado 9 de agosto, dos semanas después del multitudinario mitin de Santiago Carrillo, y en el mismo local, se celebró un festival de canción popular con la participación de dos mil españoles. [...] La participación artística fue de gran calidad, corroborada constantemente por los aplausos del público. [...] Joaquín Sabina hizo vibrar al público con sus canciones comprometidas por la libertad. [...] La segunda parte del festival consistió en un recital del cantante más popular hoy en día en Cataluña, Lluís Llach, a quien el régimen franquista prohíbe cantar en su propio país. [...] Su voz y sus canciones impresionaron al público, siendo muchas de ellas coreadas por el mismo». En la sección de *Cartas* de la revista parisina *Iberia Cultura*, aparecía, bajo el título «Llach y otros más», la siguiente misiva, a propósito de la anterior recensión: «En el núm. 194 leemos una información sobre la actuación de Lluís Llach en Londres, que suponemos escrita por su corresponsal y asistente a la misma. Nosotros valoramos profundamente la actitud y la línea de *Cambio 16* [...].

Por eso, no nos parece justo que, en este caso, además de la mención de los problemas que Lluís Llach tiene en España, que reconocemos y repudiamos sinceramente, no se diga también que en el citado acto, ante unos mil quinientos españoles, emigrantes y veraneantes en Londres, cantaron además Joaquín Sabina (cuatro años de canción “forzada” en Inglaterra, dos montajes teatrales escritos y dirigidos para el grupo “Juan Panadero”, etc.) y Jorge Melgarejo (cantautor argentino afincado en España...)...». En esa carta se apreciaba que Joaquín ya era querido y valorado como intérprete, en un círculo muy concreto, fuera de España, cuando en su país, por razones obvias, no era ni siquiera conocido.

Por aquel entonces, Sabina ya había rehecho su vida sentimental junto a Sonia Tena, hermana del crítico musical Carlos Tena, con quien vivió un tórrido romance que acabó de la peor manera posible: ella lo dejó por un amigo común, algo que no sería la única vez que le ocurriera a lo largo de su dilatado periplo sentimental.

En abril de 1976, en Londres, publicó, costeado de su propio bolsillo, el poemario *Memoria del exilio*, el cual recogía un buen puñado de poemas cantables de corte fatalista que, dos años más tarde, constituyeron el grueso de su primer disco, *Inventario*. El libro fue editado por la editorial Nueva Voz, con una tirada de mil ejemplares que el propio Sabina se encargó de distribuir por el área de Portobello Road. Gracias a su don de gentes y a las muchas amistades trabadas en el más de medio lustro transcurrido en la capital británica, logró vender hasta el último ejemplar. En un prólogo incluido en él, Sabina justificaba aquel trabajo del siguiente modo:

«No me engaño sobre estos textos, fueron escritos para ser cantados. Me temo que leídos resulten desabridos como puchero de pobre; echan de menos la voz y la guitarra. El exilio y la impotencia son culpables de que se editen en forma de libro. García Márquez dijo una vez que escribía para que lo quisieran más sus amigos. Este libro es para mis amigos, los viejos y queridos de siempre, los que encontré ayer, los que aún no conozco. Creo en la canción como género impuro, efímero, de taberna, de suburbio; por eso amo el *blues*, los tangos, el flamenco. Mis canciones quieren ser crónicas cotidianas del exilio, del amor, de la angustia, de tanta sordidez acumulada que nos han hecho pasar por historia...».

Ese mismo año, la cadena de televisión BBC le encargó la banda sonora de la serie *The Last Crusade*, basada en una novela homónima sobre la guerra civil española. Lo cual viene a confirmar que de haberse decantado por la permanencia en suelo británico, es muy probable que no le hubiese faltado trabajo como compositor e intérprete. Algo que, tras sus duros comienzos y su condición de español, esto es, de extranjero, certifica su increíble adaptación al medio.

Por fin, en julio de 1976, Fernando Morán, a la sazón cónsul de la cancillería española en Londres, fue quien le proporcionó su primer pasaporte legal, con el que se dispuso, muerto ya el dictador y con un escenario político muy distinto al que existía cuando dejó España, a volver a la tierra de origen, tan añorada durante su largo exilio. Aunque esa vuelta no se produjo hasta unos meses después, estrenado ya 1977.

El tiempo pasado en Londres fue decisivo en la formación artística de Sabina, ya que le posibilitó el acceso a un tipo de cultura y modo de vida que jamás habría conocido en la España franquista. Ese caldo de cultivo hizo que, a su regreso, se distanciara musicalmente del resto de los cantautores, entre quienes siempre se sintió un extraño.

En una entrevista que le realicé para el semanario *Interviú*, en octubre de 1997, cuando le pregunté de qué modo habían influido en él los siete años transcurridos en Londres me contestó lo siguiente: «Me influyeron muchísimo. Primero, como paréntesis. Son unos años en los que no cumples años. Estás siempre pensando “se va a morir Franco y voy a volver”, y llevas una vida transitoria, en la que no echas raíces, no construyes casa ni acumulas dinero. Y si tienes novia, piensas que no es para siempre porque volverás. Lo cual es estupendo, porque te da una sensación de provisionalidad fantástica. Por otro lado, yo habría sido un cantante tan afrancesado como los de mi generación: aquí lo que oía era Atahualpa Yupanqui, Paco Ibáñez, Violeta Parra... Y en Londres empecé a escuchar a Dylan y a los Stones, lo cual creo que le dio a lo que compuse después un aire más roquerito, callejero, anglosajón. Una cosa más turbia, mezcla a la que nunca he renunciado».

En ese punto, la pregunta se hizo obligada: «¿Crees entonces que de no haber vivido la experiencia inglesa no habrías sido el artista que conocemos?». Su respuesta fue rotunda: «Yo soy quien soy por puro accidente.

Iba para profesor de Literatura en un instituto de provincias, a lo Machado. Y es bastante probable que hubiese escrito libros de poesía que no hubiera leído nadie. Mi proyecto no era ser Dylan, sino Antonio Muñoz Molina».

Henos aquí, por lo tanto, ante un cantante producto no ya de la convicción, sino del azar. Alguien que desde bien pronto se mostró remiso a navegar por las tranquilas aguas de la normalidad, el orden y la sensatez, y prefirió tentar a la suerte, faltar a la cita, dejar que siguiera sonando el despertador, gritar no.

Nacido en el seno de una familia de clase media en una época en la que estas eran una minoría, lo tuvo todo a su alcance para convertirse en un ciudadano más a lomos del tedio. Quizá ese profesor de instituto condenado a llevar una vida sin demasiados sobresaltos y al que le bastaría con contemplar las cornadas del arte desde la barrera.

Pero lo rechazó de pleno y se agarró con fuerza a la tristeza de la infancia que aseguraba tener metida en el alma, y a ese frío del que huía en pos de calor.

Tal vez por ello, en sus canciones se esconde un ser aterido a la búsqueda constante del amor, del beso, de la mano salvadora. Alguien que se mueve, por voluntad propia, entre una galería de personajes que vienen a simbolizar todo aquello que nos aterra —la soledad, el fracaso, la locura— y que trata de hallar en medio de ese paisaje desolador, de ese terreno estéril, una imposible flor que lo inunde de belleza y de luz, que lo aleje por siempre del dolor.

¿Es acaso un masoquista? ¿Un suicida?

No. Es, simplemente, un jugador.

Por eso renunció desde bien pronto a la seguridad de un empleo fijo, a la dudosa armonía de la familia convencional, a la hipoteca y al coche, al mismísimo Dios.

Flaco, ateo, escéptico, irónico, tímido, provocador, exultante, ciclotímico, calavera, tramposo, entrañable, realista y soñador, Sabina es el más notorio ejemplo nacional del hombre que se resiste a envejecer, del salvaje ilustrado que se niega en redondo a civilizarse.

Una suerte de Keith Richards a la española —aunque más cercano a la órbita literario-musical de Dylan o Cohen— que sacrificó, hace ya siglos, el calor del hogar en aras de la gélida atmósfera de los hoteles.

¿Un maldito? No lo creo.
Más bien un demonio fieramente humano.

CAPÍTULO 1

INVENTARIO. EL EXILIO, LA DICHA, LOS RETRATOS

*La embriaguez de entonces, la belleza serena
la voz naciente
el mundo que adviene
abrázame mientras tanto
que al fin me entere yo cómo sabe una piel que sorprende.*

VICENTE ALEIXANDRE, *Resaca (Espadas como labios)*

De regreso a España, el panorama no se presentaba nada halagüeño para el joven cantante con discurso que era Joaquín Sabina: estaba a punto de cumplir los veintiocho y aún debía realizar el ineludible servicio militar, postergado, por razones de exilio, durante siete años. En el sorteo le tocó Palma de Mallorca, es decir, la luna, lugar al que se dirigió, resignado —de haberle pillado unos años más tarde se habría declarado insumiso con toda seguridad—, y donde compaginó el cumplimiento del deber para con la patria con el trabajo como redactor en el *Última Hora*, un periódico local.

Para poder obtener el pase pernocta que le posibilitara colaborar en aquel diario no se le ocurrió mejor idea que casarse. No es que tuviera que ponerse a buscar, desesperadamente, a una candidata dispuesta a dar con él tan crucial paso, no. En sus últimos meses en Londres conoció a Lucía Inés Correa Martínez, una argentina que se estaba buscando la vida por tierras británicas y con la que enseguida se amancebó. Pues bien, acuciado por la necesidad —aunque es de suponer que tampoco estaría tan a disgusto con la chica— le

propuso matrimonio y ella dijo «sí, quiero». Joaquín me lo explicó así en una entrevista que le hice en 1997: «Lo más reseñable de mi servicio militar es que me casé por una causa noble: ir a dormir fuera del cuartel, que ya me parece una razón de peso. Traté de convencer a una chica y, al final, accedió: nos casamos por la iglesia, pues solo así podía salir del cuartel».

A la ceremonia de enlace, que tuvo lugar el 18 de febrero de 1977, acudió la familia de Joaquín al completo. La familia de ese hijo desnaturalizado que mientras estuvo en Londres no se dignó enviar ni una sola carta tranquilizadora a sus padres en la que les dijera, mediante cuatro escuetas líneas, que no se preocupasen por él; que tiraba para delante y que se encontraba a salvo. Ellos, en cambio, sí que hicieron todo lo posible por saber de su oveja negra, e incluso emprendieron la osada aventura de viajar a la capital inglesa para abrazarle (hay que tener en cuenta que no eran dos jóvenes trotamundos, sino un matrimonio ya entrado en años que nunca había salido al extranjero y para el que el Reino Unido debía de ser lo mismo que Marte). En aquel viaje le llevaron un obsequio que él jamás ha olvidado: un saquito de lentejas, su plato favorito, que su madre cocinó para él. Porque fue justamente un plato de lentejas el que se quedó sin tocar sobre la mesa de la casa familiar de Úbeda el día que Joaquín se marchó a Londres, y en aquel reencuentro saldaron cuentas con el pasado abriendo la boca —qué delicia— solo para comer.

Mientras agotaba, mes tras mes, la tediosa mili, cubrió todo tipo de información para el *Última Hora*, desde entrevistas con grupos musicales de las islas a noticias internacionales de diversa índole, como un periodista de batalla. He aquí el fragmento de un texto suyo sobre Bianca Jagger, exmujer del más célebre Mick de todos los tiempos:

«Cuando el reportero preguntó a Bianca, la exótica mujer de Mick Jagger, si a su marido le importaría que ella durmiera con otro hombre, esta contestó: “No lo sé; nunca le pregunto”, y añadió: “Mick es el hombre más solitario que he conocido nunca”. Quién lo diría contemplando esta foto de su esposa... Y es que ni siquiera para el diabólico cantante de los Rolling Stones, el más popular grupo de *rock* del mundo, se ha inventado aún el remedio para el tedio; el tedio dorado de los que lo tienen todo... hasta a Bianca».

En Palma de Mallorca recibió la visita de un empleado de Movieplay, la discográfica que estableció un primer contacto con él en Londres durante uno de los conciertos de Lluís Llach en el que actuó de telonero. Firmó con ellos un contrato y, desde entonces, contó los minutos de cada día a la espera de que llegase el momento de entrar en el estudio de grabación. Por fin, aquello que tanto había ansiado se concretó: iba a editar un disco.

De ese modo, y una vez licenciado —entrados ya en 1978—, renunció a la tentadora oferta del diario *Última Hora* de hacerle fijo y emprendió junto a su joven esposa el viaje hacia Madrid, ciudad de la que se enamoró en el acto y en la cual fijó su residencia sin imaginar —o quizá sí— que sería para siempre. Se instalaron en una pequeña buhardilla de la calle de Tabernillas, en el castizo y céntrico distrito de La Latina, una zona de la que ya nunca se ha movido.

El elepé *Inventario* se editó ese mismo año y la presentación se celebró en la sala Vihuela, un local ya desaparecido que estaba situado en la calle de O'Donnell, frente al parque del Retiro. El precio de la entrada fue de ciento cincuenta pesetas, menos de un euro.

Con arreglos —espantosos— de Agustín Serrano y producción de Gustavo Ramudo, *Inventario* sonaba a cantautor al uso: preponderancia de letras desencantadas y pesimistas —a pesar de las minas de ironía sembradas a lo largo de la grabación— que el autor cantó ayudado de una guitarra de palo como un Dylan/Brassens/Cohen a la española. Alguien cuya memoria había sido alimentada por una infancia y adolescencia transcurridas en un pueblo andaluz cercano a la Mancha con fama de albergar a gentes de armas tomar, y una juventud marcada, primero, por una etapa como estudiante universitario en un país gobernado por un régimen totalitarista, y, después, por un exilio forzoso, por motivos no del todo políticos, en Londres, en donde respiró los aires libérrimos de una sociedad que se hallaba a años luz de la española y en la que se forjó como músico ambulante y buscavidas profesional. Pues, por motivos de estricta supervivencia, hubo de hacer del cinismo una de las bellas artes.

Algunas de las letras de las diez canciones que aquel disco contenía ya habían sido dadas a conocer, en forma de poemas, en el libro *Memoria del exilio*, que Sabina autoeditó en Londres dos años antes.

En la cara A estaban las siguientes canciones: «Inventario»; «Tratado de impaciencia número 10», que más tarde pasó a llamarse «Tratado de impaciencia número 11» y como tal se incluyó en el doble disco en directo *Joaquín Sabina y Viceversa*; «Tango del quinielista»; «1968», un título que habla por sí solo, y «40 Orsett Terrace», más dylaniano imposible.

Las canciones seleccionadas para la cara B fueron: «Romance de la gentil dama y el rústico pastor»; «Donde dijeron digo decid Diego»; «Canción para las manos de un soldado», otro título marcadamente panfletario; «Palabras como cuerpos», donde se apreciaba la influencia del poemario de Vicente Aleixandre *Espadas como labios*, y «Mi vecino de arriba». Esta última, a pesar de ser la que ponía el punto final al disco, fue la encargada de abrir el primer sencillo y la que más sonó de todo el álbum. Su letra era una denuncia frontal hacia la «gente de orden» por la que Joaquín ha mostrado siempre un desprecio absoluto, y gustó a un público necesitado de bizarros capaces de darle un buen repaso a todo aquello que atufase a los aún demasiado cercanos años de dominación política. He aquí un largo fragmento:

*Mi vecino de arriba, don Fulano de Tal,
es un señor muy calvo, muy serio y muy formal,
que va a misa el domingo y fiestas de guardar,
que es una unidad de destino en lo universal,*

*que busca en esta vida respetabilidad,
que predica a sus hijos responsabilidad,
llama «libertinaje» a la libertad,
ha conseguido todo menos felicidad.*

*Mi vecino de arriba hizo la guerra y no
va a consentir que opine a quien no la ganó,
mi vecino es un recto caballero español
que siempre habla ex cátedra y siempre con razón.*

*Mi vecino de arriba es el lobo feroz,
que va el domingo al fútbol y ve televisión,
que engorda veinte kilos si le llaman «señor»,
que pinta en las paredes «rojos al paredón»...*

En clara contraposición a esta estaba «Inventario», la canción que daba título al disco, en la que Sabina hacía un amargo y prematuro repaso de todo lo vivido. En ella se encontraban, aunque en estado primitivo, algunos de los elementos de la tristeza sabiniana que en años posteriores desarrolló con maestría. Estaba dedicada a Sonia Tena, su amor londinense (años después escribió de ella para el cancionero *Con buena letra*: «Pecado de juventud. Exceso de solemnidad. Primera letanía»). Aquí van tres estrofas:

*Mi habitación con su cartel de toros,
el llanto en las esquinas del olvido,
la ceniza que queda, los despojos,
el hijo que jamás hemos tenido.*

*El tiempo del dolor, los agujeros,
el gato que maullaba en el tejado,
el pasado ladrando como un perro,
el exilio, la dicha, los retratos.*

*La lluvia, el desamparo, los discursos,
los papeles que nunca nos unieron,
la redención que busco entre tus muslos,
tu nombre en la cubierta del cuaderno...*

En «Tratado de impaciencia número 10» —más tarde «Tratado de impaciencia número 11» y, finalmente, «Tratado de impaciencia», a secas— residía, más que en cualquiera de los otros temas incluidos en el disco, el germen de su ulterior y característico estilo. Es, de hecho, la única canción de ese trabajo que, por su construcción cerrada —planteamiento, nudo y desenlace: la fórmula más usada por Sabina en la primera mitad de su discografía—, podría ser rescatada del mohoso baúl de los recuerdos e interpretada con toda dignidad en un concierto del presente 2000. Estaba dedicada a Blanca, otro anhelo amoroso de juventud:

*Aquella noche no llovió,
ni apareciste disculpándote,
diciendo, mientras te sentabas,
«perdóname si llego tarde».*

*No me abrumaste con preguntas,
ni yo traté de impresionarte
contando tontas aventuras,
falsas historias de viaje.*

*Ni deambulamos por el barrio
buscando algún tugurio abierto,
ni te besé cuando la luna
me sugirió que era el momento.*

*Tampoco fuimos a bailar,
ni tembló un pájaro en tu pecho
cuando mi boca fue pasando
de las palabras a los hechos.*

*Y no acabamos en la cama,
que es donde acaban estas cosas,
ardiendo juntos en la hoguera
de piel, sudor, saliva y sombra.*

*Así que no andes lamentando
lo que pudo pasar y no pasó:
aquella noche que fallaste,
tampoco fui a la cita yo.*

La ópera prima de Sabina estaba lastrada, pues, de innumerables tics propios de la canción protesta. No es de extrañar, ya que la mayoría de esas canciones fueron escritas en el último año que pasó en Londres; un momento en el que estaba imbuido de toda suerte de consignas izquierdistas. Y aunque Sabina asegurase que solo contenía una composición puramente política, lo cierto es que cinco de los ocho temas que la integraban —«1968», «Donde dijeron digo decid Diego», «Canción para las manos de un soldado», «Palabras como cuerpos» y «Mi vecino de arriba»— respiraban un inequívoco aroma reivindicativo o, al menos, de rechazo a los tiempos por fortuna superados.

Sin embargo, al poco de salir al mercado, Joaquín, al ver que se avecinaban imparables aires de renovación tanto en lo social como en lo musical, se despojó con acierto de la careta de cantante cariacontecido y llorón para adoptar una personalidad de cínico-irónico-escéptico-vividor que

afiló al máximo en los sucesivos años. Es decir, que exportó una sugerente imagen que, por extrema y audaz, consiguió enganchar a gente de lo más variada que vio en el sui géneris modo de hacer sabiniano una serie de atributos con los que se sentían del todo identificados. Una manera, en fin, de rebelarse, aunque solo fuera en sueños conscientes y a través de las historias de aquel poeta que negaba serlo, contra el lacerante «sí, señor». Contra el mil veces maldito despertador.

En una entrevista que realizó como reportero del diario *Última Hora* a un grupo musical de Ibiza, justo un año antes de que *Inventario* viera la luz, les preguntó: «¿No pensáis que la democracia, al acabar de algún modo con la ambigüedad recital-mitin, va a obligar a los cantantes “comprometidos” a replantearse todo su trabajo futuro si quieren sobrevivir?». Desde el otro lado, y en un alarde de clarividencia, Sabina había dado en el clavo. De hecho, en alguna canción del disco se apreciaba que era muy consciente del cambio que se avecinaba, como en esta estrofa de «1968»:

*Sobreviva, imbécil, es el rock o la muerte,
beba coca-cola, cante esta canción,
que la primavera va a durar muy poco,
que mañana es lunes y anoche llovió.*

Lo único cierto es que a finales de esa década, la de los setenta, los cantautores perdieron el favor y el interés del público. Durante los últimos diez años de dictadura franquista, sus versos cargados de veneno gozaron, sobre todo entre los jóvenes, de un gran predicamento popular. Pero tras la muerte de Franco la sociedad española asimiló rápidamente que los tiempos estaban cambiando y eso se trasladó, como es lógico, a la cultura en general y a la música en particular.

En 1978 la fiebre discotequera importada de Estados Unidos invadió nuestro país con una gran aceptación colectiva, y grupos como los Jackson 5, comandados por un jovencísimo Michael Jackson, o los Bee Gees, aquellos blondos hermanos cuyos falsetes podían hacerte añicos la cristalería de toda la casa, sonaban a todas horas y las copias de sus discos se vendían por cientos de miles. John Travolta arrasó con su *Fiebre del sábado noche*, en la que los citados Bee Gees firmaron las canciones más destacadas, y el

programa de televisión *Aplauso*, dirigido por José Luis Uribarri, alcanzó altas cotas de popularidad debido a su *modernísima* oferta musical: además de contar con el espacio «La juventud baila», que causó furor entre los jóvenes, ofrecía las actuaciones de apolíneos intérpretes extranjeros para el consumo exclusivo de adolescentes y posadolescentes. Así, cantantes como Leif Garrett, Shaun Cassidy o los daneses Mabel se convirtieron en lo más. Al darse cuenta del enorme tirón de aquellos guaperas de pegada directa y discurso intrascendente, una serie de avispados cazatalentos de distintos sellos discográficos lanzaron a un nutrido elenco de monadas nacionales que encontraron en aquel espacio televisivo una inmejorable lanzadera para sus efímeras pero muy rentables carreras. Iván, Pedro Marín, Los Pecos, Pedro Mari Sánchez y Miguel Bosé se convirtieron en ídolos para miles de jóvenes y, durante un par de años, arrasaron en las listas de éxitos, hasta que desaparecieron del mapa para no volver a saberse de ellos nunca. Tan solo Bosé —el más guapo, el más listo, el de mayor talento— logró sobrevivir a aquel almibarado movimiento, aunque para ello hubo de reconvertirse una y mil veces.

En lo tocante al *rock*, grupos como los suburbiales Burning o los abrileños Tequila —de cuya formación emergió años más tarde la impagable banda Los Rodríguez—, y solistas como el argentino Moris y el madrileño Ramoncín —rebautizado, a su pesar, y nunca sabremos si por sus seguidores o detractores, como El Rey del Pollo Frito a raíz de una canción de idéntico título que le dedicó a un productor discográfico—, empezaban a consolidarse y a hacerse con una abultada nómina de incondicionales.

La primera edición del concurso de *rock* Villa de Madrid, organizado por el Ayuntamiento de la capital y el cual contó con una elevada participación, lo ganó el grupo Paracelso, del que formaba parte El Gran Wyoming, y en segundo lugar quedaron los aún desconocidos Kaka de Luxe, quienes poco después triunfaron bajo el nombre de Alaska y los Pegamoides y, después, Alaska y Dinarama.

Nuestros más conspicuos cantautores trataban de no perder comba y alumbraron nuevos trabajos, aunque con desiguales resultados. Joan Manuel Serrat editó el álbum *1978*, que pasó desapercibido por nuestra cambiante geografía musical; Luis Eduardo Aute publicó el interesante *Albanta*, pero

como solía pasar con casi todos sus discos se trataba de una obra tan solo apta para paladares exquisitos —los cuales, claro, siempre son minoría—, y Víctor Manuel, que años atrás gozó de un enorme éxito, lanzó *Canto para todos*, un estrepitoso fracaso comercial. Sin embargo, los años venideros les depararon gratas sorpresas a los tres.

En una entrevista de Eduardo Jiménez Torres para el *Diario de Jaén* (29.12.1978), Sabina, al hablar de su primer disco, reveló algunos aspectos íntimos de su persona: «A los veintiún años me exilié a Londres, donde viví seis años y escribí la mayoría de las canciones que incluí en un disco. También publiqué un libro (lo del árbol y el hijo me lo estoy planteando seriamente). Hace dos años volví a España, hice la mili y me fui a vivir a Madrid. Tengo grabado mi primer elepé y espero que no sea el último. Me gusta escribir cartas, inventar historias, reír con los amigos alrededor de unas botellas de vino. [...] Me gusta perder la tarde en el puerto, viendo ir y venir los barcos como ballenas melancólicas. Me gusta sentarme en las estaciones, jugando a dejar que me conmueva la vieja ceremonia de las despedidas. Me gustan los cuartos de pensión, las radios estridentes y el olor de las sábanas después de la batalla. Me gusta la música tierna de los barrios suburbanos cuando, de madrugada, bajas por una turbia escalera y todo el local está empapado de esa voz cascada y hermosa, de ese saxo que se abre paso, gloriosamente, entre el sudor y el humo. Me gustaría que todas estas canciones tuvieran algo de todo eso».

Con el discurrir de los años, las apreciaciones de Sabina acerca de su primer álbum se volvieron marcadamente críticas. En una entrevista que le hizo Paco Espínola para el diario *Ideal* en febrero de 1985, afirmó que *Inventario* era «un asco [...]. Los textos no eran malos, pero los arreglos eran orquestales y falsos. Como yo no conocía el ambiente de la forma en que se hacía un disco, me dejé manipular y así salió lo que salió». De hecho, en alguna ocasión declaró que, cuando ya había grabado algunos discos y viajaba por las carreteras españolas para ofrecer conciertos, siempre que se detenía en una gasolinera compraba todas las cintas casete que hubiera de *Inventario* para que la gente no llegara a escuchar un disco del cual no quería ni oír hablar.

Ese 1978, Joaquín viajó de nuevo a Londres para participar como estrella invitada en una fiesta sindical organizada por Comisiones Obreras (CC. OO.). Allí fue entrevistado por el magacín *Geranio* e hizo unas suculentas declaraciones que apuntaban ya el talante provocador que exhibiría a partir de entonces en todas las entrevistas: «Empecé a componer en el último año que pasé en Londres, a raíz de una crisis muy fuerte con todo. Crisis con Inglaterra, con los amigos, con la mujer. Me encerré en mi habitación y decidí que no salía de ella sin una canción. Hice una canción muy mala, muy larga, muy autobiográfica... de esas canciones de adolescente en las que uno echa todo lo que lleva dentro. Así empezó todo. En un año compuse cincuenta y tres canciones [...]. Cuando me dicen que hago canción política me cabreo [...]. En las diez canciones de mi disco [*Inventario*] hay una política y el resto son canciones de amor, existenciales. [...] El compromiso lo adquiero solo y exclusivamente conmigo mismo. Creo que un cantante no puede ni debe ser una bandera de nada. [...] Yo soy un militante de la izquierda unida. Yo no soy de ningún partido. Yo quisiera ser de un partido que agrupara a toda la izquierda, que es una utopía. [...] En España, el cantante antes era utilizado por todos los partidos, siendo utilizado de mala manera para que cantara sus panfletos. [...] Yo a los mítines que voy pido mi precio, que es más barato que si canto en otra parte, pero yo voy a cualquier mitin. He cantado para la CNT, para la UGT, el PSP y el PC, y también en los locales del PSOE. Canto para quien me llama. No canto para Alianza Popular. [...] Estuve trabajando en el Centro Antonio Machado. Ya sé que todo el mundo dice que es el Centro comunista y, de algún modo, lo es, pero pretendía ser un centro más abierto. Mucha gente de la que vino a Inglaterra, en las condiciones que yo vine, trabajó allí, porque entonces era casi lo único que había, los demás eran de una mentalidad mucho más cerrada. Más adelante se abrieron el Centro Gallego, el Hogar Español, la Casa de España... llegando hasta aquí también los aires democráticos. Pero en aquel entonces era el único sitio donde había algunas inquietudes culturales [...]. Su principal defecto era el de ser un círculo muy cerrado, muy político. Jamás llegó al emigrante económico, sino que se quedó en los “progres”, en la gente joven politizada. [...] Yo estoy lleno de contradicciones [...]. Soy anarquista en mi casa y voto comunista. Tengo problemas con los comunistas y tengo problemas con los anarquistas. Con los anarquistas, porque me dicen

que soy comunista; y con los comunistas, porque dicen que soy anarquista. [...] Durante los seis años que he pasado en Inglaterra no he vivido siempre de la canción. He trabajado en restaurantes y fregando platos. He trabajado en un hospital donde había viejos esperando para morir. Tenía que meter los cadáveres en los frigoríficos para que después vinieran los familiares a recogerlos. Además, vivía en el hospital, en una habitación muy pequeña, de madera. La verdad es que no era nada agradable. [...] Tengo veintinueve años. Nacido en Úbeda (Jaén). Me fui a Granada con diecisiete años. Estudiante de Filosofía y Letras de los que nunca acaban la carrera. Cantante y vagabundo en Londres, y ahora, de vuelta a España, cantante y periodista. Escribo en *Carta de España*. Soy el que firma las entrevistas frívolas de la página frívola de *Carta de España*».

Efectivamente, por aquel entonces compaginaba las actuaciones para dar a conocer las canciones de su álbum *Inventario* en bares, colegios mayores, asociaciones de vecinos y mítines políticos con la colaboración en la revista *Carta de España Emigración*, en donde retomó su faceta de periodista estrenada en Mallorca y se hizo cargo de las entrevistas a personajes del mundo del espectáculo. Entre 1978 y 1979 entrevistó para esa publicación a actrices españolas que han caído en los oscuros dominios del olvido, como Isabel Mestres, Pilar Bayona Sarriá o Amparo Climent, y a otras que consiguieron hacerse un sitio en el agitado mundillo del séptimo arte patrio, como Verónica Forqué.

Pero Sabina abandonó definitivamente el periodismo para dedicarse en exclusiva a su profesión de cantante y compositor de canciones, y ya bien entrado 1979 se convirtió en un asiduo de las pequeñas salas de conciertos del foro. Actuó con bastante frecuencia en lugares como el ya extinto Koya, en la calle del Limón, muy cerca de la plaza de España; en el Song Parnass de la calle de la Primavera (en el multicultural Lavapiés), y en la ya citada sala Vihuela, frente al Retiro.

Durante ese tiempo ofreció no pocos recitales en compañía de la vocalista Teresa Cano y del guitarrista Jean Pierre Torlois, un avezado instrumentista que ya había puesto su arte al servicio de cantantes como Hilario Camacho, Luis Pastor y Pablo Guerrero.

Finalmente, acabó dando con sus festivaleros huesos en La Mandrágora, un pequeño local, ya desaparecido, situado en la Cava Baja madrileña que llegó a cambiar su vida. Hasta el punto de que, gracias a sus actuaciones allí —primero como solista, cuyo espectáculo se anunciaba con la coletilla de «canción poético-festiva-erótico-vecinal», y más tarde acompañado de los calaveras Javier Krahe y Alberto Pérez—, su carrera musical consiguió encauzarse.

Por entonces, ya nada quedaba en él del tímido universitario con utópicas pretensiones de cambiar el mundo, ni de aquel asustado español exiliado en Inglaterra que, para sobrevivir los primeros meses en un país cuyo idioma desconocía, se tuvo que encomendar en cuerpo y alma al alma y al cuerpo de la escocesa con la que compartía, a partes iguales, caricias y agarradas.

Sabina se incorporó con retraso, cumplidos los treinta —y tal vez fue eso lo que le salvó de la quema—, a un mundo plagado de falsas promesas, desalmados chupasangres y mil trampas tras cada esquina y contrato, y en el que, para salir incólume, necesitabas tener las ideas muy claras y la sangre muy fría.

Él tuvo ambas cosas. Quería triunfar a toda costa y se subió sin pensárselo un segundo a un avión a reacción que lo terminó llevando a la gloria y en el que solo había un problema: no disponía de paracaídas. Pero Joaquín no lo necesitaba. Tenía muy claro lo que quería y empezaba a entender el negocio musical lo suficientemente bien como para no dar pasos en falso.

Sin embargo, a pesar del vino y las rosas, del halago cada vez mayor del público y del progresivo reconocimiento de la profesión, nunca consiguió evitar adentrarse, con una frecuencia que casi podría considerarse insana, en las estragantes dependencias de la tristeza, de entre cuyas paredes supo extraer un agridulce néctar del que bebía con avidez y que lo llevó a crear algunas de las más amargas y bellas canciones que se han escrito jamás en España en las dos últimas décadas.

***MALAS COMPAÑÍAS. PONGAMOS QUE
HABLO DE MADRID***

*Creo beber vino de Bohemia
Amargo y triunfante,
Un líquido cielo que siembra
Mi alma de estrellas.*

CHARLES BAUDELAIRE, *La serpiente que
danza (Las flores del mal)*

La celeberrima Movida, movimiento contracultural que comenzó a fraguarse en las catacumbas de Madrid en plena Transición (1976-1978) y se extendió por todo el país a lo largo de la década de los ochenta, fue inventada por una heterogénea galería de personajes —músicos, cineastas, escritores, diseñadores de moda, pintores, fotógrafos— que con su audaz y desprejuiciada manera de entender el arte estimularon las conciencias, fuertemente represadas durante el larguísimo franquismo, y contribuyeron al desmelene nacional.

En el apartado de la música, que es lo que nos atañe, grupos como Radio Futura, Nacha Pop, Gabinete Caligari y Alaska y los Pegamoides, entre otros muchos, aportaron grandes dosis de creatividad y transgresión y, en muy poco tiempo, el mapa sonoro patrio se convirtió en un batiburrillo en el que toda suerte de estilos, influencias y personalidades convivieron en beatífica armonía. Eso sí, cada uno de ellos con sus respectivos públicos.

En un artículo publicado en *Diario 16* el 12 de febrero de 1982 — curiosamente el día en que Joaquín Sabina cumple años— y firmado por Carlos Tena, entonces comentarista musical de Televisión Española (TVE) y de Radio Nacional de España (RNE), este analizaba, bajo el título «Pekenikes y Pegamoides», la «ceremonia de la confusión» surgida a raíz del «lanzamiento masivo» de solistas y grupos de las más variadas tendencias como respuesta a la demanda generada por la creciente industria del disco: «Nuestra juventud se encuentra, repentinamente, con la eclosión del mercado del disco, el lanzamiento masivo de nombres, revistas, programas, artistas y no acierta a serenarse. Ha llegado la ceremonia de la confusión y conviven, en dudosa armonía, en un mismo espacio televisivo, Alaska, Classix Nouveaux y El Puma; Julio Iglesias y Dire Straits. Ante este panorama, acentuado por otras divisiones más insignificantes (los rockeros duros a lo Leño y Obús contra los *niñatos* a lo Secretos y Tótem), el personal no sabe qué carta jugar y la *merdé* se complica al oír en boca del personal las canciones de Brassens, traducidas por los Krahe, Sabinas y demás. ¿Se vuelve a los sesenta o más bien es que se extrae de aquello que en su día muy pocos adivinaron?».

Tres años antes de que ese artículo viera la luz, Sabina se ganaba la vida actuando aquí, allá y acullá, como un mercenario de la canción, en cualquier bar, tugurio o antro en donde precisaran de los servicios de alguien capaz de animar al personal. En aquella época ya no era tan importante el talento que uno tuviera como la desvergüenza que mostrara en público: si eras un caradura que te sabías cuatro acordes y entonabas, mal que bien, alguna melodía mínimamente inteligible, tenías asegurada una plaza fija en cualquier local de actuaciones con no demasiadas ínfulas. No era ese, desde luego, el caso del protagonista de este libro. O no, al menos, de forma exacta. Que el muchacho tenía talento era algo que cualquiera que le hubiese escuchado cantar podía atestiguar. Más que por su gran voz —él nunca ha sido Pavarotti, y maldita la falta que le ha hecho—, por la manera en que resolvía, con unas cuerdas vocales bastante limitadas, unas composiciones que resumaban calidad y distinción a partes iguales. Pero, además de eso, tenía morro, mucho. Con lo cual, sumando ambas cualidades, cumplía con creces los ya apuntados requisitos y podía mantenerse haciendo aquello que le gustaba, mientras el contrato millonario de la multinacional de turno estaba por llegar. Y aunque

todavía no se había hecho con un nombre, llevaba el tipo de vida carente de responsabilidades con el que siempre había soñado. Lejos de ataduras, horarios y compromisos que no fuese capaz de solventar a golpe de verso ácido y rotundo acorde.

Como ya apunté en el capítulo anterior, Sabina recaló por casualidad en La Mandrágora, un sótano frecuentado por la progresía de la época —esa a la que nada se le había perdido en templos selectos del estilo de Bocaccio, aquella discoteca que fue cuartel general de la *gauche divine*, la *izquierda divina* que proliferó en los setenta y que precedió, aunque en culta y exquisita, a la Movida—, pero no lo hizo solo. Unos meses atrás conoció en La Aurora, un bar cercano a la Gran Vía, a Javier Krahe, quien celebraba su cumpleaños de la manera más rocambolesca que uno pueda imaginar: se estrenó como cantante ante el público del reducido local con unas canciones que había escrito para su amigo Chicho Sánchez Ferlosio y que interpretó en su compañía sin que aquello estuviera en absoluto previsto. La velada alcanzó tintes épicos, pues en el clímax de la actuación se montó tal guirigay que la policía tuvo que intervenir y clausurar el chiringuito. Joaquín era uno de los espectadores-participantes y su amistad con Krahe, a quien admiraba y aún admira enormemente, y a quien trataba como su *mayor* —una suerte de tutor a la vejez viruelas que, de algún modo, fue quien cortó el bacalao en los años que anduvieron dando tumbos—, ha seguido hasta nuestros días (Javier es el padrino de la mayor de sus dos hijas, Carmela, pero de eso ya hablaré más adelante).

Pues bien, Sabina llegó a La Mandrágora —como Francisco Umbral al Café Gijón— acompañado de Javier Krahe. En un principio, ambos actuaban por separado y se incordiaban mutuamente en sus respectivos números. Pero pronto descubrieron que juntos funcionaban mejor y constituyeron una sociedad artística sin más contrato por medio que la pura amistad. Más tarde se les unió el histrión Alberto Pérez, de quien Krahe había echado mano para la grabación de *Valle de lágrimas*, su primer elepé.

Paralelamente a sus actuaciones en La Mandrágora, Joaquín Sabina, ya en 1980, grabó el que sería su segundo disco, *Malas compañías*, esta vez con la multinacional CBS.

El contacto con la nueva discográfica surgió de un modo totalmente accidental. Por aquel entonces, un muchacho con unos kilos de más apodado Pulgarcito formaba parte del círculo de amistades de Joaquín. Era uno de los muchos cantautores que clamaban su arte por las calles de la gran ciudad y deleitaba a los ajetreteados transeúntes con historias de corte urbano que hablaban de desamor o de los aspectos cotidianos de la vida en la jungla de cemento y humo que era, y es cada vez más, Madrid. La fortuna lo visitó cuando Diego A. Manrique y el antes citado Carlos Tena le invitaron a actuar en el programa de música que dirigían y presentaban en Televisión Española, *Popgrama*. Allí, Pulgarcito interpretó la canción «Qué demasiao», un retrato marginal compuesto por Sabina que relataba la infausta vida de El Jaro, delincuente juvenil que trajo de cabeza a la policía y que acabó muerto a tiros a manos del dueño de un coche que se disponía a robar. Aquel tema no pasó desapercibido. Cuando Pulgarcito volvió a su *oficina*, una privilegiada esquina de la calle de Preciados, Tomás Muñoz, a la sazón director de CBS, se presentó allí y se lo llevó, con la aplastante seguridad que otorga el poder, a su despacho del paseo de la Castellana. El anonadado juglar le confesó que la canción no era obra suya, sino de un amigo llamado Joaquín Sabina. Al poco, el ubetense recibió una llamada de la discográfica en la que le comunicaron que estaban interesados en verle. Dicho y hecho. De aquel encuentro salió un contrato de edición —Sabina escribiría canciones para otros artistas— y una cláusula, impuesta por él, en la que se especificaba que la compañía se comprometía a visitarle para verle interpretar sus propios temas. De esa forma fue como acudieron de la CBS a La Mandrágora, donde asistieron, estupefactos, a un espectáculo inusual: la gente se emocionaba y reía a carcajadas con las canciones y la ocurrencia del ejecutante, que aunaba en su repertorio equilibradas dosis de desencanto, cachondeo e ironía. Y advirtieron en él algo que se encuentra en pocos: la mirada de un fino observador de su entorno que es capaz de extraer, de entre la paja de la rutina diaria, la preciada aguja de la singularidad.

Y así fue como surgió *Malas compañías*, que, a pesar de ser su segundo trabajo discográfico, bien pudiera considerarse su verdadero estreno musical. Ya que en él se daban cita, por vez primera —tratadas con una madurez de la que carecían los esbozos de poema y canción que conformaron *Inventario*—,

algunas de las constantes sabinianas: la soledad, la pérdida de la inocencia, el retrato urbano con guiños chelis y barriobajeros, y el entusiasmo indisimulado por la mera existencia (a pesar de tener plena consciencia de que «*vivir es ir muriendo poco a poco*»), como rezaba uno de sus poemas posteriores).

Producido por José Luis de Carlos y con arreglos de Hilario Camacho, *Malas compañías* contiene diez canciones. En la cara A aparecen «Calle melancolía», hermosa pieza que aún hoy interpreta en sus conciertos; «Qué demasiao (una canción para El Jaro)», que fue escrita en colaboración con José Ramón Ripoll; «Carguen, apunten, fuego», nacida durante los áridos meses del servicio militar; «Gulliver» y «Círculos viciosos», esta última compuesta por Chicho Sánchez Ferlosio, quien llegó a demandar a CBS por atribuirse los derechos de autor.

En la cara B están «Pongamos que hablo de Madrid», uno de los grandes hitos matritenses y una canción, sin duda, para la historia; «Manual para héroes o canallas»; «Bruja»; «Mi amigo Satán» y «Pasándolo bien».

Las dos primeras canciones de la cara A, «Calle melancolía» y «Qué demasiao», y la que abre la B, «Pongamos que hablo de Madrid», certifican por sí solas, y con creces, la calidad del disco. Prueba de ello es que, al poco de ver la luz, adquirieron la categoría de clásicos.

En la opresiva y bella «Calle melancolía» su autor nos conduce, como un hábil imitador del flautista de Hamelín, al corazón de un caótico, desolador y asesino Madrid. Una visión con la que, aun siendo del todo personal, nos identificamos plena y dolorosamente:

*Las chimeneas vierten su vómito de humo
a un cielo cada vez más lejano y más alto,
por las paredes ocres se desparrama el zumo
de una fruta de sangre crecida en el asfalto.*

*Ya el campo estará verde, debe ser primavera,
cruza por mi mirada un tren interminable,
el barrio donde habito no es ninguna pradera,
desolado paisaje de antenas y de cables.*

En el estribillo, la resignación ante la imposibilidad de alcanzar la felicidad se deja caer casi con deleite. Con esa extraña tendencia a regodearse en la propia tristeza con la que Sabina nos obsequiará, con bastante frecuencia, en todos sus posteriores trabajos:

*Vivo en el número siete, calle melancolía,
quiero mudarme hace años al barrio de la alegría,
pero siempre que lo intento ha salido ya el tranvía,
en la escalera me siento a silbar mi melodía.*

Con «Qué demasiao», retrato verídico de un pandillero adolescente producto de nuestra delirante sociedad que acabaría muriendo, con el cuerpo acribillado a balazos, en el Piramidón —nombre por el cual se conoce al madrileño Hospital Ramón y Cajal—, Joaquín inauguraba una nueva vertiente de su personal universo literario, la de la radiografía marginal:

*Macarra de ceñido pantalón,
pandillero tatuado y suburbial,
hijo de la derrota y el alcohol,
sobrino del dolor,
primo hermano de la necesidad.*

*Tuviste por escuela una prisión,
por maestra una mesa de billar,
te lo montas de guapo y de matón,
de golfo y de ladrón
y de darle al canuto cantidad.*

[...]

*«¡Que no se mueva nadie!» has ordenao
y van ya quince atracos en un mes,
tu vieja apura el vino que has mercao
y nunca ha preguntao
«¿de dónde sale todo este parné?».*

[...]

*Una noche que andabas desarmao
la muerte en una esquina te esperó,*

*te pegaron seis tiros descaraos
y luego, desangrao,
te ingresaron en «el Piramidón».*

*Pero antes de palmarla se te oyó
decir «qué demasiao,
de esta me sacan en televisión».*

Y llegamos, por último, a «Pongamos que hablo de Madrid», un título que se convirtió al poco de su nacimiento en el eslogan más famoso de la capital del reino —por delante, incluso, de aquel «Madrid me mata» creado en el epicentro de la Movida—, ya que fue utilizado en infinidad de artículos periodísticos y en todo tipo de conversaciones como un comodín para aludir a la ciudad que en él se encierra (el ayuntamiento eligió esa canción como banda sonora del plan denominado *Recuperar Madrid*, que bombardeó las emisoras de FM del foro). El tema lo hizo famoso, antes que el propio Sabina, el ya fallecido Antonio Flores, en una versión roquera con la que alcanzó el primer puesto de la lista de *Los 40 Principales* de la Cadena SER, un seguro trampolín al estrellato. Todo parece indicar que su título pudo tener su origen en «Talkin' New York» (Hablando de Nueva York), de Bob Dylan, en la que el cantante y compositor estadounidense relata, con un tono sarcástico muy al estilo de su venerado maestro Woody Guthrie —larga cadena de influencias—, las experiencias negativas vividas en Nueva York en el transcurso del primer viaje que realizó a esa ciudad, en 1961. Hay que decir que Sabina dejó de cantarla definitivamente en 1996 (tuve ocasión de escuchársela por última vez en Las Ventas de Madrid, dentro de la gira *Contigo* que realizó en compañía de Los Rodríguez), completamente saturado de ella, y que para sustituirla compuso un año después, en 1997, la no menos hermosa y descriptiva «Yo me bajo en Atocha», que se incluyó en el álbum *Enemigos íntimos*, grabado con Fito Páez.

Me permito el capricho —necesario— de reproducir, íntegramente, esa crudelísima e hipnótica canción:

*Allá donde se cruzan los caminos,
donde el mar no se puede concebir,
donde regresa siempre el fugitivo ...*

Pongamos que hablo de Madrid.

*Donde el deseo viaja en ascensores
un agujero queda para mí,
que me dejo la vida en sus rincones...
Pongamos que hablo de Madrid.*

*Las niñas ya no quieren ser princesas
y a los niños les da por perseguir
el mar dentro de un vaso de ginebra...
Pongamos que hablo de Madrid.*

*Los pájaros visitan al psiquiatra,
las estrellas se olvidan de salir,
la muerte pasa en ambulancias blancas...
Pongamos que hablo de Madrid.*

*El sol es una estufa de butano,
la vida un metro a punto de partir,
hay una jeringuilla en el lavabo...
Pongamos que hablo de Madrid.*

*Cuando la muerte venga a visitarme
no me despiertes, déjame dormir,
aquí he vivido, aquí quiero quedarme...
Pongamos que hablo de Madrid.*

Inicialmente, la última estrofa de la canción era así:

*Cuando la muerte venga a visitarme
que me lleven al sur donde nací,
aquí no queda sitio para nadie...
Pongamos que hablo de Madrid.*

Sabina hizo de ese modo una inequívoca declaración de principios, pues con esa rectificación se autoproclamó ciudadano de Madrid, el lugar en el que se ha desarrollado como artista y en el cual reside desde que regresó de Palma de Mallorca tras servir a la patria.

La actriz Silvia Tortosa, que por aquellos días escribía una pequeña sección de sociedad en una revista española bajo el título «Ruidos y rumores», hablaba así de Sabina: «Es andaluz, de Jaén, tendrá alrededor de treinta años y se llama Joaquín Sabina. Hace tiempo, un tema suyo, “El vecino de arriba”, sonó bastante, y ahora, tras fichar con CBS, parece que su carrera va a estabilizarse definitivamente. “Calle melancolía”, que anda estos días por las emisoras, es la canción puntal de su lanzamiento. Pertenece a un álbum de temática centrada en los ambientes urbanos. Un álbum sorprendente, acertado y cargado de una ironía que a veces se endurece hasta llegar al sarcasmo, pero enormemente divertido, como el propio Joaquín, a quien escuché una vez en un *pub* de Málaga y reconozco que me desternillé de risa. [...] Y es que Joaquín Sabina pertenece a esa nueva raza de cantautores que huyen de resultar plúmbeos, como algunos de sus predecesores...».

Después de analizar el segundo larga duración de Sabina retorno a los días de La Mandrágora, claves en su evolución. En aquel céntrico sótano de referencia obligada para entender de qué iban los primeros ochenta, Joaquín Sabina, Javier Krahe y el adosado Alberto Pérez montaban el cirio dos noches por semana para deleite de un público que, tras muchos años de oscurantismo, andaba necesitado de *notas* como aquellos, quienes llevaban a cabo un *show*, transgresor y chaplinesco, en donde conjugaban a la perfección canción de autor —con influencias de Dylan y J. J. Cale en el caso de Sabina, y de Georges Brassens en el de Krahe— y despelote puro y duro. En aquellas irreverentes citas, si bien funcionaban como un trío (un «no trío», como se empeñaban ellos en recalcar a los periodistas que los definían como grupo), cada uno representaba un papel. Javier Krahe, que era quien ejercía de maestro de ceremonias —su mayor edad y su solemnidad escénica lo justificaban—, era el escéptico, el desencantado y el más cáustico; Sabina, por su parte, ponía la nota canalla y cínica: era el crápula sin redención posible, y Alberto Pérez era un cachondo que ocultaba en su interior a un sentimental, y que por ello lograba inspirar ternura.

Estamos en 1981. El rumor pronto se convirtió en noticia: tres individuos ya entrados en años actuaban en un pequeño local de Madrid y ofrecían un espectáculo que entusiasmaba y sorprendía a partes iguales.

Y el milagro sucedió una noche de principios de mayo en la que Dios los fue a ver bajo la apariencia del periodista Fernando García Tola, quien dirigía en la primera cadena de Televisión Española el espacio de entretenimiento *Esta noche*, de cuya presentación se encargaba una jovencísima Carmen Maura. Tola quiso comprobar por sí mismo qué demonios era lo que vendían esos tipos que tantísimo revuelo estaban organizando en los mentideros de la intelectualidad más callejera y contracultural, y la visita le mereció la pena: quedó tan gratamente sorprendido con la actuación que los invitó a su programa para que interpretaran allí algunos de los temas de su repertorio. Y ellos, sabedores de que cuando se presentan oportunidades como esa hay que abrazarse a ellas como el náufrago a su tabla, no se hicieron de rogar.

La noche del jueves 21 de mayo de 1981, Sabina, Krahe y Pérez asistieron al citado espacio televisivo y la liaron parda. El clímax del escándalo se alcanzó con «Marieta», libre adaptación de Krahe de una vieja canción de Georges Brassens en la que el sobrio cantante pronunció la palabra «gilipollas» doce veces. El programa se emitía en directo, y nada pudo hacerse para evitar el cataclismo (no hay que olvidar que en aquellos años solo existían dos canales de televisión, lo que significa que lo vio *todo el mundo*). La centralita de Televisión Española echaba humo: cientos de llamadas de telespectadores indignados se sucedieron a lo largo de la noche, y el trío acaparó durante días la atención de los medios.

Meses después, y ya con la cabeza fría, Krahe y Sabina hicieron las siguientes declaraciones a propósito de aquel escándalo televisivo para un diario de San Sebastián, adonde habían acudido para dar un concierto: «No pensábamos que nuestra salida iba a causar tanto impacto. Nos dábamos cuenta en el estudio de que pasaba algo raro. Durante los ensayos, los técnicos y cámaras, que son personas que están acostumbradas a todo, no paraban de reír. El que lo hiciéramos en directo, y el mismo contenido del programa, fue la causa de la resonancia que tuvo después. Y al día siguiente hubo muchas llamadas para que fuéramos a cantar», manifestó Krahe. Y Sabina añadió: «Hay que reconocer el impulso de Tola, director del programa, que quería que hiciéramos lo mismo que en *La Mandrágora*».

A raíz de la repentina popularidad adquirida, los tres calaveras aprovecharon la coyuntura y ofrecieron un concierto en el Teatro Salamanca de Madrid la noche del 1 de julio. Las críticas que se publicaron en algunos de los diarios y revistas más influyentes del país daban fe del éxito obtenido. En el diario conservador *El Alcázar*, José Manuel Cuéllar, cuya crónica tituló «Aquel viejo sonido casi perdido...», decía lo siguiente: «Los nuevos Bob Dylan españoles eligieron la mejor fórmula: el humor y la informalidad. [...] El trío aplica la música de los viejos cantautores al estilo de la nueva personalidad de las generaciones...». En el diario *El País*, J. M. Costa tituló su crónica «La progresía ya es adulta», y se manifestó en estos términos: «Sabina, Pérez y Krahe son la conexión perdida con “No me gusta que en los toros te pongas la minifalda”. Son *La familia Ulises* y el “No nos moverán”, de los ochenta son el espejo. Y como tal espejo, mostraban realidades desnudas hechas jocosas. El caso es hacerlas con clase. [...] Faltaba, y falta aún, en nuestro país un espectro de cantautores modernos, [...] que hablan a gente mayor, que tiene su propia historia y que no se siente identificada ni con Rocío Jurado ni con los Dead Kennedys. [...] Tal vez ellos». Por su parte, Ana García Rivas, de *Diario 16*, arrancaba su crónica con el titular «Consagración de tres cantantes satíricos», para proseguir del siguiente modo: «El calificativo que mejor les va es eso de que son “tres cachondos mentales, subidos de iconoclastas, dando dentelladas a papá Brassens”, y se montaron uno de los mejores recitales de la temporada. Tres casi desconocidos en una sola actuación llegaron a eso que se decía antes de “hemos asistido a la consagración de fulanito”». Por último, Jaime Barella, de *El Gran Musical*, relató que «el teatro se llenó hasta los topes y el público era de lo más variado. Miguel Bosé subió, al terminar, a felicitarles, la acompañante de Luis Eduardo Aute decía que hacía tiempo que no había visto reír tanto a este, los chicos de Coz disfrutaron también. [...] Joaquín Sabina con su guitarrista Antonio Sánchez, Javier Krahe y Alberto Pérez han venido a cubrir un hueco que estaba quedando muy descuidado».

El resto del verano lo pasaron dando recitales por toda España, y en noviembre de ese año vio la luz *La Mandrágora*, que fue grabado en directo —condición impuesta por ellos a la discográfica— durante una de sus actuaciones en el *pub* del mismo nombre en el cual se dieron a conocer.

Sabina interpretó él solo tres de las canciones, «Pongamos que hablo de Madrid», «Pasándolo bien» y «Adivina, adivinanza», una original sátira sobre Franco, a pesar de que el nombre del dictador —y de ahí su título— no se menciona en ningún momento, y a dúo con Alberto Pérez, «Mi ovejita lucera» y «Círculos Viciosos». Krahe se encargó de la ejecución de «Marieta», «Un burdo rumor», «El cromosoma», «Villatripas» y «La hoguera», y Pérez, además de las ya citadas, puso voz y guitarra a «Un santo varón», «La tormenta» y «Nos ocupamos del mar».

Aquel disco, de cuya producción se encargó Jorge Álvarez, superó ampliamente las expectativas comerciales de la compañía. Quizá influyó en ello el que sus protagonistas apareciesen de forma regular en la pequeña pantalla, en esta ocasión en el programa *Entre dos luces*, que se emitía en el segundo canal de Televisión Española.

Acerca del lado lúdico de aquellas sesiones, Sabina lo explicó de forma inmejorable en una entrevista concedida en Logroño en 1985: «Nosotros queríamos que la gente se divirtiera, aun a costa de cargarnos las canciones. Por ejemplo, cuando venía Aute, en lugar de cantar: “Siento que te estoy perdiendo”, decíamos: “Siento que me estoy durmiendo”. O, en vez de “no te desnudes todavía”, “No me la chupes todavía”».

Al poco de comenzar 1982, Alberto Pérez se escindió de *los mandrágoras* y se retiró a su Sigüenza natal para hacerse cargo de una granja. Sabina y Krahe continuaron dando conciertos al alimón con el mismo repertorio, acompañados de vez en cuando por la vocalista Teresa Cano, vieja conocida de ambos. La ausencia de Pérez no varió gran cosa el tirón que tenían, pues, si bien este aportaba humor e interpretación al espectáculo, en los otros dos se sustentaba el peso de la canción y, sobre todo, de la composición.

Para entonces ya habían dejado a su antiguo mánager, Fernando Jurado, al que conocieron en La Mandrágora, y su lugar pasó a ocuparlo Paco Lucena. Este intervenía como actor ocasional en los disparatados montajes que llevaban a cabo y, a fecha de hoy, se sigue encargando de las contrataciones del segundo.*

A finales de ese año, Krahe y Sabina decidieron separarse y funcionar cada uno por su lado. La ruptura fue amistosa y se dio solo en lo profesional, ya que siguen manteniendo una excelente relación.

Los días de La Mandrágora fueron decisivos, en fin, para el encauzamiento artístico de Sabina, quien siempre se ha referido a aquella etapa con verdadero cariño: «De entonces me quedan unas ganas tremendas de divertir al público, de hacer algo fresco y una amistad con Krahe hasta que la muerte nos separe. Lamento no poder decir lo mismo de Alberto Pérez» (*Diario 16*, 27.5.1985).

Al observar cómo ambos artistas han encauzado sus respectivas carreras, enseguida se entiende por qué llegaron a la determinación de divorciarse: mientras que Krahe ha continuado haciendo el mismo tipo de canción, sin evolucionar apenas musicalmente, y se ha convertido en un cantante de culto solo apto para una exquisita minoría, el Sabina de nuestros días nada tiene que ver, en cambio, con el de entonces.

Ya al principio de este capítulo me encargué de señalar que el panorama musical español sufrió un profundo cambio iniciados los ochenta, pues se abrió hasta límites que un par de años atrás eran impensables. El *rock* y el pop comenzaron a cobrar fuerza, y en muy poco tiempo se erigieron como los estilos que, además de tener un mayor predicamento entre el público joven (el verdadero consumidor de música), iban a copar el mercado a lo largo de la década, y ya hasta nuestros días. Y eso es algo que Joaquín Sabina supo ver.

Una vez emancipado, comenzó a tirar por los derroteros del *rock*: electrificó sus canciones y cambió de forma radical su actitud sobre el escenario. Pero el verdadero factor de su éxito seguía residiendo en sus letras, en la gran calidad de sus textos. Puesto que, a pesar de llevarles unos cuantos años a los músicos que despuntaban en nuestro país hace dos décadas, su andamiaje literario —del que carecen el noventa y nueve por ciento de los compositores de pop/rock no ya españoles, sino de todo el mundo— lo situó a años luz del resto de los escritores de canciones. Si bien necesitó aún de unos cuantos discos para encontrar el equilibrio óptimo entre literatura y música, ya que sus primeros trabajos eléctricos carecían del sonido típicamente *rock and roll* —sus arreglos eran un horror y hacían perder pegada al conjunto, lo abarataban sin remedio— y se quedaban en simples sucedáneos.

Joaquín Sabina fue, de ese modo, el único cantautor que se adscribió a las filas rocanroleras con éxito. Un Tom Petty andaluz/madrileño cuyos textos seguían siendo puramente dylanianos. Amargamente dylanianos.

RULETA RUSA. PISANDO EL ACELERADOR

«El Pijoaparte tenía, como ciertos croupiers de las mesas de juego, una secreta nostalgia manual, digital: nada de cuanto tocaba era suyo excepto, tal vez, la muchacha.»

JUAN MARSÉ, *Últimas tardes con Teresa*

El 17 de mayo de 1966, Bob Dylan ofreció un concierto en el Free Trade Hall de Manchester cuya grabación no oficial se dio a conocer algunos años más tarde bajo el título de *Live 1966: The «Royal Albert Hall» Concert*, considerado por los más prestigiosos críticos musicales como el álbum pirata más célebre de todos los tiempos. La importancia de ese disco reside en que para el mítico trovador estadounidense supuso el puente entre el folk y el folk/rock, pues, aproximadamente un año antes de que esa actuación tuviera lugar, Dylan había empezado a introducir instrumentos eléctricos en sus recitales. Aquello lo llevó a conquistar nuevos seguidores que buscaban un justo equilibrio entre textos y música, pero, al mismo tiempo, le valió el veto de sus fans más puristas, quienes se resistían a que se adentrara en los estridentes terrenos del *rock*. De hecho, en un momento de la grabación puede escucharse la colérica reacción de una buena parte de los asistentes, los cuales trataban de boicotear la actuación de su decepcionante ídolo con una palmada constante, así como el famoso grito de «¡Judas!» que profirió un espectador, y la contestación, tajante, de la estrella: «No te creo. Eres un mentiroso».

Diecisiete años después de aquello, Joaquín Sabina, cuya carrera de cantante y compositor no hubiera sido posible de no haber descubierto a Dylan —algo que ha declarado en numerosas ocasiones—, siguió, una vez más, los pasos de su maestro y decidió electrificarse: a partir de entonces sus letras no estarían respaldadas únicamente por guitarras acústicas y españolas, sino que contaría con un fondo musical compuesto de una batería, dos guitarras eléctricas (rítmica y solista) y un bajo. Es decir, los elementos indispensables para dar vida a una banda de *rock*, un viejo sueño que, por fin, se hacía realidad.

Obviamente, un cambio como aquel no solo se hizo patente en lo musical: su hasta entonces estereotipada imagen de cantautor al uso, con una espesa barba y el aspecto desaliñado propio de la ya trasnochada progresía, entre el profesor de filosofía y el leñador canadiense, desapareció para siempre y adoptó un nuevo *look* más acorde con los tiempos que corrían, y el cual mostraba a un Sabina afeitadito, con el cabello mucho más corto y el atuendo propio del dandi según Adolfo Domínguez, gurú estético de los ochenta.

Cuando Sabina y Krahe decidieron separarse de mutuo acuerdo, Joaquín entendió que había llegado el momento de liberar sus hasta entonces represados instintos roqueros. A raíz de la polémica y beneficiosa intervención televisiva en *Esta noche*, y de las posteriores y exitosas actuaciones por todo el país llevadas a cabo con Alberto Pérez y Javier Krahe, primero, y con Krahe y Teresa Cano después, ya se había hecho con la suficiente popularidad como para probar suerte por su cuenta. De ese modo, empezó a actuar con la que sería su primera banda, Ramillete de Virtudes, y a su viejo repertorio le añadió nuevas composiciones que le salían cada vez más cañeras, como «Pisa el acelerador» y «Juana la Loca»; canciones que, poco después, formaron parte de su tercer disco de larga duración (sin contar el *ménage à trois* que fue *La Mandrágora*), *Ruleta rusa*.

Con motivo de una actuación de Sabina y su lustroso grupo en la Sala Rock-Ola de Madrid (la sala de conciertos más célebre de los años de la Movida, y uno de sus símbolos), Francisco Umbral, que era casi con toda seguridad el columnista más influyente del momento, le llamaba «decadente» en su *Spleen de Madrid* del diario *El País*. Él, lejos de tomárselo a la tremenda, decidió escribirle un soneto a modo de agradecimiento:

*Nunca olvidabas celebrar a Olvido,
a Carlitos Berlanga, a Ramoncín;
cuánto he sufrido viéndome excluido
de la efímera fama del Spleen.*

*Soñaba que mi nombre, con negritas,
brillaba en tu columna de El País,
entre putas, marquesas y Pititas,
o con Ana* (la amo) vis à vis.*

*Pero hoy ha llegado, finalmente,
el momento feliz tan esperado,
¿qué importa que me llames decadente?*

*¡Me has nombrado, Dios mío, me has nombrado!
Ese adjetivo, Umbral, sinceramente,
al umbral de la gloria me ha llevado.**

A lo largo de 1983, además de componer sus propias canciones hizo, por encargo de la discográfica a la que pertenecía, versiones españolas de grandes éxitos de cantantes italianos y franceses —Ricardo Cocciante, Michel Sardou...— para intérpretes nacionales. También volvió a trabajar, de nuevo de la mano de Fernando García Tola, en Televisión Española, en el programa *Si yo fuera presidente*, que se emitía una vez por semana en la segunda cadena y en donde coincidió con Javier Krahe y Alberto Pérez, aunque en esta ocasión actuaban por separado.

Por fin, las noches del 15 y 16 de diciembre de ese año presentó en el Teatro Salamanca de Madrid su nuevo trabajo discográfico, *Ruleta rusa*, que en un principio pensó titular *Punto y seguido*.

Los músicos que formaban el grupo Ramillete de Virtudes, y que acompañaron a Sabina en los preliminares de *Ruleta rusa*, eran Antonio Sánchez, guitarra acústica; Miguel Botafogo, guitarra eléctrica; Antonio el Zurdo, bajo; Miguel Ángel Jiménez, batería, y Pilar Carbajo a los coros. Pero una vez publicado el disco la formación sufrió cambios considerables y quedó, ya como Viceversa, de la siguiente manera: Antonio Sánchez y Pancho López Varona (más tarde Varona, a secas) a las guitarras eléctricas; Javier Martínez, al bajo; Paco Beneyto, a la batería, y Pilar Carbajo a los coros.

Producido por Jorge Álvarez y el propio Sabina, que se estrenaba así en tareas de producción, y con arreglos, entre otros, de Luis Cobos, *Ruleta rusa* incluía diez canciones: «Ocupen su localidad»; «Juana la Loca»; «Caballo de cartón»; «Guerra mundial», escrita por Manolo Tena, a la sazón bajista, cantante y compositor de aquella formidable banda de rock que fue Alarma!!!; «Viejo blues de la soledad»; «Eh, Sabina»; «Negra noche»; «Ring, ring, ring»; «Por el túnel» y «Pisa el acelerador». Poco después, y debido al enorme éxito que alcanzó, CBS decidió incluir en el álbum la canción «Telespañolito», compuesta por Sabina y Krahe y dada a conocer en *Si yo fuera presidente*, la cual sustituyó en el disco a «Viejo blues de la soledad».

Aquel trabajo se retrasó bastante por falta de entendimiento entre Sabina y Jorge Álvarez, de ahí que el cantante firmase como productor. Lo explicaba así para el *Heraldo de Aragón* (12.11.1983): «La tardanza del disco ha sido motivada por la producción que Jorge Álvarez hizo de las canciones. A mí no me gustó casi nada. Cuando puse por primera vez una casete con las canciones no pude soportarlo... Tiré la cinta por la ventana. Luego, tras unas duras negociaciones con la compañía, pude recuperar la producción que yo mismo hice para “Juana la Loca”, “Caballo de cartón”, “Negra noche”, “Viejo blues de la soledad” y “Por el túnel”, canciones todas ellas de las cuales me responsabilizo totalmente».

La inspiración de los temas de *Ruleta rusa* bebía de sus correrías nocturnas por las calles de Madrid y de las experiencias vividas en las playas del sur que frecuentó en los meses de verano, donde ofreció conciertos ya en solitario, y la temática era heterogénea. Por un lado estaban las canciones más cañeras, aquellas que mostraban a un nuevo Sabina que, para expresar ciertas obsesiones, corría por el escenario como un lunático. Es el caso de «Ocupen su localidad», «Eh, Sabina», «Juana la Loca» y «Pisa el acelerador». Las dos últimas ya las mencioné en el texto de apertura de este libro, y reitero lo dicho: son canciones fáciles —fáciles para lo que su autor ha demostrado que puede dar de sí en composiciones en clave *rock*, si bien sus letras, comparadas con las de algunos grupos de entonces, como Olé Olé y Danza Invisible, parecen fragmentos del Cantar de los Cantares— y oportunistas, pues aún estaban por llegar los felices días en los que consiguió que el *rock* le sonara, por fin, con la calidad y contundencia que ese estilo requiere.

Una de sus favoritas era «Juana la Loca». Un tema indudablemente pegadizo que relata la sórdida historia de un homosexual cuarentón — respetable padre de familia por más señas— que, después de embridar sus anhelos sexuales durante toda su vida, decide desatar sus instintos y echarse a la calle vestido de mujer. Una de las primeras veces —si no la primera— que el travestismo era tratado de un modo directo en una canción pop nacional (Sabina me confesó años después para *En carne viva. Yo también sé jugarme la boca*, el libro de conversaciones que hicimos en 2006, que estaba dedicada a una de las personas que más ha querido, su abuelo Ramón, el padre de su padre, que se habría sentido muy identificado con esa letra):

*Después de toda una vida de oficina y disimulo,
después de toda una vida sin poder mover el culo,
después de toda una vida viendo a la gente decente
burlarse de los que buscan amor a contracorriente.*

*Después de toda una vida sin un triste devaneo,
coleccionando miradas en el desván del deseo,
de pronto un día
pasaste de pensar qué pensarían
si lo supieran
tu mujer, tus hijos, tu portera,
y te fuiste a la calle
con tacones y bolso, y Felipe «el hermoso» por el talle.*

*Desde que te pintas la boca
en vez de don Juan te llamamos «Juana la loca».*

La jarana estaba servida. Una canción perfecta para arrancar risas y gritos a la basca que acudía a los conciertos a pegar botes y a desconectar por unas horas, en las claras antípodas del público culto y políticamente comprometido para el que Sabina actuaba en sus inicios (pongamos que hablo de Londres).

La autobiográfica «Eh, Sabina» es una declaración de intenciones en la que Joaquín manifiesta a gritos que lo único que le interesa es vivir la vida al máximo (una continuación, más guitarrera, de aquella «Pasándolo bien» incluida en *Malas compañías*):

*Como fumo demasiado
mi voz se empieza a quebrar,
sueno tan desafinado,
si-do-re-mi-fa-sol-la,
vivo del cáncer a un paso
sin hacerles caso a...*

*los que me dicen «eh, Sabina,
ten cuidado con la nicotina».
No me des más vitaminas, no,
dame fuego y rock and roll.*

[...]

*Como salgo demasiado
con chicas a vacilar,
me he quedado tan delgado
como un papel de fumar,
gozando las noches paso
sin hacerles caso a...*

*los que me dicen «eh, Sabina,
ten cuidado con la Josefina».
Leche con aspirinas, no,
dame sexo y rock and roll.*

[...]

*Naranjas de la China, no,
dame sexo y rock and roll.*

La última en esa línea, «Pisa el acelerador», que llegó a disco rojo de la Cadena SER, es una canción que se le ocurrió en un viaje que realizó a París enviado por su discográfica para traducir canciones de artistas franceses. Sabina declaró por entonces que era el tema más optimista que había escrito nunca, con una letra innegablemente feminista (él, cuya fama de misógino le ha acompañado siempre, aunque muy a su pesar):

*Dentro de algún tiempo estarás acabada,
metida en tu casa haciendo la colada,*

*nadie te dirá «muñeca, ven conmigo»,
¿dónde irás cuando no tengas un amigo?,
tarde ya comprenderás por qué te digo:
Pisa el acelerador... gasta las ruedas,
pisa el acelerador... hasta que puedas,
pisa el acelerador... siéntete viva,
pisa el acelerador... no estés cautiva.
Mientras tenga gasolina tu motor,
pisa el acelerador.*

Por otro lado estaban las baladas, género inexcusable en el repertorio de alguien como Sabina. «Negra noche», compuesta junto a Hilario Camacho, es una bella canción que habla de los ambientes nocherniegos tan presentes en su vida. Pero las dos más reseñables del disco son «Caballo de cartón», dedicada a su mujer, Lucía, un retrato bastante fiel de la rutina laboral de la persona con la que compartía colchón y cuarto de baño, y «Por el túnel», la preferida de Joaquín (un cóctel a base de nostalgia del pasado, *rock* y prostitución), tema que años después fue versionado por Los Secretos y que él, en cambio, no ha vuelto a interpretar nunca. He aquí un fragmento de la primera, «Caballo de cartón»:

*Cada mañana bostezas, amenazas al despertador
y te levantas gruñendo cuando todavía duerme el sol.
Mínima tregua en el bar, café con dos de azúcar y croissant,
el metro huele a podrido, carne de cañón y soledad.*

*Tirso de Molina, Sol, Gran Vía, Tribunal,
¿dónde queda tu oficina para irte a buscar?
Cuando la ciudad pinte sus labios de neón,
subirás en mi caballo de cartón.
Me podrán robar tus días, tus noches no.*

A propósito de *Ruleta rusa*, Javier Martínez Reverte escribió para el diario *Pueblo* (5.11.1983): «El mejor Sabina de hasta ahora es este de *Ruleta rusa*. En sus canciones, de espléndida música y orquestación, de ritmos rocanroleros y de *blues*, desfila ese mundo duro y difícil de los maricas, las putas, los borrachos, los desesperados, los suicidas, los solitarios... y los enamorados. Sabina hace canción de nuestro tiempo, con ritmo de nuestro

tiempo. Es, posiblemente, el mejor trovador de esa ciudad insólita y abierta que es ahora Madrid». En una crítica aparecida en el *Faro de Vigo* (20.11.1983) no estaban muy de acuerdo ni se mostraban tan generosos con «lo nuevo de Sabina»: «Ahora la movida va por otro camino, va por caminos más agresivos, por caminos más “modernos”. Y el señor Sabina se nos queda viejo a algunos».

Entre 1983 y 1984, Joaquín Sabina fue uno de los artistas españoles más contratados. Solo se situaban por delante de él Joan Manuel Serrat, Víctor Manuel, Luis Eduardo Aute (cuyo disco *Entre amigos*, grabado en directo y en el que colaboraron Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, el antes citado Serrat y Teddy Bautista, ex-Los Canarios y futura pesadilla por su gestión en la SGAE, lo llevó al número uno de las listas de ventas) y los ya desaparecidos La Trinca.

Miguel Ríos publicó en 1983 *El rock de una noche de verano*, un trabajo que lo convirtió en el roquero de mayor éxito de aquel año: emprendió una gira por toda España y consiguió llenar estadios de fútbol, un privilegio reservado hasta entonces a estrellas internacionales como los Rolling Stones o al inefable Julio Iglesias. Sabina escribió dos canciones para ese disco, «Madrid 1983» y «Retrato robot», gracias a lo cual su prestigio como autor fue en aumento. Ese año también escribió canciones con y para Hilario Camacho —«Taxi»— y para Ana Belén.

El 16 de mayo de 1984, Sabina actuó con sus flamantes Viceversa en las fiestas de San Isidro que se celebraron en el paseo de Camoens del madrileño parque del Oeste. Lo hizo ante más de cien mil personas —el público más numeroso que haya tenido jamás— que, a pesar de la lluvia, que no perdonó, no se movieron de allí hasta que el espectáculo tocó a su fin. El jiennense abrió el concierto al grito de «¡San Isidro era un vago!», y la muchedumbre rugió como un solo hombre a modo de respuesta. Aquello fue un fiestón: la ingente masa humana participó en todo momento de las historias que Sabina encadenaba y coreó tanto los temas de *Ruleta rusa* como los éxitos de sus discos anteriores, caso de «Pongamos que hablo de Madrid» y «Qué demasiao». Una noche que Sabina no olvidaría jamás. A fin de cuentas, habían transcurrido dos años desde que decidió iniciar su carrera en solitario y, en

tan corto espacio de tiempo, su crecimiento fue imparable. Hasta el punto de convertirse en una figura imprescindible dentro de los grandes acontecimientos musicales del país.

No obstante, y a pesar de su cada vez mayor afianzamiento musical y de pertenecer a la cantera de una poderosa multinacional, Sabina no se cortó un pelo a la hora de criticar el excesivo mercantilismo de las casas de discos. De paso por Granada, hizo las siguientes declaraciones a propósito de la industria discográfica: «El mundo del disco es una auténtica mafia, palabra que hoy se utiliza para toda actividad dudosa en el comercio. Nosotros hacemos música y ellos venden plástico. Venden este material como el tendero de ultramarinos vende chorizos, sin considerar en absoluto la calidad del producto, sino las posibilidades que un extraño departamento de *marketing* —que generalmente funciona a base de subnormales profundos— ha visto en el mercado. [...] Lo triste es que gente muy importante que hay por ahí, esté ahora sin grabar discos y sin actuaciones porque ellos no le ven la *potencialidad*».

Ese mismo año ganó un insólito concurso: la primera edición del Festival de la Elocuencia, organizado por el programa *Tiempos modernos* de Radio 3 (RNE), y de cuya dirección se encargaba Manolo Ferreras. Sabina hubo de emplearse a fondo, armado únicamente de su labia, para superar los lúcidos parlamentos de artistas como Javier Krahe (que quedó en último lugar, algo del todo incomprensible), Luis Pastor, Paco Clavel, Chicho Sánchez Ferlosio, El Gran Wyoming y Amancio Prada. Tras la votación de veinte oyentes, así como de los miembros de un jurado *ad hoc* —Ángeles Caso, Pedro Altares y Fernando Poblet—, Sabina fue declarado vencedor indiscutible por su «Memorial de agravios», que fue definido por el agraciado como «unas inocentes reformas a las que deberían someterse una serie de políticos y ciudadanos más o menos populares». Una de las brillantes ideas sugeridas fue la de cambiar el nombre de Madrid por el de José María, pues, según él, era mucho más humano (Krahe me contó tiempo después que aquella ocurrencia era suya, lo que, de ser cierto, vendría a confirmar que los hay que nacen con suerte y quienes no tienen a la fortuna de su lado).

Pero no todo era música y retórica en la vida del cantante cantante. El 20 de octubre de 1984 se constituyó una Mesa por el referéndum sobre la OTAN a la que Joaquín Sabina, manteniendo el mismo nivel de compromiso político

que ha demostrado tener desde sus ya lejanos años de universitario, se adhirió. La Mesa exigía del Gobierno los siguientes puntos:

«Primero. Que de forma inmediata se convocase y celebrase un Referéndum.

Segundo. Que la pregunta se ciñera, con precisión y exclusividad, a las dos respuestas posibles respecto a la pertenencia a la OTAN: sí o no, sin que fuese vinculada a otras decisiones de política exterior o de defensa.

Tercero. Que el propio Gobierno, tal como se prometió en la campaña electoral, acatase el resultado de la consulta, cualquiera que este fuese, y cumpliera la voluntad que se expresara mayoritariamente».

Asimismo, hicieron un llamamiento a todos los ciudadanos para que se adhiriesen al citado documento, o bien constituyeran plataformas similares en todas las Comunidades Autónomas. Además de Sabina, se sumaron a la causa, entre otros, Rafael Alberti, Pedro Almodóvar, Luis Eduardo Aute, Juan Antonio Bardem, Juan Benet, Albert Boadella, Els Comediants, Antonio Fraguas (*Forges*), José Luis Garcí, Charo López, Ángela Molina, Vicente Molina Foix, José Sacristán, Fernando Savater, Antonio Saura, Antoni Tàpies, Fernando García Tola, Maruja Torres, Francisco Umbral, Manuel Vázquez Montalbán, Víctor Manuel y Ana Belén.

El 7 de noviembre de ese año se estrenó la película *Dos mejor que uno*, dirigida por Ángel Llorente y con José Sacristán y Antonio Resines en los papeles protagonistas. Sabina se encargó de componer la canción del mismo título, la cual se editó poco después en *single*.

A punto de finalizar 1984, la revista *Dunia* realizó la encuesta «Buscamos al hombre del año» y Sabina fue uno de los candidatos propuestos por la publicación, privilegio que compartió con Antonio Gades, Pepe Navarro, Santiago Auserón, Miguel Bosé, Fernando García Tola, Imanol Arias, Adolfo Suárez, Javier Clemente, Joan Manuel Serrat, Luis Eduardo Aute, Eusebio Poncela y José Carreras, entre otros. La cosa, en fin, marchaba.

En resumen, los años de *Ruleta rusa* fueron vitales en la carrera de Joaquín Sabina. Había decidido llevar a cabo el viejo sueño de adolescencia de crear una banda de *rock*, para lo que tuvo que dejar atrás la estética del cantautor que lució en Londres y en sus primeros años en Madrid —guitarra española y barbaza a lo Che Guevara— y comenzó a dar brincos sobre un

escenario como un *stone* hispánico, micrófono en mano y rostro desnudo. Había pisado, pues, el acelerador al máximo, y el triple salto mortal sin red que eso supuso, ese hacer girar el tambor del revólver cargado una y otra vez sobre la propia sien, no le podía haber salido mejor.

Y aunque sus letras, fundamentales para la cimentación musical de su repertorio, lo delataban y hacían ver que en el mundo del *rock* era un intruso, gracias a ellas consiguió hacerse un merecido sitio entre los sucesores de los cantantes de protesta: los cantantes urbanos.

Sus motivaciones existenciales —cosas de la edad— no eran tampoco las mismas. En una entrevista con el semanal del *Heraldo de Aragón* confesó: «En los dos últimos años he comenzado a encontrar un gusto extraño —que jamás creí que lo iba a encontrar— por estar solo. Nunca he estado solo. Ahora, sin embargo, me voy solo por la noche hasta muy tarde, y visito desde los puticlubs más extraños a los locales de la modernidad...». En un momento de la entrevista, cuando el periodista le dijo: «Pero reconoces que eres un tipo difícil con el que convivir», él contestó: «Sí, yo creo que sí, pero es que doy mucho. Yo tengo bastante capacidad de entusiasmo, al igual que la tengo de depresión, y creo que, en general, no me dan tanto como yo doy».

Habría sido interesante conocer la versión de Lucía, su mujer, que en aquella época abandonaba la cama para ir a laburar cuando su marido hacía tan solo unos minutos que había entrado en ella. Dejando bien sujeto a la puerta de la vivienda común su preciado caballo de cartón.

JUEZ Y PARTE. ENTRE LA CIRROSIS Y LA SOBREDOSIS

*Salir, beber, el rollo de siempre,
meterme mil rayas, hablar con la gente,
llegar a la cama y, joder, qué guarrada sin ti.*

ROBERTO INIESTA, «Salir» (*Canciones prohibidas*)

Si con *Ruleta rusa* Joaquín Sabina se pasó con éxito de la canción de autor contenida en el primigenio *Inventario* y más tarde continuada en *Malas compañías* a un sui géneris *rock and roll* con argumento —una variante de ese estilo tan solo frecuentada por él en España, y quizá también inventada—, y demostró a quienes pensaban que se trataba de un cantante trasnochado que era capaz de crear temas de *rock* con una calidad muy superior a la de la media de los grupos de entonces, con el posterior *Juez y parte*, su cuarto trabajo discográfico, se adentró en el pop/rock, un estilo híbrido que, en aquel incipiente 1985, empezaba a ser omnipresente y aun determinante para entrar a formar parte del meollo del cogollo del bollo musical. Esto es, para ser tenido en cuenta por los medios de comunicación y, a través de estos, existir para los consumidores.

Sabina, es obvio, no perdía detalle de cuanto se cocía en el fogón del por entonces superpoblado mercado sonoro español y, astuto como un zorro, decidió subirse al carro del último grito; eso sí, con su particular manera de entenderlo. Es decir, que su buen olfato, su instinto depredador, le permitía saber en todo momento qué era, de entre la variada oferta existente, aquello

que podía calar hondo en el público y se lo llevaba en el acto a su terreno, de tal forma que las canciones que escribía tenían siempre una excelente acogida. Pues si bien es cierto que él nunca ha sido un esclavo de la moda, lo es igualmente que ha sabido aprovecharse de ella cuando lo ha necesitado y que ha atendido para ello —aunque sin prostituirse en exceso— a lo que se demandaba.

En 1980, el fenómeno cultural denominado con acierto Movida se difundió con una fuerza irrefrenable desde su Madrid natal al resto de las provincias españolas —aunque es obligado decir que, si bien la capital del reino fue el laboratorio, sus impulsores provenían de los cuatro puntos cardinales— y regó de múltiples colores, consignas y ritmos un país que durante demasiado tiempo había amanecido en blanco y negro y y sin otra música de fondo que la triste melodía de la dictadura franquista, pero tan solo cinco años después se desinfló. La mayor parte de los grupos surgidos en el transcurso de ese lustro fueron a menos, hasta el punto de extinguirse. Sobrevivieron Radio Futura, Alaska y Dinarama, Mecano —que se convertiría en la formación más vendedora de la historia de la música española—, Gabinete Caligari y pocos más, quienes tuvieron que compartir espacio con solistas consagrados, ya fueran cantantes melódicos o cantautores.

En una entrevista concedida a la revista *Tiempo* (3.6.1985), Sabina analizaba la Movida del siguiente modo: «Es una vanguardia que empezó siendo élite, formada por un grupo de gente bien. Precisamente, la han abandonado cuando ha empezado a democratizarse. La Movida real es la del pueblo». Sobre ese mismo tema, declaraba algunos meses después para una publicación riojana: «Cuando yo vine a España no se podía hacer *rock* en castellano. Esa batalla, afortunadamente, ya está ganada. Ahora mismo no hay un grupo, so pena de caer en el ridículo, al que se le ocurra cantar en inglés una canción. [...] Una de las cosas que han aportado los grupos ha sido la de contar historias que hasta ahora no se contaban. [...] A pesar de ello, a mí, particularmente, el resultado musical de los grupos españoles me ha defraudado, a excepción de Radio Futura y los grupos que están en la línea de la desfachatez como Siniestro Total u Os Resentidos, que a mí me interesan

mucho. [...] En relación a los *heavies*, yo estoy en contra de ellos [...] porque transforman demagógicamente el paro y otros temas en cuatro consignas baratas, apelando a la ordinariez».

Juez y parte —que inicialmente iba a titularse *Primera persona del singular* o *Descaradamente personal*— salió al mercado a principios de 1985. Lo hizo bajo el sello Ariola, que, en su loable intento de fichar a los más destacados cantautores que habían conseguido escapar de tan tendencioso término, supo ver el enorme potencial del jiennense, pujó fuerte por él y se lo arrebató a la todopoderosa CBS, la discográfica con la que Joaquín publicó *Malas compañías*, *La Mandrágora* y *Ruleta rusa* (sus máximos responsables aún deben de estar tirándose de la cabellera por el éxito que, con el tiempo, llegó a alcanzar aquel al que tan torpemente dejaron escapar).

El nuevo trabajo de Sabina era un disco más homogéneo y coherente que los anteriores, con una línea musical con menores altibajos e idéntico tono a lo largo de toda la grabación. No tenía, sin embargo, tantas canciones sobresalientes como aquellos —salvo quizá tres de las diez que lo conforman—, si bien podía apreciarse que su autor supo definir, por fin, una impronta sobre la cual se asentaron sus obras posteriores. Ya no tenía que demostrarle a nadie que era capaz de hacer un *rock* lo suficientemente creíble como para conseguir que el público se levantase de sus asientos, pues la gente había asumido su singular presencia —entre Pinto y Valdemoro— dentro del panorama musical.

Otro dato importante es que el disco estaba firmado por Joaquín Sabina y Viceversa, lo cual indicaba que su resultado obedecía al trabajo conjunto del cantante y compositor y del grupo que, desde hacía dos años, le acompañaba en los conciertos.

De la producción se ocuparon el propio Joaquín y Jesús Gómez, ingeniero de sonido del álbum, aunque en todo momento fue el cantante quien llevó las riendas con el objeto de que el producto final fuese lo más parecido posible al sonido de las canciones en directo. Por ese motivo, de los arreglos se encargaron también Sabina y Viceversa.

En una entrevista realizada para el *Diario Independiente*, explicó el porqué del título: «Juez, porque cuento y opino sobre lo que veo, y parte, porque estoy metido en lo que veo. Además, en este disco casi la mitad de las

canciones son autobiográficas, como *Princesa*, que es la historia de una chica con la que he tenido algo que ver».

Juez y parte contenía las siguientes canciones: «Whisky sin soda»; «Cuando era más joven»; «Ciudadano cero»; «El joven aprendiz de pintor»; «Rebajas de enero»; «Kung-Fu»; «Balada de Tolito»; «Incompatibilidad de caracteres»; «Princesa» y «Quédate a dormir».

En general, la temática imperante es bastante siniestra: un ser gris y atormentado que, para salir de su insufrible anonimato, decide convertirse en francotirador y acabar con la vida de una veintena de personas («Ciudadano cero»); un delincuente juvenil que, ayudado de su temible banda, siembra el terror en la gran ciudad con toda suerte de atracos y violaciones («KungFu»); un mago cirrótico que sobrevive como ilusionista ambulante y recorre, en compañía de un sobrino que sueña con sucederle, los pueblos del norte de España («Balada de Tolito»), y una hermosa muchacha —la más bella, «la princesa / de la boca de fresa»— que, tras ingresar en la degradante nómina de la heroína, acaba hecha una piltrafa («Princesa»).

El propio Joaquín reconoció, en una entrevista concedida al diario *Ya* (22.5.1985), que había una serie de obsesiones recurrentes de las que se servía —o a las que recurría— para armar sus canciones: «Hay tres o cuatro temas que me obsesionan y que siempre reflejo en mis discos. Uno es el héroe del suburbio (El Jaro, “Princesa”), un marginado al que no lo envuelvo en colores rosa. Al contrario, creo que lo objetivizo, lo pongo tal como es. La introspección íntima también ocupa mucho de mi repertorio, lo mismo que la noche y su mundo». De esa forma tan sencilla acababa de resumir, sin darse cuenta de su importancia, algunos de los principales ejes temáticos de su cancionero.

Acerca de la acusación, no pocas veces vertida sobre su persona, de utilizar sus composiciones para hacer apología de las drogas y la delincuencia, el cantante salía al paso en una entrevista realizada por el periodista Paco Espínola para el diario *Ideal* (1.2.1985): «Creo que lo primero que hay que cuidar es no separarse demasiado, a base de subir peldaños en un oficio, de esos personajes cuyas vidas se cuentan, y en segundo lugar no hacer apología de un tío que viola, como sucede en “Kung-Fu”, o de alguien que se pincha heroína. Hay que decirlo en un lenguaje suficientemente

frío y distante como para que haya ternura o simpatía a favor del personaje en el contexto de esa canción, pero que no se justifique en absoluto algo como la violación o la heroína. A mí por esto me han dicho que hago apología de esa droga en mis canciones, y no es verdad. Estoy totalmente en contra de la heroína y, lógicamente, no la defiendo». En otra entrevista, publicada algunos meses más tarde en una revista de Logroño, Sabina insistía en su inocencia al respecto y daba nuevas claves sobre su *modus operandi* como escritor de canciones: «El Krahe dice que, como mi padre es comisario, a mí no me ha bastado —según la tesis freudiana— con matar al padre, sino que he tenido que hacer de los delincuentes héroes de mis canciones. Seguramente no le falta razón, pero, además, es porque yo he vivido en tugurios, en barrios marginales tanto de Londres como de Madrid, [...] tugurios de la noche en donde se mezclan las putas con los yonquis... El utilizar su jerga es amor al lenguaje de la calle, admitiendo que el lenguaje cheli ha dado formas frescas, dinámicas y muy interesantes a la hora de expresar algo. No hago apología ni de la delincuencia ni de las drogas en mis canciones, yo solo hago crónicas. Soy como un fotógrafo, pero no de estudio, sino de los que se llevan la cámara a la calle».

La naturaleza autobiográfica de muchas de las canciones del disco queda patente sin necesidad de ahondar demasiado en ellas. En «Cuando era más joven», Sabina relata los años de penurias acaecidos en su juventud, concretamente en su etapa londinense, aunque esa evocación emana al mismo tiempo una palmaria nostalgia por un tipo de vida que, pese a las muchas incomodidades y a la falta de recursos económicos, tenía un encanto único:

*Cuando era más joven cambiaba de nombre en cada aduana,
cambiaba de casa, cambiaba de oficio, cambiaba de amor;
mañana era nunca y nunca llegaba pasado mañana,
cuando era más joven buscaba el placer engañando el dolor.*

*Dormía de un tirón cada vez que encontraba una cama,
había días que tocaba comer, había noches que no,
fumaba de gorra y sacaba la lengua a las damas
que andaban del brazo de un tipo que nunca era yo.*

Y ni siquiera la consecución de ciertas metas profesionales, y la tan ansiada estabilidad sentimental, conseguirían que el autor desterrase de su memoria aquellos inolvidables días:

*Pasaron los años, terminé la mili, me metí en un piso,
hice algunos discos, senté la cabeza, me instalé en Madrid,
tuve dos mujeres pero quise más a la que más me quiso,
una vez le dije: «¿Te vienes conmigo?» y contestó que sí.*

*Hoy como caliente, pago mis impuestos, tengo pasaporte,
pero algunas veces pierdo el apetito y no puedo dormir
y sueño que viajo en uno de esos trenes que iban hacia el norte,
cuando era más joven la vida era dura, distinta y feliz.*

La cuarta canción del álbum, «El joven aprendiz de pintor», es una excelente muestra de oficio y talento literarios. Está escrita con una precisión matemática, una letra redonda, casi perfecta, en la que Joaquín despacha, con elegancia y maestría, la deslealtad de algunas personas que formaron parte de su vida:

*El joven aprendiz de pintor que ayer mismo
juraba que mis cuadros eran su catecismo,
hoy, como ve que el público empieza a hacerme caso,
ya no dice que pinto tan bien como Picasso.*

[...]

*El torpe maletilla que hasta ayer afirmaba
que con las banderillas nadie me aventajaba,
ahora que corto orejas y aplauden los del siete
ya no dice que cito mejor que Manolete.*

El artista se venga a su manera, con versos de sosa cáustica, de una reconocida *prima donna* que le ninguneó, y de cierto periodista que cargó las tintas contra él, aunque no debe tomarse al pie de la letra, pues hay más de ficción que de cruda realidad (Sabina es un maestro del equívoco):

*La propia Caballé que me negó sus favores,
la diva que pasaba tanto de cantautores,*

*llamó para decirme «estoy en deuda contigo,
mola más tu Madrid que el Aranjuez de Rodrigo».*

*¿Y qué decir del crítico que indignado me acusa
de jugar demasiado a la ruleta rusa?
Si no hubiera arriesgado tal vez me acusaría
de quedarme colgado en calle melancolía...*

*y eso sí que no,
no, no, no, no, no, no, no,
ya está marchita
la margarita
que en el pasado he deshojado yo.*

La bella «Princesa», canción con la que Antonio Muriel, autor de la música, obtuvo la Sirenita de plata en el Festival de Benidorm de 1982, era el crudo retrato de una preciosa muchacha echada a perder por causa de la heroína (en realidad, por su errónea creencia de que la juventud es eterna). Un clásico en estado puro de Sabina que sigue y seguirá siendo uno de los platos fuertes en sus actuaciones:

*Entre la cirrosis
y la sobredosis
andas siempre, muñeca,
con tu sucia camisa
y, en lugar de sonrisa,
una especie de mueca.*

*Cómo no imaginarte,
cómo no recordarte
hace apenas dos años,
cuando eras la princesa
de la boca de fresa,
cuando tenías aún esa
forma de hacerme daño.*

[...]

*Tú que sembraste en todas
las islas de la moda
las flores de tu gracia,*

*¿cómo no ibas a verte
envuelta en una muerte
con asalto a farmacia?*

*¿Con qué ley condenarte
si somos juez y parte
todos de tu andanzas?
Sigue con tus movidas,
reina, pero no pidas
que me pase la vida
pagándote fianzas.*

Tal y como puede apreciarse en la última estrofa, Sabina eligió uno de los versos de esa canción para titular el disco.

Otros dos de los temas incluidos en *Juez y parte*, «Rebajas de enero» e «Incompatibilidad de caracteres», tenían también mucho que ver con su vida. Ambos estaban dedicados a Lucía, su mujer, «y a mi gata Latina, por el azúcar y la sal de todos estos años». Por esas fechas habían decidido separarse, algo que, sin duda, tenía su origen en la cada vez más agitada carrera profesional de Sabina, la cual no le permitía atender su vida sentimental como merecía. El propio cantante lo reconoció en entrevistas concedidas a distintos medios: «Es que últimamente he tenido problemas sentimentales y los he tenido que reflejar en mi música. “Incompatibilidad de caracteres” y “Rebajas de enero” son los títulos de los temas en los que hablo de estas cosas tan íntimas. Hablo del deterioro matrimonial en clave de broma y en claroscuros» (*Ya*, 22.5.1985). «Si a mis treinta y seis años no hubiera fracasado en la pareja, es que no habría seguido el mandato generacional. Me temo que es algo obligatorio, y sobre todo siendo músico, que viajas muchísimo y empleas la mayor parte de tus energías en escribir canciones y no en querer a quien tienes a tu lado» (*Diario 16*, 27.5.1985). «En los tres últimos años, mi mejor energía la he empleado en la música, no en la vida. Me he visto destrozando mi vida sentimental y afectiva por dedicarlo todo al oficio. Y después de un tiempo de crisis, tambaleos y reflexión, he decidido que no volverá a pasar. El oficio debe ocupar un veinte por ciento de la vida, y no más. Siempre he tratado de que me quieran las mujeres, [...] me dedico muchísimo a ellas, pero las relaciones son tormentosas. Yo no soy equilibrado, ni tranquilo, llevo una vida

enloquecida. Trato de buscar el equilibrio entre la lealtad y la libertad de hacer cada uno lo que quiera» (*La mujer feminista*, junio-julio, 1985). En un momento de esta última entrevista, Sabina tuvo un ramalazo misógino. Aunque dada su pasión por las *boutades* y la provocación, y a que se trataba de una revista con una tendencia tan explícita, tal vez hubo una excesiva dosis de ironía en sus palabras cuando declaró: «Al hombre más o menos razonable y progresista le encantaría tener una mujer que fuera un amigo, un cómplice, que discutiera con él de todo, que se interesara por cosas al mismo nivel... y no suele suceder. Las mujeres, salvando pocas excepciones, no suelen dar la talla, y las que la dan, como en el mercado del amor la mujer que tiene un siete de lista y de guapa debe aspirar a un hombre que tenga un diez de listo y de guapo, pues... lo que yo necesito nunca lo voy a encontrar porque ella estará con Serrat, por ejemplo. [...] Yo a lo que puedo aspirar es a alguien que sea más guapa y más tonta que yo. Es así de claro, ese es el mercado. Y nunca podremos tener una relación de real intercambio. El hombre y la mujer no están hechos para entenderse, aunque yo quiero pensar que es posible y sigo buscando».

Joaquín continuaba viviendo en el pequeño piso de la calle de Tabernillas que ocupó con Lucía nada más llegar a Madrid procedentes de Palma de Mallorca, y ella se instaló en una buhardilla situada en la calle de Atocha. Poco después, él fue tras los pasos de su mujer y reanudaron la convivencia por un tiempo. Pero debido a que las broncas volvieron a convertirse en su pan de cada día, Sabina sucumbió y se marchó de forma definitiva del nido de la que aún era legalmente su esposa.

En el terreno musical, 1985 fue un año muy fértil para él. Ofreció numerosos conciertos por toda España y repitió en las fiestas de San Isidro, en donde actuó de nuevo, en este caso junto a Gabinete Caligari y Burning, ante un público de más de cien mil personas. En algunas de las ciudades por las que pasó coincidió con su hermano Javier Krahe, y la diferencia de estilos se evidenció más que nunca: Krahe insistía en la misma puesta en escena de *La Mandrágora*, y sus canciones —por esas fechas presentaba un nuevo disco, *Corral de cuernos*, título extraído de un verso de Quevedo— continuaban la línea de sus dos trabajos anteriores, *Valle de lágrimas* y *Aparejo de fortuna*.

Sabina, en cambio, actuó arropado por el grupo Viceversa y apenas quedaba nada en él de los lejanos días de coña marinera que vivió en compañía de Krahe y Alberto Pérez.

En octubre de ese año participó en el concierto que organizó *Diario 16* en la plaza de Las Ventas de Madrid con motivo de su número tres mil. En aquel recital actuaron también Luis Eduardo Aute, Mari Trini, Massiel, Barón Rojo y Rosa León, un ejemplo de eclecticismo en grado sumo.

En unas declaraciones que realizó al mes siguiente para *Imágenes de Actualidad*, habló sin la menor corrección política de algunos compañeros de profesión. Las definiciones que de ellos hizo no tienen desperdicio: «Ramoncín no me gusta demasiado. Demasiado cuento. Solo propaganda. No sabe escribir. Muchas, demasiadas, pretensiones. No le conozco personalmente, pero puedo decir que es más listo que cantante. Pero igual si nos vemos nos abrazamos, porque yo no diría todo esto si él no fuera por ahí contando que todo lo que hay por este país es una mierda. Si él cambia de opinión, yo seguro que me reiría mucho e iría contando a todos que es un fenómeno. [...] Aute siempre ha creído en mí, desde muy atrás ha hablado bien de Sabina. Yo soy bien nacido. Él se beneficia de una cierta popularidad que da el poder. Le van a los recitales los ministros, las autoridades. Pero nadie negará que ha impuesto su estilo. [...] Gurruchaga es el mejor en su género. Un tipo impensable aquí. Le conozco personalmente. “Pisa el acelerador” la hice pensando en él. A veces, su temperamento le hace desviarse de lo suyo, pero hasta eso lo hace bien. [...] Cuando oigo a Miguel Ríos me doy cuenta de que es un ingenuo, que parece bobo. Luego hablas con él y te das cuenta de que se lo cree. Es sincero y noble, no trata de engañar a nadie. Él anda a vueltas con eso del hombre nuevo, del ecologismo... Bueno, él es así».

Aquel año la televisión volvió a ejercer un papel determinante en su trayectoria profesional. Además de proseguir su colaboración en la segunda parte de *Si yo fuera presidente*, el programa presentado por su viejo amigo Tola, intervino en un episodio de la serie documental de la primera cadena de Televisión Española *Vivir cada día*, para el que musicalizó, desde cunetas y andenes, las semblanzas de una galería de rocambolescos personajes: «Tolito, El Mago de Vallecas», el protagonista de la canción «Balada de Tolito», incluida en *Juez y parte*; «Mari Sol, una ventrílocua en pos del estrellato» y

«Alexis, un bohemio artista de mimo». También participó en la grabación de un programacoloquio sobre Madrid para la televisión suiza, en el que, amén de actuar, formó parte del debate junto a distintas personalidades de los inevitablemente ligados mundos de la política y la cultura, como el embajador de España en ese país —quien acudió en representación del alcalde de la Villa y Corte, el profesor Enrique Tierno Galván— y el escritor Luis Carandell.

Apareció asimismo en la televisión de forma indirecta: el cineasta Mario Camus rodó un documental sobre Madrid para Televisión Española e incluyó en la banda sonora su «Pongamos que hablo de Madrid» y «Madrid amanece», de Hilario Camacho.

Pero su participación televisiva más sonada de ese año le llegó a través del periodista Ignacio Salas, quien le encargó que compusiera el tema para el *Especial Fin de Año 85* de TVE-1. Joaquín aceptó y escribió «Si te he visto no me acuerdo», una crítica a los tres años de televisión socialista. La canción, que duraba diez minutos, consistía en unas coplas satíricas que hacían un pormenorizado repaso de la actualidad y que no dejaban títere con cabeza (Isabel Preysler, fuga de divisas, OTAN, José María Calviño, entonces director general de Radiotelevisión Española...). Un trabajo que le reportó un millón y medio de pesetas —nueve mil euros— de entonces. Una pasta.

En el apartado político, aquel fue un año especialmente movido para él. Por un lado, figuró entre los firmantes de una *Carta abierta* dirigida al entonces presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, con motivo de una visita que el todopoderoso mandatario hizo a nuestro país. En esa misiva se referían distintos asuntos, tales como la injerencia estadounidense —por medio de las reiteradas declaraciones hechas por importantes representantes de la Administración norteamericana con el fin de influir tanto en la opinión pública como en el Gobierno de España— en favor de la permanencia española en la OTAN y de la integración en su estructura militar, y la total repulsa hacia la política que ese gobierno desarrollaba en el continente americano, en donde apoyaba a regímenes opresores y acosaba a pueblos como el nicaragüense, cuyo gobierno, elegido democráticamente, trataba de derribar.

Del mismo modo, participó en las muchas manifestaciones que se convocaron en Madrid en contra de la permanencia española en la OTAN, y fue uno de los artistas que se sumaron al multitudinario homenaje que, con motivo de su noventa cumpleaños, se rindió en el Palacio de los Deportes de Madrid a Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, presidenta del Partido Comunista de España (PCE). Sabina se encargó de entonar, ayudado de una guitarra, el «Cumpleaños feliz», que fue coreado por los miles de asistentes que abarrotaron el recinto.

Lejos de aburguesarse debido al rápido aumento de su popularidad y a sus cada vez mayores ingresos, Sabina siguió llevando la vida de calavera impenitente de sus años londinenses. La misma, incluso, de cuando actuaba, entre carcajadas, copas mil y casi todo aquello que se terciara y que ayudase a la dispersión, en La Mandrágora, bendita sea. Y por eso su discurso resultaba cada vez más provocador —reivindicó en múltiples ocasiones el «comer y follar como es debido»—, de una valentía fuera de lo común y de una coherencia digna de reconocimiento.

Y si no llegó a alcanzar nunca el punto medio por él inventado, situado «entre la cirrosis y la sobredosis», no fue ni mucho menos por quedarse corto con el alcohol y con ciertas sustancias estupefacientes, estímulos desde hacía ya bastantes años en él arraigados, sino porque siempre fue lo suficientemente inteligente como para saber —a pesar del pesimismo, el desasimiento y la amargura presentes en la mayoría de sus canciones— que nada es más hermoso que la propia vida. Más aún: que nada es comparable, ni de forma remota, al placer de escribir y cantar/contar. De hacer obra.

JOAQUÍN SABINA Y VICEVERSA.
OCUPEN SU LOCALIDAD

*Buenas noches, bienvenidos,
hijos del rock and roll,
os saludan los aliados de la noche.*

MIGUEL RÍOS, «Bienvenidos»

Las noches del viernes 14 y del sábado 15 de febrero de 1986, Joaquín Sabina ofreció sendos recitales en el Teatro Salamanca de Madrid en los que hizo un repaso de las principales canciones contenidas en los cuatro discos de estudio publicados hasta entonces, y que se materializaron en un doble álbum en directo, *Joaquín Sabina y Viceversa*, del que, a fecha de hoy, se han vendido más de cuatrocientas mil copias.

El tan ansiado cartel para todo artista de «localidades agotadas» se anunció al poco de ponerse las entradas a la venta. En principio, esa colección de canciones en vivo iba a titularse *Doce de febrero de 1986*, pues el concierto estaba previsto para ese día, cumpleaños de Sabina, o *Pongamos que hablo de Joaquín*, título de una bella canción que Luis Eduardo Aute compuso para su amigo y que interpretó en los citados conciertos acompañado a la guitarra por el músico Luis Mendo. Finalmente, y en un claro gesto de reconocimiento a la solvente banda con la que en los tres últimos años había evolucionado hacia un sonido eléctrico que lo alejó de forma definitiva de su inicial etapa de cantautor-sopor, decidió bautizarlo con la alianza de su nombre y el del grupo.

Para entonces, los integrantes de Viceversa eran Pancho Varona, guitarras acústica y eléctrica; Manolo Rodríguez, guitarra eléctrica solista; Paco Beneyto, batería; Javier Martínez, bajo; Marcos Mantero, teclados; Teresa Carrillo, voz y coros, y Chema Rojas, percusión. Andreas Prittwitz se sumó a la banda en el último momento para aportar su maestría en la ejecución del saxo.

Unos días antes de aquellos dos conciertos que tanto supusieron para su definitivo afianzamiento como cantante y compositor, Sabina decidió quitarse de en medio y recluírse en un hotel que hiciera las veces de monasterio. No concedió entrevistas con el fin de que sus cuerdas vocales se mantuvieran en óptimas condiciones y trató de que el voluntario retiro le ayudara a templar los nervios, atacados en exceso debido a la enorme responsabilidad que se le venía encima.

Si se lleva a cabo una lectura rápida, pocas razones tenía para estar inquieto, pues desde que *Ruleta rusa* salió a la luz había ofrecido cientos de conciertos por toda España y la complicidad con Viceversa por las fechas de los inminentes conciertos era ciertamente insuperable. Pero si se analiza la situación con un mayor detenimiento y se tiene en cuenta que en aquella ocasión lo que hicieran sobre el escenario del Teatro Salamanca iba a ser immortalizado en un disco y grabado por Televisión Española, que lo emitiría por la primera cadena una semana después de que tuviera lugar, su temor estaba plenamente justificado.

Sin embargo, una vez llegado el día D, Joaquín y sus muchachos no defraudaron. Muy al contrario, desde la primera de las veinte canciones ejecutadas, «Ocupen su localidad», hasta la última, «Eh, Sabina», dieron sobradas muestras de un total dominio del directo y mantuvieron a los asistentes que abarrotaron el recinto tan inmersos en el espectáculo que las más de dos horas y media que duró les supieron a poco. En definitiva, dos conciertos redondos que entusiasmaron tanto al público como a la crítica y que le situaron en un lugar al que muy pocos artistas españoles habían tenido acceso. El periodista Pedro Calvo concluyó de esta manera la crónica que de esos conciertos escribió para *Diario 16* (16.2.1986) bajo el título «De Madrid al cielo»: «Si este Madrid sabe sobrevivir a la desaparición de Tierno (Galván), el mejor cronista de esta Villa podrá seguir poniéndole música a

todos estos vecinos que hoy se unen en el aplauso. El justo reconocimiento siempre ha adornado a los madrileños. Joaquín Sabina y Madrid: una pareja feliz e inseparable». Por su parte, Isabel Gallo tituló su crónica para el diario *Ya* (19.2.1986) «Sabina: el cantautor que supo evolucionar a tiempo», de la que extraigo el siguiente fragmento: «Poco recuerda el Sabina de hoy al de sus comienzos. Con la experiencia que dan los años, su montaje y sus historias han evolucionado. De la guitarra acústica y la armónica al más puro estilo dylaniano, a una banda totalmente roquera. [...] Nos dejamos enganchar por esas canciones que cuentan hechos tan cotidianos y que todos conocemos muy bien».

Sabina contó, además, con la presencia de cuatro ilustres invitados, todos ellos viejos amigos de correrías líricas con los que quiso compartir unos momentos de gloria que eran el resultado del esfuerzo y del talento desarrollados en poco más de un lustro de carrera. El cantante Jaume Sisa, rebautizado como Ricardo Solfa, fue el primero en aportar su singularidad e interpretó con Joaquín, chuleta en mano, la reiterativa y metafórica «Hay mujeres». Luis Eduardo Aute fue el segundo en salir a escena y se marcó junto a Sabina «Calle melancolía», tras lo cual le regaló, ante la muda presencia del anfitrión, que ejerció de emocionado testigo de piedra, «Pongamos que hablo de Joaquín». Javier Krahe aportó la nota más exótica de la velada: ejecutó, con una pluma de indio sujeta a la frente, el tema anti-OTAN «Cuervo ingenuo», que satirizaba la figura de Felipe González y que se ganó una de las mayores ovaciones de la noche. Sabina le ayudó en los coros. Curiosamente, aquella canción no fue incluida en el especial de música que TVE-1 emitió el domingo 23 de febrero de 1986, y no fueron pocos los «malvados», como el propio Joaquín me relató años más tarde, que trataron de responsabilizarle a él de que permitiera la censura con tal de que su concierto fuese televisado. El periodista Pedro Calvo, viejo conocido de Sabina y con el que mantenía una buena relación, escribió lo siguiente acerca de aquel veto político por parte de Televisión Española: «A mí lo que me duele profundamente es que toleraras y guardaras silencio frente a la censura de Televisión Española. ¿Valía la pena dejar que mandaran castigado a la reserva al pobre “Cuervo ingenuo”? Total, solo hubieras vendido unos pocos discos menos. Los silencios. ¿Es duro convertirse en escritor a sueldo de uno mismo? Esto no estaba en el sermón de

tu admirado Bob Dylan. No hablo de moral, ni de *política*. Hablo del *fair play* de un arte popular que se llama canción. Hey, Sabina...» (*Diario 16*, 16.5.1987). El cantante estuvo unos cuantos años sin dirigirle la palabra por aquello.

He aquí un fragmento de la polémica composición:

*Tú decir que si te votan
tú sacarnos de la OTAN,
tú convencer mucha gente,
tú ganar gran elección,
ahora tú mandar nación,
ahora tú ser presidente.*

*Hoy decir que esa alianza
ser de toda confianza,
incluso muy conveniente
lo que antes ser muy mal
permanecer todo igual,
y hoy resultar excelente.*

*Hombre blanco hablar con lengua de serpiente.
Hombre blanco hablar con lengua de serpiente.
Cuervo ingenuo no fumar
la pipa de la paz con tú.
¡Por Manitú!
¡Por Manitú!*

Javier Gurruchaga aportó escenificación en grado sumo al espectáculo; ofició de *showman* a la americana y puso una nota circense en «Adiós, adiós» y «Pisa el acelerador», que consiguieron que hasta el más desapasionado de los espectadores se irguiera y rugiera las canciones de Sabina con la vehemencia que imprimiría un hincha de fútbol tras el gol de su equipo.

Entre los asistentes al primero de los dos recitales se hallaban, entre otros, el alcalde de Madrid, Juan Barranco; el secretario general del PCE, Gerardo Iglesias; los cantantes Miguel Ríos, Ana Torroja y Ana Belén; el actor José Sacristán y los televisivos Concha García Campoy, Ignacio Salas y Paco Lobatón.

Tras aquella experiencia, Sabina se convirtió en uno de los cantantes más contratados de España, y en los meses de verano fue el músico que más galas cerró.

Aquel año pródigo en actuaciones tuvo el mejor colofón posible con el cierre en la plaza de Las Ventas de los *Veranos de la Villa*. En el mítico coso taurino, Sabina tomó la alternativa: actuó allí por vez primera y reunió para la ocasión a veinte mil seguidores que no pararon de bailar y gritar hasta que se marchó con la música a otra parte.

En apenas ocho años, el salto ascendente del autor de «Pongamos que hablo de Madrid» había sido tan grande que ni él mismo se lo terminaba de creer. De hecho, y haciendo gala de su particular manera de venderse, en el mes de octubre de 1986 declaró para diversos medios tinerfeños, con motivo de un concierto que celebró en la plaza de toros de esa ciudad, que él nunca pagaría una entrada para ver una de sus actuaciones. Con dos cojones.

¿Y las ventas? Muy bien, gracias. Las listas de AFYVEGallup recogían a *Los 50 más vendidos*. En el apartado de elepés y casetes —parece que fue ayer—, seis artistas españoles se encontraban entre los diez primeros puestos. El grupo Hombres G encabezaba la lista con su segundo larga duración, *La cagaste... Burt Lancaster*; Víctor Manuel y Ana Belén se situaban en el número dos; José Luis Perales y Mecano en los números seis y siete, respectivamente; Joaquín Sabina en el número nueve, e Isabel Pantoja en el diez.

En noviembre, Sabina fue uno de los artistas invitados al concierto que José Antonio Labordeta ofreció en el Teatro Salamanca de Madrid, que se materializó en un doble disco en directo y un especial para TVE-1. Las grabaciones en directo estaban de moda, pero, salvo *Entre amigos*, de Luis Eduardo Aute, *Rock & Ríos*, de Miguel Ríos (el disco en directo de un cantante nacional que más ha vendido en España) y *Joaquín Sabina y Viceversa*, pocos otros conciertos editados resultaron verdaderamente rentables.

Pero ese año no todo fueron alegrías para él. El 8 de agosto su padre falleció, a los 72 años, en un hospital de Jaén, tras una larga enfermedad. Joaquín se hallaba con él en la habitación cuando ocurrió. No obstante, decidió no suspender el concierto que tenía ese mismo día en Gijón y a la

mañana siguiente viajó otra vez a su tierra natal para asistir al entierro de su progenitor, y enseguida puso nuevamente rumbo al norte para dar un recital en Donostia y, desde allí, y sin apenas descanso, viajar hasta Alicante para cumplir con otro compromiso musical. En esta última ciudad declaró para un diario local (13.8.1986), acerca de la pérdida de su padre: «No me he enterado todavía de que se haya muerto mi padre. Ahora tienes la sensación de que el próximo serás tú».

En lo tocante a la política, aquel fue un año de gran intensidad para él. En una entrevista realizada para la revista *Cambio 16* por la periodista Lola Díaz, Sabina hizo unas polémicas declaraciones que dieron bastante que hablar en los días sucesivos. Ante la pregunta de qué le había parecido el manifiesto que algunos intelectuales y artistas habían firmado a favor de la permanencia en la OTAN, su respuesta fue: «La mayoría de los que han firmado no me han sorprendido demasiado, pero el que me ha dejado helado es Sánchez Ferlosio. [...] No puedo entender que Sánchez Ferlosio, bajo ningún motivo ni bajo ninguna circunstancia, pueda apoyar un bloque militar». Para justificar su postura anti-OTAN se declaró antimilitarista y calificó el gasto armamentístico llevado a cabo por el Gobierno socialista como «una estafa absoluta, absurda, ridícula y siniestra». Cuando la entrevistadora comentó que tal vez existían razones que lo justificaran, el cantante se mostró taxativo: «Es que los que son razonables y entienden eso me parecen unos auténticos hijos de puta. Ese modo de ser razonable es una hijoputez para que nunca nada cambie. El parado que lee en los periódicos los miles de millones que se gastan en armamento, se tiene que poner a cien. [...] Aquí se ha propagado un pánico atroz al hecho de salirnos de la OTAN, porque si sale “no” en el referéndum, Felipe se va a su casa y puede aparecer la desestabilización, cosa que nadie quiere y yo tampoco. Lo que yo quiero es que Felipe se quede y que nos saque de la OTAN, que es lo que nos prometió y por lo que le votamos». Debido a los insultos proferidos hacia aquellos que habían votado el «sí» a la continuidad en la Organización del Tratado del Atlántico Norte, tuvo que pedir disculpas en una misiva que se publicó el 27 de febrero en *Diario 16*, la cual firmó como Joaquín Martínez Sabina. Esta:

«He leído en *Cambio 16* la entrevista que me hizo Lola Díaz y me he quedado literalmente aterrado con el vocabulario insultante que, al parecer, utilicé para referirme a los “razonables” firmantes de la petición del “sí” a la OTAN. Francamente, me avergüenza haber utilizado el concepto “hijos de puta” para, sin pensarlo dos veces, referirme a personas de honorabilidad fuera de toda duda y, en varios casos, amigos míos personales. Estoy dispuesto, si es necesario, a presentarles a todos mis disculpas, uno a uno. En cuanto a la desafortunada palabreja, queda retirada desde ahora mismo. Me temo que, acostumbrado, como buen andaluz, al empleo indiscriminado de “tacos” desprovistos de su sentido literal y sin la carga de veneno e injuria que la letra impresa les añade, no supe diferenciar un comentario feroz, frívolo, injusto y excesivo de unas declaraciones hechas para ser publicadas en una revista de gran tirada. Siento haber contribuido con mi incontinencia verbal a la escalada de la crispación y el insulto personal que asola estos días nuestro país. La opción del “sí” continúa pareciéndome equivocada, pero, en cualquier caso, y, por supuesto, es tan lícita como la del “no”, que va a seguir siendo la mía».

En esa misma entrevista se despachó a gusto con el presidente y el vicepresidente del Gobierno: «En el sentido más negativo, les veo como a unos tratantes de ganado. También veo la cosa pícaro en Felipe y la golfería de Guerra, algo muy andaluz». Pero, tras la cal vertida, lo compensaba con un poco de arena: «En el sentido más positivo, en Felipe, por ejemplo, veo la cosa de la cercanía. Felipe irradia una simpatía que si tú te lo tropiezas en un sitio no te sale tratarle de usted».

Así como en 1982 Sabina pedía el voto socialista —aunque, como ha declarado en infinidad de ocasiones, no les llegó a votar—, en los mítines del cierre de la campaña electoral de 1986 apoyó, junto a otros cantantes como Carlos Cano y José Antonio Labordeta, la candidatura de Izquierda Unida (IU). Al PSOE lo respaldaron con sus voces y carisma Luis Eduardo Aute, Rocío Jurado y Camarón de la Isla, entre otros. En una entrevista publicada en el diario *Mundo Obrero* (19.6.1986), Joaquín manifestó su esperanza, sin por ello despegar los pies del suelo en ningún momento, de que la formación política IU cobrase cada vez más fuerza: «La alternativa se está empezando a construir, mucha gente va a votar a Izquierda Unida, y yo entre ellos, pero me temo que todavía no es ese grupo de izquierda capaz de entusiasmar a un sector de gente suficientemente grande y que de verdad represente una alternativa de poder». A su vez, se lamentaba de la permanencia en la OTAN y

aprovechaba para criticar duramente la gestión política del PSOE: «Bueno, siete millones han dicho que no y el resto se ha dejado impresionar por una propaganda absolutamente terrorista por parte de Felipe González: “Yo o el caos”, eso que llaman la famosa ética socialista. Han hecho terrorismo, un terrorismo de la peor manera y del peor estilo... Aquello que dijo de quién gestionaría el “no” si ganaba... Y, efectivamente, no había una alternativa de izquierda capaz de hacerlo, tendría que haber formado gobierno el Grupo Mixto, [...] pero no sucedió».

En junio de 1986, Antonio Falcón, por aquel entonces comisionado antidroga de Andalucía, acusó públicamente en Almería a Sabina y a Ramoncín de promocionar en sus canciones la cocaína y otras sustancias estupefacientes. Dos meses después, Joaquín le respondió del siguiente modo: «Me gustaría que lo pusieras así, aunque se querellara conmigo, pero creo que el comisionado antidroga de Andalucía es idiota profundo» (*Diario 16*, 27.8.1986). Unos meses después, el 7 de diciembre, volvió a referirse a ese episodio en una larga entrevista publicada por *El País Semanal*: «Lo de la droga es algo tan sin fundamento, tan idiota... Fue el comisionado para la droga en Andalucía quien dijo que Ramoncín y yo alentábamos el consumo de la cocaína. Bien. En mi caso fumo porros con cierta asiduidad, y alguna vez he tomado alguna raya de coca. En el de Ramoncín es que, encima, es abstemio. Pero, bueno, lo que decía ese tío es como si yo cuento la historia de un asesinato y me acusan de ser el asesino...».

Con motivo de las elecciones vascas de ese año, Joaquín Sabina se parafraseó a sí mismo al transformar su celeberrima «Pongamos que hablo de Madrid» en «Pongamos que hablo de Bandrés», como muestra de apoyo al político Juan María Bandrés, presidente de Euskadiko Ezquerria (EE) y candidato a *lehendakari* por dicho partido. La última noche de campaña, finales de noviembre, EE daba un mitin en el frontón donostiarra de Anoeta que contó con una asistencia masiva de adeptos a esa formación política. Allí se escuchó la grabación de «Pongamos que hablo de Bandrés», interpretada por el propio Sabina y por el cantante vasco y ex-etarra Imanol. He aquí una muestra de los cambios realizados por Joaquín a la que entonces era, casi con toda seguridad, la más popular de sus canciones:

*Al pan le llama pan,
y al vino, vino.
A la justicia, «bai», a la OTAN, «ez»,
y al que mata, cobarde y asesino,
pongamos que hablo de Bandrés.*

*Le han llamado traidor, le han calumniado.
Pero tú que lo has visto sabes bien
que el árbol de Guernica está a su lado
pongamos que hablo de Bandrés...*

Ese mismo mes, un grupo de reconocidos cantantes españoles, entre los que se encontraban, además de Sabina, Luis Eduardo Aute, Luis Pastor, José Antonio Labordeta y Caco Senante, así como el escritor y poeta Fernando Quiñones, se sumaron a un acto multitudinario celebrado en Madrid que tenía como fin la petición al Gobierno español del restablecimiento de las relaciones con el Frente Polisario. En él, Hash Ahmed, representante de la Oficina de Relaciones Exteriores del Polisario, solicitó al presidente Felipe González que volviera a ser amigo de los saharauis como cuando estaba en la oposición.

Como colofón a aquel año de gran actividad política, apoyó en las elecciones municipales al socialista Juan Barranco, candidato a la alcaldía de Madrid. En una entrevista concedida al *Periódico de Catalunya* se deshizo en elogios sobre su persona: «Yo estoy encantado con Barranco. Soy de los poquitos que lo dicen. Me gusta eso que tiene Barranco, que no se cree que es el alcalde, que le viene tan grande que no se lo puede creer, el cargo, eso de ir por la calle con guardaespaldas y tal. Esta situación le añade a la política una humildad y una ternura que a mí me gusta mucho».

Además de ofrecer cientos de conciertos por toda España y de participar de forma activa en las numerosas causas políticas ya descritas, a Sabina le quedó tiempo para ejercer el periodismo y la literatura, disciplinas ambas a las que siempre ha estado estrechamente ligado (en el caso de la segunda, sus textos beben de ella). El 19 de mayo, con motivo de las fiestas de San Isidro, escribió un artículo de encargo para el diario *El País* bajo el título «San

Isidro, Madrid y viceversa», en el cual animaba a los lectores a dejarse llevar por el amplio catálogo de ocio de que disponía el foro por esas fechas. He aquí un fragmento:

«Échese unas piezas, sin más, con la parienta en cualquier bailongo de barrio, pero, eso sí, dándole un cierto *cuartelillo* al cuerpo, que para eso están las fiestas, para hacerle un corte de mangas a la soledad, para escupirle en la cara a la tristeza, para acostarse de madrugada, para abrazar a los desconocidos, para mover el culo en los conciertos, para pedir la oreja, para emborracharse un poco, para descontrolar un poco, para colocarse un poco, para divertirse un poco, para enrollarse un poco, para desmadrarse un poco, para revolcarse un poco, para reírse un poco, para enamorarse un poco, para achucharse un poco, para gritar también un poco, para pasarse un poco...».

El 14 de noviembre se presentó en el Palacio de los Condes de Gabia, en Granada, la colección de poesía Maillot Amarillo, editada por la Excm. Diputación Provincial de Granada y dirigida por el poeta Luis García Montero. En aquel acto participaron los autores de los libros que la inauguraban. Los principales fueron Rafael Alberti con *Los hijos del Drago y otros poemas*; Joaquín Sabina con *De lo cantado y sus márgenes*; Benjamín Prado con *Un caso sencillo*, y Javier Egea con *Paseo de los Tristes*, reedición de la obra que en 1982 obtuvo el Premio Hispanoamericano de Poesía Juan Ramón Jiménez.

De lo cantado y sus márgenes constaba de tres partes. En la primera de ellas, «De lo cantado», se incluían las letras de algunas de las canciones que integraban los discos por él editados hasta la fecha, como «Inventario», «Pongamos que hablo de Madrid», «Calle melancolía» o «Princesa»; en la segunda, «De lo que queda por cantar», se recogían cuatro canciones inéditas y «Hay mujeres que arrastran maletas cargadas de lluvia», tema que se incluyó en el doble disco en directo *Joaquín Sabina y Viceversa* bajo el título resumido de «Hay mujeres», y que fue cantado a dúo por Jaume Sisa, alias Ricardo Solfa, y Joaquín Sabina. En la tercera y última, «De sus márgenes», se agrupaban catorce poemas de distinto corte. Este es el titulado *Y acabar luego en el barrio de las putas*:

Y acabar luego en el barrio de las putas

*borrachos y felices
excitados por esa fraternidad estúpida y ruidosa
que solo los excursionistas
y algunos marines americanos
poseen.*

A finales de noviembre vio colmada un poco más su vanidad como artista con la publicación de la biografía *Joaquín Sabina*, obra del crítico musical Maurilio de Miguel. El libro formaba parte de la colección Los juglares, de la editorial Júcar. La presentación tuvo lugar en la madrileña sala de conciertos Elígeme y fue amenizada por los parlamentos del autor, del propio Sabina, de Massiel y de Imanol Arias.

Aquel año su participación televisiva fue menor que el anterior, algo que compensó sobradamente con los más de cien conciertos que ofreció por toda la geografía española. Su aparición en la pequeña pantalla se limitó por tanto a los ya mencionados especiales de música *Joaquín Sabina y Viceversa* y *José Antonio Labordeta* (cuyo disco se tituló *Tú y yo y los demás*), así como al programa de Fin de Año de TVE-1 *Cualquier tiempo pasado fue peor*, donde se encargó de la composición del tema de idéntico título que cantó junto a Miguel Ríos, Ana Belén, Rosa León, Víctor Manuel y Amaya. Poco después se editó en *maxi-single* y los beneficios generados se destinaron al Comité Ciudadano anti-SIDA de Madrid.

También fue incluido en la lista de personajes «Buscamos al hombre 86» de la revista *Dunia* —la misma publicación que ese año le concedió el Premio al Dinamismo y a la Vitalidad— y fue uno de los «hombres más sexies de España» en una encuesta recogida por el semanario *Tiempo*. En esta última, una serie de famosas puntuaron del uno al diez a los seleccionados. Miguel Bosé, Joan Manuel Serrat, el príncipe Felipe y Felipe González fueron, por este orden, los más votados. En ella, Joaquín Sabina iba del «10» concedido por Mayra Gómez Kemp al «1» otorgado por Mila Santana; del «8» de Ángeles Caso y Norma Duval al «4» de Massiel y Ágatha Ruiz de la Prada.

Respecto a su vida sentimental, por aquellas fechas rompió con Lucía, quien legalmente seguía siendo su mujer, y se dejaba ver en todo tipo de saraos en compañía de una rubia con el pelo a lo *garçon* que respondía al

nombre de Nacha, relación que se encargaron de difundir las revistas del corazón.

En resumen, 1986 fue un año decisivo para Joaquín Sabina. Si bien es cierto que en su vida personal tuvo que encajar dos durísimos golpes, como fueron la muerte de su padre y el hundimiento insalvable de su matrimonio — el cual llevaba haciendo agua desde hacía dos años—, en el aspecto profesional se convirtió en uno de los cantantes y compositores españoles de mayor éxito. El doble álbum *Joaquín Sabina y Viceversa* tuvo mucho que ver con eso, ya que, a raíz de su aparición, el público empezó a ver en él a un auténtico artista de directo, un purasangre de los escenarios.

No obstante, él procuraba no echar las campanas al vuelo y prefería mostrarse cauto a la hora de valorar su condición de estrella musical patria. En una entrevista que concedió para el suplemento dominical de *El País* poco antes de que acabara el año, se manifestó en los siguientes términos a propósito de su nuevo estatus: «En este país la gente te considera un colega y, en cuanto subes un escalón, ya eres simplemente un desertor. Incluso los hay tan retorcidos que se creen que la etapa coleguil no era más que una siembra para otra fase en la que hay que dejar atrás los cadáveres de los que no han llegado. [...] Soy como el *Pijoaparte* de Marsé, que siempre está en un sitio que no le corresponde. El colega cree que hablo su lenguaje. Y yo pienso: “Querido, cojo el lenguaje de la calle para devolvértelo literariamente dignificado”. En cuanto a los cultillos... Bueno, esos me obligan a admitir que me he tirado más tiempo en la calle que con los libros, que tampoco soy de los suyos. Siempre me he sentido fronterizo en todo, y no hay modo de superarlo».

Pero su ciclópeo impulso no podría ser ya detenido. Y la salida al mercado de su siguiente disco iba a confirmar que ya no se trataba de una simple promesa, de alguien que se perfilaba como un futuro valor, sino de una incuestionable figura de la canción.

Un poeta musicado que, por fin, era apto para mayorías.

HOTEL, DULCE HOTEL.
DEVUÉLVANME MI FRACASO

«Pero no soy poeta.
No soy más que un registrador consciente.»

VLADIMIR NABOKOV, *Lolita*

La noche del 11 de mayo de 1987, *Hotel, dulce hotel*, el quinto disco de estudio de Joaquín Sabina, fue presentado al público en plenas fiestas de San Isidro; en un Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid al límite de su aforo. Al día siguiente, Álvaro Feito, de *Diario 16*, tituló su crónica del concierto con un rotundo «Sabina superestar» y señaló que «esta superestar de la llamada canción urbana extrae una fuerza interior de descomunal tamaño». La misma noche en que Sabina dio a conocer al numeroso público madrileño sus nuevas composiciones, actuó también el cantante y compositor Lucio Dalla, quien, debido a la insistencia de su mánager, salió a escena una vez acabado el concierto del ubetense. El resultado fue que la gente empezó a abandonar el recinto y que el italiano cantó para cuatro gatos somnolientos. Dalla le dedicó, no obstante, una de sus canciones a Sabina y afirmó que era un verdadero honor actuar junto a un artista como él.

Contrariamente a lo que cabía esperar tras la edición del doble disco en directo *Joaquín Sabina y Viceversa*, y del aluvión de conciertos que le sucedieron por toda la geografía española el resto del año, los cuales mostraban a una sólida banda de músicos que hacía posible el milagro de que

el público bailara los textos de un cantautor devenido en estrella de *rock*, 1987 trajo consigo a un Sabina mucho más reposado, con un disco de claro corte intimista que volvió a desconcertar a una buena parte de sus seguidores.

Según declaró, la mayoría de los temas de su nuevo trabajo surgieron a raíz de que una amiga, una periodista que trabajaba en la revista *Dunia*, le llamó con motivo de una encuesta que estaba realizando sobre canciones de amor y le hizo ver que, tras revisar todos sus discos, no había encontrado una sola que respondiera estrictamente a ese género. Al parecer, aquello le «picó mucho» y se obsesionó tanto con la idea que a los pocos meses casi todo lo que se le ocurría eran composiciones relacionadas con el corazón.

Con ese propósito decidió alejarse del tráfago infernal de Madrid y se embarcó rumbo a la remota isla de El Hierro, en donde se dedicó a escribir durante más de un mes ayudado del envolvente silencio de uno de los parajes más solitarios de las Canarias.

En un principio, y como siempre le ha sucedido, barajó distintos títulos para ese disco: *Hotel, dulce hotel; hogar, dulce hogar, Cómo decirte, cómo contarte* —título de una canción que se incluyó en *Joaquín Sabina y Viceversa*— y *Hotel, dulce hogar*. Finalmente se decantó por *Hotel, dulce hotel*, un enunciado que tenía mucho que ver con su biografía. Así, al menos, lo hizo ver en entrevistas concedidas a distintos medios: «Me ha salido un disco ecléctico, sin línea definida, sin profundizar en nada. Más amor que de costumbre, eso sí que hay. Es un álbum honrado, sereno y maduro, aunque esto último ya me duele decirlo, ya. ¿Soledad? Sí, la hay. Y si le canto es porque me como pocas roscas. Lo del hotel es porque la pasada temporada dormí más en hoteles que en mi casa» (*Imágenes de Actualidad*, junio de 1987). «Los hoteles se han convertido en mi hogar. [...] Me horroriza la imagen de la mujer con rulos y el marido con batín viendo la televisión» (*El Ideal Gallego*, agosto de 1987).

Para la producción de ese disco volvió a echar mano, como en *Juez y parte*, del ingeniero de sonido Jesús Gómez, lo que significaba que era él, el propio Joaquín, quien decidiría cómo iban a sonar las canciones. Cualquier cosa con tal de que no le volviera a suceder lo que en el eléctrico *Ruleta rusa*. De los arreglos se encargaron también Sabina, Gómez y el grupo *Viceversa*.

El quinto disco de creación de Sabina, *Hotel, dulce hotel*, consta de nueve canciones: «Así estoy yo sin ti»; «Pacto entre caballeros»; «Que se llama soledad»; «Besos de Judas»; «Oiga, doctor»; «Amores eternos»; «Mónica»; «Cuernos» y la homónima «Hotel, dulce hotel», tema que cierra el disco.

En la dedicatoria, Joaquín citaba a cinco mujeres: Lucía (de la que se había separado, pero que aún seguía siendo legalmente su esposa); Nacha (su amor saliente, con la que convivió cerca de un año); Encarna (su insustituible secretaria); Isabel (de apellido Oliart, el amor entrante, quien en los años sucesivos daría a luz a las dos únicas hijas del cantante) y Susana (la novia de uno de los músicos de Viceversa). Además, en ella advertía que «el sagaz aficionado encontrará algún verso robado a Scott Fitzgerald (en “Oiga, doctor”), a Camilo José Cela (en “Oiga, doctor”), a Manolo Tena (en “Mónica”) y a Paco Umbral (en “Así estoy yo sin ti”)».

La pieza que abre el disco es la discursiva y bella «Así estoy yo sin ti», un canto a la pérdida de la mujer amada en la que Sabina enlaza toda suerte de imágenes comparativas —es un perfecto ejemplo del uso del símil en una canción— y deja algunos versos para la posteridad:

*Extraño como un pato en el Manzanares,
torpe como un suicida sin vocación,
absurdo como un belga por soleares,
vacío como una isla sin Robinsón.*

*Oscuro como un túnel sin tren expreso,
negro como los ángeles de Machín,
febril, como la carta de amor de un preso,
así estoy yo, así estoy yo... sin ti.*

*Perdido como un quinto en día de permiso,
como un santo sin paraíso,
como el ojo del maniquí.
Huraño como un dandi con lamparones,
como un barco sin polizones...
Así estoy yo sin ti.*

*Más triste que un torero
al otro lado del telón de acero.*

*Así estoy yo, así estoy yo,
así estoy yo... sin ti.*

Como puede apreciarse en el primer verso, «*extraño como un pato en el Manzanares*», Sabina comenzaba el disco en el que se había propuesto no hablar explícitamente de Madrid en ningún momento con una clara referencia a esa ciudad (¿le traicionó el subconsciente?). Si bien es cierto que es el único guiño madrileño que puede encontrarse en ese trabajo. El videoclip, primer promocional de la grabación, fue protagonizado por la actriz Emma Suárez. Algunos meses después de la salida al mercado del disco, la famosa intérprete asistió a un concierto de Sabina en Santander, donde participaba en el rodaje de *Oficio de muchachos*, del cineasta Carlos Romero Marchent. Al término de la actuación fueron juntos a un bar de copas, y unos días después la prensa del corazón publicó unas fotos en las que el cantante y la actriz aparecían retratados en actitud cariñosa.

La canción «Que se llama soledad» es otra muestra de lirismo y tristura que habla de lo sufrante de estar solo y de la necesidad de encontrar a *la mujer*, aunque solo sea por unas horas. Por uno de esos instantes necesarios para saciar la sed del cuerpo y las preguntas del alma:

*Algunas veces vuelo
y otras veces
me arrastro demasiado a ras del suelo,
algunas madrugadas me desvelo
y ando como un gato en celo
patrullando la ciudad
en busca de una gatita
en esa hora maldita
en que los bares a punto están de cerrar,
cuando el alma necesita
un cuerpo que acariciar.*

*Algunas veces vivo
y otras veces
la vida se me va con lo que escribo,
algunas veces busco un adjetivo
inspirado y posesivo
que te arañe el corazón,*

*luego arrojó mi mensaje,
se lo lleva de equipaje
una botella, al mar de tu incomprensión.
No quiero hacerte chantaje,
solo quiero regalarte una canción.*

*Y algunas veces suelo recostar
mi cabeza en el hombro de la luna
y le hablo de esa amante inoportuna
que se llama soledad.*

«Besos de Judas» es una adaptación libre que Sabina hizo tiempo atrás de «Ta liberté», de J. P. Capdevielle. Años más tarde la rehízo, y el resultado es el que se incluye en este disco. Siempre me ha parecido espléndida:

*No soporta el dolor, le divierte inventar
que vive lejos, en un raro país;
cuando viaja en sueños lo hace sin mí,
cada vez que se aburre de andar
da un salto mortal.*

*Cuando el sol fatigado se dedica a manchar
de rosa las macetas de mi balcón,
juega conmigo al gato y al ratón,
si le pido «quédate un poco más»,
se viste y se va.*

*Cuanto más le doy ella menos me da,
por eso a veces tengo dudas,
¿no será un tal Judas
el que le enseñó a besar?*

Pese al tono general del disco, sereno, no podían faltar temas con nervio. «Oiga, doctor» es un irónico *mea culpa* por haber perdido las constantes de un modo de vida propio de un goliardo, y en el que Sabina le pide a un imaginario doctor que lo devuelva a los festivaleros días de «Eh, Sabina» y le inocule una dosis extra de tristeza, puesto que la felicidad lo está matando como creador:

Oiga, doctor,

*devuélvame mi depresión,
¿no ve que los amigos se apartan de mí?
Dicen que no se puede consentir
esa sonrisa idiota.
Oiga, doctor,
que no escribo una nota
desde que soy feliz.*

*Oiga, doctor,
devuélvame mi rebeldía,
ahora que a la carta cenó cada día
y viajo con American Express,
algunas de las cosas,
oiga, doctor,
que imaginaba odiosas,
¿sabe que están muy bien?*

[...]

*Oiga, doctor,
devuélvame mi fracaso,
¿no ve que yo cantaba la marginación?
Devuélvame mi odio y mi pasión.
Doctor, hágame caso,
quiero volver
a ser aquel payaso
con alas en los pies.*

«Mónica» y «Cuernos», también en esa línea lúdica, son composiciones que han caído en el olvido. Sin embargo, la segunda canción del disco, «Pacto entre caballeros», se convertiría en uno de los grandes himnos sabinianos. Un derroche de decibelios y *colegueo* imprescindible en sus conciertos, y en el que volvía a retratar los ambientes de la marginalidad que tanto le tiraban y que ya desarrolló en los clásicos «Qué demasiao» y «Princesa», y en la olvidada «Kung-Fu»:

*No pasaba de los veinte
el mayor de los tres chicos
que vinieron a atracarme el mes pasado.*

*«Subvencionanos un pico
y no te hagas el valiente
que me pongo muy nervioso si me enfado.»*

*Me pillaron diez quinientas
y un peluco marca Omega
con un pincho de cocina en la garganta,*

*pero el bizco se dio cuenta
y me dijo: «Oye, colega,
te pareces al Sabina, ese que canta».*

*Era una noche cualquiera,
puede ser que fuera trece,
¿qué más da?, pudiera ser que fuera martes.*

*Solo sé que algunas veces,
cuando menos te lo esperas,
el diablo va y se pone de tu parte...*

Al final, tras correrse una sorprendente juerga juntos, a la estrella le serían devueltos dinero y reloj, no sin antes hacerle jurar que les escribiría a sus benévolo atracadores una canción en honor a la noche vivida. Algún tiempo después, el periódico obligaba al protagonista de la canción a recordar aquel episodio:

*Hoy venía en el diario
el careto del más alto,
no lo había vuelto a ver desde aquel día;*

*escapaba del asalto
al chalé de un millonario
y en la puerta le esperó la policía.*

Mucha, mucha policía.

Si bien la experiencia que Sabina relata en esa canción nunca tuvo lugar, sí que vivió, en cambio, dos situaciones muy parecidas que le sirvieron como base de inspiración. En la primera, tres individuos fueron a atracarle y, al reconocerle, le dejaron marchar, entre felicitaciones y abrazos propios de

camaradas, sin despojarle de sus pertenencias, y en la segunda le robaron el abrigo en la madrileña sala de conciertos Elígeme y, al ver en la documentación que llevaba que se trataba de Sabina, se lo devolvieron con la cartera intacta.

En general, las críticas que recibió por ese disco fueron buenas. En el diario *El Independiente* señalaron que «Sabina se permite guiñar con soltura y maestría a los seguidores de antaño con sus letras abundantes en lirismos exquisitos y realidades inteligibles, lo que demuestra el gran salto dado por este eterno aprendiz de vivencias interiores». *Showpress* definió aquel trabajo como «nueve piezas bien redondeadas que alternan la vitalidad roquera y la sensibilidad en la narración de los textos. Un Sabina que no defrauda», y *Dunia* —responsable indirecta del espíritu de aquellas canciones— destacó que volvía «el Sabina observador, amante de la soledad y amigo de los fracasados. Retratos de una sociedad de perdedores desde una cumbre en la que empieza a encontrarse incómodo. Un canto a la soledad hecho con honestidad y poesía».

Sin embargo, también fue objeto de críticas adversas; algunas muy duras. En la revista *Primera Línea* lo definían como «el amigo de los delincuentes» —por «Pacto entre caballeros»—, y aun se atrevían a enviarle un mensaje moralizante: «Los chicos de la navaja son mucho menos simpáticos, y su violencia no se suele ejercer contra millonarios y estrellas del *rock*, sino contra gente modesta e indefensa». El remate de aquella crítica oscilaba entre la perplejidad y el diagnóstico: «El que Sabina insista todavía en tratarlos como héroes es muestra de una increíble insensibilidad o de algún complejo de marginado digno de un psiquiatra».

Pero la crítica más cruel —la madre de todas las críticas crueles— la firmó un tal Santi Carrillo para la revista *Rock de Lux*. En un artículo demoledor —uno de los más duros e hirientes, si no el más, que a propósito de Sabina se hayan escrito nunca, y que solo se justificaba como un ataque personal motivado por un intento de acuerdo publicitario que no llegó a cuajar, como el propio Sabina y su mánager de entonces, Paco Lucena, me aseguraron —titulado «Traga quina, Sabina», su autor, más que hablar *sobre* el cantante, lo hacía *contra* él. Extraigo a continuación un largo fragmento de aquel chorro: «De la cantautoría en Malasaña al presunto rockerismo urbano, todo

cargado, eso sí, de un trascendentalismo casero muy asequible al gusto de la generación del PSOE, embodada ella con el adocenamiento más simplón [...]. Cara de trucha mustia marcada por las circunstancias de un acné rebelde, chaqueta de Adolfo Domínguez sobrada de hombros y probablemente comprada en período de rebajas, predicador de batallitas mil robadas al abuelo del *TBO* [...], impresentable párroco sexual [...] de una corriente vital que ahora, al fin, a los 40 años, se acerca con victorias, y casi vengativamente, de un peregrinaje histórico mal llevado, Sabina es, sin remisión, la panacea del mal gusto [...]. Maestro del ripio por centímetro cuadrado [...], de la rima consonante sacada con malas artes de la boca manga, de los puentes temáticos con ínfulas de grandeza, sus baladas son lloriqueantes muestras de una sensibilidad que, como en la mili, se le supone, pero que, fatalmente para él, jamás se le adjudica. [...] Y la voz. Un tembleque de intenciones mayores siempre a punto de desmoronarse a la siguiente estrofa. Ni ritmo ni modulación ni guiños lanzados con picardía, inteligencia o coquetería (y no me refiero a lo que él cree que hace) para ocultar la evidencia de unos recursos planos e insignificantes. [...] Todo un hombre pagado de sí mismo que confiesa robarle versos a Francisco Umbral como si así fuera a ganar más medallas de las que realmente merece su obra (¿obra?). De un tipo así, la verdad, poco se puede esperar».

No obstante, a pesar del veneno expelido por ese periodista, las cifras volvían a estar estruendosamente de su parte: según una información publicada por *Diario 16* el 20 de noviembre de 1987, Sabina se situaba en el puesto número tres de la lista de superventas gracias al sencillo «Pacto entre caballeros», tercero del disco, que por entonces ya era platino. Unos meses después, las ventas rondaban las cuatrocientas mil copias.

A sus 38 años, casi cuarentón, Joaquín Sabina había superado con creces sus sueños de éxito más optimistas. Un éxito impensable, desde luego, para aquel muchacho que, tras realizar el servicio militar recién llegado de Londres, se instaló en Madrid con la intención de probar suerte. Y una vez en la cima comprendió que la fama tiene sus inconvenientes. O lo que es lo mismo, que los ricos también lloran. En junio de 1987 comentó para un diario valenciano, a propósito de la popularidad adquirida: «No, no me digas que mi carrera ha dado un vuelco. Más bien creo que sigo haciendo y siendo el

mismo. Solo que todo se ha complicado. No tengo tiempo libre. Y eso me agobia bastante. Digamos que he pasado de ser un segunda división a un primera, y en muchos momentos resulta preocupante, porque no era lo previsto. [...] Seguir de una forma equilibrada hubiera sido más razonable. No me gusta ser un escaparate. Sabía que mis canciones algún día llegarían a un número mayor de gente, pero no al gran público de forma tan rápida». Palabras que amplió un par de meses después para el diario gijonés *El Comercio*: «Era más feliz cuando actuaba, junto a Javier Krahe, en La Mandrágora. Ahora me resulta más difícil salir a tomar unas copas después de una actuación y contactar con gente porque todo el mundo te conoce».

Una buena parte de su antiguo público le recriminaba que se hubiera convertido en un superventas, y aun hubo quienes le acusaron de venderse a la rentable y difícilmente rechazable comercialidad. De hecho, en aquellas fechas su caché por actuación era de tres millones de pesetas (dieciocho mil euros), uno de los más altos de España, solo superado por Serrat y Rocío Jurado. Por si eso no bastara, un par de meses antes de que *Hotel, dulce hotel* viera la luz, Joaquín renovó su contrato editorial con BMG-Ariola —la discográfica con la que había editado sus tres últimos trabajos— por otros cuatro años y se comprometió a publicar con ellos cuatro discos más, uno por año. El contrato fue millonario. La revista *Época*, en una reseña titulada «Joaquín Sabina, la acracia dorada», con fecha del 8 de junio de 1987, señaló que «Joaquín Sabina, el cantautor ácrata, el juglar del nuevo Madrid, el ácido luchador contra la sociedad establecida [...] parece que está haciendo la campaña electoral al PSOE. A tres millones al día —según fuentes— y con el compromiso de no actuar para ningún otro partido ni hacer galas por su cuenta. Eso sí, TVE, sin que su actuación estuviera prevista en los planes de este programa, le ha incluido en *Sábado Noche*. Sabina, en los estudios Roma, se hizo el divo y criticó las “pésimas instalaciones” de sonido. [...] Ya hay quien le critica que hasta en el ámbito sentimental haya optado por Isabel Oliart, hija del exministro Alberto Oliart, hoy consejero de banca».

El 19 de junio, Sabina dio un emotivo concierto en la plaza de toros Monumental de Barcelona. Y el hecho de que fuese especial se debió a que aquel día la banda terrorista ETA había colocado un artefacto explosivo en el supermercado Hipercor de esa ciudad, un atentado que se saldó con quince

mueertos. En un principio se planteó anularlo, pero en el último momento decidió seguir adelante y lo justificó con la siguiente frase: «La muerte es una canallada nazi y fascista venga de donde venga, y la única manera de que no nos callen es esta, seguir cantando» (*El Periódico de Catalunya*, 21.6.1987).

Un mes después escribió un artículo de encargo para la revista *Panorama* sobre la histórica actuación del grupo irlandés U2 en el estadio Santiago Bernabéu de Madrid —Bono ha hablado de ella varias veces como una de las mejores de su carrera, y la más multitudinaria hasta entonces—, el cual tituló «U2. Un concierto ecuménico». Sabina afirmó que «sorprendía ver a las noventa mil personas que abarrotaban el Bernabéu entregándose sin condiciones al éxtasis de unas canciones cuyas letras hablan de lo duro que resulta encontrar el Reino de Dios en la Tierra».

En agosto escribió también para la prensa un artículo sobre su colega y amigo Serrat, con quien coincidió por tierras alicantinas, en donde se encontraban de gira. Lo tituló «Pongamos que hablo de Serrat», y estas son algunas de las definiciones que hizo de él: «Si se presentara a las elecciones en Argentina es muy probable que las ganara. No pasaba algo así, en el Río de la Plata, desde Gardel. Ni aquí desde doña Concha Piquer. Naturalmente que hablo de Serrat. ¿De quién si no? No en vano es el único cantante que ha sabido meterse en el corazón y en la memoria sentimental de varias generaciones de españoles y latinoamericanos. [...] Le basta con salir al escenario para que, inmediatamente, las chicas quieran ser sus novias, las señoras sus madres, los chavales sus “colegas”, todos sus cómplices. Es el amigo, el hermano, el “tronco”, el “noi”, el “nano”. Uno, qué quieren que les diga, se siente orgulloso de pertenecer a un oficio que produce tipos como este».

Ese verano la muerte volvía a cebarse con una persona muy querida por él: su suegro, Francisco Correa, el padre de Lucía, su ex, a la cual seguía legalmente unido. La noticia le llegó mientras estaba en Gijón, la misma ciudad en la que un año antes, por esas fechas, dio un concierto tras la muerte de su padre. Acerca de tan siniestra casualidad, declaró lo siguiente para el diario *El Comercio* (8.8.1987): «En Gijón tengo un gafe extraartístico totalmente al margen de la gira y las actuaciones». Cuando recordó el recital

que ofreció el día de la muerte de su padre, dijo: «Aquel concierto lo recuerdo como uno de los mejores de todo el verano y una de las actuaciones que más me gustaron. De todas formas, no creo que vuelva a Gijón por estas fechas».

En octubre, y tras un verano plagado de actuaciones, decidió tomarse un año sabático. Y aunque dejó de dar conciertos, colaboró en distintos proyectos.

Escribió la banda sonora para la película *Sinatra, un extraño en la noche*, dirigida por Francesc Betriu y basada en la novela homónima del escritor bonaerense Raúl Núñez. En un principio, Sabina la iba a protagonizar, pero en el último momento se lo pensó mejor y decidió no adentrarse en un campo, el de la interpretación, que le era por completo desconocido. Alfredo Landa fue quien finalmente la protagonizó, y la actriz encargada de darle la réplica fue Maribel Verdú. No obstante, Sabina interpretó un pequeño papel: el de un imitador de Groucho Marx que regentaba un cabaré cutre en el que trabajaba *Sinatra* (Alfredo Landa). Sabina declaró en tono jocoso para *El Periódico de Catalunya* que «lo de encarnar a este Groucho Marx tiene una explicación cinéfila y filosófica clara: yo he sido siempre un marxista de la tendencia progrouchiana».

Además, en 1987 Ediciones Experimentales, la editorial del Instituto de Bachillerato de Rute (Córdoba), publicó el libro *Subjetivo y arbitrario*, una selección de canciones de Joaquín Sabina realizada por los estudiantes de ese centro.

Ese año, CBS publicó sin su consentimiento el disco recopilatorio *Joaquín Sabina y todos sus éxitos*, que reunía diez canciones de *Malas compañías* y *Ruleta rusa*.

En cuanto a las composiciones para otros artistas, escribió las letras de cuatro temas del disco *Ellos las prefieren gordas*, de la Orquesta Mondragón. Uno de ellos, «Corazón de neón», se convirtió en un gran éxito. Aparte de él, colaboraron también el ya difunto poeta Eduardo Haro Ibars, hijo del periodista y escritor Eduardo Haro Tecglen, el escritor Vicente Molina Foix y el periodista Ángel S. Harguindey.

El primer día de noviembre, Juan Marsé escribió en su sección «Señoras y Señores» del diario *El País* los retratos de Joaquín Sabina y Charo López. He aquí un fragmento del primero, el cual debió de hacerle mucha ilusión a su

destinatario, gran admirador de Marsé:

«Un hombre enjuto y aguileño con cara de tener algunas recónditas cicatrices en el cuerpo, como los toreros, costurones de antiguos lances con la vida, con los sueños y las quimeras. [...] Hay en su rostro afilado, incisivo, un tenso dinamismo, una afable disposición anímica que proviene sin duda de un ritmo sentimental interior, una palpitación poética. “Preferir la navaja a la pistola, / el vino peleón al jerez fino, / el infame pañuelo a la corbata, / una Venus de Murcia a la de Milo”, dice aviesamente en un poema. Ocasionalmente deja traslucir una cualidad pijoapartesca, esa combinación de encanto personal y desajuste con la vida que caracteriza al marginado y al poeta».

Ese escrito se incluyó en el libro *Señoras y señores* que fue publicado justo un año después en la editorial Tusquets, y en el que se recogían a su vez semblanzas de Juan Pablo II, Paul Newman, Pedro Almodóvar y Margareth Thatcher, entre otros.

En la revista *Primera Línea*, en una nota bastante cachonda sobre las «Grandes Petardas de la Historia», incluyeron a Sabina en el apartado «Superpetardas». Junto a él aparecían, entre otros, Franco Battiato, Mr. T (el negro cachas y hortera del televisivo *Equipo A*), Prince, Hitchcock, Almodóvar, Terenci Moix, Fernando Sánchez Dragó, Manuel Vicent, Lady Di, Jackie Onassis, David Bowie y Nana Mouskouri.

En lo tocante a la política, en junio de 1987 Sabina apoyó la candidatura de Juan José Gordillo, de Izquierda Unida (IU), para la alcaldía de Úbeda, dentro de las elecciones municipales celebradas ese año. Por tal motivo, el cantante ofreció, acompañado de Viceversa, un concierto en el polideportivo municipal de su pueblo, en una fiesta-mitin que se celebró el 2 del mismo mes y que contó con una asistencia masiva de ubetenses que no quisieron perderse la actuación de aquel paisano que había conseguido triunfar en el difícil mundo de la canción.

Aquella fue una de las últimas actuaciones que realizó junto a Viceversa, pues eran ambiciosos y tenían sus propios planes como grupo. De ese modo, y con la bendición de Joaquín, editaron a principios de ese año, bajo el sello discográfico Virgin, un disco con seis temas que llevó por título *Viceversa*. Esta formación no consiguió, sin embargo, prosperar, y, al poco, se extinguió como tantos otros grupos que prometían grandes gestas y que por

desavenencias o mala cabeza, o ambas cosas, cayeron en el olvido. El guitarrista Pancho Varona, miembro fundador de Viceversa, a pesar de participar en esa grabación prefirió seguir junto a Joaquín, y vive Dios que acertó de pleno con aquella elección.

Sabina, que por aquellas fechas ganaba mucha pasta, se pudo permitir el lujo de convertirse en empresario de un local de actuaciones, como Humphrey Bogart en *Casablanca*. A finales de ese año se asoció con Pedro Sahuquillo y Víctor Claudín para gestionar la sala de conciertos Elígeme, un referente de las actuaciones independientes de los años ochenta y principios de los noventa que estaba situada en la calle de San Vicente Ferrer, en el corazón del revolucionario barrio de Malasaña. Aquel local contaba, además, con un pequeño sello discográfico del mismo nombre que nació con el loable propósito de dar salida a aquellos trabajos de artistas de talento que en ese momento no tenían posibilidades de publicar en las grandes compañías (Manolo Tena editó en él su disco *Tan raro*, y Javier Krahe un doble disco en directo, *Elígeme. En directo*). El citado Krahe, Luis Eduardo Aute, Javier Ruibal, Moncho Alpuente, Javier Pastor, Ricardo Solfa, El Gran Wyoming, Carlos Tena, Viceversa y otros muchos artistas y personajes cercanos a la órbita de Joaquín, hicieron de aquel lugar su cuartel general. Andando el tiempo, Sabina me confesó que los mentados Sahuquillo y Claudín le habían estafado de mala manera y que si se los encontraba por la calle les retorcería el cuello lentamente. Pero, a pesar de aquello, esa experiencia le mereció la pena, aunque solo fuera porque allí conoció a la futura madre de sus hijas, Isabel Oliart Delgado de Torres, hija de Alberto Oliart, exministro de Industria y Defensa de la UCD, y siete años menor que él.

Habían transcurrido ocho años desde que arribó a Madrid procedente de Palma de Mallorca; ocho años desde aquellos días en los que andaba a la cuarta pregunta, con una mano delante y otra detrás, más *tieso* que la mojama, y en los que no dejaba de preguntarse si había hecho lo correcto al desestimar la tentadora oferta de empleo fijo que le hizo el director del diario *Última Hora*. Por eso le agradaba pensar, aunque con ciertas reservas, que no se había equivocado y que ya era un artista reconocido en su país. Alguien que no tenía que preocuparse de si conseguiría comer al día siguiente, situación que tantas veces padeció en su etapa británica.

Había hecho realidad sus sueños. No solo vivía bien, muy bien, con aquello que más le gustaba, sino que, además, la gente empezaba a venerarle, a tratarle de artista especial, hombre sensible, poeta.

Pero lo de poeta era algo que no terminaba de cuadrarle. En una entrevista publicada en *El Correo Gallego* el 8 de agosto de 1987, lo dejó bien claro: «No escribo poesía, escribo letras de canciones», y a modo de justificación añadió: «Hay pocos poetas que escriban letras de canciones».

Poeta o no, registrador brillante.

Poeta o no, observador incisivo de su entorno, alma herida.

Un corazón errante en busca de la canción total, de la rima perfecta, del verso cantable que sobreviviera, prístino, al inclemente y voraz paso de las modas.

***EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS. ¿QUIÉN
ME HA ROBADO EL MES DE ABRIL?***

Sucede que me canso de ser hombre.

PABLO NERUDA, *Walking around (Residencia en la Tierra)*

«Con el éxito de un disco como *Hotel, dulce hotel* el público que me sigue ha aumentado de manera descontrolada. Con unas ventas globales en torno a las cuatrocientas mil copias, ha sido importantísimo en todos los sentidos. Pero lo considero una locura y espero que no vuelva a suceder por el bien de mi propia salud mental.» Joaquín Sabina reconocía con estas palabras la trascendencia que aquel trabajo discográfico había tenido para su carrera, pues lo convirtió en uno de los artistas más populares y mejor pagados de España. Alguien que percibía trimestralmente cerca de cinco millones de pesetas tan solo en concepto de derechos de autor. Y si confesó que no le apetecía lo más mínimo repetir esa experiencia fue porque el asfixiante trajín de su nueva vida de triunfador le impedía hacer las pequeñas cosas que más le gustaban. Cosas bien sencillas, como pasear solo por las calles del centro de Madrid y tomar copas en compañía de sus amigos, ya que la gente se le echaba encima para pedirle autógrafos, abrazos, besos, fotos —y eso que aún no existían, por suerte para él, los implacables móviles— y todo aquello que puede provocar la presencia de una estrella en medio de la multitud.

Tal vez por ello, y con el fin de combatir su condición de superventas, retornó a los agridulces días de juventud y conjuró a los fantasmas que anidaban en el fondo de su alma para que su nuevo disco de estudio, el sexto,

rezumara bilis y amargura suficientes como para que a su lado una antología de tangos o fados pareciese un disco de chirigotas.

Sabina se encargó de dejar constancia del tono descarnado de su nuevo trabajo en declaraciones a distintos medios: «Es el elepé más serio, menos comercial y con más sentido que he hecho en mi vida. Después de acabar cada nuevo trabajo, a mí me queda como una sensación de desamor, de desafecto, por no decir odio acerca de él. Me ha pasado siempre, incluso con el anterior, *Hotel, dulce hotel*. Pero ahora no: todavía me encuentro en luna de miel con su contenido. [...] Quiero reconducir la situación en mis conciertos: menos chavales de catorce años en las primeras filas y más público con las orejas abiertas, a favor o en contra, pero apreciando o discutiendo lo que hago» (*El Independiente*, 9.9.1988). «Este disco es especialmente siniestro y macabro. Son doce historias de las que por lo menos diez son absolutamente pesimistas, porque la realidad es una absoluta desmesura. Me divierte pensar cómo va a marchar. Del último se vendieron cuatrocientas mil copias, y de todas ellas supongo que hay cincuenta mil que son mi público, y las otras trescientas cincuenta mil han comprado el disco que hay que comprar. [...] Me divierte y me interesa saber si son capaces de tragarse esas historias tristes, demoledoras, que no tienen nada que ver con los parámetros del éxito mayoritario» (*Guía de Madrid del Diario 16*, septiembre de 1988). «Me ha salido un disco tristísimo» (*Dunia*, septiembre de 1988).

Aunque se difundió en numerosas publicaciones que su título sería *Trapos sucios* —tras descartar otros como *Canciones del más acá*, *Parece mentira* o *El amor en los tiempos del sida*—, Sabina se decantó por *El hombre del traje gris* inspirado en el título de la película de Nunnally Johnson *The Man in the Gray Flannel Suit*, en la que un individuo llamado Tom Rath —memorable interpretación a cargo de Gregory Peck—, que vive atormentado por su pasado —mató a varios hombres durante la Segunda Guerra Mundial, a uno para quitarle el abrigo, y dejó embarazada a una mujer en Roma—, lleva una existencia gris de estadounidense de clase media. Un padre de familia al que su mujer presiona para que gane más dinero y que tiene que soportar a su jefe en la emisora de televisión en la que trabaja.

En el vinilo aparecían nueve canciones, mientras que en la casete y el disco compacto sumaban un total de doce: «Eva tomando el sol»; «Besos en la frente»; «¿Quién me ha robado el mes de abril?»; «Una de romanos»; «Juegos de azar»; «Locos de atar»; «Nacidos para perder»; «Peligro de incendio»; «¡Al ladrón, al ladrón!»; «Cuando aprieta el frío»; «Los perros del amanecer» y «Rap del optimista».

Tres de los temas en él incluidos, «Los perros del amanecer», «¿Quién me ha robado el mes de abril?» y «Nacidos para perder», fueron dados a conocer algo antes en la película *Sinatra, un extraño en la noche*, y los restantes fueron escritos entre la portuguesa isla de Madeira, Las Palmas de Gran Canaria, El Monasterio de El Paular y «ciertos bares de Madrid de cuyos nombres no quiero acordarme», como el propio autor reseñaba en el libreto que acompañaba al disco.

De la producción se encargaron Antonio García de Diego y Pancho Varona, los músicos más fieles y solventes que han acompañado a Joaquín, además de Luis Fernández Soria y del propio Sabina. Los arreglos llevaban la firma de Javier Mora y de los citados García de Diego, Varona y Sabina.

Todas las canciones de *El hombre del traje gris* fueron registradas en la editorial musical Ripio, S. L., fundada por Sabina, Varona y una hermana de este, Gloria, también compositora. A partir de ese trabajo, y ya hasta 1996, todos los temas de Sabina fueron registrados en esa sociedad.

La pieza que abre el disco, «Eva tomando el sol», es una bella composición, con letra de Joaquín y música de este y de Pancho Varona, en la que se alternan episodios de su época londinense —cuando la necesidad le obligó a ejercer de *squatter* u *okupa*— con otros nunca vividos en propia piel, como lo de cantar en la madrileña calle Preciados (¿un guiño a *Pulgarcito*, quien dio a conocer «Qué demasiao» y quien sí que tocaba en esa calle?). Lo que sí se aprecia es que él es, aunque deformado, el propio Adán, y Eva quizá un compendio de su ya lejanísima novia Sonia Tena, Lucía y de algunas otras que tan solo Sabina sabe quiénes son:

*Todo empezó cuando aquella serpiente
me trajo una manzana y dijo «prueba».
Yo me llamaba Adán, seguramente
tú te llamabas Eva.*

*Vivíamos de squatters en un piso
abandonado de Moratalaz,
si no has estado allí no has visto el paraíso
terrenal.*

[...]

*A Eva le gustaba estar morena
y se tumbaba cada tarde al sol,
nadie vio nunca una sirena
tan desnuda en un balcón.*

*Pronto en cada ventana hubo un marido
a la hora en que montaba el show mi chica,
aunque la tele diera en diferido
el Real Madrid-Benfica.*

*Un día la víbora del entresuelo
en trance a su consorte sorprendió,
formó un revuelo y telefoneó
al cero noventa y dos.*

*Y como no teníamos apellidos,
ni hojas de parra, ni un tío concejal,
ni más Dios que Cupido,
no sirvió de nada protestar.*

*Eva tomando el sol,
bendito descontrol,
besos, cebolla y pan...
¿qué más quieres, Adán?*

[...]

*Hoy Eva vende en un supermercado
manzanas del pecado original;
yo canto en la calle Preciados,
todos me llaman Adán.*

En «¿Quién me ha robado el mes de abril?», la mejor canción del disco —de hecho, es la única de ese trabajo que aún interpreta en sus conciertos—, se aprecia de nuevo la influencia del viejo Dylan. Concretamente, de su legendaria «Knockin’ on Heaven’s Door» (Llamando a las puertas del cielo). Ese enunciado, a pesar de no alcanzar la misma repercusión que «Pongamos que hablo de Madrid», se ha utilizado en incontables ocasiones, tanto para titular artículos en prensa como en la conversación. Es, sin duda, una de las composiciones más amargas de Sabina:

*En la posada del fracaso,
donde no hay consuelo ni ascensor,
el desamparo y la humedad
comparten colchón.
Y cuando por la calle
pasa la vida como un huracán,
el hombre del traje gris
saca un sucio calendario del
bolsillo y grita:*

*¿quién me ha robado el mes de abril?,
¿cómo pudo sucederme a mí?
Pero ¿quién me ha robado el mes de abril?,
lo guardaba en el cajón
donde guardo el corazón.*

[...]

*El marido de mi madre
que en el último tren se largó
con una peluquera
veinte años menor.
Y cuando exhiben esas risas
de instamatic en París,
derrotada en el sillón
se marchita viendo Falcon Crest
mi vieja, y piensa:*

¿quién me ha robado el mes de abril? ...

«Juegos de azar» es, como su título indica, una historia de encuentros y desencuentros entre dos amantes ocasionales. En el transcurso de una entrevista le pregunté a Joaquín por qué razón no la incluía en ninguno de sus conciertos y me contestó que era un tipo de canción «fácil» de la que trataba de huir. Pancho Varona me contó años después que, en su día, era uno de los temas favoritos de Sabina:

*Recordarás la primera vez
que con su trajín nos juntó la vida,
llamaste al timbre para vender
libros sobre razas desconocidas...
¿Qué nos sucedió,
que acabamos desnudos jugando abrazados sobre el parque
al juego del amor?*

*Luego te marchaste sin dejar ni un papel
con tu nombre y tu dirección,
alguien te esperaba donde siempre a las tres
y eran ya más de las dos.*

[...]

*Y la rara historia otra vez se repitió
unos cuantos años después,
en taquilla te habían dado la fila dos
y a mí me dieron la tres.*

La canción «Nacidos para perder» —dedicada «a la memoria de Francisco Correa, que la habría entendido como nadie», el padre de su mujer, Lucía— es un crudo retrato de los fracasados, de los perdedores a los que él tanto ha cantado, a pesar de haberse convertido en uno de los más notables ejemplos de artista triunfador:

*«Soy del color de tu porvenir»,
me dijo el hombre del traje gris;
«no eres mi tipo», le contesté,
y aquella tarde aprendí a correr.
Al pisar la estación
le abrí la jaula a mi corazón.*

*Tras las montañas estaba el mar,
la noche, el vértigo, la ciudad,
el mundo a cambio de una canción
me daba un plato, un beso, un colchón.*

[...]

*Prima del alma, desnúdame
del traje gris de la multitud,
devuélveme al camino del sur,
al país de la niñez
donde uno y uno sumaban tres.*

Cerraba el disco su «Rap del optimista», que tenía muy poco de rap y, en cambio, un inconfundible sonido *reggae*. El final no tiene desperdicio:

*Ya quisiera yo, en lugar de este reggae,
haber escrito «Rapsodia en blue»,
«Chelsea Hotel», «Guantanamera»,
«Tatuaje» o «She Loves You» (yeh, yeh, yeh),
«Pedro Navaja», «Like a Rolling Stone»,
«Dos gardenias para ti»,
«Mira que eres canalla», «No hago
otra cosa que pensar en ti»,
«Marieta», «La estatua del jardín botánico»,
«Moon Over Bourbon Street».
Qué culpa tengo si a lo más que llego
es a «Pongamos que hablo de...»...
«Pongamos que hablo de...»...*

*«Pongamos que hablo de...»... Maní.
Si te quieres con tu novia divertir...*

La presentación de *El hombre del traje gris* tuvo lugar el 9 de septiembre de 1988 ante más de veinte mil personas en la plaza de toros de Las Ventas, con motivo del cierre de los *Veranos de la Villa*. Una experiencia que Sabina ya había vivido un par de años atrás, después de la grabación del doble disco en directo *Joaquín Sabina y Viceversa*.

En el diario *ABC*, Benjamín Ojeda resaltó de aquella noche que «Sabina trabajó bien un concierto cargado de simbolismo profesional». En *Diario 16*, Pedro Calvo —ya de nuevo amigo suyo— señaló que «el espectáculo no se apoya en desbordamientos tecnológicos, rehúye esta dirección porque la clave de Sabina está en su nada forzada naturalidad». Y también para *Diario 16*, Ignacio Amestoy escribió: «Cuando Joaquín Sabina se pone a cantar, pasa que los hilos de la garganta se nos hacen un tirabuzón alrededor del alma de trapo que llevamos dentro».

Ese mismo mes inició una multitudinaria gira por México, Argentina y Venezuela para dar a conocer aquel disco, la cual concluyó, con períodos de descanso entre medias, en abril de 1989.

Era esa la primera vez que pisaba suelo mexicano y venezolano. No ocurría lo mismo con Argentina, en donde ya había estado a principios de 1988 para presentar *Hotel, dulce hotel*, con el que obtuvo un gran éxito. En ese país hablaban de él como del «rival de Serrat» y aseguraban que en España ya había superado, sobradamente, las ventas del catalán. En Caracas, la respuesta del público fue también entusiasta. En el diario *Ya* recogían que «el cantante español Joaquín Sabina, cumpliendo con lo que había prometido, “quemó” Caracas en un concierto ofrecido en la capital venezolana». Y es que, en una rueda de prensa concedida en la capital de ese país, Sabina afirmó que había viajado hasta allí con el objetivo de «prender fuego a Caracas», al tiempo que se definía como «un estafador profesional» y añadió: «Ni canto ni sé tocar, pero a la gente le gusta lo que hago y así me gano la vida».

En cuanto a México, su paso por allí fue literalmente explosivo, puesto que en el Auditorio Nacional de la capital azteca, y como consecuencia del elevado precio de la reventa —de ocho mil pesos, que era el precio oficial por entrada, a los treinta mil que pedían los revendedores—, su actuación acabó con numerosos heridos y detenidos, algo que luego negaron las autoridades de ese país. En el diario *El Universal* se preguntaban: «¿De dónde habían obtenido tanto boletaje los revendedores si el butaquerío del Auditorio para ese entonces ya se encontraba completamente lleno?», para concluir, resignados: «La respuesta no la obtuvimos, ni la obtendremos, mientras que las autoridades sigan permitiendo que estos infames sujetos violen la ley de manera tan impune y causen problemas como el de esa noche». El diario *La*

Jornada se sirvió de aquel incidente para titular su crónica del concierto con un guiño a «Pacto entre caballeros»: «Joaquín Sabina en un concierto con mucha policía».

Además de defender su último disco por las geografías española y latinoamericana, en 1988 escribió canciones para distintos artistas españoles.

En primer lugar, le regaló a Sara Montiel la letra de «Fúmame, fúmame» —Joaquín, que es un cachondo—, canción que fue interpretada por la en su día mito erótico y por el siempre histriónico Javier Gurruchaga, y que se incluyó en el disco, de título juguetón, *Purísima Sara*. En él participaron también Carlos Berlanga, entonces en Alaska y Dinarama, José María Cano, de Mecano, y Alberto Cortez.

Por otro lado, creó para Ana Belén la bellísima «A la sombra de un león», que tituló el disco que la cantante y actriz española editó aquel año. Una canción que Sabina recuperó con acierto, casi diez años después, para la gira acústica *En paños menores* y, ya en 2000, para la *tournee Nos sobran los motivos*, donde la cantaba a dúo con la vocalista Olga Román.

Participó, además, junto a Sara Montiel, Luis Eduardo Aute y Moncho Alpuente, en la grabación de «Todos por el humo», un tema compuesto por el último como una apología del consumo de tabaco. El estribillo rezaba: «Fumar es un placer sensual, un derecho natural».

Ese año, la revista del espectáculo *Showpress* le hizo entrega de una placa en la ciudad de Barcelona por ser el artista más contratado de España en 1987. En aquel acto estuvo presente su colega y amigo Joan Manuel Serrat.

En abril de 1988 fue uno de los muchos artistas —Luz Casal, Aute, Serrat, Martirio...— que se sumaron al festival de apoyo a Radio Romántica, una emisora que, dirigida por el periodista Jesús Quintero, más conocido como El Loco de la Colina, tuvo que cerrar por carecer de la licencia necesaria para poder emitir. Ese festival fue, en realidad, un acto simbólico que tenía como fin que el Gobierno repartiera de una vez las dos mil licencias que la Unión Europea de Radiodifusión le había concedido a España. Para justificar su presencia allí, Sabina declaró: «Los cantantes nos solidarizamos con un tipo que está loco y con una emisora que se llama Romántica». Un argumento difícilmente refutable.

En septiembre actuó en La Coruña dentro del XXII Festival del Grupo de Minusválidos, el cual contribuyó a los gastos de la campaña de integración social de esa agrupación.

Un mes después, el 18 de octubre, actuó en la cárcel Modelo de Barcelona ante más de mil quinientos reclusos de todas las galerías. Al final del concierto leyó los nombres de los seis presos que salieron en libertad y añadió: «Daría una pierna para que fuesen seis mil». Aquella experiencia le impresionó mucho, y reconoció que evitó la demagogia: «Podía haber cambiado mi forma de actuar y decir algunas cosas fáciles, pero ante ese público no he querido optar por el paternalismo ni por decir gilipolleces».

En el plano sentimental seguía unido a Isabel Oliart. En una entrevista concedida a la revista *Tiempo*, en noviembre de 1988, se mostró muy molesto por los «maledicentes» comentarios vertidos sobre su relación con ella: «No es la hija de un ministro, es una joven que se llama Isabel. No tiene nada que ver. [...] De su parte familiar no opino, porque no influye para nada en mí. Yo me fui de casa a los dieciocho años y no he vuelto nunca, no voy a pedir carné de identidad a nadie a estas alturas». Cuando el entrevistador le preguntó si podía existir algún tipo de abismo entre ellos, Sabina le contestó: «No hay ninguno, y cualquier abismo de este tipo se acaba, desde luego, en una cama. Me he pasado la vida queriéndome tirar a todas las chicas que han pasado por mi lado, pero nunca me ha apetecido tirarme a sus padres. Y respecto a un reportaje que publicasteis hace poco, hay muchas inexactitudes, como que ha tenido institutrices, o que es una rica heredera. Lo más seguro es que yo tenga más dinero que su padre».

El 17 de abril de 1989, casi tres años después de que su padre muriera, falleció su madre, Adela, con lo cual se quedó del todo huérfano. Y ese verano obtuvo el divorcio de Lucía Inés Correa Martínez, con quien se casó el 18 de febrero de 1977 en Palma de Mallorca, aunque ambos vivían separados desde 1985.

En cuanto a la política, en noviembre de 1989 participó en el que vino a llamarse *Concierto contra el miedo*, el cual se celebró en el Polideportivo de Anoeta de San Sebastián. En él, los mismos cantautores que se manifestaron contra la dictadura franquista, los mismos que recibieron con entusiasmo la noticia del atentado que acabó con la vida del presidente del Gobierno,

Carrero Blanco, se solidarizaron con el cantautor vasco Imanol, amenazado de muerte por la banda terrorista ETA. Sabina declaró que las amenazas vertidas contra Imanol «son el colmo de lo siniestro», y añadió que se trataba de un festival «a favor de la vida, de la libertad de circulación de las ideas y la expresión contra la coacción y la amenaza», ya que, según dijo, «una sociedad no es sana mientras haya miedo y no pueda expresarse libremente». Además de Sabina actuaron otros cantantes y compositores, como el propio Imanol, José Antonio Labordeta, Elisa Serna, Pi de la Serra, Paco Ibáñez, Luis Eduardo Aute, Luis Pastor, Amaya Uranga, Rosa León y un sembrado Enrique Morente —tan querido y admirado por Joaquín— que causó sensación por su heterodoxa y bella forma de interpretar el flamenco.

Para cuando *El hombre del traje gris* salió al mercado, Sabina ya era un artista de primer orden en nuestro país. Alguien que no terminaba de dar crédito a su nueva condición de ídolo nacional. Por si eso fuera poco, a raíz de ese disco comenzó a viajar por Latinoamérica, un continente con un enorme potencial. Pues incluso artistas españoles que ya habían agotado el predicamento del que años atrás gozaron en su tierra de origen, hacían su agosto exportando canciones que allí eran acogidas con auténtico fervor. Con ese panorama, ¿cómo no iba a triunfar alguien como él, quien, amén de ser una estrella en España, tenía a su favor el que sus magníficos textos podían ser comprendidos y disfrutados por miles de hispanohablantes?

Y luego estaba la tristeza. Esa cárdena tristeza a lomos de las más dispares historias cotidianas que conseguirían hacer las delicias de un pueblo amante del lenguaje y que tanto sabe de las cuitas del alma.

No iba a ser precisamente él quien se disculpara ante nadie por nacer con una herida crónica en el pecho, como una daga que, alojada en su interior, pudiese desangrarle en cualquier momento y lugar.

Aún se resistiría a pedir perdón por la tristeza.

***MENTIRAS PIADOSAS. EL DIARIO NO HABLABA
DE MÍ***

«—¿Nada para el coronel?

El coronel sintió el terror.

El administrador se echó el saco al hombro,
bajó el andén y respondió sin volver la cabeza:

—El coronel no tiene quien le escriba.»

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,

El coronel no tiene quien le escriba

Los años ochenta tocaban a su fin. En el ámbito internacional, esa década estuvo marcada, fundamentalmente, por la cooperación con el Tercer Mundo, por la terrible aparición del sida y por el auge de los *yuppies*, esos jóvenes ejecutivos carentes de escrúpulos cuya única meta era la de enriquecerse del modo que fuera, aunque para ello tuvieran que rebanarle el pescuezo a sus seres queridos. En España, ese período histórico tuvo un claro protagonista: la llegada del PSOE al poder y su continuidad en él. Y en el terreno socio-cultural, concretamente en la música, hay que señalar el impacto de la Movida y la proliferación de las denominadas tribus urbanas —*rockers, mods, punks, heavies*...—, un fenómeno juvenil importado del mundo anglosajón.

Para entonces, Sabina cumplía su primera década como artista profesional. Aunque no fue hasta 1986, con la publicación del doble disco en directo *Joaquín Sabina y Viceversa*, cuando alcanzó el reconocimiento unánime de crítica y público. Por lo que se podría hablar de él, sin miedo al

error, como de un «nuevo famoso». Un hombre al que el éxito le había llegado en plena madurez, que es, por otro lado, cuando debe llegar. Pues solo entonces se poseen las herramientas necesarias para evitar que se suba a la cabeza como una noche de copas de garrafón.

Si en el último disco por él publicado en los ochenta, *El hombre del traje gris*, su temática abundaba en las vidas de los perdedores y en las historias de amor con finales trágicos, con *Mentiras piadosas*, su nueva creación, la número siete de estudio, Sabina se ocupó de sucesos reales de diversa índole. Y en ese trabajo se apreciaban, a su vez, claros cambios en lo musical. De hecho, este es el disco, de los hasta entonces por él alumbrados, menos deudor de los estilos británicos que con tanta frecuencia ha incorporado a sus canciones, y el más latino: boleros, ritmos calientes, salsa... Y con el amor, una vez más, como telón de fondo, si bien visto a través de su particular lupa.

Sabina declaró que la mayor parte de las canciones de ese disco estaban inspiradas en acontecimientos históricos y en episodios nacionales e internacionales acontecidos en los meses en los que decidió ponerse a escribir nuevo material. Armado únicamente de papel y bolígrafo, y sentado frente al televisor, atrapó al vuelo distintas historias: la de un amor perdido al otro lado del charco («Con la frente marchita»); la de un valiente currito que decide darle el palo a la empresa para la cual trabaja en venganza por el pésimo trato recibido («Con un par»); la de una rica heredera cuya vida, a pesar del lujo que la rodeaba, era un infierno («Pobre Cristina»), o la del fin de las utopías («El muro de Berlín»).

El cedé *Mentiras piadosas*, que fue presentado en un restaurante de Madrid el 16 de mayo de 1990 con gran respuesta de rostros populares, contiene doce temas: «Eclipse de mar»; «Pobre Cristina»; «Y si amanece por fin»; «El muro de Berlín»; «Mentiras piadosas»; «Con un par»; «Corre, dijo la tortuga»; «Con la frente marchita»; «Ataque de tos»; «Medias negras»; «Ponme un trago más» y «A ti que te lo haces».

De la producción del disco volvieron a encargarse, como en el anterior, Pancho Varona y Antonio García de Diego, los más sólidos cimientos musicales del cantante y compositor andaluz, a quienes se sumó Sergio Castillo, y Sabina participó con ellos en los arreglos.

La canción de apertura, «Eclipse de mar», con letra de Joaquín y música de Luis Eduardo Aute, es una bella pieza que vindica la importancia de las pequeñas miserias de los ciudadanos de a pie. Esas personas que jamás salen en los noticiarios y cuyas vidas, sin embargo, son cruciales para que los grandes nombres de la historia puedan seguir existiendo:

*Hoy dice el periódico que ha muerto
una mujer que conocí,
que ha perdido en su campo el Atleti
y que ha amanecido nevando en París.*

*Que han pillado un alijo de coca,
que a Piscis y Acuarios les toca
el vinagre y la hiel,
que aprobó el parlamento europeo
una ley a favor de abolir el deseo,
que falló la vacuna anti-sida,
que un golpe de estado ha triunfado
en la luna y movidas así.*

*Pero nada decía la prensa de hoy
de esta sucia pasión,
de este lunes marrón,
del obsceno sabor a cubata
de ron de tu piel,
del olor a colonia barata
del amanecer.*

*Hoy, amor, como siempre,
el diario no hablaba de ti
ni de mí...*

En «Y si amanece por fin», tercera canción del disco, Sabina fantasea con la idea de que esa mujer con la que has disfrutado de una noche de amor de las pocas que merecen la pena, no abandone escopetada tu cama al día siguiente para salir de igual modo de tu vida para siempre. Es una forma de decirle: «Vamos, chica, quédate. No sé cuánto durará esto, pero ten por seguro que al otro lado de esa puerta lo único que encontrarás es confusión y frío». El mismo mensaje de aquella «Locos de atar» incluida en *El hombre del traje*

gris: «¿Y si te quitas el jersey / y nos sacamos otra ley / del sombrero? / Diles que no / piensas fichar, / pon el reloj / a la hora de los locos / de atar», solo que, en esta ocasión, la petición no posee la encarecida urgencia de aquella:

*Y si amanece por fin
y el sol incendia el capó de los coches,
baja las persianas.
De ti depende y de mí
que entre los dos siga siendo ayer noche
hoy por la mañana.*

*Olvidate del reloj,
nadie se ha muerto por ir sin dormir
una vez al currelo.
¿Por qué comerse un marrón
cuando la vida se luce poniendo ante ti
un caramelo?*

*Anda, deja que te desabroche un botón
que se come con piel la manzana prohibida
y tal vez no tengamos más noches
y tal vez no seas tú
la mujer de mi vida...*

El octavo tema del disco, «Con la frente marchita», es uno de los más bellos que haya escrito nunca. Una honda remembranza amorosa que tuvo, como era de esperar, un gran éxito en Argentina —de fondo, la ominosa dictadura que impuso el terror entre 1976 y 1983—, y una de las piezas de mayor calidad de ese trabajo:

*Sentados en corro
merendábamos besos y porros
y las horas pasaban deprisa
entre el humo y la risa.*

*Te morías por volver,
«con la frente marchita» cantaba Gardel.
Y, entre citas de Borges, Evita bailaba con Freud.
Ya llovió desde aquel chaparrón hasta hoy.*

[...]

*Duró la tormenta
hasta entrados los años ochenta,
luego el sol fue secando la ropa
de la vieja Europa.*

*No hay nostalgia peor
que añorar lo que nunca jamás sucedió;
«mándame una postal de San Telmo, adiós, cuidate»
y sonó, entre tú y yo, el silbato del tren.*

[...]

*Aquellas banderas
de la patria de la primavera
a decirme que existe el olvido
esta noche han venido.*

*Te sentaba tan bien
esa boina calada al estilo del Che,
Buenos Aires es como contabas, hoy fui a pasear
y al llegar
a la Plaza de Mayo
me dio
por llorar
y me puse a gritar «¿dónde estás?».*

*Y no volví más
a tu puesto del Rastro a comprarte
corazones de miga de pan, sombreritos de lata.
Y ya nadie me escribe diciendo «no consigo olvidarte,
ojalá que estuvieras conmigo en el Río de la Plata».*

La canción «Medias negras» es otro de los grandes clímax del disco. La historia de una apasionada noche de amor vivida por un tipo —¿el propio Joaquín?— con una expresidaria, que desemboca en la *limpieza* del piso del primero por parte de la segunda y el consiguiente mutis por el foro para los restos. Es la única de ese trabajo que aún interpreta en sus conciertos:

La vi en un paso cebra

*toreando con el bolso a un autobús,
llevaba medias negras,
bufanda a cuadros, minifalda azul.*

*Me dijo «¿tienes fuego?,
—tranqui, que me lo monto de legal—,
salí ayer del talego,
qué guay si me invitaras a cenar».*

[...]

*Así que fuimos hasta
mi casa «que es el Polo», le advertí.
«Con un colchón nos basta,
de estufa, corazón, te tengo a ti.»*

[...]

*Y yo que nunca tuve
más religión que un cuerpo de mujer,
del cuello de una nube
aquella madrugada me colgué.*

*Estaba solo cuando
al día siguiente el sol me desveló,
me desperté abrazando
la ausencia de su cuerpo en mi colchón.*

*Lo malo no es que huyera
con mi cartera y con mi ordenador,
peor es que se fuera
robándome además el corazón...*

Al igual que en discos anteriores, Sabina escribió algunas letras basadas en personajes y hechos reales. En «Con un par» narraba, a modo de loa, las peripecias de Dionisio Rodríguez, *El Dioni*, un vigilante jurado que en 1989 robó trescientos veinte millones de pesetas (casi dos millones de euros) de un furgón blindado de la empresa para la cual trabajaba y se fugó con el botín al

exótico Brasil, en donde se dio la vida padre hasta que la policía, alertada por tanto derroche, lo apresó al creer que se trataba de un narcotraficante. Una canción infravalorada, pues la letra es excelente:

*Lo primero que hizo El Dioni al llegar a Río
fue brindar con el espejo y decir «¡qué tío!».
No veas que pasón de entrada en el restaurant,
¡niñas, al salón! que El Dioni está en la ciudad.*

[...]

*Y la pasma,
que te ve cara de pringao,
ve fantasmas
si encima cortas el bacalao.*

*Ay, Dionisio,
fue total lo del banco, sin un mal tiro,
mucho visio,
trincar el pastón y pegarse el piro.*

*La de noches que he dedicado yo a planear
un golpe como el que diste tú con un par.*

Al Dioni, que se convirtió en una especie de héroe popular —algo a lo que contribuyó sobremanera aquel homenaje—, la canción no le hizo ninguna gracia. Y mientras cumplía condena en la cárcel de Alcalá Meco, esperaba la visita de Sabina para ver cómo se iban a repartir los derechos de autor de la canción del verano. Eso fue, al menos, lo que declaró para la revista *Cambio 16*, en un reportaje sobre presos «singulares» publicado el 29 de octubre de 1990: «Si Sabina dedicara lo que gana a mantener una asociación benéfica de noctámbulos con cirrosis o de putas carrozonas, yo no diría nada. Pero como al parecer gana mucha pasta y se la queda, yo quiero parte de esa pasta. ¿O no tengo derecho?». Sin embargo, un mes después de esas manifestaciones, trasladado ya a la prisión de máxima seguridad de Herrera de la Mancha, su parecer sobre la canción basada en su proeza delictiva cambió de forma drástica, como se desprendía de lo que declaró para *Diario 16* el 20 de noviembre de 1990: «¿Que qué me ha aportado Sabina? Por ahora solo salsa.

Joaquín, como hombre sensible e inteligente, está al loro y por eso compone esas letras tan realistas y sinceras que hacen que todas sus canciones sean maravillosas. Yo sería un cretino si no le estuviera agradecido por la canción “Con un par”, aunque tan solo sea por lo que ha hecho sonreír, cantar y bailar a muchos españoles». No obstante, al final demandó a la discográfica, BMG-Ariola, a la que le reclamó derechos de imagen. Sabina, por su parte, aseguró que iría a llevarle el bocata de lima al *trullo* sin que nadie se enterase.

En contraposición a «Con un par» estaba la marchosa «Pobre Cristina», basada en la aciaga vida de Christina Onassis — la única hija del magnate naviero Aristóteles Onassis—, quien falleció a los treinta y seis años en extrañas circunstancias, después de una vida de complejos y depresiones debido a su exceso de peso y a su mala suerte con los hombres. La canción surgió a raíz de unas declaraciones que realizó para una publicación y que impresionaron bastante a Sabina. En ellas aseguró que era tan pobre que solo tenía dinero:

*Era tan pobre
que no tenía más que dinero,
besos de sobre
herencia de su padre el naviero.
Anfetaminas
y alcohol desayunó miss Onassis,
pobre Cristina,
que al fin logró quedarse en el chasis.*

[...]

*Cris, Cris, Cristina,
suspira y fantasea
con que la piropea
un albañil.*

*Cris, Cris, Cristina,
que un botones vea
si le puede conseguir
pastillas para dormir...*

Otra canción que tenía su origen en una de las noticias que mejor fueron recibidas por la opinión pública internacional fue «El muro de Berlín». Y es que la madrugada del 9 al 10 de noviembre de 1989, el siniestro Muro de Berlín o de la Vergüenza, símbolo de la división y la guerra fría, cayó después de veintiocho años de terror, por lo que los ciudadanos de la República Democrática Alemana (RDA) pasaron en oleadas a Occidente. Sabina se lamenta de la desaparición de las ideologías —«me parecía necesario que hubiera un contrapoder; ahora estamos en manos de los americanos», declaró al respecto— y aprovecha para poner a caldo a aquellos viejos revolucionarios convertidos en capitalistas sin escrúpulos:

*Ese tipo que va al club de golf,
si lo hubieras visto ayer
dando gritos de «yankie go home»,
coreando slogans de Fidel,
hoy tiene un adoquín
en su despacho
del muro de Berlín.*

*Ese mismo que tanto admiró
la moral estilo soviet,
por un catorce por ciento cambió
la imaginación al poder
desde que a Hollywood
llega una línea
del metro de Moscú.*

*Ha vuelto Rasputín,
se acabó la guerra fría,
¡que viva la gastronomía!
Y uno no sabe si reír o si llorar
viendo a Rambo en Bucarest fumar
la pipa de la paz...*

Para promocionar su nuevo trabajo, Sabina recorrió la geografía española entre los meses de junio y octubre de ese año. El 7 de septiembre actuó en Las Ventas, una cita en donde los músicos, al igual que los toreros, siempre se la juegan. Las críticas de aquel concierto estuvieron repartidas, y aunque todos los periodistas que escribieron sobre él dejaron claro que el

cantante llenó el mítico coso y que el público disfrutó, le echaban en cara el que en los últimos tiempos hubiese tirado por los derroteros de la fácil comercialidad en vez de haber arriesgado un poco más: «Después de enterrar por su cuenta al *rock*, Sabina emplea ahora la salsa —hay quien se apunta a un bombardeo— para narrar esas historias callejeras que desde hace tiempo entresaca más de la letra impresa que de la sangre espesa sobre el asfalto. Muchos de sus viejos seguidores reniegan hoy de este Robin Hood que les suena a falso —¡él, que era tan auténtico!, y allá cada cual con su aburguesamiento—, aunque mantiene todavía los suficientes como para casi llenar Las Ventas, arrancar aplausos con sensibilidades antiguas y disimulos con sus temas nuevos, no muy inspirados y casi siempre ripiosos» (*ABC*, 8.9.1990). «Convertido en fenómeno de masas, otro más, Joaquín Sabina ya es una figura indiscutible, consagrada, de nuestro pequeño entorno. [...] En su recital, como en su último disco, *Mentiras piadosas*, hay motivos para la preocupación y el desconsuelo, aunque el vinilo lo disimule más. Algunos seguimos esperando, sin embargo, que de Sabina vuelva a surgir un pellizco de sorpresa, de creatividad no previsible en su trabajo futuro. Algo que no tenga que ver, necesariamente, con la mercadotecnia ni el halago de antemano consabido. Aunque no alcance *Los 40 principales*» (*El Mundo*, 9.9.1990.)

La crítica más dura la firmó el periodista y músico Nacho Sáenz de Tejada, viejo conocido de Joaquín, quien tituló su crónica para *El País* «Mal trago» y escribió: «El cantante vuelve a triunfar en el coso de Las Ventas tras dos años de ausencia. Un éxito con sabor amargo, porque Sabina realizó una de sus peores actuaciones en Madrid». A lo largo de la crítica abundaban las referencias al pésimo estado de la voz —«una lucha constante del cantante contra unas facultades vocales disminuidas, con dificultades para la emisión, el matiz y la afinación...»— y, a modo de colofón, señaló que había sido «un recital marcado por las circunstancias adversas. La última gota de un mal trago». Aquello le dolió tanto a Sabina, tantísimo, que aseguró plantearse seriamente tirar la toalla, lo cual ha de entenderse, claro, como una *boutade*. En una entrevista que le hice para el semanario *Interviú* en octubre de 1997, siete años después, me dijo a propósito de aquella crítica: «En una ocasión, Nacho Sáenz de Tejada, del diario *El País*, estuvo a punto, pero a punto, no faltó nada, de hacer que me retirara tras un concierto muy malo en Las Ventas,

durante la gira de *Mentiras piadosas*. La verdad es que el concierto fue malo, pero a mí me dolió mucho que Nacho Sáenz de Tejada olvidara todo lo demás y me diera un hachazo tan feroz». Durante un tiempo, Sabina le declaró la guerra fría a aquel periodista. Hasta que este abandonó el periodismo y comenzó a trabajar en una discográfica... Precisamente a la que Joaquín pertenecía. Tras un intercambio de impresiones las aguas volvieron a su cauce, y el cantante prefirió olvidar aquel episodio por su propia estabilidad mental.

El 26 de octubre de ese año cerró su gira española en el Palacio de los Deportes de Barcelona y, poco después, se embarcó rumbo a Latinoamérica para presentar *Mentiras piadosas*, un trabajo que, en el caso concreto de Argentina, terminó de consagrarle. Participó, además, junto a artistas chilenos como Fernando Ubierno —ganador del Festival Internacional de la Canción de Benidorm de 1982 con «Yo pienso en ti», en la misma edición en la que Antonio Muriel obtuvo el segundo puesto con la «Princesa» musicalizada por él y escrita por Sabina— y los españoles Serrat, Aute, Rosa León, Rafael Alberti, Amaya Uranga, Víctor Manuel y Ana Belén, en la grabación de la casete *Voces sin Fronteras II*, cuyos beneficios fueron destinados a la Vicaría de la Solidaridad de Santiago de Chile, una institución eclesíástica comprometida con los derechos humanos.

Por aquel entonces seguía unido sentimentalmente a Isabel Oliart y, fruto de aquella relación, el 16 de enero de 1990 nació, bajo el signo de Capricornio, su primera hija, Carmela Juliana Martínez Oliart, y tan solo sus padres saben si lo hizo entre mentiras piadosas. De ese modo, el cantante más Peter Pan de España, aquel al que la palabra compromiso le producía urticaria, estrenó paternidad ya rebasados los cuarenta. La recién nacida fue apadrinada por Javier Krahe, el *tronco* de Joaquín. En una entrevista concedida a *Diario 16* el primer día de septiembre de 1990, Sabina declaró lo siguiente a propósito de su condición de estrella de la canción y de su paternidad: «Tengo 41 años, lo del éxito y la cuenta corriente es desde hace cinco. Es decir, hasta los treinta y seis he tenido el culo bastante negro de estar en esos ambientes y no flotando, sino metido ahí hasta el tuétano. Siete años en Londres, viviendo de *squatter* y tocando en el metro y en cualquier tipo de tugurio. Resulta que a los treinta y cinco años la gente se vuelve loca y compra mis discos. La vida era maravillosa antes, mucho mejor que ahora. [...] Le

deseo a mi hija lo mismo: que viva siete años flotando, sin saber dónde va a dormir, ni con quién, ni qué va a hacer mañana. [...] No quiero que sea una hija de ricos, procuraré arruinarme con el póquer y arruinar a toda la familia de su madre, si puedo. Lo que quiero que tenga es mi pasión y mis ganas de comerme las cosas. Si no lo hereda, será infeliz y me hará infeliz a mí».

El 26 de abril de 1990 se celebró en el Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid un concierto en contra de la intolerancia y a favor de la cultura, en el que participaron más de cincuenta artistas —Sabina, Aute, Krahe, Luis Pastor, Miguel Ríos, Álex y Cristina, Toreros Muertos, Paco Clavel...— y un buen número de artesanos, pintores, humoristas y simpatizantes en general de aquella propuesta. Al final, todos los músicos congregados interpretaron juntos el tema «Toque de queda», con letra de Moncho Alpuente y Ángel Petisme y música de Ángel Altolaguirre. Esa noche se leyó un manifiesto en el que se denunciaba el cierre de locales y salas de actuaciones, la erradicación de los puestos de artesanos de las plazas y la interrupción temporal de cursos en los conservatorios municipales. Todos los presentes sostenían que la cultura madrileña estaba de capa caída, y culpaban de ello, aunque de forma indirecta, al concejal de Cultura, Ángel Matanzo. Sabina, que fue uno de los participantes más entusiastas de aquel acto, sí se mostró en cambio meridiano a la hora de atacar al citado político: «Yo prefiero que haya más música que leyes, porque las leyes están tan anticuadas que no hay quien las pueda cumplir. [...] Yo me he hartado de tocar en la calle y en bares, y en concreto un señor que se llama Matanzo está intentando cargarse la cultura de la calle, la cultura de todos los días». Aquello solo fue el principio de una lucha sin cuartel entre ambos que se desarrolló en los meses siguientes y de la que finalmente Sabina salió vencedor.

Ese año, la discográfica CBS puso a la venta sin su consentimiento una segunda recopilación con dieciocho temas de *Malas compañías* y *Ruleta rusa*, titulada *Mucho Sabina*. El primer plano que utilizaron de él para ilustrar la portada es terrorífico, algo que en verdad parece haber sido hecho adrede, con muy mala intención.

Ya en 1991 participó de forma activa en distintas protestas de carácter político. Bajo el rotundo lema de *Alto a la guerra* tuvo lugar en Madrid, el 6 de febrero, una manifestación silenciosa —cuyo trayecto iba desde la Plaza de

España a la Puerta del Sol— en contra de la guerra del Golfo, la cual fue convocada por la recién constituida Plataforma de Profesionales por la Paz. Sabina era uno de sus integrantes, junto a otros artistas como Juan Echanove, Aute, María Luisa Merlo y Ana Belén. Echanove fue el encargado de leer un manifiesto en contra del conflicto bélico, en el que pidió que se efectuase la vuelta a España de los soldados enviados a la zona de contienda. La intención de esta novísima Plataforma era la de manifestarse todos los miércoles mientras durase aquella guerra.

El 4 de agosto de ese año se constituyó la Plataforma contra la polémica Ley de Seguridad Ciudadana —inspirada por el entonces ministro del Interior José Luis Corcuera, fue bautizada como Ley Corcuera o Ley de la patada en la puerta—: un manifiesto firmado por casi doscientas personas, entre intelectuales, artistas, magistrados, diputados y sindicalistas, quienes hicieron un llamamiento a la movilización social contra lo que calificaron como «el más grave y peligroso ataque que un Gobierno haya realizado contra la Constitución española desde su trabajoso nacimiento». A su vez, se animó a los ciudadanos a que expresaran su oposición a esa iniciativa legislativa, y ampliaron el llamamiento al Parlamento para que mostrara su dignidad de representación popular rechazando el proyecto. Los encargados de la presentación del documento fueron el actor Pedro Mari Sánchez, Joaquín Sabina, el diputado de Izquierda Unida (IU) Nicolás Sartorius y Diego López Garrido, vicepresidente de la Asociación Pro Derechos Humanos. Entre los firmantes se encontraban Pedro Almodóvar, Cristina Almeida, Aute, Aitana SánchezGijón, Coque Malla y el poeta José Hierro. En aquel escrito aparecían también los nombres de la compañera sentimental de Joaquín, Isabel Oliart, filóloga, y el de María Ignacia Magariños, por aquel entonces en la Asamblea de la Cooperación por la Paz, quien años más tarde sería la secretaria y asistente personal de Sabina, algo así como una segunda madre para él.

Aquel año, Antonio Muñoz Molina, paisano de Joaquín, obtuvo el Premio Planeta por su magistral novela *El jinete polaco*. En ella aparecen un subcomisario de policía llamado Florencio Pérez, compulsivo escritor secreto de sonetos, y un hijo suyo que iba para cura y que se convirtió en comunista y ateo, y que regresó a casa algunos años después con aspecto de *hippy* y una novia extranjera «con una falda tan corta que se le veían las bragas», y que

acabó como vocalista de un conjunto de *rock*. Aquellos dos personajes estaban inspirados en Joaquín Sabina y en su padre, como el novelista reconoció tiempo después.

Durante el resto de 1991 continuó con su gira americana y residió por un tiempo en Buenos Aires, en donde actuó, con lleno absoluto, las noches del 7, 8 y 10 de junio en el mítico Teatro Gran Rex. Los argentinos quedaron cautivados por la sinceridad y la osadía que Sabina mostraba en todas sus declaraciones: se definió como un «escupidor de palabras» y se atrevió a faltar al mismísimo Maradona, lo que venía a significar un sacrilegio, pues el futbolista es poco menos que Dios en ese país: «Cuando jugaba en España, como futbolista me parecía excelente, pero opinando parecía un idiota», y añadió: «Tiene toda mi solidaridad como drogadicto y ninguna como futbolista». Sus opiniones políticas eran igual de contundentes, y no ocultó su desprecio hacia el entonces presidente del Gobierno español: «Los políticos son estafadores profesionales en su amplia mayoría... En ese sentido, *Felipillo* González es un claro ejemplo, ya que estafó a la gente que lo votó ilusionadamente».

A pesar de contar con cuatro canciones excelentes, «Eclipse de mar», «Y si amanece por fin», «Con la frente marchita» y «Medias negras», y algunas otras con indudables hallazgos —«Con un par», «Pobre Cristina», «Corre, dijo la tortuga», «A ti que te lo haces»—, *Mentiras piadosas* es un trabajo más flojo que el anterior, el sólido *El hombre del traje gris*, puesto que Joaquín se apoyó en el oficio y estuvo falto, creo, de pasión, de riesgo, de hambre.

En cualquier caso, lo que no admitía duda es que ya era una estrella. Alguien que vendía cientos de miles de copias de sus discos y que llenaba plazas de toros y auditorios sin apenas proponérselo.

Sin embargo, todos aquellos que pensaban que se había perdido para siempre en la vorágine ineludible de la pura comercialidad y el éxito fácil, y que ya no volvería a hacer un trabajo de autor a la altura de su talento, tuvieron que reconocer su craso error cuando apareció su siguiente disco, uno de los más redondos, brillantes y heterogéneos de su carrera.

A partir de ese trabajo sus discos aumentaron en calidad y sus textos alcanzaron la excelencia, pues demostró que, en cuanto escritor de canciones, era una de las plumas mejor dotadas del país, si no la más.

Los diarios ya no dejarían de hablar de él.

FÍSICA Y QUÍMICA. MEJOR TIEMPO EN LE MANS

*Has tenido suerte de llegarme a conocer,
creo que a nadie le gusta el nacer para perder;
abrirás una revista y me encontrarás a mí,
debo ser algo payaso pero eso me hace feliz.*

SABINO MÉNDEZ, «Rock and roll star»

Aunque en principio el octavo disco de creación de Sabina iba a titularse *Verdades como puños* —tal vez para contrarrestar las anteriores mentiras piadosas—, una frase de Severo Ochoa, Premio Nobel de Medicina, le hizo cambiar de opinión en el último momento: «El amor es física y química». Aquella sentencia, pronunciada por un sabio que siempre presumió de estar muy enamorado de su mujer, le llamó tanto la atención —él andaba en aquella época dándole a la metafísica en un intento de entender el porqué de la ineludible muerte de la pasión en la pareja— que, al final, se impuso como título.

No hay duda: *Física y química* es uno de los discos más tristes de Joaquín Sabina. Salvo dos o tres de los temas en él incluidos, se trata de una colección de relatos en los que la pérdida y el fracaso sentimental lo ocupan todo.

Tras los conciertos que sucedieron al anterior trabajo, Sabina entró en un bache creativo que le impedía componer nada que no fuese de encargo. Y en esas estaba, maldiciendo a su musa por haberle puesto los cuernos con

cualquier ñato de moda, cuando se dibujó en su mente, clara como un amanecer habanero, «Y nos dieron las diez», una ranchera amarga y pegadiza que con el tiempo alcanzó aún más popularidad que su viejo himno «Pongamos que hablo de Madrid». Como por ensalmo, tras ella surgieron otras; hasta componer un total de veintitrés temas. Material suficiente como para grabar dos discos. Pero la razón se impuso y, tras desechar —con gran dolor de su corazón— doce de esas piezas, comenzó la grabación de uno de los discos que mayores ventas le ha reportado hasta la fecha.

Producido por Joaquín, Pancho Varona y Antonio García de Diego, *Física y química* contiene las siguientes canciones: «Y nos dieron las diez»; «Conductores suicidas»; «Yo quiero ser una chica Almodóvar»; «A la orilla de la chimenea»; «Todos menos tú»; «La del pirata cojo»; «La canción de las noches perdidas»; «Los cuentos que yo cuento»; «Peor para el sol»; «Amor se llama el juego» y «Pastillas para no soñar».

De «Y nos dieron las diez», el tema que abre el disco, Sabina afirmó en *Cambio 16* que es «un compendio de muchas historias. Es la canción que todo cantante, todo músico, le debe a esa camarera que te abre un bar a las cinco de la mañana, cuando, en el pueblo en que has tocado, todo está cerrado. Y has terminado ligando con ella. Como me ha pasado, si no a mí, a alguno de mis músicos alguna vez» (con el tiempo confesó que la chica que la inspiró era de Lanzarote). En el disco está dedicada al actor Juan Echanove «para que la cante conmigo». Es, además, el himno con el que suele cerrar sus conciertos y, casi con toda seguridad, la más célebre de sus composiciones (Serrat, cuando Joaquín se la mostró por vez primera, no le auguró mucho éxito. Un error que el catalán, que siempre ha tenido un excelente olfato para los *hits*, reconoció tiempo después). Hela aquí íntegra:

*Fue en un pueblo con mar
una noche después de un concierto,
tú reinabas detrás
de la barra del único bar que vimos abierto.
«Cántame una canción
al oído y te pongo un cubata»,
«con una condición:
que me dejes abierto el balcón de tus ojos de gata».
Loco por conocer*

*los secretos de tu dormitorio,
esa noche canté
al piano del amanecer todo mi repertorio.*

*Los clientes del bar
uno a uno se fueron marchando,
tú saliste a cerrar,
yo me dije «cuidado, chaval, te estás enamorando».
Luego todo pasó
de repente, tu dedo en mi espalda
dibujó un corazón
y mi mano le correspondió debajo de tu falda.
Caminito al hostel
nos besamos en cada farola,
era un pueblo con mar,
yo quería dormir contigo y tú no querías dormir sola.*

*Y nos dieron las diez y las once, las doce y la una
y las dos y las tres...
y desnudos al anochecer nos encontró la luna.*

*Nos dijimos adiós,
ojalá que volvamos a vernos.
El verano acabó,
el otoño duró lo que tarda en llegar el invierno.
Y a tu pueblo el azar,
otra vez, el verano siguiente
me llevó y al final
del concierto me puse a buscar tu cara entre la gente.
Y no hallé quien de ti
me dijera ni media palabra,
parecía como si
me quisiera gastar el destino una broma macabra.*

*No había nadie detrás
de la barra del otro verano
y en lugar de tu bar
me encontré una sucursal del Banco Hispanoamericano.
Tu memoria vengué
a pedradas contra los cristales,
«¡sé que no lo soñé!»
protestaba mientras me esposaban los municipales.*

*En mi declaración
alegué que llevaba tres copas,
y empecé esta canción
en el cuarto donde aquella vez te quitaba la ropa.*

La segunda canción del disco, la bluesera «Conductores suicidas», «es absolutamente real, dedicada a un amigo, excepto que está todo un poco exagerado. Es decir, que ese amigo mío ni se va a morir mañana ni es *chapero*», declaró por entonces su autor. Ese amigo era Manolo Tena, a quien, en efecto, aquello de que lo tildaran de *chapero* (prostituto) no le gustó ni un pelo. Si bien con el tiempo la defendía e insistía en que no era ninguna *vendetta*, sino un homenaje, y así es. Data de la época en que ambos riñeron. El rumor más extendido, y que tenía toda la lógica, es que las diferencias entre ellos tuvieron su origen en que Manolo y Lucía Correa, la exmujer de Sabina, se liaron y se fueron a vivir juntos. Sin embargo, lo que ocurrió en realidad es que Joaquín —al que sí le sentó mal, por supuesto, que ella se marchara con su «íntimo enemigo»— le tomó prestados a Tena unos versos sin su permiso y este se mosqueó. Cuando pasados unos años se reconciliaron, en un bar de Malasaña, Sabina le comentó con ironía al exbajista y cantante de Alarma!!!: «Lo que más me jode es haber perdido a un digno enemigo».

*No voy a negarte que has marcado estilo,
que has patentado un modo de andar
sin despeinarte por el agudísimo filo
de la navaja de esta espídica ciudad...
Sabías hacer turismo
al borde del abismo,*

*pero creo que de un tiempo a esta parte
te has deslizado al lado marrón,
tú que eras un maestro en el difícil arte
de no mojarte bajo un chaparrón.*

*Buscando en la basura
un gramo de locura*

[...].

*Pero no impedirás que levante mi vaso
a tu mala salud y te invite a brindar,
muerta la amistad sabe igual que el fracaso
y a los dos nos gusta el verbo fracasar,*

*así que tú ni caso,
por no agobiarte paso
de hacerte la cuenta de las papelinas,
de que no te fie ni Rafa el del pub,
de que vendas chapas en ciertas esquinas,
de que te conozcan en cada hospital.*

*¿Cómo te has dejado
llevar a un callejón sin salida,
el mejor dotado
de los conductores suicidas?*

Le seguía la osada, mordaz y original «Yo quiero ser una chica Almodóvar», con letra de Joaquín y música de este, Antonio García de Diego y Aute. En un principio la compuso para Javier Gurruchaga, pero mientras la escribía se metió de tal modo en ella y volcó tantos aspectos de sí mismo que, al final, decidió quedársela. Joaquín invitó al cineasta a su casa y se la puso para conocer su opinión. A propósito de aquella audición, declaró: «Estuvo impávido, pero me dijo que le gustaba y que no le molestaba nada. No sé si le entusiasmó o no, no me enteré. A Antonio Banderas parece que le gustó bastante, pero a quien le gustó muchísimo fue a su mujer (Ana Leza)». Con los títulos y la temática de todas sus películas, Sabina compuso un sugerente *collage* almodovariano y volvió a dar sobradas muestras de su magisterio como letrista:

*Yo quiero ser una chica Almodóvar,
como la Maura, como Victoria Abril,
un poco lista, un poquitín boba,
ir con Madonna en una limousine.*

*Yo quiero ser una chica Almodóvar,
como Bibi, como Miguel Bosé,
pasar de todo y no pasar de moda,
bailar contigo el último cuplé.*

*Y no parar de viajar del invierno al verano,
de Madrid a New York, del abrazo al olvido,
dejarte entre tinieblas escuchando un ruido
de tacones lejanos.
Encontrar la salida de este gris laberinto
sin pasión ni pecado ni locura ni incesto,
tener en cada puerto un amante distinto,
no gritar «¿qué he hecho yo para merecer esto?»...*

Sabina definió la bellísima «A la orilla de la chimenea» como «una canción de amor a un personaje concreto». Una letra cargada de poderosas imágenes, extrema, confesional, apasionada como una viuda enamorada, en la que el autor lleva a cabo uno de sus más conseguidos ejercicios literarios hasta entonces:

*Puedo ponerme cursi y decir
que tus labios me saben igual que los labios
que beso en mis sueños.*

*Puedo ponerme triste y decir
que me basta con ser tu enemigo, tu todo, tu esclavo,
tu fiebre, tu dueño.*

*Y si quieres también,
puedo ser tu estación y tu tren,
tu mal y tu bien,
tu pan y tu vino,
tu pecado, tu dios, tu asesino...*

[...]

*Y si quieres también,
puedo ser tu trapecio y tu red,
tu adiós y tu ven,
tu manta y tu frío,
tu resaca, tu lunes, tu hastío...*

*O tal vez ese viento
que te arranca del aburrimiento
y te deja abrazada a una duda
en mitad de la calle y desnuda.*

*Y si quieres también,
puedo ser tu abogado y tu juez,
tu miedo y tu fe,
tu noche y tu día,
tu rencor, tu por qué, tu agonía...*

*O tal vez esa sombra
que se tumba a tu lado en la alfombra,
a la orilla de la chimenea,
a esperar que suba la marea.*

Con «La del pirata cojo», Sabina le hizo una canción a su propia infancia. Un homenaje al niño que fue y cuya esencia, para entonces, se encontraba en el pequeño cuerpo de su primogénita. De ahí la dedicatoria que aparece en el disco: «Escribí “La del pirata cojo” para que le bajara la fiebre a Carmela». Había nacido otro clásico sabiniano; un tema imprescindible en todos sus conciertos. Y, de paso, desmentía aquello por él siempre mantenido de que carece de imaginación y no tiene más remedio que hablar en todas sus canciones de episodios vividos por él o por allegados o conocidos. Un derroche de inspiración, pues, y la constatación de que ha sido y es un consumado lector:

*No soy un fulano con la lágrima fácil
de esos que se quejan solo por vicio,
si la vida se deja, yo le meto mano
y si no, aún me excita mi oficio.
Y como además sale gratis soñar
y no creo en la reencarnación,
con un poco de imaginación
partiré de viaje enseguida
a vivir otras vidas,
a probarme otros nombres,
a colarme en el traje y la piel
de todos los hombres
que nunca seré:*

*Al Capone en Chicago, / legionario en Melilla, / pintor en
Montparnasse, / mercader en Damasco, / costalero en Sevilla, / negro en
Nueva Orleans, / viejo verde en Sodoma, / deportado en Siberia, / sultán en*

un harén, / ¿policía?, ni en broma, / triunfador de la feria, / gitanito en Jérez, / tahúr en Montecarlo, / cigarrillo en tu boca, / taxista en Nueva York, / el más chulo del barrio, / tiro porque me toca, / suspenso en religión, / confesor de la reina, / banderillero en Cádiz, / tabernero en Dublín, / comunista en Las Vegas, / ahogado en el Titanic, / flautista en Hamelín. / [...] Billarista a tres bandas, / insumiso en el cielo, / dueño de un cabaré, / arañazo en tu espalda, / tenor en Rigoletto, / pianista de un burdel, / bongosero en La Habana, / Casanova en Venecia, / anciano en Shangri-La, / polizón en tu cama, / vocalista de orquesta, / mejor tiempo en Le Mans, / cronista de sucesos, / detective en apuros, / conservado en alcohol, / violador en tus sueños, / suicida en el viaducto, / guapo en un culebrón, / morfinómano en China, / desertor en la guerra, / boxeador en Detroit, / cazador en la India, / marinero en Marsella, / fotógrafo en Playboy.

*Pero si me dan a elegir
entre todas las vidas, yo escojo
la del pirata cojo
con pata de palo,
con parche en el ojo,
con cara de malo,
el viejo truhán, capitán
de un barco que tuviera
por bandera
un par de tibias y una calavera.*

De la hermosa y triste «Amor se llama el juego» dijo: «Está dedicada a una persona real, y me ha pasado». Planea sobre ella, no hay duda, la sombra de Isabel Oliart, madre de sus hijas y la única de sus ex con la que sigue manteniendo una estrecha relación. Pues por entonces, y a pesar de que al poco de publicarse el disco Isabel dio a luz a la segunda de las hijas del cantante, Rocío, Sabina comenzó otra relación sentimental con una muchacha de nombre Cristina Zubillaga, natural de Mallorca y modelo de profesión:

[...]

*Un dios triste y envidioso
nos castigó,*

*por trepar juntos al árbol
y atracarnos con la flor de la pasión,
por probar, aquel sabor.*

*El agua apaga al fuego
y al ardor los años,
amor se llama el juego
en el que un par de ciegos
juegan a hacerse daño.*

*Y cada vez peor
y cada vez más rotos,
y cada vez más tú
y cada vez más yo
sin rastro de nosotros...*

Hay otros temas en el disco dignos de ser reseñados —de las once canciones en él contenidas, al menos siete son excelentes—, como la bella «Peor para el sol», un amor de una noche con final feliz y uno de los estribillos más célebres y logrados de su cancionero («*Peor para el sol / que se mete a las siete en la cama del mar a roncar, / mientras un servidor / le levanta la falda a la luna*»), o «Todos menos tú», en donde retrata con ironía y mejor pluma a una clase emergente que acudía a las discotecas de moda de la capital, como Joy Eslava, Archy o Stella, y que iba desde el chulo piscinas carbonizado por los rayos UVA hasta el astrólogo televisivo, la putita de lujo o el concejal corrupto. En fin, todos menos ella («*Estaban todos menos tú, / todos menos tú, / y yo marcando el 369 22 30 / como un idiota para oírte repetir, / en el contestador, que te has largado de Madrid*»). Llegaron a decir que se la dedicó a un camello. ¿No fue así?

«Pastillas para no soñar», dedicada, cual misilazo en la línea de flotación, al ministro Corcuera («son corcuereces», manifestó) es otra canción que no ha dejado de interpretar. Un canto al hedonismo y una crítica a las vidas ordenadas y milimétricamente planificadas:

*Si lo que quieres es vivir cien años,
no pruebes los licores del placer,
si eres alérgico a los desengaños
olvidate de esa mujer,*

*compra una máscara antigás,
mantente dentro de la ley.
Si lo que quieres es vivir cien años,
haz músculos de cinco a seis...*

Física y química fue presentado el 6 de mayo de 1992 en el Pabellón de los Deportes del Real Madrid, y las entradas se agotaron al poco de salir a la venta. A propósito de ese concierto, el poeta Benjamín Prado escribió para un diario madrileño: «Joaquín Sabina ha elevado el mundo de todos los días a la categoría de paraíso compartido; ha construido una mitología de símbolos cercanos por donde circula el hombre común disfrazado de héroe. [...] A los cantantes se les juzga por sus buenas canciones y Joaquín Sabina ha escrito tantas que su concierto fue un derroche de talento y eficacia...».

Con aquel disco bajo el brazo, Sabina emprendió una gira por América. En primer lugar visitó México y participó en el Festival de Acapulco 92 junto a los cantantes Camilo Sesto, Verónica Castro y Thalía, con quienes tenía tanto que ver como con un concilio de obispos. Su posterior paso por la capital de ese país, en donde actuó en el Auditorio Nacional con lleno absoluto, provocó en los periodistas locales titulares como «Gracias, Joaquín Sabina, por el fuego» o «A los solos, a los disidentes, a los que les robaron abril, les cantó Sabina».

Durante junio y julio recorrió Argentina; allí realizó declaraciones incendiarias sobre aspectos de la política española («crear una ley de extranjería es un acto de cinismo») y dejó claro, de paso, que él estaba totalmente en contra de que España cerrara sus fronteras a los países latinoamericanos.

Ese verano también recaló en Uruguay, casi en las mismas fechas en que lo hizo Serrat. Por ese motivo, la revista *Guambia* decidió llevar a cabo una encuesta y planteó a los oyentes de cuatro emisoras de radio locales la siguiente cuestión: «¿Serrat o Sabina?». Al final, el catalán logró imponerse al andaluz con 88 votos sobre 48.

Tras el estío latino, el 3 de septiembre actuó en la madrileña plaza de Las Ventas. El periodista Javier López Rejas tituló su crónica para *Diario 16* con un inequívoco «Porque quiere, porque sabe, porque puede», y escribió: «Cuajó en letal faena la gravedad de su física espacial y mezcló lo sustancial

de su química temporal. Podría decirse entonces que, una vez más, Sabina supo, quiso y pudo reventar con público un éxito que le venía anunciado». En el diario *El País*, Javier Pérez de Albéniz tituló su crónica «Adiós a las vacas flacas» y sentenció: «Todos cuantos predijeron su inminente final deben rectificar. El concierto que ofreció en Las Ventas bien vale un crédito. [...] Con la llegada de las vacas flacas el autor de “Pongamos que hablo de Madrid” parece haber despertado del letargo. [...] El montaje en general fue más que aceptable, y la voz del de Jaén, comparándola con su última aparición en el mismo recinto (con *Mentiras piadosas*), digna de un cantante de ópera». En el diario *Ya*, Ana Marín encabezó su artículo con un rotundo «Física y química sin laboratorio» y su última frase resumía muy bien cómo había sido recibido por los madrileños: «Sabina no puede evitar ser profeta en tierra adoptada».

En octubre, en una rueda de prensa concedida en Barcelona un día antes del concierto que ofreció en el Palau Sant Jordi, Sabina arremetió duramente contra los cantantes españoles: «Este verano solo he escuchado un par de canciones que no me parecieran una infamia. En décadas, en toda mi vida, no recuerdo que haya habido en España un momento tan desolador como el actual en lo que a música se refiere. Solo Albert Pla tiene una gota de alma, aunque él quizá prefiera que diga una gota de culo. [...] No es que yo sea el primero de la clase, es que el resto no lo hace nada bien. [...] Las letras de la mayoría de las canciones parecen hechas por futbolistas tras haber jugado un partido. Y ya sabemos que Butragueño no entiende mucho de eso».

Ese año, BMG-Vídeo puso a la venta *Joaquín Sabina y Viceversa*, el primer vídeo del cantante y compositor andaluz, que incluía una selección de las canciones que interpretó en los conciertos que ofreció en el Teatro Salamanca de Madrid las noches del 14 y 15 de febrero de 1986 y que se materializaron en un doble disco en directo. Ya en su día, y como en el capítulo correspondiente a ese disco señalé, aquel concierto fue televisado por TVE-1 y no se emitió la canción «Cuervo ingenuo», un tema anti-OTAN compuesto e interpretado por Javier Krahe, ya que en el momento de su ejecución, como el propio Krahe me contó años más tarde, los cámaras allí presentes miraron para otro lado. Por esa razón, en el vídeo comercializado por BMG-Ariola tampoco aparece ese tema. La canciones en él contenidas

son: «Incompatibilidad de caracteres»; «Ocupen su localidad»; «Zumo de neón»; «Princesa»; «Hay mujeres» (a dúo con Ricardo Solfa); «Juana la Loca»; «El joven aprendiz de pintor»; «Calle melancolía» (a dúo con Luis Eduardo Aute); «Pongamos que hablo de Joaquín» (interpretada por Aute y Luis Mendo); «Pongamos que hablo de Madrid»; «Adiós, adiós» y «Pisa el acelerador».

En 1993 alternó una gira española de teatros con una nueva *tournee* americana, y en marzo de ese año recibió en Argentina un premio ACE, concedido por la Asociación de Cronistas del Espectáculo, algo así como los Premios de la Música españoles en versión latina. El galardón le fue entregado en la categoría de Mejor Álbum Melódico Español Masculino por su *Física y química*.

A pesar de su apretada agenda de trabajo aún tuvo tiempo para escribirles canciones a otros artistas. Todas las letras del disco de Javier Gurruchaga *El huevo de Colón* son de Sabina. La que lleva por título «Dos amigos y una mujer» fue grabada a dúo por el líder de la Orquesta Mondragón y el actor Antonio Banderas, quien cumplió así su viejo sueño de intervenir en un disco.

Asimismo, Joaquín participó, junto a Aute, en un disco del trío canario Taller. En él interpretó el tema «Con pinta de tipo que busca heroína», una droga en cuyas profundidades abisales él nunca se ha adentrado.

Para los coleccionistas de rarezas, ese año compuso una canción para la estrella de culebrones Carlos Mata, aquel muchacho bajito y tierno que se dio a conocer en nuestro país gracias a la exitosa telenovela *Cristal*, en pleno *boom* de ese género. El tema titulado «Más me hubiera valido» fue grabado a dúo por Sabina y Mata y se incluyó en el disco del sudamericano *Mírame a los ojos*, editado en el sello Polygram.

En julio de 1993 salió a la venta en quioscos el *pack Querido... Sabina*, que incluía un pequeño libro y un disco compacto con los temas más célebres de la época en la que aún pertenecía a la nómina discográfica de CBS (por entonces ya propiedad de Sony).

Dentro de sus actividades solidarias participó en el que fue bautizado como Festival de la Vitamina, celebrado en la sala Aqualung de Madrid con el fin de recaudar fondos con los que comprarles vitaminas a los niños cubanos.

Ese acto fue convocado por el grupo Sudacas Reunidas y en él actuaron, además de Joaquín, Pablo Milanés, Luis Eduardo Aute, Carlos Cano, Javier Krahe, Alberto Cortez, María Dolores Pradera y Massiel, entre otros.

En cuanto a la televisión fue invitado al programa de Antena 3 *Como la vida misma*, a un debate que versaba sobre los celos. También intervinieron el actor José Sacristán, el cineasta Fernando Colomo y la cantante de coplas Marifé de Triana. El programa lo presentaba la actriz Verónica Forqué, a quien Sabina entrevistó en 1979, cuando aún era un completo desconocido, para la revista *Carta de España*. Vueltas da la vida...

Respecto a la política, 1992 y 1993 fueron años en los que Sabina, para variar, no se mordió la lengua. En marzo de 1992 declaró para un diario gijonés que el PSOE era «bastante responsable de que los valores de hoy sean el pantalón de marca y la cuenta corriente», y un mes después manifestó lo siguiente sobre la controvertida Ley Corcuera para el *Magazine* del diario *El Mundo*: «Gritaría contra la ley Corcuera, vomitaría, escupiría, pero no cantarí. Corcuera no merece ni una canción. [...] Fumo canutos cuando me da la gana, quiera o no el señor Corcuera».

En una entrevista publicada en el dominical de *El Periódico*, con fecha del 14 de junio de 1992, el periodista informó a Sabina de que, según una encuesta, él ganaba cinco veces más que el presidente del Gobierno, a lo que el cantante contestó: «No la conocía, pero he leído lo que gana él y, por seguir poniéndome chulo, creo que no son cinco veces, sino más. ¡No te jode! Y me lo gano artesanalmente, no me pagan con dinero público. A él le pago yo. Él a mí, no».

En septiembre de ese año afirmó para el diario gijonés *El Comercio* que, aunque no solía votar en las elecciones, se pronunciaría con un «no» a Maastricht si le dieran la oportunidad de mostrar su opinión, y añadió: «Habría que hacer referendo para consultar sobre ese tratado y sobre la plaza de Chinchón. No es de recibo que los franceses tengan que votar por algo que nos concierne a los españoles».

Un mes más tarde, en una rueda de prensa que concedió veinticuatro horas antes de un concierto en el Palau Sant Jordi, se desquitó de muchos aspectos de la política nacional e internacional que más le crispaban: «El Gobierno prometió el cambio y este no ha llegado. [...] La ley Corcuera es

una canallada. [...] Es una locura decir que hachís y heroína son lo mismo. [...] La Ley de Extranjería es racista. [...] Lo de Clinton, Bush y Perot sí es pornografía, y no Madonna. [...] La situación de las cárceles es intolerable; al ministro de Justicia no le daría ni la mano».

En una foto publicada en la revista *Tribuna* el 7 de junio de 1993, Sabina le ponía los cuernos, mientras esbozaba la mejor de sus sonrisas, al escritor Fernando Sánchez Dragó, que se hallaba sentado delante de él en el debate televisivo *Queremos saber*, presentado por Mercedes Milá. Dragó apoyaba al Partido Popular (PP) y Sabina a Izquierda Unida (IU).

A propósito de esa formación política, Sabina fue el encargado de leer el mensaje de cierre de campaña electoral que tuvo lugar en la Plaza Mayor de Madrid. El discurso fue redactado por Julio Anguita, candidato a la presidencia del Gobierno, quien se encontraba convaleciente de un infarto en el Hospital Clínico de Barcelona. En él, el político, a través de la voz del cantante, que ejerció de intermediario entre el ideólogo y sus adeptos, manifestó que «el voto de IU es el único voto socialista y de izquierdas que puede depositarse en una urna el próximo 6 de junio». Sabina era uno de los 131 intelectuales y artistas que firmaron un manifiesto en apoyo a ese partido. Además de él, entre los simpatizantes se encontraban Francisco Umbral, Manuel Vázquez Montalbán, Aute, José Luis Sampedro, Juan Madrid, Juan Echanove, Pilar Miró y Juan Diego.

A finales de 1993, Sabina denunció que la cultura estaba atravesando momentos de persecución. Se centró en la persona de Ángel Matanzo, concejal presidente del distrito Centro de Madrid, y afirmó que sus «modales de falangista soez y de posguerra parecía que ya estaban en el basurero de la Historia». (Aquello estaba motivado por el intento de cierre del Teatro Alfil por parte de Matanzo, quien se vio claramente retratado en la obra *Cabaret castizo*, cuyo personaje principal era un *sheriff* que se creía que en esta vida todo era cuestión de «pelotas» y que imponía su criterio a mandobles. Aquel *cerrojazo* se evitó gracias al apoyo unánime de eximios representantes del mundo del espectáculo —Fernando Fernán-Gómez, Adolfo Marsillach, Núria Espert, Pedro Almodóvar— y a la propia división de opiniones en el seno del Ayuntamiento de Madrid respecto a las poco ortodoxas maneras que ese concejal tenía de ejercer su cargo.) La guerra entre el músico y el edil estaba

declarada. En un programa radiofónico de Onda Cero conducido por Luis del Olmo, Matanzo habló de posibles irregularidades en la vivienda del cantante, cuya dirección reveló, tras lo que Sabina hizo las siguientes declaraciones: «Yo no sé si un concejal puede dar mi dirección en un programa de radio, especialmente si lo hace mintiendo en su acusación. Le reto a que lo demuestre. Esto último ya es como mandarme una patrulla al amanecer a mi casa». Y para echar un capote a la actriz Loles León, a quien el político había descalificado, sacó la artillería pesada: «El caso de Loles me parece de una vileza y una infamia increíbles. Utilizar el insulto refiriéndose a los defectos corporales o hacia lo que mide alguien es incalificable. Es un señor [Matanzo] que habla constantemente de hombría. Cualquiera que haya leído un manual de psiquiatría sabe que en el primer capítulo ya se dice que quien se prodiga en esto es porque duda de su propia virilidad».

Como ya antes señalé, en el plano sentimental salía con la mallorquina Cristina Zubillaga, una modelo a la que conoció en una discoteca madrileña.

Poco antes de empezar esa relación, el 26 de julio de 1992, Isabel Oliart lo convirtió en padre de una segunda hija: bajo el signo de Leo vino al mundo Rocío, dos años después del nacimiento de la primogénita, Carmela.

En una entrevista realizada por *El Periódico* en el verano de 1992, comentó lo siguiente acerca del fin de la pasión: «No es que acabe mal. Una pareja se separa y hablan de fracaso. No es eso. Es que se acabó. Empieza, dura y acaba. Por definición. [...] La vida es una búsqueda constante de placer, de compartir y encontrar semejantes. Es absurdo dimitir. [...] Y no tiene que ver con la edad. Hay quien dimite con 20 años, o nació dimitido, y no busca una pasión, no se la juega por nada: esta mujer para siempre, esta casa, estos hijos, este trabajo. Hipoteca el azar. Sabe que no le va a pasar nada, impide que le pase cerrando las ventanas».

Joaquín Sabina atravesaba un momento inmejorable como artista. Las optimistas cifras de ventas de su último trabajo —en 1992, *Física y química* fue, con tres discos de platino y uno de oro, o lo que es lo mismo, trescientas cincuenta mil copias despachadas, el segundo disco más vendido de nuestro país, solo superado por Julio Iglesias con su *Calor*— le daban una gran

tranquilidad a la hora de abordar su siguiente proyecto discográfico. Pronto, entre España y Latinoamérica, los ejemplares vendidos de *Física y química* superaron el millón.

El eterno cronista de la derrota, el fracaso, los desheredados y los que viven al límite era ya el primero de su clase.

Mejor tiempo en Le Mans.

***ESTA BOCA ES MÍA. NO DEJES
QUE TE IMPIDAN GALOPAR***

*Resistiré,
para seguir viviendo,
soportaré
los golpes y jamás me rendiré,
y aunque los sueños se me rompan en pedazos,
resistiré.*

EL DÚO DINÁMICO, «Resistiré»

«A los catorce (parece que fue ayer) el rey Melchor se lo hizo bien conmigo y me trajo, por fin, una guitarra. Aquel adolescente ensimismado que era yo, con granos y complejos, en lugar de empollar física y química, mataba las horas rimando, en un cuaderno a rayas, versos llenos de odio contra el mundo y los espejos. El mundo, lejos de sentirse aludido, seguía girando (que es lo suyo), desdeñoso, sin importarle un carajo mi existencia. Y los espejos, cabrones, en vez de consolarme con mentiras más o menos piadosas, me sostenían cruelmente la mirada.

Vivía en un sitio que se llamaba Úbeda. Algunas noches, mientras mis padres dormían, me daban las diez y las once y las doce y la una practicando con sordina, en mi flamante guitarra, los acordes de “Blanca y radiante va la novia”, o iniciándome en el furtivo y noble arte de la masturbación, o suspirando por mi vecina, una rubia de bote que suspiraba por un idiota moreno que tenía una bici de carreras y jugaba al baloncesto. Solo se me ocurrían tres maneras de atraer su atención: triunfar en el toreo, atracar un banco o suicidarme. Lo malo es que las tres exigían una sobredosis de valor que yo (¡ay de mí!) no poseía. Yo poseía mi

cuaderno a rayas cada vez más lleno de ripios contra el mundo, mi guitarra, cada vez más desafinada... Y un plano del paraíso, que resultó ser falso. Y la vida, previsible y anodina, como una tarde de lluvia en blanco y negro.

Pero en la pantalla del Ideal Cinema, cuando no daban una de romanos, el viento golfo de Manhattan le subía la falda a Marilyn y era domingo, y no había clase, y los niños de provincias soñábamos despiertos y en technicolor con pájaros que volaban y se comían el mundo. Y el mundo que quería comerse los pájaros que anidaban en mi cabeza... pongamos que se llamaba Madrid.

Así que un día me subí, sin billete de vuelta, al vagón de tercera de uno de aquellos sucios trenes que iban hacia el norte, me apeé en la estación de Atocha y aprendí que las malas compañías no son tan malas y que se puede crecer al revés de los adultos; y supe, al fin, a qué saben los aplausos y los besos y el alcohol y la resaca y el humo y la ceniza, y lo que queda después de los aplausos y los besos y el alcohol y la resaca y el humo y la ceniza. Tal vez por eso mis canciones quieren ser un mapamundi del deseo, un inventario de la duda, siete crisantemos con espinas.

Y cuando las cartas vienen malas y amenaza tormenta y los dioses se ponen intratables y los hoteles no son dulces y todas las calles se llaman melancolía, todavía fantaseo con debutar sin picadores o con desvalijar sucursales de Banesto o con probar mi suerte a la ruleta rusa, pero ahora, en lugar de tirarme en Las Ventas de espontáneo, o de escribirle una carta póstuma a Garzón, o de ahorrar para una Smith & Wesson del Especial,* escribo en technicolor la canción de las noches perdidas para vengarme de tantas tardes de lluvia en blanco y negro, de tantos hombres de traje gris, de tantas rubias de bote que se van con idiotas morenos que juegan al baloncesto, de tantas bocas adorables que nunca fueron mías, que nunca serán mías.

Aquellos granos trajeron estas cicatrices y aquellos miuras que nunca toreé me cosieron a cornadas el alma.

Pero no me quejo; tengo amigos y memoria y risas y trenes y bares y una mala salud de hierro y un puñado de canciones recién salidas del horno que me tienen (dejadme que os lo cuente) orgulloso como un padre primerizo que babea. Y, de cuando en cuando, una rubia de bote me tira un beso, desde el público, aprovechando un despiste de su novio; ese idiota moreno que juega al baloncesto.

¿Que a qué viene todo esto? Pues a que anochece y está lloviendo y los periódicos hablan de elecciones y yo no sabía cómo hablaros de esta boca que es, desde ahora y para siempre, más vuestra ya que mía.»

Con estas hondas y autobiográficas palabras, fechadas el 25 de mayo de 1994 y tituladas, muy sabinianamente, «Curándome en salud», Joaquín Sabina presentó su noveno disco de estudio, *Esta boca es mía*.

Como se puede observar, se trata de un texto exento de pudor en el que juega a la autoparodia y la autorreferencia y despliega las constantes de su universo creativo: el deseo no correspondido, la eterna soledad (aun en compañía), la temprana vocación literaria y musical, la ambición como único pasaporte a la libertad, Madrid, la noche, los escenarios, los claroscuros del éxito, el milagro de la amistad y la memoria, el calor único de los bares y su empecinada negativa a guardar silencio. Es decir, toda una declaración de principios.

Nos encontramos ante un disco eminentemente literario, y aunque en *Física y química* ya se apuntaba su paulatina inclinación hacia los textos cada vez más poéticos y cargados de imágenes fulgurantes —también las melodías de sus canciones eran más elaboradas y diversas que nunca—, será, sin embargo, con este trabajo con el que inicie el salto a una nueva etapa; a un Sabina que huirá como de la peste de los versos fáciles y que se esforzará al máximo por conseguir nuevos registros y letras cada vez más bellas y brillantes. De hecho, la mayor parte de las letras contenidas en *Esta boca es mía* podrían formar parte de un poemario y leerse como poesía pura y dura, sin el —espléndido— soporte musical que las convierte en canciones.

Y no es ese el único cambio que se produjo en él: su voz, en la que se aprecia de forma nítida la erosión de los muchos excesos, con el tabaco y el alcohol a la cabeza, tenía un matiz agudoso, quebrado, ronco, sin sombra de maquillaje, que hacía más creíbles sus interpretaciones y guardaba una mayor coherencia con la bilis contenida en sus textos, lo que lo acercaba más que nunca a sus amados J. J. Cale, Tom Waits y, por supuesto, Bob Dylan.

Producido una vez más por el Trío Maravilla, Sabina, Varona, García de Diego, este disco cuenta asimismo con colaboradores de lujo: Pablo Milanés, Rosendo, Javier Ruibal, Álvaro Urquijo, Jaime Asúa —exguitarrista de Alarma!!!— y Gloria Varona, hermana de Pancho y autora de la bella y celeberrima letra de «No me importa nada», la cual hizo famosa Luz Casal.

Esta boca es mía contiene doce más una canciones: «Esta noche contigo»; «Por el bulevar de los sueños rotos»; «Incluso en estos tiempos»; «Siete crisantemos»; «Besos con sal»; «Ruido»; «El blues de lo que pasa en

mi escalera»; «Como un explorador»; «Mujeres fatal»; «Ganas de...»; «La casa por la ventana»; «Más de cien mentiras» y la homónima «Esta boca es mía».

Sabina aseguró haberse dejado la piel en la grabación del disco y señaló que aquel era su tope, que no sabía hacerlo mejor de como lo había hecho: «Ahora me la juego absolutamente, de tal modo que si el disco le parece una mierda a alguien, esa mierda soy yo», declaró para la revista *Man*. Y añadió: «Otras veces he dicho que los fundamentos de mi vida son el trabajo y el sexo. ¡Pues no! El sexo dura un momento y es incompañable, pero no conozco nada por lo que pudiera estar, como con este disco, dos o tres días sin dormir».

La segunda canción del disco, «Por el bulevar de los sueños rotos», es un homenaje a la cantante mexicana Chavela Vargas y, al menos por un tiempo, fue, de todas las incluidas en ese trabajo, la favorita de su autor. Sabina lo explicaba así: «La canción que más me gusta de mi disco es, precisamente, una que le dedico a Chavela Vargas. Cuando la vi esta última vez que vino a España y dijo en su presentación que ella vivía en el bulevar de los sueños rotos, pensé que me estaba regalando el título de una canción. Y así nació». El cantante aprovechó aquella composición para hablar del México que amaba, el de Diego Rivera y Frida Kahlo; el de la «resaca» de la Revolución. Un México bohemio que le «perdía». El videoclip de ese tema fue rodado por el cineasta Juanma Bajo Ulloa en el desierto de Almería y lo protagonizó la actriz española Ana Álvarez:

*En el bulevar de los sueños rotos
vive una dama de poncho rojo,
pelo de plata y carne morena.
Mestiza ardiente de lengua libre,
gata valiente de piel de tigre
con voz de rayo de luna llena.*

*Por el bulevar de los sueños rotos
pasan de largo los terremotos
y hay un tequila por cada duda.
Cuando Agustín se sienta al piano
Diego Rivera, lápiz en mano,
dibuja a Frida Kahlo desnuda.*

*Se escapó de una cárcel de amor,
de un delirio de alcohol,
de mil noches en vela.
Se dejó el corazón en Madrid,
¡quién supiera reír
como llora Chavela!...*

«Siete crisantemos» partía de un texto que llevaba escrito varios años, previo a la música que lo acompaña. Era, por lo tanto, literatura a secas que pasaba a convertirse en una canción literaria en la que reinaba la ambigüedad. Salvando las distancias, «Siete crisantemos» es a Sabina lo que «Quijote» a Julio Iglesias. Lo cual no es poco:

*Si alguna vez he dado más de lo que tengo
me han dado algunas veces más de lo que doy,
se me ha olvidado ya el lugar de donde vengo
y puede que no exista el sitio a donde voy.*

*A las buenas costumbres nunca me he acostumbrado,
del calor de la lumbre del hogar me aburrí,
también en el infierno llueve sobre mojado,
lo sé porque he pasado más de una noche allí.*

*En busca de las siete llaves del misterio,
siete versos tristes para una canción,
siete crisantemos en el cementerio,
siete negros signos de interrogación.*

[...]

*Me enamoro de todo, me conformo con nada:
un aroma, un abrazo, un pedazo de pan
y lo que buenamente me den por la balada
de la vida privada de fulano de tal.*

La bellísima, claustrofóbica y desesperada «Ruido» es una de las canciones más trágicas —si no la más— de todas las que se incluyen en *Esta boca es mía*. Una singular rumba de desasimiento (Joaquín la definió como una rumba «de smoking») que estaba dedicada a la memoria de José Antonio

Zubillaga —el padre de Cristina, su novia de entonces— «que murió en una playa en muy extrañas circunstancias y a quien no le llegaban las postales», como al famoso coronel:

*Ella le pidió que la llevara al fin del mundo,
él puso a su nombre todas las olas del mar,
se miraron un segundo
como dos desconocidos.*

*Todas las ciudades eran pocas a sus ojos,
ella quiso barcos y él no supo qué pescar
y al final, números rojos
en la cuenta del olvido
y hubo tanto ruido
que al final llegó el final.*

*Mucho, mucho ruido,
ruido de ventanas,
nidos de manzanas
que se acaban por pudrir,
mucho, mucho ruido,
tanto, tanto ruido,
tanto ruido y al final
por fin el fin.*

[...]

*Ruido de tenazas, / ruido de estaciones, / ruido de amenazas, / ruido de
escorpiones, / tanto, tanto ruido. / Ruido de abogados, / ruido compartido, /
ruido envenenado, / demasiado ruido. / Ruido platos rotos, / ruido años
perdidos, / ruido viejas fotos, / ruido empedernido. / Ruido de cristales, /
ruido de gemidos, / ruidos animales, / contagioso ruido. / Ruido mentiroso, /
ruido entrometido, / ruido escandaloso, / silencioso ruido. / Ruido
acomplejado, / ruido introvertido, / ruido del pasado, / descastado ruido. /
Ruido de conjuros, / ruido malnacido, / ruido tan oscuro, / puro y duro
ruido. / Ruido ¿qué me has hecho?, / ruido «yo no he sido», / ruido*

insatisfecho, / ruido ¿a qué has venido? / Ruidos como sables, / ruido enloquecido, / ruido intolerable, / ruido incomprendido. / Ruido de frenazos, / ruido sin sentido, / ruido de arañazos, / ruido, ruido, ruido.

«Mujeres fatal» es una versión remozada de la vieja «Hay mujeres» — aquella discursiva canción incluida en el doble disco en directo *Joaquín Sabina y VICEVERSA* que su autor cantó a dúo con su amigo Ricardo Solfa—, solo que ahora convertida en un *rock* poderoso. Un monumento a la paradoja:

*Hay mujeres que arrastran maletas cargadas de lluvia,
hay mujeres que nunca reciben postales de amor,
hay mujeres que sueñan con trenes llenos de soldados,
hay mujeres que dicen que sí cuando dicen que no.*

*Hay mujeres que bailan desnudas en cárceles de oro,
hay mujeres que buscan deseo y encuentran piedad,
hay mujeres atadas de manos y pies al olvido,
hay mujeres que huyen perseguidas por su soledad.*

*Hay mujeres veneno, mujeres imán,
hay mujeres consuelo, mujeres puñal,
hay mujeres de fuego,
hay mujeres de hielo,
mujeres fatal...*

La letra de «Más de cien mentiras» la deberíamos tener todos con un imán en la puerta de nuestros frigoríficos. Es una canción de amor que surgió con el pretexto de convencer a una persona, muy querida por él, que acariciaba la idea del suicidio, de que existen infinidad de motivos para no quitarse la vida y, al mismo tiempo, que todos ellos son mentira. La idea le sobrevino mientras veía *Manhattan*, de Woody Allen, cuando el actor y director enumera todas aquellas cosas por las que merece la pena seguir respirando. Sabina manifestó que, si bien no era la mejor canción del disco — pues pensaba que el texto y la música estaban algo descompensados—, sí que era, en cambio, la mejor letra. En la que más a fondo se había empleado en toda su vida y con la que más había sufrido, pero, también, con la que más había disfrutado. Una letanía poética. Pura —y brillante/vibrante— poesía:

*Tenemos memoria, tenemos amigos,
tenemos los trenes, la risa, los bares,
tenemos la duda y la fe, sumo y sigo,
tenemos moteles, garitos, altares.
Tenemos urgencias, amores que matan,
tenemos silencio, tabaco, razones,
tenemos Venecia, tenemos Manhattan,
tenemos cenizas de revoluciones.*

*Tenemos zapatos, orgullo, presente,
tenemos costumbres, pudores, jadeos,
tenemos la boca, la lengua, los dientes,
saliva, cinismo, locura, deseo.*

*Tenemos el sexo y el rock y la droga,
los pies en el barrio y el grito en el cielo,
tenemos Quintero, León y Quiroga
y un «bisnes» pendiente con Pedro Botero.*

*Más de cien palabras, más de cien motivos,
para no cortarse de un tajo las venas,
más de cien pupilas donde vernos vivos,
más de cien mentiras que valen la pena...*

Cierra el disco la canción que le da título, «Esta boca es mía». Para quien dude de su calidad, solo decir que su excelencia Mario Benedetti utilizó sus dos primeros versos como cita de apertura para su espléndido poemario *El olvido está lleno de memoria*. En el prólogo de este libro señalo que esa fue, precisamente, la canción que me hizo interesarme por Sabina; la que me mostró que, en realidad, no conocía a quien creía conocer. Escrita por Joaquín y con música de Pancho Varona, en los conciertos la suele cantar el segundo:

*Más vale que no tengas que elegir
entre el olvido y la memoria,
entre la nieve y el sudor.
Será mejor que aprendas a vivir
sobre la línea divisoria
que va del tedio a la pasión.*

No dejes que te impidan galopar

*ni los ladridos de los perros
ni la quijada de Caín.
Que no te dé el insomnio por contar
las gaviotas del destierro,
las amapolas de París...*

En julio de 1994, la discográfica BMG-Ariola ofreció un almuerzo en un restaurante mexicano de Madrid para celebrar las cien mil copias vendidas, en menos de un mes, de *Esta boca es mía*. En el transcurso de aquella comida, Serrat fue el encargado de entregarle el correspondiente disco de platino a Sabina. A su vez, el cantante recibió un disco cuádruple y otro doble de platino, más cuatro de oro, por haber vendido más de un millón de discos, entre España y Latinoamérica, de su anterior trabajo, *Física y química*. Joaquín estuvo rodeado de algunos de sus mejores amigos, como Juan Echanove, Aute y Javier Ruibal. También coincidieron en aquella fiesta las dos mujeres de su vida, Isabel Oliart, madre de sus hijas, y Cristina Zubillaga, su novia, quienes causaron un justificado desconcierto entre los periodistas allí convocados.

En los meses previos a la salida del disco, la actividad de Sabina había sido frenética.

Colaboró en el programa radiofónico *La Peña* —una tertulia de RNE centrada en el fútbol y los toros— junto a los entrenadores de fútbol Benito Floro y David Vidal, el ganadero taurino Vitorino Martín, el actor Pepe Sancho y el exmatador de toros Jaime Ostos, entre otros.

El 11 de marzo de 1994 participó en el homenaje que las librerías Crisol de Madrid le tributaron a Serrat. En ese acto intervinieron también Arturo Pérez-Reverte, Aute, Alejandro Sanz, Maruja Torres, Antonio Fraguas (*Forges*), Antonio Vega y Amistades Peligrosas.

El 17 de abril se produjo un interesante *mano a mano* entre Sabina y Pablo Milanés en el Teatro Monumental de Madrid, dentro de las actividades que la Fundación Pablo Milanés organizó para recaudar fondos con los que ayudar a aquellos artistas que tuvieran proyectos culturales interesantes y que no los pudieran llevar a cabo.

Tras la publicación de *Esta boca es mía*, en los meses de junio y julio, y dentro del proyecto *Amo esta isla*, promovido por la Fundación Pablo Milanés y la Compañía Kawama Caribbean Hotels, Sabina, Aute, Serrat, Miguel Ríos, Ana Belén y Víctor Manuel ofrecieron una serie de recitales en Cuba. Aquello no pasó inadvertido para los medios de comunicación españoles. El diario *ABC* (15.6.1994) publicó la noticia bajo el título «Aute, Sabina, Serrat, Miguel Ríos y Ana Belén y su marido, a favor del tirano cubano». En el diario conservador podía leerse: «En medios políticos y culturales se interpretan estas actuaciones como un respaldo al tirano Fidel Castro y su régimen comunista. [...] Ha causado estupefacción en estos mismos medios el hecho de que Sabina cobre más de tres millones de pesetas por actuar ante los jefes de Estado y de Gobierno que participan en la IV Cumbre Iberoamericana, cantidad que desembolsará el Ministerio español de Asuntos Exteriores. Sin embargo, la ayuda de nuestra nación al Tercer Mundo ha sufrido recortes y se ha dado carpetazo a numerosos proyectos de colaboración y desarrollo». En la sección de Internacional del diario *El País* (14.6.1994) publicaron una nota a propósito de aquellos conciertos bajo el título «Más de tres millones para Joaquín Sabina», y afirmaban que «la ayuda española al Tercer Mundo ha sufrido desde 1991 profundos recortes. Algunos proyectos se han cancelado y la ejecución de otros ha sido alargada en varios años sobre lo previsto. El cantautor Joaquín Sabina recibirá, no obstante, 3,2 millones de pesetas de la Dirección General de Asuntos Culturales del Ministerio de Exteriores español por actuar ante los jefes de Estado y de Gobierno».

Durante el resto del verano, Sabina ofreció conciertos por toda España, y el 7 de septiembre actuó en Las Ventas —con Pedro Guerra de telonero—, donde consiguió el lleno absoluto en un concierto que reunió a varias generaciones de españoles.

El 23 de septiembre, cincuenta personalidades del mundo de la cultura y el espectáculo eligieron para el suplemento cultural del diario *ABC* a sus cinco escritores en lengua española favoritos. El único requisito que se les puso es que debían citar a autores vivos. Joaquín Sabina, que fue uno de los consultados, citó a Antonio Muñoz Molina, Jaime Gil de Biedma —aseguró que su obra sigue viva—, Juan Marsé, Luis Landero y Javier Krahe.

A finales de ese mes fue el pregonero de la Feria de San Miguel, en su pueblo natal, Úbeda. El acto tuvo lugar en el patio del Hospital de Santiago, y el cantante, en un gesto altamente emotivo, le dedicó a su difunto padre el pregón: «Quiero que este pregón sirva de homenaje a mi padre, que, aparte de honrado policía y noble ejemplo personal, en sus ratos libres era poeta de madrugada. En eso, al menos, nos parecemos».

En octubre viajó a México, en donde ofreció dos recitales en el Auditorio Nacional. Era el comienzo de su gira latinoamericana, que le llevaría por Venezuela, Argentina, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay, países en los que obtuvo un gran éxito.

En sus primeros cuatro meses de vida, *Esta boca es mía* fue adquirido por un cuarto de millón de personas en Latinoamérica, con lo cual Sabina, qué cosas, superaba en ventas al mismísimo Julio Iglesias en el que durante muchos años había sido su feudo.

Cuando en noviembre visitó Argentina, un periodista local le preguntó, dado que en el disco se incluían boleros, si coincidía con la opinión de muchos de que había sido el mexicano Luis Miguel el encargado de hacer renacer dicho género, a lo que Sabina contestó: «No, en absoluto. En España se escucha desde hace muchos años a Lucho Gatica y a muchos otros boleristas, mientras que Luis Miguel allí no existe... no es nadie».

En diciembre, Andrés Calamaro, en un gesto de infrecuente elegancia y franqueza en un artista que disfruta y padece, como casi todos, la compañía permanente del exceso de ego, afirmó para un diario argentino: «En la ducha canto canciones de Sabina. En realidad, estoy esperando que me salga alguna tan buena como una de Sabina, como “Princesa” o “Con la frente marchita”».

Ese mismo mes, el diario argentino *Clarín* entrevistó a la vez a Manolo Tena y a Joaquín Sabina, quienes coincidieron en Buenos Aires para presentar sus respectivos trabajos. Los dos letristas —grandes amigos a pesar de las diferencias que tuvieron en el pasado, ya superadas— estaban completamente de acuerdo en que en esos momentos la falta de talento en lo musical que se daba en España era alarmante. Tena manifestó: «En Madrid estamos rodeados de nada; si me preguntan por las novedades de España, no sé qué decir», y Sabina, muy en su línea, ironizó: «¿Novedad en España? Los Mano Negra, que son franceses».

En las Navidades de ese año participó en el concierto que Ayuda en Acción celebró en Madrid —hubo otro en Barcelona— para recaudar fondos con los que financiar programas de ayuda a los países del Tercer Mundo. Sabina y Echanove interpretaron al alimón «La del pirata cojo» y dejaron perpleja a la concurrencia.

Ya en 1995, en una encuesta realizada en enero por el diario *El Mundo* a cien personajes españoles de la cultura, el espectáculo y la política, en la que se les preguntaba qué relación pensaban que tenía el PSOE, y más concretamente Felipe González, con la trama de los GAL, Sabina declaró: «El “señor X” [el cerebro en la sombra] es González, y asumo cualquier querrela que me puedan presentar».

A finales de ese mes, Sabina viajó a Cuba para ofrecer un concierto en La Habana invitado de nuevo por su amigo Pablo Milanés, y en febrero regresó a Madrid para participar, junto a Miguel Ríos, Ana Belén, Víctor Manuel, Antonio Vega, Cómplices y Suburbano, en el Concierto de los Pueblos Indígenas. Aquel acto fue presidido por Carmen Alborch, entonces ministra de Cultura.

Un mes después se desplazó otra vez a América para ofrecer conciertos en Perú, Guatemala y Santo Domingo.

En abril fue incluido en la lista de la coalición Izquierda Unida-Los Verdes-Convocatoria por Andalucía (IU-LV-CA) para la alcaldía de su pueblo, Úbeda, dentro de las elecciones celebradas ese año. Su candidatura era testimonial —ocupaba el último lugar de la lista municipal, el 21— y, según se desprendía del comunicado que emitió IU, se trataba de un apoyo de carácter sentimental: «El cantautor ubetense quiere dejar patente su compromiso con su pueblo natal y la defensa de las ideas de izquierda y de planteamientos progresistas».

A finales de mayo y principios de junio realizó una *tournee* por Venezuela, Colombia, México y El Salvador, países en los que su trabajo fue acogido con verdadero calor.

El 20 de agosto de 1995 falleció en Barcelona, a los 84 años, la madre de Serrat. Al sepelio, que tuvo lugar dos días después, acudieron personalidades del espectáculo y la política. Sabina fue uno de los primeros en personarse para darle el pésame a su colega y amigo. Además, participó en

el disco *Serrat... eres único*, un homenaje al cantante catalán en el que colaboraron Juan Perro (*alter ego* de Santiago Auserón, exlíder de Radio Futura), Rosario Flores, Lole y Manuel, Kiko Veneno, Ketama, Antonio Vega, Loquillo y Antonio Flores, entre otros. Joaquín, que en principio iba a haber grabado una canción que compuso especialmente para él, «Mi primo el Nano» —tema que se incluyó en su siguiente trabajo—, interpretó finalmente una versión de «No hago otra cosa que pensar en ti».

La madrugada del 6 de octubre de 1995, un incidente que Sabina tuvo con una fan en exceso entusiasta causó un gran impacto mediático. Estaba tomando unas copas en el Palacio Gaviria, una discoteca de Madrid, con un par de amigos —entre los que se encontraba el periodista Pablo Lizcano, exmarido de Massiel—, cuando María Gabriela Antón García, de 22 años, se acercó a él para pedirle un autógrafo. Según declaró después la joven, se dirigió acompañada de una amiga a la mesa en la que se encontraba Sabina para solicitarle un autógrafo y este le contestó de muy malos modos que se largara y le dejara en paz. Ella insistió, y entonces el cantante perdió los estribos y le golpeó en el rostro con un vaso, lo que le produjo un profundo corte en la nariz. La versión de los hechos que dio Joaquín era bien distinta. Él mismo me lo contó en una entrevista que se publicó en el semanario *Interviú* en octubre de 1997: «Esa noticia dio la vuelta al mundo. Ese año yo había dado ciento veinte conciertos y había publicado un disco, y apenas se recogió en la prensa. Sin embargo, lo otro no paró de sonar. Yo me inventé una broma para no tener que explicar lo que pasó con aquella chica, a la que *sí* le tiré un vaso de whisky. Si hubiesen estado sentados conmigo la madre Teresa de Calcuta y el Mahatma Gandhi, cualquiera de los dos se le habría tirado al cuello una hora antes de que yo le tirara el vaso. No era una fan, era un monstruo. Era una chica a la que, después de firmarle un autógrafo, desde luego, y de decirle quince mil veces, de la mejor manera y en todas las lenguas posibles, que, por favor, me dejara en paz, que quería charlar tranquilamente con mi amigos, empecé a decirle que le iba a tirar un vaso a la cara. Y, a la hora, se lo tiré». La acusación particular solicitó treinta días de arresto domiciliario y medio millón de pesetas en concepto de indemnización. Sabina no se presentó al juicio que se celebró en febrero de 1996: alegó que estaba grabando un disco y envió una notificación sellada por su casa discográfica a modo de

justificante. Finalmente, la magistrada María Tardón lo condenó a diez días de arresto menor como autor de una falta de lesiones. Cuando amigos del cantante fueron consultados acerca de qué les había parecido aquello, se mostraron muy sorprendidos y coincidieron en que esa reacción no se correspondía en absoluto con su personalidad.

En diciembre de 1995, Ana Belén y Víctor Manuel ejercieron de anfitriones en una fiesta que se celebró en Madrid con motivo del medio millón de copias vendidas de *Mucho más que dos*, el disco que grabaron en vivo en Gijón el verano anterior. Sabina, Echanove, Serrat y Miguel Ríos, quienes aportaron voces y talento a aquel trabajo, recibieron un trofeo. En ese acto se recordó al fallecido Antonio Flores, quien también había participado en la grabación del laureado disco. Jorge Valdano, Verónica Forqué, Cristina Almeida, Pastora Vega, Concha García Campoy, Iñaki Gabilondo y Pilar Miró estuvieron entre los asistentes.

En enero de 1996, Sabina ofreció un concierto en la cárcel de Carabanchel. El motivo de aquella actuación se debió a que uno de los presos, José Luis García García, *El Peti*, antiguo técnico de monitores del cantante, se encontraba allí cumpliendo condena y le pidió a su antiguo jefe que fuera a verle al *talego* acompañado de sus músicos. Joaquín no se hizo de rogar y satisfizo ese requerimiento enseguida. En el transcurso de la actuación, de más de una hora, interpretó una de las canciones junto a la mujer del convicto. Los presidiarios lo acogieron con cariño y algarabía y corearon todos los temas, que se sabían de memoria.

Para las elecciones generales españolas del 3 de marzo de aquel 1996, los artistas decidieron salir de sus palacios de oro y apoyar a las distintas formaciones políticas en liza. De ese modo, el Partido Popular contó con el refrendo incondicional de Julio Iglesias (quien en uno de los mítines subió al escenario y aseguró que José María Aznar era el mejor presidente que podía tener España), Raphael, Bertín Osborne, Manolo Escobar, Norma Duval, Fernando Sánchez Dragó y el cantante Francisco.

Por su parte, la lista de los artistas que se decantaron por el PSOE era extensa y poderosa: Antonio Banderas, Serrat, Miguel Bosé, Victoria Abril, José Luis Sampedro, Lluís Pascual, Charo López, Miguel Gila, José Luis Coll, Carmen Rico Godoy, Rosa María Sardá y Concha Velasco.

Izquierda Unida tuvo como mascarón de proa a Sabina y a Aute, a quienes se unieron, entre otros, los actores Juan Echanove y Pilar Bardem.

El 28 de febrero, en un mitin celebrado en la localidad madrileña de Pinto, Sabina y Aute mostraron su apoyo a Diego López Garrido y a Cristina Almeida, de Nueva Izquierda (corriente crítica y minoritaria de Izquierda Unida). Tras sus respectivos discursos, los dos cantantes y amigos corearon al unísono un optimista: «¡Izquierda Unida / será la que decida!». Ese mismo día, Alfonso Ussía tituló su columna del diario *ABC* con un despectivo «Del jilguero al pollo frito», y en ella escribió: «El debate a tres que tanto se espera y no se va a producir lo habrían de protagonizar Ramoncín, Julio Iglesias y Joaquín Sabina. Ramoncín, el “rey del pollo frito”, en nombre de González; Julio Iglesias, el “jilguero de Miami”, en representación de Aznar, y Joaquín Sabina, el “gorrión de Lenin”, como portavoz autorizado de Anguita. El pollo, el jilguero y el gorrión, pajaritos al salón, que empiece la reunión, medida en la discusión y el que salga campeón, chimpón, chimpón y chimpón. [...] Toda España está pendiente del jilguero y del pollo frito, pasando por el gorrión».

Sabina decidió dedicarle un soneto en respuesta a aquel artículo y a otros en los que le mencionaba con idéntico retintín. Es, creo, inédito, y dice así:

*«Ramplón» es repetir «ramplonería»
dos veces en un párrafo; «ordinario»
cobrar por maltratar el diccionario
y «cursi»... ¿no es sinónimo de Ussía?*

*«Pelma oficial» es su señoría,
«tópicas» su sintaxis y su jeta,
«bobos» sus ripios, «rancia» su bragueta,
«buen gusto», ¿usted? Permita que me ría.*

*¿«Estética»? Pero buen hombre, más le valdría
antes de sus eructos semanales
cepillarse bien los dientes con lejía.*

*¿No será que se pudre usted de celos
al verme derrochar, señor Ussía,
las gracias que no quiso darle el cielo?**

Del mismo modo, en un mitin de Izquierda Unida que tuvo lugar en Córdoba, Sabina le dedicó un soneto a su admirado Julio Anguita. Solo que, en esta ocasión, la ridiculización era sustituida por el halago:

*Hoy tocan las campanas a rebato,
Córdoba ya no está lejana y sola
desde que tiene un novio candidato
al califato de las amapolas.*

*La Córdoba de aceite y fandanguillo,
la del libro, los besos y las manos,
la que bordó un encaje de bolillos
con judíos, moros y cristianos.*

*La patria de mis sueños andaluces,
la que iba cinco siglos por delante
de la Europa del siglo de las luces.*

*La Córdoba que ha visto su mezquita
ponerse un clavel rojo en el turbante
cuando sale a votar a Julio Anguita.*

En el concierto celebrado en Las Ventas en junio de 1996 con motivo de los veinte años de vida del diario *El País*, poco antes de que viera la luz el nuevo trabajo de Sabina, los artistas más representativos del panorama musical español interpretaron temas de otros cantantes. Manolo Tena cantó «El blues del autobús» (Miguel Ríos); Andrés Calamaro se marcó «Escuela de calor» (Radio Futura); Loquillo, «¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?» (Burning); Antonio Vega, «No me importa nada», aquel tema de los hermanos Pancho y Gloria Varona que hizo famoso Luz Casal, y Miguel Ríos, «Cruzar los brazos» (Víctor Manuel). Sabina dejó atónito al personal cuando comenzó a cantar «Cruz de navajas», de Mecano. Algo que más tarde le fue recriminado por un conocido crítico musical —Diego A. Manrique—, como Joaquín se encargó de señalar. El cantaor granadino Enrique Morente interpretó «Pongamos que hablo de Madrid», y en verdad que el tema le quedó de la rehostia.

Si hay algo que se puede sacar en claro de las numerosas actividades desplegadas por Joaquín Sabina entre 1994 y 1996, período en el que su disco de creación número nueve sonó en las casas de una decena de países de todo el mundo, es que el cantante y compositor jiennense se hartó de decir esta boca es mía.

Con un trabajo aparentemente difícil, debido a las grandes dosis de literatura que poseían todas las canciones, volvió a arrasar.

Había llegado, felizmente, a ese punto al que muy pocos artistas consiguen acceder: podía hacer lo que quisiera, grabar las canciones más osadas, adentrarse en los ritmos más insólitos, escribir los textos más disparatados... Cualquier decisión musical que tomara obtendría de inmediato el aplauso del público, y sus compañeros de profesión acabaron asumiendo, al margen de que les gustara más o menos su discurso musical, su poderío como letrista. Su magisterio. Puesto que su dominio de la lengua y su capacidad para cambiar de registros no tenían —ni tienen hoy— parangón en nuestra geografía.

Había nacido al mundo de la canción, quince años atrás, como cantautor. Sin embargo, con una habilidad que se escapa a toda lógica supo zafarse de cualquier tipo de etiquetas y logró triunfar con un cóctel de *rock*, pop y baladas, a pesar de ser casi una década mayor que los músicos que cultivaban esos estilos.

Tenía razón, por lo tanto, cuando manifestó que los jóvenes se lo estaban poniendo muy fácil: él, que podría ser el hermano mayor e incluso el padre de muchos de ellos, les daba sopas con honda. Hasta el punto de que, comparados con los suyos, los textos del más dotado de los integrantes de la nueva generación no pasaban de ser una burda redacción de colegio.

Por si eso fuera poco, salía más que ellos, se divertía más que ellos, transgredía más que ellos, se emborrachaba más que ellos y se acostaba mucho más tarde que todos ellos, y siempre que le era posible en inédita compañía. Un caso digno de ser estudiado por un cuerpo de élite de especialistas en el comportamiento humano.

A sus cuarenta y siete tacos, el pirata cojo, el eterno infante, cabalgaba como una flecha mientras el viento golpeaba su rostro. Excesivo, lúcido, valiente, pijoapartesco. Consciente de que la vida se va, de que cada día es un

tesoro. De que hay que apurar el contenido de la copa de la existencia, hacerle cortes de mangas a la muerte y celebrar el hecho en sí de ser, de estar, a cada instante, con el entusiasmo sincero y vehemente de los orates. De aquellos que ya no tienen nada que perder y cada vez menos tiempo.

Y, entretanto, los jóvenes, los auténticos, los enrollados, le veían el culo, incapaces de dar crédito, cada vez más lejos, cada vez más alto.

Eh, Sabina.

YO, MÍ, ME, CONTIGO.
Y ME ENVENENAN LOS BESOS QUE VOY DANDO

*«El sexo tiene días de cuchillo,
de violar a una virgen con un sable,
de beber las entrañas a una mujer morena,
de montar a una madre mientras reza a su hijo.»*

FRANCISCO UMBRAL, *Diario político y sentimental*

El décimo disco de creación de Joaquín Sabina, *Yo, mí, me, contigo*, apareció a mediados de junio de 1996 y fue presentado en la madrileña sala de actuaciones Galileo Galilei, cuyas paredes amenazaron con venirse abajo debido al aluvión de gente que acudió. A ese acto asistieron muchos rostros populares, entre ellos Chavela Vargas, José Sacristán, Julio Anguita, Lolita Flores, Jaime Urrutia y el argentino Charly García, amigo íntimo de Sabina y uno de los colaboradores de aquel nuevo trabajo discográfico.

El excelente título lo recuperó de la hoja de los pronombres personales del cuaderno escolar de su infancia, allá en los Salesianos de Úbeda, y le estampó el marchamo sabiniano al cambiar la primera persona del singular, «conmigo», por la segunda, «contigo».

Ese enunciado define de forma inmejorable su trayectoria vital, pues siempre ha sido, por sobre todas las cosas, *él* (yo, mí, me) y, del mismo modo, ha estado buscando desde su prehistoria, a través de mil mujeres-puente, a *ella* —sublime, distinta, mujer total—, para llegar a morir, si fuera necesario, en sus brazos (contigo). A pesar de que Joaquín sabe mejor que nadie que esa

anhelada mujer jamás aparecerá. Y no lo hará por la sencilla razón de que ya ha llegado a su vida en distintas ocasiones para dejar de existir una vez transcurrido el tiempo de los fuegos de artificio, las miradas nuevas y las manos que solo saben decir «ven».

Para dejar el disco listo para sentencia, Sabina estuvo recluido en un estudio de grabación, sin ver apenas la luz del sol, cual vampiro, durante cuatro meses, y cuidó cada una de las canciones como si fueran los bonsáis del por él siempre denostado Felipe González. Lo explicó así en la rueda de prensa que ofreció con motivo de la presentación del disco: «Me he tirado cuatro meses en el estudio porque cada vez soy más perfeccionista y creo que sigue afectándome la idea judeo-cristiana de que para que algo funcione, tiene que costarme sudor y trabajo». En esa conferencia también habló de quienes durante años habían sido sus *enemigos*: «Tengo claro que hace algunos años quedaba muy mal que un grupo de *rock* dijera que le gustaba mi música, y ese es el gran error de la escena musical española, que parece que hay compartimentos estancos de los que no se puede salir uno. Hace unos días canté en el concierto de *El País* el “Cruz de navajas”, y un crítico me dijo que cómo se me ocurría hacer eso, como si interpretar un tema de Mecano fuera amariconarse. Yo soy consciente de que los grupos de la Movida se han pasado la vida odiándonos y, al final, el tiempo nos ha dado la razón y la mayoría de ellos se han convertido en cantautores, como le ha pasado, por ejemplo, a Santiago Auserón. No es que me alegre de que esos grupos hayan caído en el olvido, simplemente me gusta que las cosas queden en su sitio».

Sabina, que con cerca de medio siglo de vida representaba el paradigma del triunfador, había sobrevivido, es cierto, a sus sucesores —no a sus discípulos, sino a sus biológicamente menores—, incluso a los más avezados de ellos. Y el hecho de que aquellos que antes compraban discos de Radio Futura y Gabinete Caligari compraran ahora los suyos, le producía, como es lógico, una enorme satisfacción que, por tardía, acogía con el escepticismo propio de la experiencia. Pero no por ello —y sus declaraciones al respecto son el mejor ejemplo— podía evitar despacharse a gusto con quienes durante años lo tacharon de trasnochado y carrozón. Ahora él, Sabina, era el rey. Y

para corroborarlo, en la primera semana de vida de su nuevo disco se despacharon ochenta y ocho mil copias y se situó en el número uno de las listas de ventas.

Al igual que en el disco anterior, *Esta boca es mía*, contó con colaboradores de lujo: Charly García —una megarestrella en Argentina, quien se autodefinió como «un John Lennon del subdesarrollo»—, Ariel Rot —exguitarrista de Tequila y entonces guitarra solista de Los Rodríguez—, Caco Senante, Pedro Guerra, Manu Chao, Flaco Jiménez y Carlos Varela.

Entre corridos, *rock*, baladas y hasta un rap, *Yo, mí, me, contigo* contiene doce más una canciones: «El rocanrol de los idiotas»; «Contigo»; «Jugar por jugar»; «Es mentira»; «Mi primo el Nano» (homenaje a Serrat); «Aves de paso»; «El capitán de su calle»; «Postal de La Habana»; «Y sin embargo»; «Viridiana»; «Seis de la mañana»; «No soporto el rap» y «Tan joven y tan viejo». De la producción volvieron a encargarse Sabina, Varona y García de Diego.

La canción que abre el melón, «El rocanrol de los idiotas», un temazo, escrita en un viaje de Murcia a Madrid, es la historia de dos desheredados a los que la vida acaba juntando. Sabina la definió como «una canción de piedad cristiana». El final, como excepción a la regla, es optimista: los dos «idiotas» serán felices y comerán perdices. Ojo a las frases *bíblicas* de los grandes autores de la música *rock* y pop del remate de la pieza:

*Yo no tenía ganas de reír,
tú reías para no llorar,
yo le guiñaba un ojo a mi nariz,
tú consolabas a tu soledad.*

*Yo sin ninguna escoba que vender,
tú con mil y una noches que olvidar,
a mí no me quería una mujer,
a ti se te moría una ciudad.*

*Tú habías perdido el último autobús,
a mí me habían echado de otro bar;
los mismos alfileres de vudú,
el mismo cuento que termina mal.*

*Pero quiso el cielo
bautizar el suelo
con su gota a gota
y con champú de arena
para tu melena
de muñeca rota*

*y tu mirada azul
me dijo «a cara o cruz»
y mi alma de tahúr
lo puso a doble o nada,
y los peces de colores de mis botas
y tus marchitos zapatitos de tacón,
locos por naufragar,
salieron a bailar
al ritmo de la lluvia sobre las capotas
el rocanrol de los idiotas.*

[...]

*Se marcó la calle
con aquel detalle
de dejarnos solos.
El rocanrol de los idiotas.
Y por casualidad
comenzó a tocar
la flauta de Bartolo.
El rocanrol de los idiotas.
Go Johnny go, go, go, go.
El rocanrol de los idiotas.
All you need is love.
Y bailar,
el rocanrol de los idiotas.
A bam ba baluba balam bam bu.
Tutti frutti.
El rocanrol de los idiotas.
Don't worry.
El rocanrol de los idiotas.
Be happy.*

En «Contigo», segundo tema del álbum, Sabina carga duramente contra la convivencia en pareja sin pizca de pasión y cariada por la rutina. Es una declaración de principios. Él tiene muy claro lo que no quiere y sigue ondeando la bandera del amor en llamas, como muestra su extremo estribillo, «*y morirme contigo si te matas*», de clara influencia bolerística. Un canto al amor eterno tan cinematográfico como utópico:

*Yo no quiero un amor civilizado
con recibos y escena de sofá,
yo no quiero que viajes al pasado
y vuelvas del mercado
con ganas de llorar.*

*Yo no quiero vecinas con pucheros,
yo no quiero sembrar ni compartir,
yo no quiero catorce de febrero
ni cumpleaños feliz.*

*Yo no quiero cargar con tus maletas,
yo no quiero que elijas mi champú,
yo no quiero mudarme de planeta,
cortarme la coleta,
brindar a tu salud.*

*Yo no quiero domingos por la tarde,
yo no quiero columpio en el jardín,
lo que yo quiero, corazón cobarde,
es que mueras por mí.*

*Y morirme contigo si te matas
y matarme contigo si te mueres,
porque el amor, cuando no muere mata,
porque amores que matan nunca mueren...*

La cañera «Es mentira», más allá de toda ironía, suena a autoconfesión. Llegado el estribillo, Sabina deja constancia de que esas mentiras —todas, en realidad— son mucho más verdad que las verdades oficiales. Nada es, por lo tanto, más humano ni inapelable que la mentira («*es mentira que más de cien mentiras / no digan la verdad*»). En el videoclip, donde Joaquín luce unas

preciosas piernas de secretaria, la mujer que sale disfrazada de agente de la Guardia Civil es Cristina Zubillaga, su novia. También aparecen, entre otros, Javier Gurruchaga, Juan Echanove, Caco Senante, Pancho Varona y, en imágenes de vídeo en blanco y negro, Charly García:

*Es mentira que sepa lo que quiero,
es mentira que cante por cantar,
es mentira que sea mejor torero
con toros de verdad.*

*Es mentira que no tenga ambiciones,
es mentira que crezca mi nariz,
es mentira que escribo las canciones
de amor pensando en ti.*

*Te digo que es mentira que fui ladrón de bancos,
es mentira que no lo vuelva a ser,
es mentira que nos quisimos tanto
(parece que fue ayer).*

*Te juro que es mentira los reyes son los padres,
es mentira que ha muerto el rocanrol,
es mentira que sepan a vinagre
los besos sin amor.*

*Para mentiras las de la realidad,
promete todo pero nada te da,
yo nunca te mentí
más que por verte reír.*

*Menos piadosas que las del corazón
son las mentiras de la diosa razón,
yo solo te conté media verdad al revés
(que no es igual que media mentira)...*

«Aves de paso» es una de las más hermosas y pegadizas canciones de Sabina de ese disco, de esa década, de siempre. Oda, con tintes autobiográficos, a todas esas mujeres que alivian la sed y no dejan huella. A

los encuentros sexuales sin ligazón emocional, sin amor, por el más puro placer carnal (qué delicia). Grato es el recuerdo de los impagables revolcones de juventud:

*A las peligrosas rubias de bote
que en el relicario de sus escotes
perfumaron mi juventud.*

*Al milagro de los besos robados
que en el diccionario de mis pecados
guardaron su pétalo azul.*

Hay sublimación de las primeras aventuras sexuales:

*A la impúdica niñera madura
que, en el mapamundi de su cintura,
al niño que fui espabiló.*

Ellas son mujeres clínex, de usar y —de— tirar:

*Damas de noche,
que en el asiento de atrás de un coche
no preguntaban
si las querías.*

*Aves de paso,
como pañuelos cura-fracasos.*

Ante «Y sin embargo» hay que quitarse el sombrero (o arrancarse el pelo). Es una de las más bellas canciones por él escritas, y también una de las más cruelmente sinceras. Literaria a más no poder, confesional, osadísima, lleva la expresión políticamente incorrecto a sus más altas cumbres. Solo alguien como él, que ha hecho de la irreverencia un estandarte y de la provocación un arte, puede escribir algo así y seguir haciendo vida normal con su pareja. Muchos se verán a sí mismos, a sus ocultos pensamientos, retratados con precisión en esta pieza, mas únicamente él es capaz de inventarla y de cantarla con insensata pasión:

*De sobra sabes que eres la primera,
que no miento si juro que daría
por ti la vida entera,
por ti la vida entera;
y sin embargo un rato cada día,
ya ves, te engañaría
con cualquiera,
te cambiaría por cualquiera.*

*Ni tan arrepentido ni encantado
de haberme conocido, lo confieso.
Tú que tanto has besado,
tú que me has enseñado,
sabes mejor que yo que hasta los huesos
solo calan los besos
que no has dado,
los labios del pecado.*

*Porque una casa sin ti es una emboscada,
el pasillo de un tren de madrugada,
un laberinto
sin luz ni vino tinto,
un velo de alquitrán en la mirada.*

*Y me envenenan los besos que voy dando
y sin embargo cuando
duermo sin ti contigo sueño
y con todas si duermes a mi lado
y si te vas me voy por los tejados
como un gato sin dueño,
perdido en el pañuelo de amargura
que empaña, sin mancharla, tu hermosura.*

[...]

*Y cuando vuelves hay fiesta
en la cocina
y baile sin orquesta
y ramos de rosas con espinas,
pero dos no es igual que uno más uno
y el lunes al café del desayuno
vuelve la guerra fría*

*y al cielo de tu boca el purgatorio
y al dormitorio
el pan de cada día.*

Cierra el disco «Tan joven y tan viejo», un autorretrato más de los muchos que jalonan su discografía, como «Eh, Sabina», «Oiga, doctor», «Cuando era más joven» o «Siete crisantemos», aunque este es el más bello. En este caso tiene más que ver con las dos últimas, pues el tono imperante es quedo y nostálgico. Al final, les dice a los que le daban por muerto a raíz de unos problemas con las cuerdas vocales y una lesión de rodilla —quienes querían ver en eso una factura justa por la vida de crápula que llevaba— que hay Sabina para largo. Que se jodan, en fin:

*Lo primero que quise fue marcharme bien lejos,
en el álbum de cromos de la resignación
pegábamos, los niños que odiaban los espejos,
guantes de Rita Hayworth, calles de Nueva York.*

*Apenas vi que un ojo me guiñaba la vida
le pedí que a su antojo dispusiera de mí;
ella me dio las llaves de la ciudad prohibida,
yo todo lo que tengo, que es nada, se lo di.*

*Así crecí volando y volé tan deprisa
que hasta mi propia sombra de vista me perdió,
para borrar mis huellas, destrocé mi camisa,
confundí con estrellas las luces de neón.*

*Hice trampas al póquer, defraudé a mis amigos,
sobre el banco de un parque dormí como un lirón,
por decir lo que pienso sin pensar lo que digo
más de un beso me dieron (y más de un bofetón).*

*Lo que sé del olvido lo aprendí de la luna,
lo que sé del pecado lo tuve que buscar,
como un ladrón, debajo de la falda de alguna
de cuyo nombre ahora no me quiero acordar.*

*Así que, de momento, nada de «adiós, muchachos»,
me duermo en los entierros de mi generación,*

*cada noche me invento, todavía me emborracho,
tan joven y tan viejo, like a rolling stone.*

En el disco hay otras canciones magníficas que merecerían ser reseñadas —«Jugar por jugar» («*La vida no es un bloc cuadriculado / sino una golondrina en movimiento / que no vuelve a los nidos del pasado / porque no quiere el viento*»), «Seis de la mañana» («*Padre nuestro que estás / en los hoteles de paso, / en las ojeras, en las sábanas y en los vasos*») y «No soporto el rap» («*Hoy me he levantado con el pie contrario, / demasiada sangre en el telediario. / Una sola carta tengo en el buzón, / la remite mi banco, me dice que no. / Mi mujer se ha largado con un abogado / que le paga los vicios, que te gana los juicios. / Y tú ¿de qué vas?, ¿a quién le llamas viejo?, / le digo al capullo de detrás del espejo*») —, ya que es un trabajo casi perfecto que muestra las distintas facetas del Sabina escritor, y con los anteriores *Física y química* y *Esta boca es mía* compone una terna — el tramo más fértil y feliz de su carrera— imprescindible para adentrarse en su mundo.

El mismo mes de la publicación de *Yo, mí, me, contigo* participó, junto a Aute, Silvio Rodríguez y Alberto Cortez, en el festival *Todas las voces, todas*, que se celebró en Quito (Ecuador). Aquel festival tenía como fin promocionar *La capilla del hombre*, un proyecto arquitectónico del pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín que recogía el arte de América Latina desde la época precolombina hasta nuestros días.

Al mes siguiente, en una entrevista telefónica mantenida con varios diarios mexicanos, Sabina evitó pronunciarse sobre la lamentable situación de Cuba del siguiente modo: «Tengo muchas ganas de poder atacar a la Revolución cubana, porque tiene un montón de cosas atacables, pero no lo haré mientras [los Estados Unidos] no se metan el bloqueo y la ley Helms-Burton por el culo». En esa conversación mostró también su incondicional admiración hacia el subcomandante Marcos: «Marcos no es el Che Guevara. El Che era un hombre de una pieza, que tenía muy pocas dudas. A mí lo que me gusta de Marcos es que incorpora la duda todo el tiempo a sus escritos, y hay que ver cómo escribe de bien. [...] Leo los textos y los comunicados de Marcos y me parecen ejemplares, me cuesta mucho imaginar alguien que sea capaz de escribir con tanta verdad y al mismo tiempo con tanta duda,

incorporando toda la poesía clásica y todas las contradicciones». Ante la pregunta de si el líder zapatista era sabiniano, Sabina espetó: «Marcos no es sabiniano. Yo soy marquiano».

El 4 de septiembre de 1996 ofreció un concierto en Las Ventas para el que contó con unos teloneros de lujo: Los Rodríguez. Era el arranque oficial de la gira *Contigo*, que emprendió junto a esa formación por distintas ciudades de España y por algunos países de Latinoamérica. En esas fechas se dejó retratar para el *Dominical* de *El Periódico* con las negras alas de ángel que luciría algunos años después en la portada del disco *19 días y 500 noches*. Las fotos fueron tomadas por Jorge Represa.

El 12 de octubre cantó con Pablo Milanés en Lima, Perú, en el campus de la Pontificia Universidad Católica, y los días 18 y 19 de ese mes viajó a México para actuar en el Auditorio Nacional, en donde, como siempre que lo ha visitado, arrasó.

En Buenos Aires divulgó una carta que le había enviado el «Subcomandante Insurgente Marcos» a la habitación que ocupaba en un hotel de México el 18 de octubre de 1996. En ella, el Sup le pedía al cantante que le pusiera música a un poema suyo de amor que le adjuntaba a la misiva. Estos son los versos: «*Como si llegaran a buen puerto mis ansias, / como si hubiera donde hacerse fuerte, / como si hubiera por fin destino para mis pasos, / como si encontrara mi verdad primera, / como traerse al hoy cada mañana, / como un suspiro profundo y quedo, / como un dolor de muelas aliviado, / como lo imposible por fin hecho, / como si alguien de veras me quisiera, / como si, al fin, un buen poema me saliera... / Llegar a ti*». La sugerencia para el título era «Canción para una muchacha que está demasiado lejos», o «Un dolor de muelas para ella», o «Un dolor de muelas, Sabina, la larga distancia, una muchacha y el Sup». También acompañaba sugerencias para los créditos: «Letra: el Sup. Música: Joaquín Sabina. O letra y música: Joaquín Sabina (a petición del Sup), o como quieras». Sabina comentó que la carta era «una maravilla», si bien el poema era lo que menos le había gustado. No obstante, aseguró que lo discutirían, pero que sí escribiría la canción requerida. A principios de noviembre actuó en el Teatro Gran Rex de esa ciudad, con tal demanda que hubo de ampliar las galas a cinco.

Ya en diciembre comenzó la gira de teatros *En paños menores*, una serie de conciertos acústicos que recuperaban aquellas canciones de su discografía que no solía interpretar jamás, caras B, canciones compuestas para otros (como «A la sombra de un león», que en su día cantó y grabó Ana Belén) y viejos éxitos como «El joven aprendiz de pintor», «Cuando era más joven» o «Calle melancolía», que lo llevaron por salas de teatro españolas y latinoamericanas hasta el mes de mayo de 1997, y para los que contó con la vocalista Olga Román y con sus inseparables Pancho Varona y Antonio García de Diego. Los cuatro se hacían llamar Sabina, Viuda e Hijos.

En enero de 1997 participó en la tercera jornada del Primer Concurso Nacional de Jóvenes Valores Sur Jerez, dedicado a la música española. Sus declaraciones avivaron la polémica entre el resto de los ponentes. Sabina afirmó que no era un buen momento para la música española, que nuestra patria es nuestro idioma y que no necesitábamos más internacionalización. Aquello derivó en la cuestión de si a un grupo español que cantara en inglés se le podía considerar realmente español o no. El periódico *Diario 16* recogió estas declaraciones suyas: «¿No será que cantan en inglés para que no se entienda lo que dicen? Un grupo que canta en inglés no es español, y el debate va de la internacionalización de la música española». El resto de los tertulianos se mostró en contra de aquel argumento y defendieron la legitimidad de los españoles de cantar como quieran y lo que quieran. El músico argentino Andrés Calamaro, cantante y líder de Los Rodríguez y amigo y admirador incondicional de Joaquín, que también se hallaba presente, opinó que el momento actual de la música española no era tan crítico como Sabina sostenía.

La noche del 21 de febrero tuvo que cancelar el recital que, dentro de la gira *En paños menores*, iba a ofrecer en el Teatro Municipal de Gerona a causa de una afonía. El anuncio de la suspensión se produjo con el público ya dentro del teatro, y cerca de cuarenta y cinco minutos después de la hora prevista para el comienzo del concierto. Ahí se lució, desde luego.

En abril de 1997 viajó de nuevo a América para ofrecer conciertos en distintos países. Una foto tomada en el restaurante El Candelerero, en la Ciudad de México, dio la vuelta al mundo: en ella, Joaquín Sabina y Fito Páez se daban un beso en la boca. Tras el ósculo, Sabina afirmó: «Aquí a lo mejor no

tienen esa costumbre, pero en muchas partes del mundo, como Brasil y Argentina, la gente que se quiere se besa en la boca, sean hombres o mujeres. No hay por qué asustarse por eso». El diario *El País* recogió aquella noticia en la sección *Gente* bajo el título «Sabina escandaliza con un beso», y en ella se incluían las declaraciones del cantante al respecto: «Me preocupa la estupidez de la prensa y de la gente que propaga por todo el mundo la noticia de un inocentísimo beso entre dos amigos, en lugar de las maravillas de canciones que hemos hecho los dos en estos años. Si no soy homosexual es porque me pierdo algo, pero me gustaría. Mi definición sexual es que cada uno haga con su polla y con su coño lo que quiera. Lo verdaderamente obsceno es la injusticia, la sangre, la guerra y la estupidez humana». Con Fito Páez y Pablo Milanés actuó, el 12 de mayo, en el parque Lenin de La Habana, en el primer concierto popular realizado en Cuba con el objeto de recaudar fondos para los enfermos de sida de esa isla.

Dos meses después realizó unas declaraciones-bomba en Buenos Aires, a donde se desplazó para ofrecer dos recitales en el Teatro Gran Rex. En lo tocante a las drogas aseguró que le encantaba fumar porros y que, de vez en cuando, tomaba cocaína porque eso no era ningún delito. También declaró que cuando la organización terrorista vasca ETA asesinó al presidente del Gobierno Carrero Blanco, brindó junto a otros españoles con champán. Acto seguido, les preguntó a los periodistas presentes si ellos no habían hecho lo mismo cuando fue asesinado el teniente general Pedro Eugenio Aramburu.

En agosto, diversos medios de comunicación españoles difundieron la noticia de que Sabina tenía que suspender su gira debido a una grave lesión en las cuerdas vocales y que tenía que estar todo un año sin cantar. Su oficina de representación, Don Lucena Management, propiedad de Paco Lucena, se apresuró a desmentir aquellas afirmaciones. Aseguraron que eran «absolutamente falsas» y que carecían de todo fundamento. Para demostrarlo, distribuyó a distintos medios informativos la copia de un parte médico en el que se dejaba constancia de que, debido a que padecía una «disfonía hipotónica aguda en el seno de un proceso catarral de vías aéreas superiores», el cantante precisaba de un reposo absoluto de voz durante diez días.

Ese mismo mes, Sabina tuvo que ser ingresado en una clínica privada de Ibiza tras lesionarse una rodilla en el transcurso de un concierto que ofreció en esa isla. El golpe no revestía gravedad, y el cantante pudo abandonar el centro sanitario por su propio pie. A propósito de aquello, cuando un par de meses después un periodista del diario *Heraldo de Aragón* le comentó, en una entrevista realizada con motivo de un concierto que dio en Zaragoza, que esas lesiones provocaron «alarmismo», Sabina le atajó diciendo: «Alarmismo no. Llamemos a las cosas por su nombre... ¡la gente quería que me muriera!».

El 29 de agosto de 1997 se estrenó la película *Siempre hay un camino a la derecha*, segunda parte de *Suspiros de España y Portugal*, del cineasta José Luis García Sánchez, gran amigo de Sabina. Aquel largometraje estaba protagonizado por Juan Echanove y Juan Luis Galiardo, y Joaquín contribuyó a la causa con una excelente pieza, «Canción de cuna de la noche y los tejados». Un tema que, debido a su calidad —está cargado de imágenes efectistas y rezuma soledad y desazón—, debería incluirse en alguno de sus discos, recuperarse, darse a conocer. Esta es su letra:

*Esta es la canción
de los zapatos rotos, de la gente del montón,
la foto de carné
de cualquier hombre, de cualquier mujer.
La carambola que casi salió,
la procesión
del Cristo del furgón
de cola.*

*Ley de los sin ley,
rueda de peones para darle jaque al rey.
El bar de la estación
es un hogar para mi corazón.
Y las mujeres miran y no ven
al forastero que no tiene quien
lo espere.*

*Y el cielo es una plancha
de hormigón,
un animal con gafas
solo ante el televisor,*

*un docudrama
que termina mal,
un ángel que delira
en una cama
de hospital,
cantándole a la luna
la canción de cuna
de la noche y los tejados.*

*Carne de cañón,
Sancho y don Quijote, Mortadelo y Filemón,
tienda todo a cien,
pagas dos besos... y te llevas tres.
Cuatro caminos
tiene el porvenir,
si me equivoco, se equivoca mi
destino.*

*Y el mar es una especie
en extinción,
un barco a la deriva,
una lágrima de ron...*

A finales de septiembre se presentó en la 45 edición del Festival de Cine de San Sebastián *Autor X Autor*, una serie de documentales de media hora de duración en la que siete grandes cineastas españoles y sudamericanos retrataban a otros tantos cantantes y compositores. José Luis García Sánchez se ocupó de Sabina; Jaime Chávarri, de Luis Eduardo Aute; Pilar Miró, de Víctor Manuel; Imanol Uribe, de Mikel Laboa; Ventura Pons, de María del Mar Bonet; Fernando Trueba, de Michel Camilo, y Arturo Ripstein, de Silvio Rodríguez. García Sánchez aseguró que «Sabina es un narrador que cuenta los acontecimientos a través de su música, hace fotografías del pueblo». La serie estaba auspiciada y producida por la SGAE (Sociedad General de Autores y Editores), y estaba pensada para emitirse por televisión.

En cuanto a su vida sentimental, finalizó su relación con la mallorquina Cristina Zubillaga e insistió, pese a que todos los indicios apuntaban a que su heterodoxo modo de entender las relaciones de pareja fue de nuevo decisivo para la ruptura, que había sido ella quien dijo hasta aquí hemos llegado.

Aunque es posible que así fuera. Que ella lo abandonase ante la imposibilidad de conseguir de él determinadas cosas; resignada a la idea de que jamás sentaría la cabeza. A este respecto, algunos de sus allegados opinan de él que suele dejar que las relaciones se pudran por sí solas, a la espera de que la otra persona, ante la evidencia de *lo que hay*, tome cartas en el asunto y lo mande al carajo.

En resumidas cuentas, *Yo, mí, me, contigo* es un trabajo de plena madurez en el que se muestra al mejor Sabina. Tanto ese disco como el anterior, *Esta boca es mía*, poseen la coherencia de lo anárquico: son trabajos que contienen canciones sueltas —algunas brillantes, otras buenas y unas pocas que cubren el expediente— que, lejos de obedecer a un patrón lógico o estético —en el segundo caso es la propia voz de Joaquín la que las dota de unidad—, se suceden las unas a las otras hasta llegar a componer el número necesario para formar un disco. Quiero decir con esto que Sabina es, ante todo, un creador de canciones y que su necesidad de experimentar lo lleva a veces a confundir a su público, que no entiende qué tienen que ver algunas de sus composiciones con otras.

El cantante rozaba por entonces la cincuentena y los síntomas de crisis del cambio de década empezaban a aflorar en él. Lejos de estar más sosegado ante la inminencia del medio siglo de vida, se mostraba más cabreado y descontento que nunca con lo que le rodeaba, y en sus canciones se evidenciaba un ser cada vez más amargo, escéptico, lírico. Porque, a pesar de que juraba y perjuraba que no hacía poesía, que lo suyo era otra cosa, y es cierto, sus letras recordaban cada vez más a los grandes poetas del desconsuelo, como César Vallejo, su amado Vallejo.

Y tal vez porque seguía necesitado de cambios que le apartaran de la inercia y la contemplación se dejó querer por un compositor amigo que lo embarcó en una aventura que les acabó dando muchos más disgustos que alegrías.

Pero, claro, ¿cómo iba él, que es más chulo que un ocho, a decirle que no al riesgo, al experimento vital y musical que suponía grabar un disco con un artista mucho más joven y en sus antípodas creativas?

No podía. Tenía que ponerse, una vez más —aunque no tuviera ninguna necesidad—, a prueba.

Yo, mí, me, conmigo, esto es, Sabina, volvía de esa forma a jugarse el pellejo.

***ENEMIGOS ÍNTIMOS. EH, VIEJO,
JUGATE EL PELLEJO***

«Y no es de extrañar que los más
profundos problemas
no sean problema alguno.»

LUDWIG WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*

A mediados de 1996, Fito Páez se encontraba de gira en la localidad argentina de San Pablo, en la provincia de San Luis, cuando cayeron en sus manos varios discos de Joaquín Sabina. Tras escucharlos quedó impresionado por su forma de escribir y se preguntó cómo quedarían aquellas letras —declaró que Sabina era el mejor escritor de canciones en castellano de los últimos años— con unas melodías más complejas, con música como la suya. Desde entonces, la idea de grabar un disco con él le obsesionó hasta el punto de que, un año después, al término de un concierto que Sabina ofreció en la ciudad natal de Fito, Rosario, el argentino entró a verle al camerino y le dijo a las bravas que quería que grabaran un disco juntos, pues era su escritor favorito y él, el mejor músico del mundo.

En principio, el español le contestó, un poco insensatamente, que sí, puesto que pensó que se trataba de una de esas proposiciones que surgen por puro calentón y que nunca se acaban materializando, y que el argentino se olvidaría al poco de tan descabellada idea.

Pero no fue eso lo que ocurrió.

En los meses siguientes, Páez hizo todo lo posible por verle con el propósito de hablar del proyecto «más en serio» y de ese modo se produjeron distintos encuentros entre ellos, los cuales tuvieron lugar en la República Dominicana, México, Argentina y España.

Finalmente, decidieron ponerse manos a la obra y grabar un disco «sin precedentes en la historia musical», según sus pomposas palabras, en el que un músico y un letrista de distintas corrientes y escuelas —«Fito es de una generación y yo de una degeneración», bromeaba Sabina— no se citan en un estudio con sus respectivas composiciones y comienzan a grabar, sino que crean juntos, uno por uno, todos los temas de un disco. No es de extrañar, por lo tanto, que cuando Páez, en septiembre de 1997, acudió al Festival de cine de San Sebastián con su novia, la actriz Cecilia Roth, para asistir a la exhibición de la película *Martín (Hache)*, protagonizada por ella y con música de él, y fue preguntado en una rueda de prensa acerca del disco que iba a grabar con Sabina un mes después, lo definiera como «un Frankenstein muy simpático. Una especie de bicho muy interesante que habla con palabras de Sabina y se viste con la ropa de mi música».

En una entrevista que le hice a Joaquín un mes después de la declaración de Fito, cuando estaba a punto de viajar a Argentina para comenzar las sesiones de grabación, utilicé esa descripción para preguntarle sobre aquella aventura en ciernes: «Te marchas a Argentina para grabar, junto a Fito Páez, un disco que el músico argentino ha definido como “un Frankenstein muy simpático”. ¿Coincides con él en la fealdad jocosa del proyecto?», a lo que Joaquín contestó: «Él se refiere a que es un monstruo porque, claro, el disco es un monstruo hecho a pedazos. Estamos muy orgullosos porque creemos que no hay precedentes similares. No conocemos ningún otro caso en el que dos músicos distintos hayan hecho un trabajo al cincuenta por ciento. No como una operación de despacho, sino metiéndose en un rincón a escribir, entre dos, veinte canciones. Como punto de partida me parece muy interesante. Como punto de llegada, a lo mejor al público le parece una mierda... Nosotros ni siquiera sabemos si es bueno porque estamos demasiado metidos en él y nos gusta mucho».

Pero aquella euforia se evaporó enseguida. En el proceso de grabación, que duró cinco agónicos meses, ambos descubrieron nubes negras donde antes reinaba el sol; grietas donde tan solo unas semanas atrás todo era lisura; piedras, muchas piedras, en el camino. La realidad, en fin, le arrancó la máscara a la fantasía y esta mostró su verdadera faz.

Una vez concluida la grabación, Sabina emitió pequeños mensajes cifrados para quienes tuvieran la habilidad de interpretarlos. Extraigo un fragmento de una entrevista que Diego A. Manrique les realizó para el diario *El País* que corrobora este punto: «Sabina cree que *Enemigos íntimos* ha sido un enorme riesgo para él: “Me he puesto en manos de Fito, grabando en Buenos Aires con su equipo, totalmente solo. Le irrité cuando le pedía que hubiera más *rock and roll* y Fito se indignaba: ‘Yo sé más de esa música que tú’. Soy consciente de que los discos que saco bajo mi nombre son muy irregulares, y *Enemigos íntimos* era una forma de someterme a una disciplina. Lo curioso es que la mayoría de las canciones son producto de relámpagos de inspiración, donde uno convencía al otro de algo de lo que no se sentía seguro”».

Cuando Joaquín volvió a España, a principios de marzo de 1998, el mal rollo ya se había instalado entre ellos, algo que únicamente sabían sus más allegados.

El 19 de marzo, Fito le envió desde Buenos Aires, vía fax, una carta en la que le venía a decir que olvidaran sus diferencias y se pusieran de acuerdo para que las canciones ya grabadas pudieran salir a la calle cuanto antes. También le indicaba el que, a su parecer, era el orden que debían llevar, y le pedía que consensuaran los espacios entre tema y tema (Páez era partidario de suprimirlos y Joaquín, en cambio, quería que «*entre canción y canción / haya playas de silencio*»). Además, se mostraba dispuesto a sacrificar, a su pesar, dos cortes instrumentales, «Pas de deux», que no eran del agrado del español. Este le contestó un par de días después —en verso, obviamente— y aceptó el orden de las canciones propuesto por Fito, pero insistió en mantener los silencios entre canciones y en la supresión de los «Pas de deux», y se despidió con un «Habrà continuación...». Y, en efecto, cuando no había transcurrido una semana volvió a escribirle y, entre tirones de oreja y cumplidos, una de cal y otra de arena, qué felices fuimos a pesar de los pesares, *mon amour*, le

comunicaba su decisión de modificar los planes de gira mastodónica —más de cien conciertos— y le propuso apenas cuatro recitales, varios vídeos y algo de promoción, y fin de la historia.

El caso es que después de aquel inicial intercambio el disco se puso a la venta, por fin, en mayo. Producido por Fito Páez y por Carlos Narea, con arreglos de Carlos Villavicencio y del propio Páez, contiene catorce temas: «La vida moderna»; «Lázaro»; «Llueve sobre mojado»; «Tengo una muñeca que regala besos»; «Si volvieran los dragones»; «Cecilia»; «Delirium tremens»; «Yo me bajo en Atocha»; «Buenos Aires»; «Más guapa que cualquiera»; «Flores en su entierro»; «¿Hasta cuándo?»; «La canción de los buenos borrachos» y «Enemigos íntimos».

De su distribución en Argentina y países limítrofes se encargó la compañía a la que Fito estaba ligado, Warner Music, mientras que en España y en el resto del mundo fue publicado por BMG Music Spain, el sello discográfico a cuya nómina artística pertenecía Sabina.

El músico argentino viajó a España ese mismo mes para promocionarlo e hicieron entrevistas en prensa escrita y en televisión. Visitaron dos de los programas más populares: *Lo + Plus*, donde charlaron con Máximo Pradera y Fernando Schwartz, y *Crónicas Marcianas*, en el que hicieron el indio con el periodista Javier Sardà.

Pero solo dos meses después de aquello salió a la luz parte de una dura carta en verso que Joaquín le envió a Fito y que, además de echar por tierra la posibilidad de ofrecer algún concierto, con la consiguiente pérdida económica que ello suponía, quebró la amistad de golpe. Por esas fechas, las ventas del disco iban como un tiro: en Argentina superaban las ciento veinte mil copias y en España, las cien mil.

La bomba estalló cuando un tal Luis Cardillo, un videocámara argentino viejo amigo de Joaquín, acudió a un programa de televisión para explicar que él había sido propuesto por Sabina para grabar el segundo videoclip del disco, el de «Delirium tremens», y que Páez se opuso en redondo a ello. Cardillo aseguró que el andaluz se irritó al comprobar que Fito quiso intervenir de forma absoluta en la realización del citado vídeo, cuando él, en cambio, no había decidido apenas en la del primero, «Llueve sobre mojado», y dijo que, al margen del respeto que Páez le merecía como músico, «lo que

ocurrió con él fue un problema de soberbia y pedantería que lo hacen insoportable». Por último, añadió que, como argentino, se avergonzaba del trato que Sabina había recibido por parte de Fito, y acto seguido extrajo un papel del bolsillo y leyó las siguientes líneas: «... *Urge cortar por lo sano / con la gira del verano / y el quilombo [lío] del video. / El rol del patito feo / no me va, te lo aseguro, / y menos el de hombre duro / que a ti te cuesta tan poco. / Antes de volvernos locos / corriamos el futuro*». Cardillo reveló que aquel fragmento pertenecía a una carta más extensa que Sabina le había hecho llegar a Páez, y en la que dejaba constancia de la «suspensión de toda relación profesional entre ambos», y sentenció: «Esto significa ruptura. Sesenta recitales quedan sin efecto, y eso es mucho dinero. Supongo que a Fito esto le preocupará mucho, porque le preocupa más eso (el dinero) que la bohemia que perdió hace un par de años».

El representante de Fito Páez confirmó que, en efecto, la gira había sido cancelada «al menos en su dimensión inicial», y señaló que no aceptaron a Cardillo como director del videoclip «Delirium tremens», por el que iba a percibir unos cincuenta mil dólares —algo menos de cuarenta y cinco mil euros—, «porque no tenía antecedentes en el tema y nos pareció arriesgado dejar semejante responsabilidad en sus manos».

Los diarios, las televisiones y las emisoras de radio difundieron «la noticia veneno» —que habría dicho Mario Benedetti— en toda su amplitud. El texto íntegro remitido por Sabina a Páez es este:

«Querido Rodolfo Páez:

En horas inoportunas / me han ido llegando algunas / noticias que se las traen. / Y como vuelan y caen, / umbrías y casi brunas, / sobre terreno abonado, / voy, señores del jurado, / a contestar enseguida / para vendarme la herida / cortando con el pasado.

Sabes bien que no intervine, / por respeto, en tu rodaje. / No quise hacerte chantaje, / ni soy crítico de cine. / Cuando me llamaste vine / a filmar en aquel cuarto / como un actor de reparto, / pero ha llegado el momento / de decirte que lamento / estar harto de estar harto.

Ya es hora de terminar / esta historia interminable, / sin víctimas ni culpables; / pongamos punto final / y volvamos, cada cual, / como gatos escaldados, / a ordenar nuestro tejado; / concluyamos esta liga, si no

queremos que siga / lloviendo sobre mojado.

Te lo digo porque creo / que urge cortar por lo sano / con la gira del verano / y el quilombo del video. / El rol del patito feo / no me va, te lo aseguro / y menos el de hombre duro / que a ti te cuesta tan poco. / Antes de volvernos locos / corrijamos el futuro.

He decidido que paso / la página de este enredo / perdiéndole miedo al miedo. / La gota que colma el vaso / no me la trago; hazme caso / y volvamos a lo nuestro, / cortemos este ambidiestro / nudo Gordiano de un tajo. / No soy tan tonto, carajo, / ni tú tan listo, maestro.

Te lo he dicho muchas veces / y no has querido escucharme, / sin pretender humillarme / me has humillado con creces. / A ti siempre te parece / que mis quejas son por vicio, / que maltrato nuestro oficio / siendo tal y como soy. / Déjame sacarte hoy / por última vez de quicio.

Basta de mirar atrás, / me voy con las emociones / que traen mis nuevas canciones. / ¿Discusiones? Ni una más. / Tu Warner no ha de lograr / domesticar mi camino, / ni compartirá mi vino / gente que yo no decida. / Quien no se planta en la vida / no es dueño de su destino.

Aunque sea por una vez / tendrás que tomarme en serio, / no me hables de ministerios, / presupuestos, BMG's, / no me vuelvas del revés / la decisión que he tomado, / que, por cierto, me ha costado / sangre, lágrimas, sudor. / Conocerte fue un honor, / seguir juntos un pecado.

Lo más difícil ahí queda: / catorce hermosas canciones, / clip, reseñas, promociones, / mi voz de lija y tu seda; / conqué sálvese quien pueda, / antes de que otras rencillas / conviertan en pesadillas / los sueños de la razón. / También sé decir que no / si me buscan las cosquillas.

No filmaré más videos / ni discutiré contigo, / seguiré siendo tu amigo / sin urgencias ni careos. / De corazón te deseo / que lo entiendas noblemente / y le expliques a tu gente / que este es un final feliz. / No puedo seguir así, / con la pluma entre los dientes.

Tengo que empezar de nuevo, / para escapar del abismo, / a decidir por mí mismo / sin contar con nadie, debo / atreverme, si me atrevo, / a demostrar lo que digo, / sin presiones ni testigos, / con aire nuevo en las pilas, / y la conciencia tranquila / de este, tu íntimo enemigo.

JOAQUÍN SABINA
Madrid, 27 de junio de 1998».

Cuando Sabina tuvo conocimiento de la divulgación de un fragmento de la carta, actuó con celeridad y redactó una nota, que distribuyó a los medios de comunicación argentinos y españoles, en la que dejaba constancia de que en

modo alguno era para ser publicada, y que hacerlo fue «un abuso de confianza de un amigo». He aquí la misiva autoexculpatoria de Joaquín:

«Fito Páez ha sido, es y seguirá siendo mi amigo (más o menos íntimo). Luis Cardillo también. Sin embargo, considero mi deber dejar bien clara mi consternación por el abuso de confianza de este último al publicar (mutilados, sin permiso y mal transcritos) unos versos privadísimos, cuya copia, ahora lo veo, nunca debí regalarle. Fito y yo siempre nos hemos dicho las cosas a la cara, sin prestarnos, jamás, al turbio juego de ciertos medios audiovisuales o escritos. Por supuesto que ni avalo ni comparto las tesis y opiniones de Cardillo, ni, mucho menos, su lamentable modo de hacerlas públicas. No habrá ninguna otra declaración sobre este tema a partir de ahora (ojalá esta hubiera sido innecesaria), todo lo que quede por discutir lo haré con ellos, compartiendo una copa, como siempre. Punto final.

JOAQUÍN SABINA

P. D.: Nunca he pensado (y mucho menos he dicho) que Fito sea “un empresario” o que se mueva “por dinero”, como he leído en prensa indigna de ese nombre. Repito: NUNCA.

Madrid, 25 de julio de 1998».

En la resaca del vendaval, personas cercanas a Joaquín aseguraron que Fito «se pasó» en su intento de dirigir de forma absoluta la frustrada gira. Al parecer, el argentino impuso a todo el equipo de técnicos y a casi todos los músicos: accedió a que los acompañara Antonio García de Diego, pero se mostró reacio a que Pancho Varona, uno de los pilares imprescindibles de Joaquín, y su colaborador más antiguo, formara parte de ella. Y eso el andaluz ya no lo pudo tolerar.

Un año después de la tormenta, en septiembre de 1999, entrevisté a Joaquín y, obviamente, le pregunté por el *affaire* Fito. Joaquín no negó lo por todos sabido —no podía, qué coño—, pero aun así minimizó cuanto pudo lo ocurrido: «Es del dominio público la agarrada que tuviste con Fito Páez a raíz del disco que grabasteis, *Enemigos íntimos*. ¿Habéis hecho ya las paces?», a lo que él respondió: «Bueno, no sé yo qué es del dominio público. Lo que sí vi yo del dominio público era algo que no era así. Es decir, publicaron unos

versos maltratados, que no eran los que yo había escrito, tan llenos de erratas que el sentido cambiaba, y, además, publicaron cuatro versos de cien, con lo cual no había matices de ninguna clase. Fito y yo tuvimos discusiones serias, que disfrutamos mucho en el terreno de las opciones estéticas del disco. Y, al final, yo decidí no hacer la gira. Pero seguimos siendo amigos». No era cierto, me mintió. Pues por entonces la relación entre ellos estaba rota. Cuando Joaquín ha actuado en Argentina, Fito no ha ido a verle, y si ha sido el argentino quien se ha desplazado a Madrid para promocionar un disco o acompañar a su bella y célebre mujer, Cecilia Roth, a cualquier estreno o evento cinematográfico, el andaluz ha obrado del mismo modo: no ha dado señales de vida.

Respecto al disco en sí, hay que decir que a pesar de que los dos presumían de haber peleado a muerte por cada coma, cada frase y cada nota plasmada en él, es evidente que Joaquín queda relegado a un segundo plano. Es, en fin, un disco mucho más Páez que Sabina, tanto en la orquestación de las canciones como en las voces, con el agravante de que la del segundo, acostumbrado a trabajar con unas bases musicales menos artificiosas y más modestas, no consigue amoldarse al cien por cien a las melodías y se advierte incapaz de mostrar todo su potencial. Los seguidores de Sabina sufrieron una gran decepción cuando comprobaron que ejercía de mero comparsa en un disco que podría haber sido bastante más sabiniano, con lo que habría ganado, seguro, muchos enteros. Ahora bien, en el terreno estrictamente literario algunas de las letras de *Enemigos íntimos* son magistrales. Es el caso de «Lázaro», «Si volvieran los dragones», «Delirium tremens» o «Yo me bajo en Atocha». Pocos escritores contemporáneos de canciones en español han conseguido lo que él en ese disco: hacer cantable lo que en apariencia resulta del todo impensable que pueda serlo.

En este capítulo tan solo reproduciré «Yo me bajo en Atocha», que surgió a raíz de un encargo que le hizo Telemadrid y que luego no se atrevió a utilizar (versos como «*aunque la maja desnuda cobre quince y la cama*», o las referencias borbónicas, eran demasiado irreverentes para la citada cadena). Sabina la recuperó para este disco y se aprecia claramente que no encaja bien en él, como si la hubiese metido con calzador para resarcirse de algún modo de su falta de potestad en ese trabajo. Con este tema exorcizaba, por fin, el

espíritu de «Pongamos que hablo de Madrid» y juraba que, a partir de entonces, la sustituiría para siempre, pues no pensaba volver a interpretarla. Y lo cierto es que no ha vuelto a hacerlo. He aquí el texto íntegro de la poderosa y brillante «Yo me bajo en Atocha», una obra maestra:

*Con su boina calada, con sus guantes de seda,
su sirena varada, sus fiestas de guardar,
su «vuelva usted mañana», su «sálvese quien pueda»,
su partidita de mus, su fulanita de tal.*

*Con su todo es ahora, con su nada es eterno,
con su rap y su chotis, con su okupa y su skin,
aunque muera el verano y tenga prisa el invierno,
la primavera sabe que la espero en Madrid.*

*Con su otoño Velázquez, con su torre Picasso,
su santo y su torero, su Atleti, su Borbón,
sus gordas de Botero, sus hoteles de paso,
su taleguito de hash, sus abuelitos al sol.*

*Con su hoguera de nieve, su verbena y su duelo,
su dieciocho de julio, su catorce de abril.
A mitad de camino entre el infierno y el cielo...
yo me bajo en Atocha, yo me quedo en Madrid.*

*Aunque la noche delire como un pájaro en llamas,
aunque no dé a la gloria la Puerta de Alcalá,
aunque la maja desnuda cobre quince y la cama,
aunque la maja vestida no se deje besar.*

*Pasarela Cibeles, cárcel de Yaserías,
Puente de los Franceses, tascas de Chamberí,
ya no sueña aquel niño que soñó que escribía,
Corazón de María, no me dejes así.*

*Corte de los Milagros, Virgen de la Almudena,
chabolas de uralita, Palacio de Cristal,
con su «no pasarán», con su «vivan las caenas»,
su cementerio civil, su banda municipal.*

He llorado en Venecia, me he perdido en Manhattan,

*he crecido en La Habana, he sido un paria en París,
México me atormenta, Buenos Aires me mata,
pero siempre hay un tren que desemboca en Madrid,
pero siempre hay un niño que envejece en Madrid,
pero siempre hay un coche que derrapa en Madrid,
pero siempre hay un fuego que se enciende en Madrid,
pero siempre hay un barco que naufraga en Madrid,
pero siempre hay un sueño que despierta en Madrid,
pero siempre hay un vuelo de regreso a Madrid.*

Fuera del culebrón Sabina-Páez, o viceversa, en 1998 tuvieron lugar otros episodios en la vida del jiennense que merecen ser reseñados.

En marzo, un abogado chileno de cincuenta años, Jaime Hales, publicó en la editorial Red Internacional del Libro *Y nos dieron las diez*, un libro con catorce relatos que tenían como fuente de inspiración idéntico número de composiciones de Sabina, a quien descubrió al escuchar por la radio la bella «Con la frente marchita». Además de «Y nos dieron las diez» incluyó, entre otros, relatos nacidos a partir de las canciones «Medias negras», «Una de romanos», «Mentiras piadosas», «Conductores suicidas», «Ciudadano cero» y la citada «Con la frente marchita».

El 24 de junio el diestro Antonio Chenel, *Antoñete*, reapareció a sus sesenta y seis años en Las Ventas con una memorable faena que se saldó con tres orejas cortadas. Al día siguiente de la proeza, el diario *El Mundo* reprodujo junto a la crónica taurina sobre el redivivo matador un soneto* de Sabina cargado de admiración:

*Esta tarde la sombra está que arde,
esta tarde rezamos los ateos,
esta tarde Antoñete (Dios te guarde)
desempolva el milagro del toreo.*

*Esta tarde Madrid es mi planeta,
esta tarde se guarda la distancia,
esta tarde da clases de muleta
el catedrático de la elegancia.*

*Esta tarde se paran los relojes,
esta tarde hacen huelga las tormentas,
esta tarde no importan los mundiales.*

*Esta tarde el chiquero sobrecoge,
esta tarde, en su casa de Las Ventas,
descumple años Chenel por naturales.*

La noche del 21 de agosto, Sabina hizo pública en San Cristóbal de las Casas —ciudad del estado de Chiapas en donde en enero de 1994 estalló el movimiento zapatista— la letra de la canción que «le debía» al subcomandante Marcos. En realidad, unas décimas. Estas:

¿Dónde encontrar una excusa / para tan terca mudez? / Sucede que cada vez / con mayor saña, las musas / se vengan de quien abusa / del ripio y del do, re, mi. / ¿Qué puedo contarte a ti / que no sepas de memoria / si andas cambiando la historia / con la tinta y el fusil? / Bastará con que en las actas / chiapanecas del dolor / consta que mi corazón / es una ciencia inexacta / que a regañadientes pacta / con la razón militante. / Ojalá, subcomandante, / al cabo de este pregón / merezca tu absolución / este afónico cantante. / Pero elige con cuidado / a quién diriges tus cartas / porque hay leyendas que infartan / al ánimo más templado. / ¿Cómo puede merecer / corresponsal tan bragado / quien desde el mejor hotel / de Cancún o de Sevilla / oye hablar de la guerrilla / como quien oye llover? / Y sin embargo excluido / de partidos y banderas / me conmueve tu manera / de no darte por vencido / de disputarle al olvido / la hoguera del porvenir / de desempolvar la crin / del caballo de Zapata / de matar a los que matan / de enseñarnos a vivir. / Me encargaste una canción / y por décimas te salgo / hace meses que cabalgo / sobre la contradicción / de restaurar la emoción / en tiempos tan iscaríotes / con la mano en el escote / del verso a la vieja usanza / así habla Sancho Panza / con mi señor Don Quijote. / Por lo demás cuídate / cuando vengan por las malas / que no te rocen las balas / que no te falte papel / ni frijoles ni mujer / que la Virgen Lacandona / te esconda bajo su lona / te lo pide un gachupín / que se despierta en Madrid / soñando con tu persona.

Fito Páez se encargó de ponerle música —cuando aún se hablaban—, pero todavía no ha sido dada a conocer en ningún disco de Sabina. Manuel Vázquez Montalbán la recogió, íntegra, así como otros episodios entre el cantante y el Sup, en el libro *Marcos: El señor de los espejos* (El País-Aguilar, 1999). Al final de este libro, en el apartado «Pongamos que hablo de

Joaquín», el escritor catalán incluye un fragmento de la letra en su texto *Sabina contra el imperio del crimen*, escrito expresamente para la presente biografía.

Hacia septiembre, a Sabina se le atribuía una nueva novia. Se trataba de la argentina Paula Seminara, una blonda pibita de González Catán, estudiante de Ciencias Económicas y apenas veintitrés añitos. El cantante mantuvo, en efecto, un idilio con ella durante un año y medio, y se escapaba siempre que podía a Buenos Aires para estar con ella. De hecho, durante la grabación de *Enemigos íntimos* estuvieron juntos, y tal vez su compañía le ayudó a sobrellevar aquel difícil período de su vida. Pero en una de las ausencias de Joaquín ella se enamoró de un joven bonaerense al que conoció en la cancha de Boca Juniors. El artista le dedicó una canción, *Dieguitos y Mafaldas*, que se incluyó en su siguiente disco, el aclamado *19 días y 500 noches*.

La noche del 16 de septiembre, Sabina presentó en la madrileña sala Caracol, templo flamenco, el nuevo disco de su colega e íntimo amigo Pablo Milanés (de hecho, en Madrid son vecinos del mismo inmueble), titulado *Despertar*. Al acto acudieron, entre otros, Massiel, Amaya, Caco Senante, Luis Pastor, Pedro Guerra, Teddy Bautista (presidente de la SGAE) y los políticos Cristina Almeida y Diego López Garrido.

En noviembre, Sabina, Chavela Vargas, Rancapino, Lucrecia y Víctor Manuel ofrecieron conciertos en las ciudades de Barcelona, Valencia, Bilbao y Madrid en homenaje al cantante y compositor mexicano José Alfredo Jiménez, muerto un cuarto de siglo antes. Chavela, que fue íntima amiga del homenajeado, contó que cuando los médicos le diagnosticaron que le quedaban dos meses de vida, este la llamó para, en compañía del también compositor Tomás Méndez, correrse una última juerga. Durante tres noches y tres días estuvieron cantando y bebiendo en el legendario Salón Tenampa de la Plaza Garibaldi, en la Ciudad de México. Sabina se refirió a él como «ese creador del que todos conocemos sus canciones, aunque no sepamos quién las ha compuesto, capaz de perder al póquer, tener cáncer, ser abandonado por su mujer y seguir diciendo que era el rey».

La noche del 12 de noviembre de 1998, Sabina actuó en la cuadragésima quinta edición de los premios Ondas, entregados por la Cadena SER. El tema que interpretó fue «Yo me bajo en Atocha», con el que puso a todos los

asistentes en pie.

Tras el patinazo personal, que no comercial, que le supuso *Enemigos íntimos*, Sabina no podía imaginar que su próximo disco lo iba a aupar al olimpo de los grandes nombres de la música, casi por encima del bien y del mal.

A punto de cumplir el medio siglo, miraba atrás y veía los episodios de su vida como si le hubieran sucedido a otro. Todo, a fin de cuentas, pasa tan rápido...

Pero él, que supo tomarle como nadie en España el testigo a Dylan, Cohen y Waits, quería demostrar —desmostrarse— que aún podía dar más de sí; que todavía era capaz de crear canciones mágicas, conmovedoras, muy escritas, de esas que se clavan en el corazón y sacuden la cabeza.

A sus cuarenta y diez, qué cosas, todos los cuentos le parecían el cuento de nunca empezar.

***19 DÍAS Y 500 NOCHES. AHORA QUE
TODOS LOS CUENTOS PARECEN EL
CUENTO DE NUNCA EMPEZAR***

«... Vi las muchedumbres de América,
[...] vi un laberinto roto (era Londres),
[...] vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó,
[...] vi a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera,
el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, [...] vi a un tiempo
cada letra de cada página, [...] vi mi dormitorio sin nadie, [...] vi
la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y
la modificación de la muerte,
[...] vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara,
y sentí vértigo y lloré...»

JORGE LUIS BORGES, *El Aleph*

Se puede afirmar sin temor al yerro que en nuestro país 1999 fue, en lo musical, el *año Sabina*. Su magnífico *19 días y 500 noches* le aupó a los primeros puestos de las listas de ventas nada más salir al mercado, y su increíble capacidad para cambiar de registros —en esta ocasión con el tema que da título al disco, una pegadiza rumba de desamor y disipación que engancha a todos aquellos que la escuchan y se convierte, una vez más, en himno urbanita— lo consagró como un autor heterodoxo al que no se puede

encasillar en ninguna de las categorías musicales existentes, pues toca todos los palos y demuestra en cada nueva incursión una maestría sin par que parece brotarle sin apenas esfuerzo.

Pero la realidad es bien distinta. Porque detrás de todas y cada una de sus hechizantes letras se esconden horas y horas de exhaustivo trabajo y un lacerante sentido de la perfección que lo lleva a dar una y mil vueltas sobre lo ya hecho para corregir pequeños matices que únicamente él es capaz de percibir. Y no pocas veces ha vuelto a grabar temas enteros para cambiar un verso o simplemente una palabra.

Para dar por concluido un texto, para rematar una estrofa que, a su juicio, cojea, Sabina es capaz de pasarse varias noches sin dormir. Como en una ocasión me confesó: «Si estoy escribiendo una canción se me puede olvidar hasta que se está muriendo alguien querido». No sentí que bromeara ni vi en esa frase sombra alguna de *boutade*: hablaba en serio.

Y si de alguno de sus trabajos se puede presuponer que las horas empleadas en su consecución fueron muchas y arduas, es de *19 días y 500 noches*, en donde la calidad de los textos lo situó para siempre a años luz del resto de sus colegas.

Frecuenté bastante a Joaquín durante el año previo a la publicación de ese disco, recién salido él de la decepcionante experiencia con Fito Páez, quien lo vampirizó. En nuestros encuentros en su fortaleza de Tirso de Molina se le notaba exultante; ávido por desintoxicarse del colocón argentino y fraguar un puñado de canciones de muy distinto sabor, marcadamente español y sabiniano, es decir, autobiográfico. «Javi, voy a hacer un disco —me relató en los preliminares de ese febril trayecto hacia lo mejor de sí mismo— aflamencadito y con mucha rumba, aunque la mayoría de las canciones girará en la órbita del amor.»

Como disco, es muy probable que se trate del más homogéneo y racial que haya grabado nunca, y el menos impostado. Joaquín no solo escribió sus mejores letras hasta ese momento, sino que *todas* las canciones son redondas: no les sobra ni les falta nada, y no hay una sola de relleno. Algo por completo extraordinario.

En un principio, aquel disco iba a titularse *A mis cuarenta y diez* —como finalmente se llamó una de las canciones en él incluidas—, pues pensaba sacarlo a la venta el 12 de febrero de 1999, el día en que cumplía medio siglo de vida. Pero le pareció que titularlo así era darle demasiada solemnidad a algo que no la merecía. Aunque también debió de contribuir a ello el hecho de que, por razones no del todo aclaradas, se demoró más de seis meses su publicación y, por lo tanto, la idea de titularlo así perdía gran parte de su sentido.

La grabación se realizó en los estudios El Cortijo, en San Pedro de Alcántara (Málaga), y, tras meses interminables de trabajo constante, Sabina se juntó con bastantes más canciones de las previstas, con lo cual se desplazó hasta la discográfica BMG-Ariola para tratar de defender la idea de un disco doble. Sin embargo, en la reunión que mantuvo con José María Cámara, el presidente de la compañía, este le hizo ver que sacar un doble compacto era peligroso, ya que su elevado coste haría que en Latinoamérica se vendiera peor. El caso es que Sabina claudicó y el disco se puso a la venta en formato sencillo en septiembre de 1999.

Producido por Alejo Stivel, excantante de Tequila, el cambio de sonido con respecto a los anteriores trabajos de Sabina es notable. En cuanto a su forma de cantar, a pesar de que desde *Esta boca es mía* ya se había empezado a advertir que lo hacía más ronco, es en este disco donde su voz parece emerger directamente del infierno, carente del más leve maquillaje, como si se acabara de levantar y estuviera a punto de toser. Y ese es uno de sus grandes aciertos: la sinceridad que transmiten todas las canciones, sin trampas de estudio que subsanen las maltratadas cuerdas vocales. Con ello consiguió, además, que las amargas historias en él retratadas ganasen en intensidad, puesto que sería impensable y hasta contradictorio —inverosímil, en suma— hablar de putas, fracasados y de la posguerra española cantando con la voz dulcorada de Ricky Martin.

El undécimo disco de creación de Joaquín Sabina consta de trece —perdón, doce más una— canciones: «Ahora que...»; «19 días y 500 noches»; «Barbi Superestar»; «Una canción para la Magdalena»; «Dieguitos y Mafaldas»; «A mis cuarenta y diez»; «El caso de la rubia platino»; «Donde

habita el olvido» (inspirada en el poema *Donde habite el olvido*, de Luis Cernuda); «Cerrado por derribo»; «Pero qué hermosas eran»; «De purísima y oro»; «Como te digo una co te digo la o» y «Noches de boda».

Pablo Milanés compuso la música de la hermosa «Una canción para la Magdalena» y Chavela Vargas cantó a medias con Joaquín el tema que cierra el disco, «Noches de boda». A su vez, su amigo íntimo Antonio Oliver firmó con él tres de las letras, algo bastante inusual: «Pero qué hermosas eran», «De purísima y oro» y «Como te digo una co te digo la o».

En la canción que abre el disco, «Ahora que...», Sabina nos lleva de la mano, con inmejorable poder de persuasión, a esos mágicos momentos de enamoramiento previos a la consolidación de una relación sentimental, cuando todo de la otra persona está aún por ser revelado y nosotros mismos somos el mayor de los misterios para ella. Es una muy bella composición que, gracias a la voz de Joaquín, rota, descreída, afilada, adquiere tintes de hecatombe. Algo que no deja de resultar chocante cuando, como es el caso, se habla del comienzo de una relación y no de su ocaso. Quizá se deba a que la escribió tras recibir el definitivo adiós de la argentina Paula Seminara, a la que estuvo unido durante un año y medio, y ese pesimismo del recién dejado se hace patente, como un penetrante perfume, a lo largo de toda la partitura. Fue de las primeras letras que escribió para el disco —me habló de ella y de lo entusiasmado que lo tenía, justo un año antes de que viera la luz—, aunque, desgraciada e incomprensiblemente, no la suele interpretar en sus conciertos:

*Ahora que nos besamos tan despacio,
ahora que aprendo bailes de salón,
ahora que una pensión es un palacio
donde nunca falta espacio
para más de un corazón.*

*Ahora que las floristas me saludan,
ahora que me doctoro en lencería,
ahora que te desnudo y me desnudas
y, en la estación de las dudas,
muere un tren de cercanías.*

*Ahora que nos quedamos en la cama,
lunes, martes y fiestas de guardar,*

*ahora que no me acuerdo del pijama,
ni recorto el crucigrama
ni me mato si te vas.*

*Ahora que tengo un alma
que no tenía,
ahora que suenan palmas
por alegrías,
ahora que nada es sagrado
ni sobre mojado
llueve todavía,
ahora que hacemos olas
por incordiar,
ahora que está tan sola
la soledad,
ahora que todos los cuentos
parecen el cuento
de nunca empezar...*

La alegre y atormentada a un tiempo «19 días y 500 noches» surgió a raíz de un encargo. Pero, como le ha ocurrido en otras muchas ocasiones, decidió quedársela en el último momento, cuando comprendió que había volcado en ella tantas cosas de su propia biografía que ya no podía soltarla. Es una rumba bastante peculiar, aunque enormemente pegadiza, y a Sabina le habría gustado que sirviera de homenaje al cantante Bambino, mas por desgracia este murió antes de que fuese dada a conocer. En el disco aparece dedicada «a la “muchacha de los ojos tristes” [¿Cristina Zubillaga?], por si le roba una sonrisa»:

*Lo nuestro duró
lo que duran dos peces de hielo
en un güisqui on the rocks,
en vez de fingir
o estrellarme una copa de celos,
le dio por reír.
De pronto me vi,
como un perro de nadie,
ladrando, a las puertas del cielo.
Me dejó un neceser con agravios,
la miel en los labios*

y escarcha en el pelo.

[...]

*Y regresé
a la maldición
del cajón sin su ropa,
a la perdición
de los bares de copas,
a las cenicientas
de saldo y esquina
y por esas ventas
del fino La Ina,
pagando las cuentas
de gente sin alma
que pierde la calma
con la cocaína.
Volviéndome loco,
derrochando
la bolsa y la vida
la fui, poco a poco,
dando por perdida...*

Su revisión de «Princesa» veinte años después desembocó en la aún más cruda «Barbi Superestar», tan llena de hallazgos como de derrota. Hay realismo sucio, fotografías explícitas, horror sin vaselina. En sus conciertos las ensambla:

*Pezón de fresa, lengua de caramelo,
corazón de bromuro,
supervedette, puta de lujo, modelo,
estrella de culebrón,
había futuro en las pupilas hambrientas
de los hombres maduros,
enamorarse un poco más de la cuenta
era una mala inversión.*

[...]

*Al infierno se va por atajos,
jeringas, recetas.*

*Ayer, hecha un pingajo,
me dijo en el «tigre» de un bar:
«¿Dónde está la canción que me hiciste
cuando eras poeta?»,
«terminaba tan triste
que nunca la pude empezar».*

*Por esos labios que sabían a puchero
de pensiones inmundas
habría matado yo, que, cuando me muero,
ya nunca es por amor.
Se masticaba, en los billares, que El Rayo
había bajado a segunda,
por la M-30 derrapaba el caballo
de la desilusión.*

En la valiente «Una canción para la Magdalena», Sabina retrata, por vez primera y en toda su extensión, un mundo que conoce bastante bien: el de las putas de carretera. Solo que aquí magnifica a la protagonista —una suerte de semidiosa— hasta la sublimación y, de ese modo, el tema adquiere proporciones épicas y de una gran belleza formal. Una meretriz casi extraterrenal, pues, que simboliza a la perfección a la amante-madre siempre dispuesta a ser el reposo de todo guerrero. Una sumisión y entrega que, por otra parte, caracteriza a todas las prostitutas, que cumplen un *servicio público*:

*Si a media noche, por la carretera
que te conté,
detrás de una gasolinera
donde llené,
te hacen un guiño unas bombillas
azules, rojas y amarillas,
pórtate bien
y frena.
Y si la Magdalena
pide un trago,
tú la invitas a cien
que yo los pago.*

*Acércate a su puerta y llama
si te mueres de sed,*

*si ya no juegas a las damas
ni con tu mujer.
Solo te pido que me escribas
contándome si sigue viva
la virgen del pecado,
la novia de la flor de la saliva,
el sexo con amor de los casados.*

*Dueña de un corazón
tan cinco estrellas
que hasta el hijo de un dios,
una vez que la vio,
se fue con ella.
Y nunca le cobró
la Magdalena.*

Con «A mis cuarenta y diez» Sabina vuelve a la acuarela autobiográfica. El tono, solemne, casi de misa, recuerda al «Tan joven y tan viejo» de *Yo, mí, me, contigo*. Y como en aquella, al final se encarga de advertir a los que andan locos porque estire la pata que aún le queda mucha cuerda y que seguirá incordiando a los biempensantes todo cuanto le sea posible. Está dedicada a Isabel Oliart, la madre de sus hijas, «con devoción». Una declaración de lealtad absoluta que suena, efectivamente, a testamento. Y en él se incluye, modificado, el verso de César Vallejo que da título a este libro.

*A mis cuarenta y diez
cuarenta y nueve dicen que aparento.
Más antes que después
he de enfrentarme al delicado momento
de empezar a pensar en recogerme,
de sentar la cabeza,
de resignarme a dictar testamento
(perdón por la tristeza).*

[...]

*Pero sin prisas, que a las misas
de réquiem nunca fui aficionado,
que el traje de madera que estrenaré
no está siquiera plantado,*

*que el cura que ha de darme la extremaunción
no es todavía monaguillo,
que para ser comercial, a esta canción
le falta un buen estribillo.*

La bellísima «De purísima y oro» es una canción para *El libro Guinness de los récords*: conseguir que lo que en ella se cuenta pueda ser cantado es un milagro. Henos aquí, pues, ante la literatura en estado puro, en donde su autor nos relata pasajes de nuestra propia historia —de antes de ayer, en realidad— que ya han quedado enterrados por el paso de los años como si nunca hubieran tenido lugar. La miseria y la crueldad de la posguerra, con sus enormes diferencias de clase, queda retratada a la perfección, y sus imágenes, como viñetas, resultan de una belleza inigualable. Por cierto, cuando dice aquello de «para las extranjeras Luis Miguel» se está refiriendo, claro, a Luis Miguel Dominguín, padre de Miguel Bosé, quien fuera primera figura del toreo —el «número uno», se autoproclamaba—, no al, como han podido llegar a pensar algunos jóvenes despistados, célebre cantante mexicano:

*Academia de corte y confección,
sabañones, aceite de ricino,
gasógeno, zapatos topolino,
«el género dentro por la calor».*

*Para primores Galerías Piquer,
para la incluso niños con anginas,
para la tisis caldo de gallina,
para las extranjeras Luis Miguel.*

[...]

*Habían pasado ya los nacionales,
habían rapado a la seña Cibeles,
cautivo y desarmado
el vaho de los cristales.
A la hora de la zambra en Los Gabrieles,
por Ventas madrugaba el pelotón,
al día siguiente hablaban los papeles
de Celia, de Pemán y del bayón.*

[...]

*«Niño, sube a la suite dos anisetas,
que hoy vamos a perder los alamares»,
de purísima y oro, Manolete,
cuadra al toro en la plaza de Linares.*

*Habían pasado ya los nacionales,
habían rapado a la seña Cibeles,
volvían a sus cuidados
las personas formales.
A la hora de la conga en los burdeles,
por San Blas descansaba el pelotón,
al día siguiente hablaban los papeles
de Gilda y del Atleti de Aviación.*

No hay en todo el disco una sola canción, no ya mala, sino mediocre. Todas ellas podrían y deberían ser reseñadas: la llena de argentinismos «Dieguitos y Mafaldas», dedicada a su joven amor argentino, Paula («*Veinte años cosidos a retazos / de urgencias, disimulos y rutinas, / veinte años cumplidos en mis brazos, / con la carne del alma de gallina*»); el relato de género, homenaje al cine negro y a sus novelas favoritas, «El caso de la rubia platino», que a Joaquín le gusta tanto («*Para volver a ser alguien en el ambiente / necesitaba un par de buenos clientes, / saldo para mis vicios y un despacho decente. / No dan para comer las putas del barrio chino, / todos los lunes no me encargan el caso / de la rubia platino*»); las tristísimas «Donde habite el olvido», deudora de Cernuda («*Y la vida siguió / como siguen las cosas que no / tienen mucho sentido, / una vez me contó / un amigo común, que la vio / donde habita el olvido*»), y «Cerrado por derribo» («*Este virus que no muere ni nos mata, / esta amnesia en el cielo del paladar, / la limusina del polvo por Manhattan, / el invierno en Mar del Plata, / los versos del capitán*»), que tuvo una hermana gemela, «Nos sobran los motivos», que se incluyó en la edición argentina de *19 días y 500 noches* y en el doble disco en directo *Sabina y Cía. Nos sobran los motivos* (es la misma canción, con distintos versos e idéntico estribillo, para dos mujeres: la primera es para Cristina Zubillaga, y la segunda para Paula Seminara); la narrativa y desvergonzada «Pero qué hermosas eran» («*Pero... qué hermosas*

eran / las tres, y sobre todo la tercera. / ¿Ustedes me han mirado?, / pedirles además que me quisieran, / ¿no les parece que era / pedirles demasiado?») y la utópica «Noches de boda» («Que las persianas corrijan la aurora, / que gane el quiero la guerra del puedo, / que los que esperan no cuenten las horas, / que los que matan se mueran de miedo»). La audaz y logradísima «Como te digo una co te digo la o» la dejó para más adelante.

La presentación del disco tuvo lugar en el madrileño Museo del Ferrocarril la tarde/noche del 7 de septiembre de 1999, y fue el actor y director de cine Santiago Segura el encargado de marcarse un disparatado discurso de bienvenida previo a la irrupción en escena del protagonista, Sabina, que apareció por primera vez en un acto público con su nueva dentadura —que buena falta le hacía— y, lejos de pasar por alto el detalle, comentó con sorna (qué huevos tiene el tío): «¿Habéis visto mis dientes nuevos?». Colegas suyos como Miguel Ríos, Caco Senante, Rosa León, Ana Belén y Víctor Manuel se desplazaron hasta allí para compartir con él la epifanía de su música y unas cuantas (muchas) copas.

Ese mismo mes, *El País Semanal* publicó un reportaje acerca de la infancia de varios célebres españoles, para lo que se les pidió que escribieran un texto sobre aquel período de sus vidas. Sabina fue uno de ellos y optó por un soneto para dar cuenta de aquella lejana etapa, de la que nunca ha hablado con cariño (él, entonces, lo único que quería era ser mayor). Este:

*Mi infancia es una iglesia con campanas
y el patio de un colegio salesiano
y el rosario seis veces por semana
y una charca con ranas en verano.*

*Mi infancia la marcó don Evaristo
con sangre para que la letra entrara;
yo era un niño con granos, flaco y listo,
los profesores... sádicos con vara.*

*Y el cine del domingo por la tarde
y la primera novia y las primeras
pajas y los primeros desengaños.*

Y los adultos mansos y cobardes

*y los tricornos por la carretera
y huir cuando se cumplen veinte años.**

En octubre vio la luz el disco *Tatuaje*, un homenaje a la copla en el que intervinieron artistas nacionales completamente distintos entre sí, como Sabina, Aute, Marta Sánchez, Rosario, Ketama, Andrés Calamaro y Antonio Vega. Joaquín grabó una versión de «La bien pagá», de Ramón Perelló, un tema que le va como anillo al dedo y que le quedó más que digno.

El 28 de ese mes falleció, a los noventa y seis años, Rafael Alberti. Sabina se encontraba en ese momento en México promocionando su nuevo disco. Al enterarse de la muerte del poeta, a quien además de admirar había tratado de cerca, le escribió un soneto póstumo titulado *Si digo Alberti*:

*Si digo Rafael, digo torero;
si digo cal, naufrago en tu bahía;
cabello de ángel, gorro marinero,
si digo barcos, nombro tu poesía.*

*Si digo Alberti, digo Garcilaso;
Federico, la casa de las flores,
«no pasarán», Trastévere, Picasso,
si digo Rafael, digo Dolores.*

*Si digo luto, digo que no quiero,
si digo Juan me abrazo al Panadero
del pan azul de la melancolía.*

*Si digo octubre mato a tu asesino,
si se va Rafael se muere el vino
del bar del Puerto de Santa María.**

En noviembre fue galardonado con un premio Ondas en la categoría de Mejor Artista Español, pero no pudo acudir a recogerlo debido a que se encontraba de gira en Buenos Aires, en donde tuvo que ampliar a cinco sus actuaciones en el Teatro Gran Rex debido a la enorme respuesta del público rioplatense.

El presidente de la Comunidad de Madrid, Alberto RuizGallardón, le contrató para que actuase en el vigésimo primero aniversario de la Constitución Española. En un momento de su intervención, Sabina gritó: «¡Viva la *Consti* y vivan los que la defienden, no quienes la chantajea!».

Algunos diputados del PP allí presentes bromearon al respecto y comentaron, malvados, que ya no tenían que esperar a las fiestas del PCE para escuchar a Sabina.

El 14 de diciembre recibió en el Hotel Palace de Madrid un cuádruple disco de platino por las ventas de *19 días y 500 noches*, así como una placa conmemorativa por los cuatro millones de copias despachadas de sus discos desde que lo fichó BMG-Ariola, esto es, desde *Juez y parte* hasta el último. Nada más salir al escenario, se presentó a los asistentes diciendo: «Ya sé que os habría gustado a todos que este homenaje hubiera sido póstumo», lo que provocó una sonora ovación. A modo de invitaciones, su discográfica envió unas lonchas de jamón de York envasadas al vacío con el siguiente reclamo: «Si no te gustan los productos envasados, ven a disfrutar en nuestra fiesta-homenaje de Sabina en estado puro». Varios cantantes amigos interpretaron temas suyos, como Pedro Guerra o Estopa. El cantante canario optó por una singular versión de «Por el bulevar de los sueños rotos» «porque», dijo, «sé que a Joaquín esta canción le gusta mucho». A lo que Sabina contestó: «Sí, es cierto. Pero nunca me la he tirado». Él sorprendió al cantar «El joven aprendiz de pintor», una bella y antediluviana pieza. Aunque si se analizaba, aquella elección no era tan sorprendente, pues estaba cargada de intención: les estaba pasando por los morros ese homenaje a quienes en un pasado no daban un duro por él.

El 16 de diciembre actuó en un festival celebrado en el Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid con el fin de recaudar fondos para los refugiados de los Balcanes. También participaron La Oreja de Van Gogh, el gaitero Hevia y Celtas Cortos.

En dos entrevistas concedidas en un corto espacio de tiempo, Sabina volvió a generar polémica al criticar abiertamente determinados comportamientos de la familia real española. En la primera de ellas, publicada en la revista *Tribuna* la última semana de diciembre de 1999, la periodista María Eugenia León le preguntó —a raíz de su reciente firma en un

manifiesto en contra de la subida de impuestos a los artistas— si, en vista de cómo estaban las cosas, no se le había pasado por la cabeza exiliarse como habían hecho otros cantantes, a lo que Sabina respondió: «No, eso me parece abominable. Estoy absolutamente en contra de la gente que quiere hacerse millonaria sin repartir nada. [...] Yo creo que a la reina Sofía alguien debería decirle que no puede ir a la ópera a ver a exiliados de impuestos como la Caballé. Doña Sofía: puede oírla usted en discos, y si lo hace, por favor, no compre el disco con mi dinero». En la segunda entrevista, publicada en *El País Semanal* el 16 de enero de 2000 y realizada por el periodista Diego A. Manrique, Sabina hizo las siguientes declaraciones: «Durante la Cumbre de los Jefes de Estado Iberoamericanos, reunidos en Cartagena de Indias (Colombia), [...] los presidentes pasaban luego a camerinos a saludar a sus artistas, pero Juan Carlos y Sofía no entraron. A mí, Carlos Menem me llama para comer con él cuando voy a Argentina y no me doy por enterado. Lo que me irrita, ponlo con todas las palabras, es que no se acuerden de mí cuando el Rey se junta con los artistas. Seguramente no iría, pero me indigna que se invite a las Paquita Rico o las Sofía Mazagatos y se olviden de alguien que acaba de vender un millón de discos. [...] Me parece que fueron a una escuela donde no se les enseñó bien a ejercer de reyes. [...] Ya no soy un *maldito*, lo de sentirse un héroe irreductible y un republicano perseguido es cosa de juventud. Que sepa el señor Almansa [jefe de la Casa de Su Majestad el Rey] que yo debo ser convocado, y que yo decido si voy o no voy, como hace Alfonso Guerra».

Ya en el sui géneris rap «Como te digo una co te digo la o», Sabina le dio un buen repaso a la monarquía española, un tema tabú por antonomasia en nuestro país. He aquí el fragmento con el que dejaba constancia de que no existe una sola cosa en este mundo de la que él no pueda opinar y, sobre todo, escribir:

*Yo nací en Motril
y no le hago ascos
a un buen bacalao
a la Urdangarín.
¡Viva San Fermín!
¿Que no te has fijao?,
mírame a los ojos,*

*¿tiene un revolcón?,
¿o es tonta la infanta?,
¿te pido otra fanta?,
lo pones al lado del Marichalar
y no veas lo que canta,
hija, no hay color.
Lo mismo que el Rey
(y te tengo dicho que le tengo ley),
pero la verdad,
no es un Castelar,
ni lo tiene que ser,
oye, es un Borbón,
¿pa' qué quiere más?
Y el pedazo reina
que lleva detrás,
que no se despeina
y hay que ver lo que manda esa buena mujer en la corte.
Que es mucha familia
y oye, la hemofilia
los ha respetao.
¿Y el príncipe azul?,
figúrate tú,
de los nervios todas
y él no quiere boda,
tan rubio, tan fino, tan tieso,
tan alto, tan cachas,
qué agobio,
hija, ¿y la Sartorio?,
a mí me da pena,
descompuesta, sin novio y tan buena muchacha.
¿Que no era princesa?,
pero era persona,
Jesús, lo que pesa la corona esa,
más que el corazón.
¿Y la razón de estao?,
nos ha fastidiao
¡qué desinrazón!
A mí, que al Borbón
lo pierdan las faldas,
mire, usted, chapeau,
sin hijas bastardas
no habría monarquías,
lo dice hasta Ansón,*

*¿de qué come Ussía?,
ángel de la guarda
¡cuánta hipocresía!
Porque, tiene gracia,
¿esto es democracia?...*

En marzo de 2000 viajé a Buenos Aires invitado por Sabina y Paco Lucena, su mánager, con el objeto de escribir un reportaje para la revista *Interviú* sobre los dos conciertos que iba a ofrecer en el estadio Luna Park como cierre de la gira latinoamericana *19 días y 500 noches* y, de paso, analizar el *fenómeno Sabina* en tierras argentinas. Y lo cierto es que quedé tan impresionado por lo que allí vi, que titulé el texto «4 días y 2 noches con “san Sabina” en Buenos Aires». En él recogí las siguientes palabras de Joaquín, pronunciadas cuando le hice saber que me había llamado poderosamente la atención que en ese país se le recibiera igual que si se tratase de una superestrella anglosajona del *rock*: «No eres el primero que viene y se lleva esa impresión. Y mira, esto está pasando aquí desde hace mucho tiempo y la prensa no lo recoge. En 1997 los medios españoles tan solo se hicieron eco del vaso de whisky que le lancé a aquella chica que no me dejaba vivir y del beso amistoso con Fito Páez, pero de los ciento ochenta conciertos que ofrecí en Latinoamérica nadie dijo ni media palabra». No le faltaba razón.

En la cuarta edición de los Premios de la Música, que se celebraron en la antigua plaza de toros del barrio de Vista Alegre la noche del 6 de abril de 2000, Joaquín Sabina fue el vencedor absoluto: obtuvo cuatro de los cinco galardones a los que optaba: Mejor Autor Pop, Mejor Artista Pop, Mejor Disco del Año y Mejor Canción del Año (por *19 días y 500 noches*), premios que le situaron en la cúspide del cenit musical patrio. Cuando recibió el primero de los galardones de la noche, de manos de la cantante Lolita, se mostró cauto y cortés y se lo dedicó a los difuntos Antonio Flores y a su padre, el Pescadilla. Pero cuando subió de nuevo al escenario se soltó la melena y empezó a *sabinear*: les dedicó el premio a dos habituales de la prensa del corazón, Yola Berrocal y Antonio David Flores, ex de la hija de Rocío Jurado, y luego se marcó un discurso en inglés —una clara parodia del interminable *speech* que pronunció Almodóvar al recibir el Oscar de Hollywood por *Todo sobre mi madre*— en el que citó con recochineo al padre Apeles, Sofia

Mazagatos, Loco Mía (?) y Rappel. Cuando le fue entregado el último trofeo de la noche, lo levantó en clara actitud de triunfo y sentenció: «La juventud venimos arrollando».

Durante abril y mayo recorrió España con la gira de teatros *Nos sobran los motivos*, una serie de conciertos acústicos que recordaban mucho a la anterior *En paños menores*, tanto por los músicos que le acompañaban —Olga Román, Pancho Varona y Antonio García de Diego— como por el tono intimista.

Para cuando estas páginas entren en imprenta,* Joaquín Sabina habrá reanudado la gira española *19 días y 500 noches* —con la que tiene previsto visitar treinta ciudades—, la cual finalizará, Dios mediante, el 8 de septiembre en la plaza de Las Ventas.

Unido sentimentalmente, desde finales de 1999, a la fotógrafa peruana Jimena Coronado, a quien conoció años atrás en el Hotel Sheraton de Lima cuando le hacía unas fotos para el diario *El Comercio*, Sabina atraviesa —a pesar de lo que muchos puedan pensar— uno de los períodos más estables de su vida.

Volcado por completo en la música desde hace ya algunos años, ha delegado el resto de las funciones de la vida doméstica en otras personas, con lo cual, hoy por hoy, su existencia se limita a escribir y actuar.

Desconoce por completo cuánto dinero posee —es consciente de que gana bastante, pero jamás se ha ocupado del estado de sus cuentas y, por lo tanto, no tiene la menor idea del líquido de que dispone en el banco—: lleva una tarjeta visa oro con la que paga cuanto gasta, y cuando necesita algo que solo puede ser obtenido de día —él se levanta siempre alrededor de las ocho de la tarde y vive, salga o no de casa, por la noche—, se lo solicita a su secretaria y asistente personal, María Ignacia Magariños, quien le resuelve la papeleta en el acto.

En ese sentido, es tal su desvinculación de los trámites de la rutina diaria —bancos, compras, burocracia en general— que si de repente le faltaran las personas que se encargan de todos sus asuntos personales no sabría qué hacer, estaría perdido.

Esas personas, imprescindibles para que él pueda seguir creando esas magníficas canciones que nos ayudan a sobrellevar las lacras del devenir, caben en los dedos de una mano y son las siguientes: Isabel Oliart, madre de sus dos hijas, que es la administradora única y representante de Relatores, S. L., la sociedad que desde 1991 gestiona todos los asuntos financieros del cantante; la citada María Ignacia Magariños, una segunda madre para Joaquín, quien vela por su salud y ejerce de «chica para todo» desde 1997; Paco Lucena, de Don Lucena Management, el leal mánager que desde hace cerca de veinte años se ocupa de sus contrataciones tanto en España como en Latinoamérica;* Jimena, su actual novia, que en la última gira acústica, *Nos sobran los motivos*, le ayudó a seleccionar las más de mil fotografías que se pasaban en cada concierto y se encargó personalmente de su proyección, y quien tiene que lidiar a diario con los constantes cambios de humor del Flaco. Y por último, Pepa, su asistente, quien desde hace nueve años se las ve y se las desea para tenerle al jefe su enorme vivienda madrileña como los chorros del oro. Una tarea, dicho sea de paso, del todo ímproba. Pues para tratarse de un ateo, en su casa hay más santos, ángeles, relicarios y todo tipo de iconos de la religión católica que en las páginas de un libro de Historia del Arte de COU.** Y cada dos por tres le da por cambiar la disposición de los muebles y el orden de los cuadros, con lo que la pobre mujer nunca termina de descongestionar el caos de objetos que puebla la estancia.

Una estancia, por cierto, cuya cerradura ha tenido que ser cambiada cerca de una decena de veces en los últimos años porque Joaquín no recordaba a cuántas personas les había regalado un juego de llaves. Puesto que, aunque él se encuentre de viaje, por su casa no deja de desfilarse todo tipo de gente: desde amigos que van a ver la tele y a picar algo o a celebrar fiestas, a músicos que toman por asalto su completísimo estudio de sonido y se pasan horas tocando y grabando maquetas.

Y es que nadie que haya conocido mínimamente a Joaquín podrá negar que es una de las personas más generosas del mundo. Tanto, que se excede.

Y así, como quien no quiere la cosa, entre conciertos, fiestas, amigos, enemigos, canciones, folios en blanco, bolígrafos, máquinas de escribir, guitarras, romances, whisky, Quevedo, *Chispa*, Granada, marihuana, Miguel Hernández, Truffaut, Quintero, León, Quiroga, César Vallejo, Neruda, los

Stones, Portobello Road, Dylan, Lucía, Mallorca, La Mandrágora, Krahe, Leonard Cohen, Isabel, Hierro, Buenos Aires, cocaína, Madeira, Cristina, México, La Habana, Milanés, González Catán, Carmela, Rocío, Calle melancolía, Varona, García de Diego, Venecia, Lima, Jimena, Mari Mari, Bryce Echenique, Relatores, fobias, filias y dos úlceras, Joaquín se ha puesto, contra todo pronóstico, en los cuarenta y once.

Cuarenta y once años en los que las mujeres que se fueron han sido inevitablemente reemplazadas por otras, como los discos y las canciones y los amigos y las obsesiones.

¿Las obsesiones? Bueno, eso tal vez sea lo único que ha permanecido inalterable en él durante todos estos años. Y gracias a ello el artista se ha ido haciendo, cultivando, amando y detestando para su cada vez más numeroso público mientras el sol salía y se ocultaba, incansable, como si nada.

No sé cuántos capítulos más —que ya no estarán recogidos en este libro, claro—* seguirá aportándole Sabina a la humanidad, pero espero que sean los suficientes como para volver a inventarse a sí mismo. Porque su sola existencia, su valiente presencia de muchacho de pueblo devenido en el Dylan español por excelencia, ha sido uno de los mayores acontecimientos que ha vivido la historia de nuestra música en las dos últimas décadas, y su titánico esfuerzo, un inmejorable ejemplo para que todo aquel que persiga un sueño no arroje la toalla vencido, sino que avance en pos de él sin dejar de tener presente que todos somos física y química, que hay que huir de los hombres de traje gris y que hay que tratar de sufrir tan solo diecinueve días y disfrutar a cambio quinientas mil noches.

De la misma manera que nunca, jamás, se debe pedir perdón por la tristeza.

Y mucho menos cuando de sus oscuras dependencias, como sucede en el caso de Joaquín Sabina, se han extraído las piedras preciosas que han hecho posible que incontables seres anónimos diseminados por todo el planeta hayan comprendido que les sobran los motivos para reír, para no cortarse de un tajo las venas.

En nombre de todos ellos, y aun a sabiendas de que al hacerlo me extralimito en mis funciones de mero biógrafo —aunque la verdad es que a estas alturas me importa un huevo—, te doy las gracias, Joaquín. Y te deseo,

supongo que egoístamente, al menos otros once discos igual de sinceros e intensos que los ya alumbrados.

Porque aún es pronto, hazme caso, para hacer inventario. Para testar.

DÍMELO EN LA CALLE.
OLVIDÉ LA LECCIÓN A LA VUELTA
DE UN COMA PROFUNDO

*Muriendo a cada paso de impotencia,
tropezando con muebles
a tientas, cruzaremos el piso
torpemente abrazados, vacilando
de alcohol y de sollozos reprimidos.*

JAIME GIL DE BIEDMA, *Contra Jaime Gil de
Biedma (Poemas póstumos)*

Era pronto, desde luego que sí. Era demasiado pronto para pensar en la jubilación; para soltar el bolígrafo como si quemara y descender la cuesta que tanto costó subir, que tanto costó construir.

Pese a que existe unanimidad respecto a que no ha vuelto a dar forma a un disco como *19 días y 500 noches* —tampoco como *Esta boca es mía* o *Yo, mí, me, contigo*, lo cual me parece aún más grave—, sí que ha creado, en cambio, grandes canciones, algunas de ellas dignas merecedoras de figurar entre lo mejor de su obra. Y casi todas forman parte del primer disco de estudio, el duodécimo de su carrera, que publicó tras *19 días...*, el irregular pero poderoso en lo literario *Dímelo en la calle*.

En cualquier caso, lo que no admite debate es que sus trabajos posteriores a su disco más aclamado y homogéneo pecan de un exceso de literatura. Son colecciones de canciones —bueno, casi todos sus discos lo son

— para mayor gloria de la palabra, que en los últimos diecisiete años le ha robado plano a la música clamorosamente, sin el menor disimulo. Y eso es un error. Y lo es porque hasta quienes amamos la escritura y valoramos por encima de todo la buena letra, sabemos que una canción es la unión perfecta entre música y texto, y si uno de los dos contrayentes acapara el protagonismo y tapa de continuo al otro, lo estrangula, incluso, la relación se va al traste.

Pero antes de analizar el primero de sus discos de creación post-*19 días y 500 noches*, voy a respetar la cronología —pauta sagrada de este libro— y a contar algunas cosas de interés que acontecieron en su vida y, por ende, en la nuestra.

La noche del 28 de noviembre de 2000, vestido con una chaqueta y un bombín forrados con papel de periódico, presentó en el teatro Coliseum de Madrid, tras un recitado muy sabiniano de bienvenida a cargo de Miguel Bosé y la actriz Pastora Vega, el doble disco en directo *Sabina y Cía. Nos sobran los motivos*, resultado de su última gira y compuesto de un cedé acústico grabado entre Andorra, Puertollano y Tarrasa, y otro eléctrico grabado entre Madrid, Logroño y Sevilla. Producido por Antonio García de Diego y Pancho Varona, ese trabajo contiene veintiún cortes con clásicos de su discografía y temas de *19 días y 500 noches*. Además, incluía una canción inédita, «Rosa de Lima», un canto de amor a Jimena Coronado, y otra que solo se editó en la versión argentina de *19 días...*, «Nos sobran los motivos», hermana gemela de «Cerrado por derribo». Aquel disco lo llevó de nuevo a la carretera a los poco más de dos meses de haber finalizado la gira anterior.

En el primer trimestre de 2001, en un descanso de esa gira, le fui a ver a su casa, le puse una pistola en el pecho y le pedí que me confesara cuáles eran sus canciones bíblicas de todos los tiempos y que me las comentara de forma breve. Reproduzco aquí la lista que salió de aquella propuesta, de gran valor para los sabinistas, la cual se publicó ese año en la revista *Rolling Stone* y que hoy —como casi todas las entrevistas que le he hecho, que cuentan con una valiosísima información— es inencontrable en internet:

«First We Take Manhattan'», Leonard Cohen. «Aparte de que no hay una sola canción de Cohen que no me guste, pues me parece el más grande ahora mismo en todas las lenguas —no se puede escribir tan bien y, además, cantarlo—, en esta pieza en concreto no utiliza las leyes de la canción, sino las de la mejor poesía.»

«Pedro Navaja», Rubén Blades. «Yo no soy fan de Rubén Blades, soy fan de “Pedro Navaja”. Me gusta mucho esta canción porque inaugura una línea de canciones de chorizos y de navajeros que yo directamente seguí con “Qué demasiao” y alguna otra, y porque creo que es un tema que está por superar.»

«Construção», Chico Buarque. «En esta pieza Chico Buarque agota las esdrújulas de tal manera que, a pesar de “Escándalo”, de Raphael [apunta con malicia], nadie ha conseguido todavía hacer una canción con esdrújulas: “*Cayó como si fuera íntimo, / como si fuera sórdido, / como si fuera un pájaro...*”. Es simplemente genial.»

«Sueño con serpientes», Silvio Rodríguez. «Esta es una de las canciones más hermosas e inquietantes, desde cualquier punto de vista, letra, música, interpretación, que yo he tenido ocasión de oír en mi vida. Aún me pone la carne de gallina cuando la escucho.»

«Llegó borracho el borracho», José Alfredo Jiménez. «Con José Alfredo Jiménez me pasa lo mismo que con Cohen, que podría elegir cualquiera de sus canciones. Pero últimamente ando enamorado de “Llegó borracho el borracho” —de hecho, la estoy cantando en mis actuaciones—, cuyo solo título es maravilloso.»

«De qué callada manera», Pablo Milanés. «En mi opinión, Pablo Milanés es, cuando encuentra su canción, la voz más maravillosa que existe en castellano. Y en “De qué callada manera” hace una cosa que también hizo Paco Ibáñez, que es tomar un poema de otro, en este caso de Nicolás Guillén, y mejorarlo cantándolo.»

«Knockin’ on Heaven’s Door», Bob Dylan. «Debe de haber quinientas canciones en el mundo con los mismos acordes, hay por lo menos dos o tres más —“¿Quién me ha robado el mes de abril?”, “Corre, dijo la tortuga”...—, pero parece mentira que se pueda hacer algo tan hermoso como “Knockin’ on Heaven’s Door”, con una letra etérea que casi roza el misticismo, la cual fue incluida, sin embargo, en una película nada mística de san Sam Peckinpah.»

«Walk on the Wild Side», Lou Reed. «Con esta canción Lou Reed inaugura una especie de *swing* sórdido, negro, una pieza con la que me identifico plenamente.»

Sabina continuó con los conciertos de la gira del disco *Sabina y Cía. Nos sobran los motivos*, que finalizó el 3 de junio en Úbeda, y bien avanzado el verano de 2001, exactamente la madrugada del 23 al 24 de agosto, tuvo que

ser ingresado en la clínica madrileña Ruber Internacional como consecuencia de un accidente isquémico cerebral leve que hizo pensar en lo peor. Sobre todo a los medios de comunicación, que, hastiados de serpientes de verano, se apresuraron a dar aquella noticia como si el final del cantante y compositor fuese cosa de horas, por no decir minutos. Máxime cuando hacía tan solo un mes que había cancelado por dos veces consecutivas una lectura de poemas en Barcelona, dentro de la programación cultural del Grec, aquejado de una úlcera estomacal, su «úlcera clásica».

Fui a visitarle al centro médico nada más enterarme y hablé con Jimena Coronado, su novia, y con Isabel Oliart, la madre de sus hijas, a quienes vi muy tranquilas: me dijeron que se encontraba bien y que estaba previsto que le dieran el alta en un par de días. Y así fue. Una semana después me acerqué a su casa y me concedió una larga entrevista que publicó *Interviú* y en la que contó cómo había sido todo. Un relato brutalmente sincero: «Lo de la suspensión de los recitales de poesía fue por mi úlcera clásica, que vive conmigo desde hace diez años y somos algo así como enemigos íntimos. También creo que se debió a un ataque de pánico. Miedo al ridículo, a que se me considerara un impostor. Pues, para mí, como sabes, la poesía son palabras mayores. En cuanto a lo de la isquemia cerebral, he de reconocer que los dos primeros días me asusté. La noche anterior había estado cenando con Víctor Manuel, Ana Belén, José Luis García Sánchez y Rosa León, y después estuvimos aquí en casa, cantando. Cuando se marcharon me puse a pintar más o menos hasta las dos de la tarde, y me acosté muy borracho. Pero muy muy borracho. No de otras cosas, porque de otras cosas hace ya tres meses que no sé nada. Por cierto, por lo que veo a mi alrededor, y por propia experiencia, suele suceder eso: cuando te quitas es cuando te da el palo, y yo había estado en Marruecos unos días antes de cura de todo... Como te decía, me di cuenta al acostarme de que iba bastante borracho. Dormí bien, unas diez horas. Pero al despertar estaba perdido en la cama, con la cabeza en los pies, y me costó mucho ubicarme. Seguía pensando que era por la borrachera. El caso es que quise ir al baño y la pierna derecha no me apoyaba en el suelo. No me asusté porque creí que era cosa de la resaca. Hasta que a los cinco minutos seguía sin poderme poner en pie y notaba que el brazo derecho estaba también un poco tonto. Nada de la cara ni del habla, que dicen que esas cosas afectan a veces al

habla. Para nada. Tan solo el brazo tonto y la pierna que no apoyaba (sí tenía tacto, pero no motricidad). Así que me asusté tanto que, odiando como odio a la clase médica internacional, porque yo siempre me he automedicado, le dije a Jimena que llamara a una ambulancia. Cuando llegamos a la clínica aún no estaba muy asustado. De hecho, me comí dos bocatas nada más llegar. Pero cuando supe que se trataba de un accidente cerebral sí que me asusté. No por nada, porque yo veía que estaba bien y que eso se iba a arreglar en poco tiempo, sino por las posibles secuelas. Es decir, yo me veía de pronto en una silla de ruedas, sin poder escribir, sin poder dibujar ni tocar la guitarra y, sobre todo, sin poder hacerme pajas... Aunque luego me dijo García Sánchez que era mejor con la mano tonta. El caso es que eso duró un día y medio, hasta que vi que la recuperación era rápida. Es decir, de un día para otro estaba moviendo la mano y, a los dos días, ya podía ponerme en pie. Pero el día que imaginé un futuro en silla de ruedas y con la mano inmóvil, me pareció que la vida no era digna de ser vivida. En mi caso, la isquemia se ha producido por la mala vida. Y por eso he suprimido, aunque nadie se lo crea, el tabaco. Llevo ya diez días sin fumar, y voy a seguir así. Porque me gusta mucho fumar, pero me gusta más vivir. Los muertos tampoco fuman, así que... Me explicó el médico que yo no tenía ninguna de las causas físicas que provocan esa lesión, pero sí el maltratarme a lo largo de veinte años. No tengo diabetes, el corazón y el hígado los tengo perfectamente, no tengo colesterol, que es otra de las causas, ni hipertensión. Ha sido, ya te digo, por la mezcla de tabaco, coca y ese tipo de cosas. De hecho, de la coca ya me había quitado. Del tabaco me ha quitado el médico y estoy absolutamente dispuesto a hacerlo a pelo, sin terapias ni libros de autoayuda ni parches ni pollas. Creo que lo que más ayuda es el orgullo de ser capaz de hacerlo, como hice lo de la coca. Afortunadamente, no me han quitado del todo el alcohol. Puedo beber un poco: un vinito en las comidas y en las cenas y, de vez en cuando, un whisky. Lo cual me parece una expectativa de futuro más o menos razonable. Ahora, si me quitan algo más ya sí que estoy jodido. La verdad es que el susto ha sido suficiente. Creo que encontraré también algunas ventajas. Por ejemplo, ya empiezo a notar más los olores y los sabores, ya empiezo a tener hambre (me atormentaba muchísimo no tener nunca hambre), he engordado un poquito... Me noto la voz infinitamente más limpia, con lo cual creo que no voy a vender

ni un puto disco. Voy a ser una gorda con voz de Ricky Martin. Y también creo que sin tabaco se folla mejor. Desde que empecé la recuperación lo que tengo es un ataque de euforia, y los médicos me dicen que frene un poco. Euforia de sentirme vivo, de sentir que tengo las *tres* piernas y las manos estupendamente, la cabeza mejor, y de sentir que soy capaz de quitarme de fumar y de la coca sin grandes problemas. Pero te diré que la avalancha de e-mails, de cartas, de flores, ha sido algo que no olvidaré mientras viva, que espero que sea mucho tiempo».

Aquel percance de salud frustró los inmediatos planes de trabajo de Joaquín, que tenía intención de recluirse con Pancho Varona para empezar a maquetar canciones, pero al mismo tiempo le proporcionó jugosas ideas para futuras composiciones: «Me iba a ir al estudio El Cortijo de Sierra Morena, en el que he grabado en los últimos años. Tenía alquilado todo septiembre, pero no para grabar un nuevo disco (ni siquiera lo sabe la casa de discos), sino para empezar a maquetar, como hice con *19 días y 500 noches*. Iba a ir con Panchito y con un técnico a vivir allí, a estar en la piscina y grabar. Pero, a raíz del accidente este, he decidido dejarlo para octubre. Algunas canciones las tenía en el cajón y son de la serie de *19 días...*, las que no salieron. También algunas que hemos cantado en directo y que he ido dando por ahí, como “Peces de ciudad” o “A vuelta de correo”. Luego hay otras más raras, más Tom Waits. E incluso algunas más cerca del hip-hop, en donde he tratado de meter varios sonetos de *Benditos y Malditos* para ver qué pasa. Pero la verdad es que ahora estoy muy interesado en escribir canciones sobre el susto. A ver si encuentro el tono que busqué, y no me salió, en “A mis cuarenta y diez”, porque sabes que siempre me quejé de que se me había ido la mano de ternurismo barato. Y ahora me gustaría mucho reírme del susto. Lo primero que hice cuando me pegué el susto fue decirle a mi novia que se buscara un nuevo novio. Afortunadamente, no lo ha hecho. Todavía».

En aquella charla que mantuvimos, Joaquín demostró que estaba en un excelente estado de forma, pues habló, y con palabras mayúsculas, de otros asuntos calientes, como eran su enemigo íntimo Fito Páez, que por aquel entonces vivía en Madrid y con quien aún andaba reñido, la monarquía y el mal de la inmigración, que hace dieciséis años ya era un problema serio: «Fito no me llamó a la clínica. Del Rey para abajo, todos menos Fito. Y lo del Rey

no es broma. Me llamó un secretario de la Casa Real interesándose por mi salud. Tú ya sabes que no me invitaban a nada y que yo me cabreaba mucho porque, aunque no quería ir, pensaba que debían invitarme. Pues últimamente me invitan a todo y, naturalmente, ni voy ni doy acuse de recibo. Por cierto, Eva Sannum me encanta porque es capaz de traernos de nuevo la República. Oye, que Lady Di estuvo a punto... Como decía Juan José Millás acerca de la reciente boda del príncipe noruego: hemos asistido a la boda del siglo, pero del siglo XIV, naturalmente. Me parece repugnante que una foto de “eso” esté en la portada de *El País*. ¿Pero a dónde vamos a llegar? Creo que Eva Sannum no tiene el menor interés para nadie, que Mette-Marit, o como se llame esa, tampoco... ¿Y qué me dices de su marido [Haakon Magnus], que tiene una cara de gilipollas que no se puede aguantar...? Roza la subnormalidad profunda. Eso no significa que no lo vea como cualquier marujona, claro que lo veo. Aunque no deberían dejarme ver esas cosas. En otro orden de cosas, me parece una infamia lo que está pasando con los moritos, con la inmigración en general. Es algo que clama al cielo, al infierno... No sé. Esos gobernadores civiles y esas llamadas a la sensatez porque aquí no cabe más gente, me parecen una infamia. Todos estos países han firmado la Declaración Universal de Derechos Humanos, donde se dice que cualquiera es libre de cambiar su lugar de residencia. Es impresionante lo de las fronteras. Para cualquiera, moro, chino o lo que sea, España es su patria, la Tierra es su patria. Esas llamadas a la sensatez me parecen de viles hijos de puta. Cualquiera que considere que él tiene derecho a vivir aquí y otro no, ya sea por el color de la piel o por la nacionalidad, me parece un perfecto canalla. Y salvo esas familias que dan cobijo a los inmigrantes en el campo, que me parece maravilloso y me saca las lágrimas, no estoy viendo grandes manifestaciones o una pelea muy grande. La juventud española no es como pensábamos hace cinco años, que estaba totalmente despolitizada. Creo que se ha puesto muy de pie. Están los españoles yendo a Génova al foro antiglobalizador, pero en lo de la inmigración no comprendo que no estén dando una batalla mucho más seria. Que no estén, no; que no estemos. Porque yo no puedo eludir mi responsabilidad. Nos veo demasiado dormidos. Y ese es un problema que nos atañe de veras. Lo que está pasando en la costa de Gibraltar es directamente el infierno».

Para inmortalizar el episodio de la isquemia cerebral, y por deseo expreso de Joaquín, un operador de vídeo puesto a su disposición por la discográfica BMG-Ariola acudió a su domicilio para grabar unas imágenes que más tarde fueron retransmitidas por distintas cadenas de televisión. En ellas aparecía vivito y coleando y, como en él es habitual, armando el taco: bailes a la pata coja, sabinadas mil y una frase —robada— para la posteridad: «¡No siento la pierna!»,* pues a causa de aquello estuvo unos días sin movilidad en la pierna y el brazo derechos. De esa forma tan marciana fue como les comunicó a sus muchos seguidores, y en especial a sus no tan numerosos pero igualmente apasionados enemigos, que aún le quedaba mucha guerra por dar.**

Al mes escaso de aquel percance de salud, en septiembre, se publicó el libro *Ciento volando de catorce* (Visor), el segundo poemario de Sabina tras *De lo cantado y sus márgenes*, si bien en este caso no contenía letras de canciones ni poemas en verso libre, sino una colección de sonetos con muy pocas licencias poéticas.

El título del libro ya lo utilizó Gabriel Celaya en un poemario que escribió junto a su mujer, Amparo Gastón, y que se publicó en 1953. Joaquín me adelantó la existencia de ese libro meses antes de que saliera, e incluso me entregó una copia —un manuscrito— para que lo leyera y le diera mi más sincera opinión. Esto fue lo que me dijo en aquel encuentro: «Hay un homenaje a Celaya, claro. Y en el prólogo del libro, Luis García Montero, que ha sido un poco mi padrino en este proyecto, lo explica. En principio, iba a haberse llamado *69 de catorce*, pues tenía sesenta y nueve sonetos. El caso es que seguí escribiendo y llegué a los ciento veintitantos. Lo que pasa es que he quitado los más circunstanciales, los de bodas, banquetes y bautizos. El libro me ha costado lo suyo, porque yo tenía mis licencias poéticas particulares, como el poder rimar singulares con plurales y cosas así. Y eso lo hacía y lo seguiré haciendo en las canciones, que no son un género tan riguroso. Pero en los sonetos, al final García Montero me convenció de que no había que darle armas al enemigo. Para que no dijesen: “Este en las rimas se permite demasiadas licencias”. Y han quedado escrupulosa y rigurosamente consonantes, lo cual ha sido un trabajo muy jodido, muy duro. El libro se va a editar también en Latinoamérica. Y si te soy sincero, no creo que sea del

agrado de mis fans porque no estoy seguro de que sea un libro de poesía, sino de versos. Es decir, últimamente pienso que hay más poesía en mis canciones que en el libro de sonetos. Para mí, el maestro de los sonetos ha sido siempre Quevedo. Sus sonetos son muy satíricos, muy para insultar a alguien, excepto alguno maravilloso. Y creo que los míos son un poco así. Para querer a mis amigos o para vengarme de algún olvido o para corregir algún entuerto. Hay cosas en ellos de Quevedo y de Villamediana, y quizá algo de sor Juana Inés de la Cruz. En el primer soneto del libro hablo de los tres. Los sonetos de Shakespeare son también otra gran influencia».

El libro se presentó en la Casa de América, en Madrid, el 23 de octubre, y Joaquín tuvo de padrinos a los poetas Ángel González y Luis García Montero. González acudió en sustitución de Benjamín Prado, que no pudo asistir por encontrarse en Londres, y señaló que convenía no confundir al Sabina cantante con el Sabina poeta: «Hay parentescos, pero son creadores distintos que no se deben nada el uno al otro. Además, el cantante ha perjudicado al poeta que hoy leemos. Joaquín pone los acentos en el lugar que se debe exigir que estén, y no podemos olvidar que escribir un buen soneto es difícil, pero escribir cien es una temeridad. Y aún es más asombroso porque hay muchos buenos y algunos excepcionales. Estamos ante un poeta verdadero y duradero. Me han interesado mucho todos los sonetos que ha abordado con la materia corrosiva del sarcasmo». Por su parte, García Montero advirtió que ese libro no era una casualidad: «Es una obra que nos recuerda mucho la teoría de Gil de Biedma acerca de que la poesía es el verbo hecho tango, ya que cuando los poetas hemos querido quitar el olor a cerrado en nuestra obra hemos terminado recurriendo a la canción. La poesía de Sabina es el mundo de la ciudad, la soledad, el vitalismo. Una poesía que mira de manera penetrante y que sabe condensar en una sola rima todo un mundo y un pulso poéticos».

Tras los elogios vertidos, Sabina dijo: «Para poder agradecerles a estos dos lo que han dicho de mí, tendría que hacerles una mamada», lo que provocó risas y aplausos entre el público que ocupaba toda la sala, y en donde se pudo ver a José Manuel Caballero Bonald, Miguel Ríos, Ana Belén, Santiago Segura y Luis Pastor, entre otros populares. Luego añadió, perseverante en la ironía: «Debo de estar muy grave para que hablen así de mí», y acto seguido leyó varios de los poemas del libro.

Estuve allí esa noche y luego me sumé a la cena que Joaquín dio para los más íntimos, en un restaurante a espaldas del Congreso de los Diputados, y en la que estuvieron, entre otros, el matador de toros José Tomás, los dos presentadores del libro, Ángel González y Luis García Montero, Almudena Grandes y José Manuel Caballero Bonald. Este se sentó justo enfrente de González, y esa visión, la de dos de los más grandes poetas españoles vivos en una cena que tenía a Joaquín como protagonista absoluto, es algo que no se le olvidará jamás, como me confesó más tarde. De hecho, a partir de ahí estrechó la relación con ambos, pero entonces no eran amigos y aquello, para el niño que Sabina fue y que soñaba con ser poeta, era lo mismo que para un actor vocacional compartir mesa con Robert De Niro y Al Pacino, la absoluta rehostia. Aquella fue una de las veces en las que vi a Joaquín más exultante, y no digo feliz porque le jode sobremanera que se le adjudique ese adjetivo. Pero sí, qué coño: esa noche fue tan feliz como un chaval que se baña en el mar con sus mejores amigos.

Aquel poemario estuvo cien semanas en las listas de los libros más vendidos, una auténtica barbaridad. Salvo tal vez Mario Benedetti o José Hierro, ningún otro poeta vivo era capaz de vender tanto.

No obstante, Sabina no se engañó respecto a esos datos, puesto que entendía que el hecho de ser una estrella de la canción había sido determinante para ello. Me lo explicó así en una entrevista que mantuvimos poco después: «Desde luego, no soy tan imbécil. Porque leo esas listas y veo que Cernuda está tres o cuatro puestos por debajo de mí, y Ángel González, dos. Y nadie va a pensar que yo me creo mejor poeta que Cernuda y Ángel González. A mí lo que más me gusta es que la gente que compra mis discos haya comprado cien sonetos. Puesto que de entrada uno lo puede comprar porque los he escrito yo, pero luego los sonetos son sonetos, mejores o peores, pero sonetos, y tienen un cierto regusto arcaico y neoclásico. Y si a raíz de eso algunos de mis compradores se adentran en Quevedo o en sor Juana Inés de la Cruz o en Villamediana, pues aunque parezca demagogo me doy por bien pagado. Aunque también me doy por muy bien pagado con los derechos de autor que cobro del libro de sonetos». Al poco salió también un disco con el mismo título en el que Sabina declama treinta y cinco de los cien sonetos del libro.

Ya en 2002, en agosto, aún con el traje de literato, participó en un recital poético en El Escorial, en donde fue presentado de nuevo por Luis García Montero y en el que se dio un baño de masas con predominio de universitarios, el mejor público del mundo. Estas son algunas de las jugosas declaraciones que hizo en aquel acto: «Elegí hacer sonetos porque son los de la técnica más difícil y para defraudar a aquellos que estaban esperando versos malos del tipo “Iba yo por una esquina y me pegué un chute de heroína”. [...] Vender mucho no equivale a ser el mejor: ya veis, Julio Iglesias es el que más vende. [...] La vida me llevó a ser cantante y le estoy muy agradecido por ello: es más excitante gritarle la poesía a la gente».

Por fin, en noviembre de ese año, vio la luz su nuevo disco de estudio, el duodécimo, *Dímelo en la calle*, cuya portada —una foto de Pablo Pérez-Mínguez— nos muestra a Sabina con guantes de boxeo, el torso desnudo y el rostro, gesto de pocos amigos, magullado. Una sabinada a propósito de la isquemia cerebral. Ese trabajo contiene catorce canciones: «No permita la virgen»; «Vámonos pa'l sur»; «La canción más hermosa del mundo»; «Como un dolor de muelas»; «69 punto G»; «Peces de ciudad»; «El Café de Nicanor»; «Lágrimas de plástico azul»; «Yo también sé jugarme la boca»; «Arenas movedizas»; «Ya eyaculé»; «Cuando me hablan del destino»; «Camas vacías» y «Semos diferentes», incluida en la banda sonora de la película *Torrente 2: Misión en Marbella*.

El 13 de noviembre de 2002, acompañado de Pancho Varona y Antonio García de Diego, su nexa con la música, presentó aquel disco y un atractivo cancionero que reunía todas las letras de canciones que había escrito hasta la fecha, *Con buena letra* (Temas de Hoy). El lugar elegido fue el mejor sitio posible, un gimnasio de boxeo, el Metropolitano, en Madrid. Lo primero que dijo para los periodistas allí presentes es que, a raíz de la isquemia, sus hábitos de vida eran más saludables porque los médicos le tenían controlado. Aún bebía, aunque menos, había dejado de fumar durante ocho meses, pero estaba volviendo, y la nariz, eso sí, le servía únicamente «para respirar», pues había eliminado de su dieta diaria la cocaína. En resumen, levantó el pie del acelerador porque a la fuerza ahorcan. Y aunque aún trasnochaba, no lo hacía

tanto como antes: «He descubierto el día. Por las mañanas hay unas señoras estupendas que van a buscar a sus hijos al colegio», bromeó entre las risas de los asistentes.

Respecto al disco, de cuya producción se encargaron Varona y García de Diego, y el cual fue grabado entre el estudio de la casa de Joaquín y los estudios El Cortijo, en Málaga, y Sintonía, en Madrid, Sabina explicó que había costado lo suyo, pero no por problemas de salud sino porque no quiso pegarse atracones. La grabación se desarrolló a lo largo de un año y medio y no de dos meses, que habría sido lo normal, con muchas sesiones en su casa, lo que, aparte de resultar bastante más cómodo para él, lo libró de tener que soportar a alguien que lo empujase. Reveló que hacer canciones con Pancho y Antonio seguía siendo igual de divertido que antes y habló del contenido: «Hay canciones más reposadas, pero también otras de tiempos anteriores, así como influencias de países sudamericanos. ¿Por qué no puede uno bailar un vals por la mañana, cantar un tango por la tarde e irse de bakalao por la noche?», se preguntó. Y en cuanto a la voz, reconoció que estaba un poco más limpia que en el disco anterior —*19 días y 500 noches*—, «pero se hará lo posible para que vuelva a ensuciarse», prometió, y, de nuevo, brotaron las risas.

En cuanto al cancionero, aseguró que después de publicar el libro de sonetos había perdido el miedo a sacar libros: «No hay nostalgia, sí memoria. Es un cajón de sastre, un cúmulo de recuerdos y de pistas falsas, y un catálogo de amores. Y [lo más importante] está editado con mucho cariño», concluyó.

Entrevisté a Joaquín con motivo de aquel doble lanzamiento y me contó muchas cosas. En lo referido al disco, le dije que era obvio que él era un creador de canciones y que sus discos no eran sino una excusa para poder encadenarlas, y aunque en algunas composiciones alcanzaba la excelencia, el conjunto resultaba deslavazado: «Yo no hago discos, sino colecciones de canciones, es cierto. He grabado veinte canciones, de las cuales el plan de BMG (que no es mi plan, el mío es, como siempre, editarlas todas) es ir sacándolas en forma de *single*, de *bonus track*... ese tipo de cosas que no tienen nada que ver conmigo, sino con la industria. Según hubiera sido el corte de la baraja el disco habría sido muy distinto, puesto que hay catorce canciones y se grabaron, ya te digo, veinte. Para cuando salga esta entrevista

es muy probable que esté ya en la calle “Benditos, malditos”,* el bakalao, que lo van a sacar como algo especial para discotecas. Pero es verdad lo que dices, que el disco es un abanico demasiado abierto. Con otra selección habría sido más cerrado. Y son, sí, una canción más una más una. No es un bloque de catorce temas».

Le señalé de igual modo que había un abuso del recitado y una cada vez mayor tendencia a literaturizar las canciones, algo que no solo reconoció, sino que reveló que todos los temas de *Dímelo en la calle* eran, en su mayor parte, anteriores a su isquemia cerebral: «Me da la impresión de que este disco tiene un lastre, y es que yo en este último año y medio he escrito más que cantado (de hecho, no he cantado) y he estado más con poetas que con cantantes y más con la pluma que con la guitarra. Por lo tanto, no me extraña que tenga ese lastre. Es el disco del momento que he pasado. Me interesa mucho la crítica que haces porque estoy seguro de que tienes una gran parte de razón. *19 días y 500 noches* está grabado de un tirón, y este está grabado de varios tirones. Porque cuando tenía que grabar no tenía ni la energía ni el tono vital para grabar. Grababa tres días y luego estaba un mes sin hacer nada, y eso se nota en el disco. No es el disco más vital y optimista de mi vida, ni mucho menos. Es el único disco que yo podía sacar en este momento. Y además, las canciones, como tú sabes, aunque están terminadas después, vienen de antes. Canción hecha de arriba abajo después del *marichalazo* yo creo que no hay ninguna. Entre otras cosas porque he estado haciendo cien sonetos y ocupándome de editar un libro con todas mis canciones. No estaba ya para rocanrol, sino para cosas más de mesa».

En esa entrevista le pedí que comentara todas las canciones del disco, a lo cual accedió. Esas claves nunca llegaron a publicarse, por lo que son inéditas. Las reproduzco a continuación, junto con los fragmentos de algunas de ellas, con apuntes de mi cosecha:

«No permita la Virgen.» «Para mí es una canción sobre tres cosas: contra la droga dura del poder, contra la frivolidad del papel cuché y contra la injusticia de la belleza. Tiene una gran influencia de Dylan y es un poquito hermética. Y tal vez sea mi preferida de todo el disco.» En efecto, se trata de

un texto críptico y muy literario. No es una canción para el directo, para el fan gritón y desmadrado, pero sí para paladear en casa en la dulce compañía de un caro whisky escocés:

*No permita la virgen que tengas poder
sobre lágrimas, egos, haciendas.
Cuando labios sin ánima quieran quererte
al contado liquida la tienda.*

*No te pases un pelo de listo,
no inviertas en cristos, no te hagas el tonto.
Las hogueras a primera vista cuché
de revista, se apagan bien pronto.*

[...]

*La belleza es un ramo de nube
que sube de dos en dos las escaleras,
un carné exclusivo de socio
del pingüe negocio de la primavera,*

*un barril de cerveza que mata de sed,
un melón con pezón de sandía,
un espía enemigo, un contigo al revés,
un ombligo de bisutería.*

[...]

*Cosas de quitan y pon,
mariposas de sangre marrón,
cardenales en los funerales
de mi corazón.*

No permita la virgen que tengas poder.

«Vamonos pa'l Sur.» «Quería hacer un rocanrol para este disco. Lo que más me gusta es el verso “La madrugada no tiene corazón”. Yo he hecho canciones para Miguel Ríos y siempre pensé que esta le iba a gustar mucho. Y

me parece que la Junta de Andalucía debería pagármela como eslogan turístico.» Es una canción con una gran carga autobiográfica, solo que con versos encriptados.

«La canción más hermosa del mundo.» «Está escrita una noche en la carretera yendo de Buenos Aires a Rosario. Y es abrir el baúl de la infancia y de las cosas que uno ha querido ser y ha amado, y después le he añadido un par de versos cínicos sobre el *marichalazo*. Lo que más me gusta es la referencia a mis padres: “¿Qué harías tú si Adelita se fuera con un comisario?”.» Una maravilla de pieza que roza lo sublime. De lo mejor que ha escrito desde el laureado *19 días y 500 noches*:

*Yo tenía un botón sin ojal, un gusano de seda,
medio par de zapatos de clown y un alma en almoneda,
una Hispano-Olivetti con caries, un tren con retraso,
un carné del Atleti, una cara de culo de vaso,*

*un colegio de pago, un compás, una mesa camilla,
una nuez, o bocado de Adán, menos una costilla,
una bici diabética, un cúmulo, un cirro, una strato,
un camello del rey Baltasar, una gata sin gato,*

*mi Annie Hall, mi Gioconda, mi Wendy, las damas primero,
mi Cantinflas, mi Bola de Nieve, mis tres Mosqueteros,
mi Tintín, mi yo-yo, mi azulete, mi siete de copas,
el zaguán donde te desnudé sin quitarte la ropa.*

[...]

*Me libré de los tontos por ciento, del cuento del bisnes,
dando clases en una academia de cantos de cisne,
con Simón de Cirene hice un tour por el monte Calvario,
¿qué harías tú si Adelita se fuera con un comisario?*

*Frente al cabo de poca esperanza arrié mi bandera,
si me pierdo de vista esperadme en la lista de espera,
heredé una botella de ron de un clochard moribundo,
olvidé la lección a la vuelta de un coma profundo.*

*Nunca pude cantar de un tirón...
la canción de las babas del mar, del relámpago en vena,*

*de las lágrimas para llorar cuando valga la pena,
de la página encinta en el vientre de un bloc trotamundos,
de la gota de tinta en el himno de los iracundos.*

Yo quería escribir la canción más hermosa del mundo.

A propósito del verso que Joaquín señaló como su favorito, «*¿Qué harías tú si Adelita se fuera con un comisario?*», le pregunté si se trataba de un homenaje, de una mala jugada de la nostalgia o de la resolución de una asignatura pendiente, y me respondió: «Que nadie se lo tome al pie de la letra, porque yo quise mucho a Adelita, que era mi madre, y quise mucho al comisario Florencio Pérez de las novelas de Antonio Muñoz Molina, que era mi padre. Otra cosa es que ellos fueran católicos, apostólicos, romanos y yo fuera rojo, y que ellos fueran absolutamente de derechas. En fin. Eso pasa en las mejores familias, pero es solo una canción. Sí es verdad que la referencia al nombre de mi madre a mí me da una sacudida cada vez que la canto. Y respondiendo a tu pregunta, son las tres cosas». Le dije entonces que sus padres fallecieron antes de que él se convirtiera en la estrella que era en ese momento y quise saber si le habría gustado que hubiesen podido ver lo lejos que había llegado el calavera de su hijo. Esto fue lo que me contestó: «Me hubiera muerto de placer si eso hubiera pasado. Cuando yo empecé a salir en la televisión, en el programa de García Tola, *Esta noche*, mis padres eran demasiado viejos y no esperaban nada de mí. Algunas de las veces que les llamé y les pregunté: “¿Me habéis visto anoche en televisión?”, se habían quedado dormidos viendo el programa. Qué más quieres que te diga...».

«Como un dolor de muelas.» «He tardado ocho años en hacerla. Me escribió el subcomandante Marcos contándome que estaba en la selva hecho mierda con un dolor de muelas, que llovía y que su novia le había dejado. Se inventó una historia muy graciosa, que él y yo éramos íntimos y que para impresionar a su novia le hacíamos una canción. La letra era muy corta, y luego me pesaba mucho el peso histórico del enmascarado, y eso me paralizó. Nunca he hecho canciones sobre letras de otro, y hasta que Panchito [Varona] no vino un día con una música, que me parece preciosa, yo no doblé la parte de Marcos escribiéndola a su manera y no la consideré acabada.» Aquí los versos de Sabina, magníficos:

*Como si la arena cantara en el desierto
los cantos de sirena del mar Muerto,
como si para crecer sobrarian las escaleras,
como si escribiera un ciego un libro abierto.*

*Ven a poblar el Zócalo de ojos,
siembra de migas de pan caliente
mis canas de alcanfor adolescente.*

*Ponle al sordo voz y alas al cojo,
bendice nuestro arroz, nuestro minuto,
como si no fuéramos cómplices del luto...
del corazón.*

«69 punto G.» «Creo que es la canción más pop que he hecho en mi vida, muy Beatles. Está inspirada en esas chicas que hablan en la radio por la noche a los desamparados, a los abandonados, a los noctámbulos, a los locos, a los desconsolados, y que les hablan como si les estuvieran comiendo la polla: “Hola, ¿cómo te llamas?” [dice, engolando la voz].» Es una canción espléndida, estimulante, que invita a moverse. Y aunque es muy literaria, con algunas imágenes de una gran belleza, pese a su hermetismo, la letra y la música —cojonuda, de Varona— están compensadas. Debería tocarla siempre en sus conciertos, funcionaría:

*En la 69 punto G
tiene el corazón una oficina
donde don Nadie gana al ajedrez
y los adivinos adivinan
y los aladinos aladinan
y de propina,
imagínate.*

*Seremos tu cordón umbilical,
tu confesionario, tu pomada.
Ponte los cascos en la oscuridad
si te da la espalda la almohada,
busca en la frecuencia modulada
una coartada
para alunizar.*

[...]

*Las epidemias fueron anteayer,
las arrugas son de plastilina.
En la academia del amanecer
da clases de morbo Mesalina
y en una pecera con espinas
flotan las ruinas
de los cabarés...*

«Peces de ciudad.» «Es una de mis canciones preferidas de cuantas he hecho. Y más después del 11-S, y no porque yo tenga dotes adivinatorias ni sea la bruja Lola ni nada de eso, sino porque, en realidad, la verdadera poesía y las canciones hermosas, las escriba quien las escriba, a veces tienen una especie de dotes de sintetización profética. Y creo que hay cosas en ella con respecto a las Torres Gemelas («*la fatua Nueva York*») o con respecto a lo que me ha pasado después, porque cuando la escribí con Panchito en un hotel de Lima, Perú, cuarenta y ocho horas sin dormir, no había pensado en retirarme de la noche ni de nada.» Es, sin duda, una de sus más bellas canciones, con una letra casi perfecta, lo cual es mucho decir. Un clásico inobjetable que cantó antes que él Ana Belén (una versión hermosísima la de la cantante y actriz madrileña, por cierto):

*Se peinaba a lo garçon
la viajera que quiso enseñarme a besar
en la gare d'Austerlitz.*

*Primavera de un amor
amarillo y frugal como el sol
del veranillo de san Martín.*

*Hay quien dice que fui yo
el primero en olvidar
cuando en un si bemol de Jacques Brel
conocí a mademoiselle Amsterdam.*

*En la fatua Nueva York
da más sombra que los limoneros
la estatua de la Libertad,*

*pero en desolation row
las sirenas de los petroleros
no dejan reír ni volar
y en el coro de Babel
desafina un español.
No hay más ley que la ley del tesoro
en las minas del rey Salomón.*

[...]

*El Dorado era un champú,
la virtud unos brazos en cruz,
el pecado una página web.*

*En Comala comprendí
que al lugar donde has sido feliz
no debieras tratar de volver.*

[...]

*Y desafiando el oleaje
sin timón ni timonel,
por mis sueños va, ligero de equipaje,
sobre un cascarón de nuez,
mi corazón de viaje,
luciendo los tatuajes
de un pasado bucanero,
de un velero al abordaje,
de un no te quiero querer.*

*Y cómo huir
cuando no quedan
islas para naufragar
al país
donde los sabios se retiran
del agravio de buscar
labios que sacan de quicio,
mentiras que ganan juicios
tan sumarios que envilecen
el cristal de los acuarios
de los peces de ciudad.*

«El Café de Nicanor.» «Viene de la serie de *19 días y 500 noches* y no estuvo en ese disco porque tiene un ritmo parecido a “Pero qué hermosas eran”, que es ese ritmo que creo realmente que soy el único que lo hace en España, que está entre Brassens y Nueva Orleans; ese ritmo entre cabaré y orquesta de pueblo. Y lo que sí me gusta es la historia: tu mujer te deja tirado y vuelves al bar, y los muchachos siguen allí después de cinco años.»

«Lágrimas de plástico azul.» «Tengo un amigo argentino que se llama Fena, que hace unos discos estupendos en Argentina y dirige programas de televisión. El caso es que este amigo me pidió que le pusiera letra a una música que él ya tenía. La hice y se grabó en su disco, que no se ha editado aquí y, por lo tanto, no conoce nadie, mucho menos corregida porque han pasado casi dos años. Me gustó tanto que, incluso, peleé con BMG para que fuera el primer sencillo, y perdí. Tiene algo de mis antiguas canciones: con un pie en el rocanrol y el otro en la poesía anglosajona.» Es una canción dylaniana, de letra potente, y musicalmente pegadiza:

[...]

*Los cirujanos de las decepciones
cercenan por lo sano la alegría,
las venas del amanecer almacenan sangre fría
y cada lunes nace muerto el nuevo día.*

*El lápiz comisura de tu boca
retoca los agravios del carmín,
los proxenetas se colocan con aseo el peluquín
y los Romeos se demoran y las Julietas se desenamorán.*

*Lágrimas de plástico azul rodando por la escalera,
tribus de los mares del sur al oeste de la frontera,
labios de papel de fumar, sabios que no saben nada,
náufragos en la catedral, telarañas amotinadas...*

«Yo también sé jugarme la boca.» «Es de la serie de las cosas que he aprendido en Latinoamérica y que ya estaban en mi infancia. Yo oía a María Dolores Pradera y luego a Chavela Vargas y a Chabuca Granda... Y, como yo quería ser roquero, tardé muchos años en sacar eso. La historia, para mí

(porque no lo dice la canción), es un camarero en Mallorca que se acaba de tirar a una francesa impresionante y se lo está contando borracho a otro tipo que no se lo cree. ¡Y es verdad!» Gran letra, con unos versos inmortales que recojo a continuación, y una buena música de Caco Senante:

[...]

*Porque siempre hubo clases y yo
soy el hombre invisible
que una noche soñó un imposible
parecido al amor.*

*Porque el mundo es injusto, chaval,
pero si me provocan
yo también sé jugarme la boca,
yo también sé besar.*

«Arenas movedizas.» Joaquín olvidó comentarla. Una canción cargada de imágenes y de paradojas. Para escuchar en casa.

«Ya eyaculé.» «Es un homenaje al son cubano. Yo la usaba, con unas décimas, para presentar a los músicos en mis conciertos. Hasta que encontré “Ya eyaculé”. A Bryce Echenique, que vino al estudio cuando la estábamos grabando, le pareció un hallazgo porque suena como a Nicolás Guillén. Si tú no sabes lo que es eyacular ni te suena el verbo ni eres español, te suena yambambó-yambambé. Y a mí siempre me gustó Nicolás Guillén porque me parece el García Lorca cubano, a pesar de que ha sido muy denostado. Si Lorca tenía el son de la rumba flamenca, Guillén tenía el son del son cubano y africano.» Es una canción cachonda, en todos los sentidos. Funciona bien en teatros: la gente se ríe como en un monólogo.

«Cuando me hablan del destino.» «Yo quería aprender a escribir tango y entonces busqué el tango que más me gustaba, que era “Mano a mano”, de Gardel, y le puse una letra. Es exactamente esa letra. La he cantado mucho en Argentina. Y pasó eso que pasa, ya que hablábamos de Lorca, con los herederos. Cuando les dije a los herederos, no yo, pero, vamos, alguien les escribió una carta diciéndoles que quería hacer un homenaje a Gardel y a Lepera y tal, no les hizo gracia. Y lo entiendo porque cambiaba la letra. El

caso es que se pusieron tan estrechos que dije “a la mierda la música”. Y con Panchito y Antonio hice otra música.» Está, creo, todo dicho. Su final es para enmarcarlo:

*¿De qué voy a lamentarme?,
bulle la sangre en mis venas,
cada día al despertarme
me gusta resucitar,
a quien quiera acompañarme
le cambio versos por penas,
bajo los puentes del Sena
de los que pierden el norte
se duerme sin pasaporte
y está mal visto llorar.*

«Camas vacías.» «Así era la canción antes de enseñársela a María Jiménez.» La estrofa final contiene autobiografía e hipérbole a partes iguales:

*Como pago al contado nunca me falta un beso,
siempre que me confieso me doy la absolución,
ya no cierro los bares ni hago tantos excesos,
cada vez son más tristes las canciones de amor.*

«Semos diferentes.» «Es una canción muy atacada. Muchos periodistas me dicen: “¿Por qué has metido eso?”. Si la primera *Torrente* no hubiera tenido tanto éxito, Santiago Segura sería un autor, en mi opinión, de mucho culto, pero como ha tenido un exceso de éxito, ahora les parece plástico barato. Yo pediría a los oyentes y a los lectores que escucharan la canción con un poquito de atención, y les digo de paso que no es tan barata. Como creo que no es tan barato *Torrente*.» Es una canción con muchos hallazgos, y divertida. Un «Con un par» diez años después, pero a partir de la pura y delirante ficción.

A propósito de la publicación del cancionero *Con buena letra*, en aquella entrevista que mantuve con Joaquín también hablamos de libros. Le dije que su biografía —esta— acababa de alcanzar la vigésima edición, que su libro de sonetos llevaba más de un año en la cima de los poemarios más vendidos y que el cancionero había entrado como un cohete en esa lista. «¿Por

qué nos gusta tanto Sabina?», le pregunté, y él respondió: «Es exactamente ante ese tipo de preguntas cuando se me pone cara de gilipollas... ¡No puedo contestar a eso! Es verdad que la gente me está bendiciendo mucho con su favor. También creo que he estado un poco malito, y en este país gusta mucho que uno esté malito. La verdad es que eso lo empezó tu libro. Lo de la biografía es una medalla que te debes colgar tú, no yo. Es una biografía que está muy bien escrita. Es tu mérito, no el mío. Puesto que cualquiera puede escribir una biografía mía y no va a vender tanto. No vendió tanto la anterior. Y en cuanto a lo del cancionero, tú sabes bien que yo nunca quise editar un cancionero porque nunca quise pretender que tengo de poeta la gracia que no quiso darme el cielo. La gente cuando me quería halagar me llamaba poeta, y me decían demasiadas veces que lo bueno eran mis letras, y yo no quería que se confundieran las cosas. He evitado eso porque antes he hecho un libro de sonetos. Una vez editado el libro de sonetos sí quiero que el aficionado tenga no solo todas mis letras juntas, sino, además, con comentarios al margen, con bromas, dibujitos, fotos y unas cuantas canciones del cajón y otras que he escrito para otra gente. Una especie de fin de siglo XX».

Aquel año —2002—, la cantante sevillana María Jiménez, que alcanzó su mayor popularidad en los setenta y después cayó en el olvido, renació con el disco *Donde más duele. María Jiménez canta por Sabina* (Muxxic Records), una personal lectura de una docena de canciones del autor andaluz a las que le puso la ronquera de sus ovarios —ella siempre ha asegurado que canta «con el coño»—: «Con dos camas vacías» (interpretada con Joaquín); «Cerrado por derribo»; «Una canción para la Magdalena»; «Medias negras» (con Lichis, de La Cabra Mecánica); «Dieguitos y Mafaldas»; «Y nos dieron las diez»; «Por el bulevar de los sueños rotos»; «El diario no hablaba de ti» (con Estopa); «Noches de boda»; «Esta noche contigo»; «19 días y 500 noches» y «Ruido».

El 21 de diciembre de ese año falleció en Madrid, la ciudad de la que era oriundo, el poeta José Hierro, a los ochenta años. Miembro de la llamada poesía desarraigada o existencial, académico de la RAE y Premio Cervantes (1998), Hierro le había presentado el poemario *Ciento volando de catorce* a Sabina en el Centro de Estudios de la Poesía, en San Sebastián de los Reyes, con el aforo del teatro, de ochocientas personas, al límite. A partir de entonces, Joaquín lo incluyó en su particular santoral, si es que no estaba en él

desde mucho antes de eso. Al editor y yerno del poeta, Manuel Romero, que se ocupaba de sus asuntos, lo llamaron de una revista literaria que estaba a punto de nacer para decirle que le querían dedicar un monográfico a su suegro, y Romero, que se prestó a buscar colaboradores para la causa, llamó a Sabina, quien le escribió este soneto en julio de 2002, titulado *San Pepe Hierro*:

*Qué cráneo de tribuno de la plebe,
qué dandy con un siete en el zapato,
qué modo de beber cuando no bebe,
qué pulmón tan cabrón y tan ingrato.*

*Qué tiburón con garras de percebe,
qué verbo aquí te pillo, aquí te mato,
qué pedazo de haber, cuánto se debe,
qué siglo veintiuno tan barato.*

*Qué voz tan de cualquiera y tan distinta,
qué bodas del tabaco y de la tinta,
qué ganas de vivir, qué desentierro.*

*Qué quinta del cuarenta y dos más uno,
qué bien rima con todos o ninguno,
cuánto sabe de mí san Pepe Hierro.*

Meses después, el poeta madrileño le pagó con la misma moneda, es decir, le escribió un soneto, *Joaquín Sabina en dos tiempos*, que le costó, confesó, Dios y ayuda, y cuya última versión, fechada el 5 de diciembre de 2002, es esta:

*Diógenes que ha empeñado la linterna,
golfo, truhán, provocador, testigo
de cargo, con chistera de mendigo,
peluquín de sobaco de la pierna.*

*Modelo de Versace de taberna,
explorador de sures del ombligo.
No dirá Diego donde dijo digo.
(Platón lo ha confinado en su caverna.)*

Sombra de coca-cola (menos cola

*que coca, en homenaje a la amapola)
y ¡a contar ovejitas del rebaño!*

*Así ocho mil ochenta y güisquis noches,
borra y borra esperpentos y fantoches.
¡Y aún queda tela que cortarle al año!*

Sabina le envió un último soneto el 17 de diciembre de ese año, cinco días antes de su muerte, cuando el poeta luchaba contra lo ineludible. Bajo el título *Que tenemos que hablar de muchas cosas* latía una súplica y un canto de amor eterno:

*No te nos mueras, Pepe, que te mato,
no nos dejes la vida tan viuda,
ofende más la sangre que la duda,
no nos digas adiós, quédate un rato.*

*Rezando estoy por ti como un beato
de hinojos ante Cristo y ante Buda,
a los pies de una virgen sordomuda
que empapa de diptongos tu retrato.*

*Que se joda la puta desdentada,
que suspendan en hierro los doctores,
que vean amanecer las mariposas,
que vuelva a trasnochar la madrugada,
que hagan puente los viernes de dolores,
que tenemos que hablar de muchas cosas.*

Ya en 2003, Sabina, que partía con siete candidaturas, obtuvo tres Premios de la Música, entre ellos el de Mejor Álbum Pop por *Dímelo en la calle*. Los triunfadores de aquella edición fueron Eva Amaral y Juan Aguirre, de Amaral, quienes consiguieron cinco galardones con su disco *Estrella de mar*.

Aquel año se comercializaron tres recopilatorios de Sabina, uno de ellos al margen del protagonista y los otros bajo su supervisión.

El primero, *Joaquín Sabina. Parece que fue ayer*, era un estuche que contenía *Malas compañías*, *La Mandrágora* y *Ruleta rusa*. De los muchos recopilatorios lanzados por el sello que había publicado su segundo y tercer

discos de creación, aquel fue el único decente.

Los recopilatorios autorizados fueron *Joaquín Sabina. Colección*, una cajita con los discos *Juez y parte*, *Joaquín Sabina y VICEVERSA en directo*, *Hotel*, *dulce hotel*, *El hombre del traje gris* y *Mentiras piadosas*, más un cuadernillo con las portadas de los discos, todas las letras, dibujos y fotografías, y el disco-libro *Diario de un peatón*, que incluía dos cedés, *Dímelo en la calle* y otro con doce temas «raros»: «Ratones coloraos» (sevillanas); «A vuelta de correo»; «Ay Calixto» (escrita con su amigo Antonio Oliver); «Canción de cuna de la noche y los tejados»; «Flores en la tumba de un vasquito» (letra que vio la luz en *Enemigos íntimos* con el título «Flores en su entierro»); «La canción más hermosa del mundo» (con Pablo Milanés); «Benditos malditos (al pilpil)»; «Doble vida»; «Me plantó la princesita azul»; «Incluso en estos tiempos» (la maqueta de la canción escrita con Gloria Varona, hermana de Pancho, que se incluyó en *Esta boca es mía*); «Retrato de familia con perrito» (maqueta) y «Ratones coloraos» (versión rap). Aquel generoso recopilatorio contaba además con los videoclips de «69 punto G» y «Lágrimas de plástico azul». El libro reproducía las letras de todas las canciones, acompañadas de dibujos del autor.

También salió al mercado el disco *Motivos de un sentimiento. Canción del Centenario del Atlético de Madrid* (BMG Music Spain), con letra de Sabina y música de Pancho Varona. Incluía tres versiones: «Motivos de un sentimiento (versión banda)», interpretada por Sabina, Antonio Carmona e invitados; «Motivos de un sentimiento (versión rock & roll)», a cargo de Sabina, Lichis, Josele de Santiago, Germán Mono Burgos e invitados, y «Motivos de un sentimiento (versión chirigota+banda)», interpretada por los gaditanos Los Siete Canallas. Entre los ilustres invitados, Juan y Josemi Carmona, Mago de Oz, Nacho García Vega, Chus Visor, José Ribagorda, Juan Pedro Valentín, José Ramón de la Morena, Fernando Schwartz, José Antonio Abellán, Juan Luis Cano, Miguel Abellán, Lucio (fundador y dueño del restaurante Casa Lucio), Miguel San Román, Ansorena y Pepe Navarro. Inolvidable su estribillo, que sintetiza a la perfección el espíritu colchonero:

*Qué manera de aguantar,
qué manera de crecer,
qué manera de sentir,*

*qué manera de soñar,
qué manera de aprender,
qué manera de sufrir,
qué manera de palmar,
qué manera de vencer,
qué manera de vivir.**

*Qué manera de subir y bajar de las nubes,
¡que viva mi Atleti de Madrid!*

[...]

*Qué manera de jugarse en el derby la pelvis,
¡que viva mi Atleti de Madrid!*

[...]

*Qué manera de viajar a la gloria gritando
¡que viva mi Atleti de Madrid!*

Aquel año Sabina fue objeto de un disco de homenaje a cargo de doce más una mujeres, todas ellas famosas —y no tanto— vocalistas españolas y latinoamericanas. Bajo el título ... *Entre todas las mujeres* (BMG Music Spain) se grabaron las siguientes canciones, muy alejadas de las composiciones originales: «Que se llama soledad» (Rosario Flores); «Con la frente marchita» (Adriana Varela); «Calle melancolía» (Carmen París); «¿Quién me ha robado el mes de abril?» (Ana Belén); «Corre, dijo la tortuga» (Julieta Venegas); «Contigo» (Niña Pastori); «Noches de boda» (Chavela Vargas); «Y nos dieron las diez» (Tamara); «Con dos camas vacías» (María Jiménez con Sabina); «La canción de las noches perdidas» (Pasión Vega); «A la sombra de un león» (Soledad Giménez); «Esta boca es mía» (Olga Román) y «Por el bulevar de los sueños rotos» (Lúa Ríos).

En mayo de 2003 se emitió un comunicado de prensa que generó una comprensible inquietud: Sabina cancelaba todas las actuaciones que tenía previstas para ese año, tanto en España como en América, por causa de una «severa lesión en sus cuerdas vocales». Suspendió en el quinto mes todos los

conciertos de ese año era algo insólito —muy mal debían de estar sus cuerdas vocales—, pero no se dieron otras explicaciones más allá de ese sucinto comunicado.

Dos meses más tarde, el 23 de julio, falleció, a los cincuenta y ocho años, Fernando García Tola a consecuencia de un cáncer. El veterano periodista fue el causante de que Sabina y Krahe fueran conocidos por el gran público y dieran un salto brutal en lo artístico a raíz de que los invitara al programa que dirigía en televisión, *Esta noche*, como se relata al detalle en el capítulo 2 de este libro, «*Malas compañías. Pongamos que hablo de Madrid*» (al final del libro, en el apartado «Pongamos que hablo de Joaquín», se incluye un magnífico texto, «El vino del diablo», que escribí, a petición mía, sobre Joaquín).

Ya en 2004 aparecieron otras dos colaboraciones de Sabina en sendos discos. El primero fue el cedé y devedé *Neruda en el corazón*, para el que interpretó el poema *Amo el amor de los marineros* con música de Antonio García de Diego y Pancho Varona. En ese disco participaron también Serrat, Antonio Vega, Enrique Morente, Miguel Bosé, Ana Belén, Lucio Dalla, Vicente Amigo, Pablo Milanés, Miguel Ríos, Jorge Drexler, Pedro Guerra, Sole Giménez, Miguel Poveda, Adriana Varela, Montse Cortés, Julieta Venegas, Carmen París y Víctor Manuel.

El segundo disco fue la banda sonora de la película *Isi/ Disi. Amor a lo bestia*, de Chema de la Peña, protagonizada por Santiago Segura y Florentino Fernández. Joaquín compuso un temazo para la ocasión, «Rubia de la cuarta fila», que me puso en su casa al poco de escribirlo: le dije que era tan bueno que debía incluirlo en su próximo disco. Es este:

*Virus de la madrugada,
cuento de hadas, grupi de emtíví,
la balada despeinada
de esta noche te la debo a ti,
sin negar que escribo por encargo
para huerfanitos de calor,
tan amargos, tan malitos como yo.*

*Rubia de la cuarta fila,
crece lo que tengas que crecer,*

*zumo de humo con tequila
cambio mis arrugas por tu acné.
En la tiza de tus ojos
hay cenizas de naranjo en flor
y pavesas del rastrojo del amor.*

*En mi traje viejo caben
casi casi todos los demás,
los que suben, los que saben,
los que duelen, los que huelen mal,
mis legañas, mi ruleta rusa,
una musa, un cuarto de alquiler,
dos Españas, siete besos de mujer.*

*Rubia de la cuarta fila,
háblame de tú, pórtate mal,
mantoncito de manila
con un piercing rojo en el ojal,
cuélgate de quien te quiera,
no te mueras más que por amor,
cuando yo tenía tu edad era mayor.*

*Me pidieron que improvise,
y en los bises te mandé un bombín,
los veranos son tan grises,
los otoños solos de violín,
y que salga el sol por Algeciras
y la media luna por Bagdad
y los sueños sean mentiras de verdad.*

*Rubia de la cuarta fila,
carterita para el buen ladrón,
lagrimón de cocodrila,
juego de Dalila con Sansón.
No le cierras la ventana
a la aurora que rompe el cristal
que el ahora es el principio del final.*

*Rubia de la cuarta fila,
dos pupilas que me tratan bien.
Rubia de la cuarta fila,
descarríleme el último tren.*

*Rubia de la cuarta fila,
tragaperras de mi vanidad.
Rubia de la cuarta fila,
clorofila de la soledad.*

En abril de ese año empezó a colaborar en el semanario *Interviú* con la sección «Esta boca es mía», en donde diseccionaba la actualidad en verso. Aquello se consiguió gracias al empeño del entonces director de esa revista, Jesús Maraña, y el de un servidor. Este fue el soneto con el que se estrenó, titulado *Entre pezones y Millás*:*

*En mis idolatrías vaginales
nunca faltó un ménage a cien en verso,
una orgía con misses subnormales,
un viaje a Benidorm con el Imsero.*

*Adicto a los pecados veniales
en onanistas aguas floto inmerso,
devoto de caricias animales
que hagan menos Aznar el universo.*

*Entre pezones y Millás, qué lujo
de siliconas, Savater, botellas,
¿talones?, a calle melancolía.*

*El que ilustra responde del dibujo,
Interviú, señoría, de las querellas,
yo de la voz, porque esta boca es mía.*

Con motivo de su fichaje charlé con él para ese semanario sobre su inesperado salto al periodismo y esto fue lo que me dijo: «Hacía mucho tiempo que quería hacerlo. Siempre pensé en un lugar en donde pudiera opinar, y siempre en prosa. Y resulta que, por un lado, la prosa me cuesta muchísimo trabajo, y por otro, que se ha perdido la tradición que había, tan hermosa, de escribir versos satíricos en prensa, y que cultivaron casi todos los grandes. Me parecía un momento estupendo, con la que está cayendo, para hacer en sonetos, coplas, o lo que sea, una especie de crónica, sin perder rigor literario pero bajando lo más a ras del suelo posible. ¿Por qué *Interviú*? Por Savater,

por ti, por Millás, por las tetas. En orden contrario. Y por Vázquez Montalbán. Se trata de no dejar de darle a la mano en algo que me ha divertido tanto como los sonetos. Los sonetos son una forma tal que, cuando les coges el tranquillo, acabas pensando en endecasílabos, y como me dolía un poco dejarlo esta ha sido una oportunidad estupenda para obligarme cada semana a opinar sobre la actualidad. Soy consciente de que no es una edición facsímil para universitarios con gafas y pianistas, sino que es una revista de gran tirada donde hay unas hermosísimas tetas en la portada. Y no me la voy a coger con papel de fumar ni me voy a poner gola ni cuello duro, sino que voy a tratar de tener el tono de la revista. Eso sí, sin rebajar calidad literaria. ¿Lo conseguiré? Me temo que no. Pero ese es el reto, y lo que me apetece. Por ejemplo: “Con la que está cayendo, querido Coto, / ¿cómo puedes llamarte Matamoros?”. Por ahí quiero ir».

En esa entrevista habló también de política internacional y del ominoso 11-M, atentado que lo dejó muy marcado, ya que visitó a algunos de los heridos y habló con familiares de los muertos: «En esos días terribles hubo por lo menos cinco personas a las que fui a visitar porque tenían que ver no conmigo, sino con mis canciones: hablo de muertos, de viudas... de una cosa atroz y espantosa. Y luego también gente que me mandaba e-mails diciendo “yo me bajo en Atocha, yo me quedo en Madrid”. Realmente yo no hago ninguna canción con la menor vocación de himno y mucho menos de responso, pero fue muy emocionante. De cinco casos, a uno que estaba vivo de milagro lo fui a ver, y fue también muy emocionante. Le mandé flores y hablé con la viuda de otro, y he hablado por teléfono con dos o tres más, y ha sido terrible. Era como dedicarse a pompas fúnebres con personas que podían haber sido amigas mías y no tuvieron ni la oportunidad de serlo. Estoy muy orgulloso de ser madrileño, como lo estamos todos, por el modo en que se ha movilizado la gente. Fue impresionante el primer día... El “pásalo”, la votación... ¡Todo! Nada más lejos de mí que creer que esta ciudad era tan maravillosa. A una de las viudas a las que llamé, les hice a mis hijas que se pusieran en el otro teléfono y escucharan la conversación. Mis hijas son muy cívicas en ese terreno. Estuvieron conmigo en la gran manifestación contra la Guerra de Irak. Como estuvo su abuelo, el exministro Alberto Oliart, o Pepa [la histórica asistente de Joaquín]. Y la hermana de Pepa, y Jimena, y mi secretaria

peruana, y la madre de mis hijas... El noventa por ciento del país. Mis hijas van teniendo una conciencia del mundo en el que viven. Lo que pasa es que luego, en esos colegios caros donde andan, hay unos nuevos cachorrillos de fascistas importantes que van a discotecas fascistas donde se pone el “Cara al sol”. Pero puertas al campo no se le pueden poner: o vale el ejemplo y el entorno, o no vale nada».

En lo que respecta a la música, continuó sin dar conciertos durante todo 2004. Es decir, que *Dímelo en la calle*, aquel disco levantado con canciones del cajón, aunque potentes, seguía sin estrenarse en vivo. Aquello llevaba a preguntarse: ¿son sus cuerdas vocales las causantes de su inactividad, las tiene tan sumamente afectadas, o existe alguna razón oculta? Al poco, supimos el verdadero motivo de su momentáneo retiro musical: había caído en una severa depresión, la por él bautizada «nube negra», que lo tuvo contra las cuerdas a punta de fiera navaja.

A finales de ese año, y a instancias de Joaquín, aprovechamos para encerrarnos unos días en un hotel y abordar su vida y obra desde todos los puntos posibles, *deconstruirlo*. De aquel encuentro salió el libro que se publicó dos años después, *Sabina en carne viva. Yo también sé jugar me la boca*. En él hablamos, claro, de esa depresión que lo tenía en el dique seco, y esto fue lo que me contó: «¿Quieres que te hable de la depresión? Pues para que lo entiendas fue algo así como cuando uno tiene catorce o quince años y cree que la muerte es algo que solo les pasa a los demás y nunca a él, porque la muerte no existe entonces en absoluto, ni siquiera si, de pronto, se muere tu abuelo. De hecho, los niños no lloran en los entierros; están inmunizados por unas enzimas que tienen. Del mismo modo, la depresión, que alguna vez sufrí de cerca por cierta chica muy amada, me parecía que era algo que nunca me iba a pasar a mí. A raíz del *marichalazo*, del que me recuperé asombrosamente rápido (al cuarto día ya andaba y podía mover el brazo), algún médico, algún sabio que consulté, me dijo que tuviera cuidado porque, cuando menos me lo esperara, me iba a sobrevenir una depresión. Y sucedió. De una forma, además, bastante rara de tragar para quien yo había sido porque era una grandísima falta de interés por todo o por casi todo y ningunas ganas de ver a nadie, ni siquiera a la gente más querida. Estuve así como año y medio o dos años, sin *ganas de* [en alusión a su canto a la vida “Ganas de...”,

incluida en el disco *Esta boca es mía*]. Con un rechazo radical y frontal por todo lo que significara escenario y compromisos públicos. Incluso cuando empecé a asumirlos, a ir, por ejemplo, a alguna entrevista de prensa o de televisión, o con Luis García Montero y Ángel González el día de la presentación de mi libro de sonetos, me costaba muchísimo. Nunca olvidaré un día que tuve que presentar una novela de Almudena Grandes: estuve vomitando una hora entera, hasta justo dos minutos antes de salir a presentarla. Mi cuerpo rechazaba completamente cualquier compromiso público. Recuerdo también que Manel Fuentes, al que quiero mucho, me quería hacer una entrevista para su programa de televisión y tuvo que venir a casa tres veces porque las dos primeras no me presenté. Le decía a la Jime: “No puedo, no puedo”, y ella insistía un poco y yo me ponía histérico: “¡Si te digo que no puedo es porque no puedo!”. El caso es que, al final, conseguí domar mi cuerpo de una manera rara: cuando tenía que hacer algo para un amigo muy querido al que no le podía decir que no (hablo de muy pocas personas, Luisito García Montero o Ángel González), me levantaba diez horas antes para vomitar y pasar del espejo. Y así fui empezando a salir. [...] La verdad es que si para algo me sirvió la enfermedad fue para estrechar lazos con mis hijas. Pero cuando estaba muy muy mal, llegué a pasar quince o veinte días sin ver absolutamente a nadie, sin hablar y sin salir ni siquiera a la parte de mi casa que no era mi dormitorio. Viendo mucha televisión, leyendo bastante poco y, fundamentalmente, haciéndome el dormido. Fui a un neurólogo y me dio unos antidepresivos, los que a todo el mundo, tranquilizantes y cosas así, pero eso me adormilaba. Hasta que llegó un momento (de eso hará seis o siete meses) en que me sentí capaz de depender menos de esa ayuda y yo solito he ido reduciendo las dosis, y ahora prácticamente no estoy tomando ninguno. Ahora me he puesto a escribir canciones y a hablar con la gente, pero todavía no tengo tan claro si subiré las escaleras de un escenario del único modo que deben subirse, que es diciéndote en el penúltimo peldaño: “Ahora se van a enterar estos”. Con esas *ganas de*».

En efecto, Sabina tenía por delante una difícil tarea: debía luchar consigo mismo para volver a ser él. A la vuelta de un coma profundo olvidó la lección, y ahora tocaba empezar de cero, romper la invisible placenta que lo envolvía, salir a la superficie.

Me hablaba en pasado de la «nube negra», de los días detenidos, aquellos en los que el suelo era como arenas movedizas que tiraban de él hacia lo oscuro, hacia un mundo de horror, pero la realidad era que aún no estaba a salvo de sus garras, ni mucho menos.

Entrados en 2005, la gente seguía soñando con verle de nuevo sobre un escenario. Pero nada, no había forma.

Recluido en calle melancolía, paciente, aplicado, decidido a vencer al monstruo, terminaba de confeccionarse una chupa de cota de mallas contra la desdicha.

Y el mes de abril, qué hijo de puta, le sacaba entretanto la lengua por la espalda.

***ALIVIO DE LUTO. CON NADA QUE
OCULTAR, CON TODO POR DELANTE***

*Ved: ya los sentidos
son una luz hacia lo verdadero.*

CLAUDIO RODRÍGUEZ, *Don de la ebriedad*

Cuando la pregunta es por dónde empezar, la respuesta debe ser siempre la misma: ponerse en movimiento. Actuar. Hacer. Desenfundar. Disparar.

En ese sentido, cualquier excusa debería ser buena para vencer la apatía y la pereza y lanzarse a la acción. Para seguir presentándole batalla a la vida, tan rica en obstáculos y pendientes, en situaciones adversas.

Por eso, el día en que el alcalde de Madrid, Alberto RuizGallardón, destacado miembro de la derecha y, sin embargo, amigo, le ofreció a Sabina que pronunciara el pregón de las fiestas de San Isidro, el cantante olvidó por un momento su temor a la exposición pública, su agorafobia congénita y tan omnipresente en aquellos años de «nube negra», y dijo sí. Porque ¿cómo iba a decirle nanay a Madrid, con todo lo que esa ciudad, a la que empezó juzgando con excesiva dureza —pongamos que hablo de ídem—, le había dado?

De esa forma, el 13 de mayo de 2005, desde el balcón de una Plaza de la Villa tomada por la gente, leyó unos versos, entre el látigo y la rosa, escritos para la ocasión. Estos:

*Madrileños, madrileñas, / señoras y caballeros, / gigantes y cabezudos, /
Isidros y forasteros, / ciudadanas, ciudadanos, / gatas, gatos corraleros, /
mantoncitos de manila, / chulapos, organilleros, / maripepas, hilariones, /*

merengues y colchoneros / (sin olvidar al Getafe / ni al Rayo que va subiendo): / escuchad lo que un farsante, / andaluz y madrileño, / viene a deciros con aire / de cuplé más que de verso. / Hoy pregono en esta villa / que fue corte y sigue siendo / a pesar de los pesares / cuna de un rubio heredero. / Aquí nacieron mis hijas, / aquí, en mitad de un concierto, / comprendí que no era un bulo / aquel «de Madrid al cielo». / Rumanitas mal casadas, / balseritos caribeños, / candombe subsahariano, / polkita telón de acero, / mulatita ultramarina, / indios, moros, chinos, negros, / quiero decir, bienvenidos / a este Madrid tan moderno, / a este Madrid tan antiguo / con pasaporte europeo. / A la hora de la farra, / de corazón os deseo / que brindéis por san Isidro, / santito de los ateos / que camelando angelitos / se escaqueó del currelo. / Desde este balcón os pido / que paséis por un momento / del baranda y el marido, / del desamor y el dinero, / de Ubriques y de Pantojos, / de Rajoy, de Zapatero, / de los buenos y los malos, / del talante y del pateo / (sin mentar a doña Espe / que conspira entre pañuelos / de seda con Gallardón / por ver quién levanta el vuelo). / Compañeritos de brega: / perdonad mi atrevimiento / de exigir buenas maneras / a oposición y gobierno. / Aunque nos den olimpiadas / y robóticos recreos / y parezca Babilonia / el foro siempre fue un pueblo / con glorietas, bulevares, / con tabernas y museos, / con niños en cada calle / y en cada balcón un tiesto / y en cada verbena un schotis / y en cada zaguán un beso. / Sin olvidar santa Eugenia / ni el Pozo ni Atocha, el vello / del alma sigue de punta, / cuando estallan en mis sueños / los trenes de cercanías, / las vías del desconsuelo. / Coleguitas de la peña, / andaluces y extremeños, / gallegos, vascos, murcianos, / asturianos y manchegos, / cuando se acabe la fiesta / mejor que nos coja en cueros / jugando con la parienta / al más dulce de los juegos. / Bebed, bailad, disfrutad, / aplaudid a los toreros, / marcaos en las vistillas / el chispún de los abuelos, / subid a los coches locos / atropellando el invierno, / que corra el vino y la risa, / la amistad y el cachondeo, / enrollaos y pasaos, / por unos días al menos, / no sea que vuelva el tío Paco / con las rebajas de enero. / Huyan todas las tristezas, / las envidias y los celos, / colocaos, como dijo / aquel alcalde tan tierno, / trasnochad y no dejéis / de mover el esqueleto / con las Supremas de Móstoles, / con Revólver, con Rosendo, / con el Womad, con zarzuelas, / que la música es, pa'l cuerpo, / el licor más exquisito, / el más sabroso alimento. / Madrileños de aluvión, / a gozar que ya habrá tiempo / de volver a la oficina, / a la hipoteca, al barbecho, / a la fábrica, a la lluvia, / a la familia, al colegio. / Y, puestos a desear, / quiero deciros que quiero / para vosotros un mundo / más cómplice y más fraterno, / más solidario y feliz, / tabernario y nocherniego, / cachondo y despreocupado / de prejuicios y complejos / y una vida que sea vida / a la medida del pueblo. / Y me despido que es hora / de bailes y no de versos, / madrileños, madrileñas, / de tan cerca

y de tan lejos, / enanos, grandes, medianos, / calvos con chupa de cuero, / punkis, raperos, castizos, / carrozas, pijos, roqueros, / acompañadme en el grito / que se me escapa del pecho: / ¡Viva la gente del foro! / ¡Vivan las fiestas del pueblo!

La lectura de ese pregón puede parecer un dato irrelevante, desligado por completo de su actividad, que consiste en escribir canciones, grabarlas y cantarlas sobre un escenario, pero no es así. Joaquín, con acciones como esa, paso a paso, verso a verso, se iba recomponiendo como un mecano que hubiese sido despiezado y que volvía a montarse, a reconstruirse.

Por entonces, llevaba ya tiempo inmerso en las canciones de un nuevo disco. Volcaba en sus cuadernos a rayas sus obsesiones de siempre e incorporaba a su vez los elementos cotidianos que contemplaba, padecía y, en menor medida, disfrutaba. Las luces, no obstante, eran cada vez más potentes, mientras que las sombras perdían fuelle y dejaban de ser tan amenazadoras, tan terribles.

Por fin, en septiembre de 2005, tras cinco años sin pisar un escenario y tres sin grabar un disco por culpa de la caníbal depresión, apareció *Alivio de luto*, cuyo título hablaba sin ambages de lo que significaba ese trabajo: Joaquín se despojó del traje negro, subió las persianas, abrió de par en par las ventanas y volvió a saludar a la vida con una generosa sonrisa de pirata. *La casa de Bernarda Alba* era ya historia. Él, en ese momento, quería volver a sentir la caricia del sol en el rostro y congraciarse no con el mundo, que no tiene solución, sino con la vida, que, en contra de la sentencia de Lorca, también puede llegar a ser, a veces, noble, buena y sagrada.

Su disco de creación «doce más uno» contiene el mismo número de canciones: «Pájaros de Portugal»; «Pie de guerra» (adaptación libérrima de «There is a war» de Leonard Cohen); «¡Ay! Rocío»; «Contrabando»; «Paisanaje»; «Resumiendo»; «Máter España» (adaptación libérrima de «Viva L'Italia» de Francesco De Gregori); «Con lo que eso duele»; «Dos horas después»; «Me pido primer»; «Nube negra» (letra de Luis García Montero con música de Sabina, García de Diego y Varona); «Números rojos» y «Seis tequilas». Además, incluye un deucedé con una entrevista exclusiva de treinta

minutos y con dos de las canciones, «Resumiendo» y «Dos horas después», en versión acústica con Varona y García de Diego, y sin mezclas ni grabaciones posteriores.

Sabina grabó todas las voces en el estudio de su casa con la asistencia de Sergio Véliz, y de la producción, los arreglos y la dirección musical se ocuparon Varona, García de Diego y José A. Romero. La portada, una foto realizada por su novia, Jimena Coronado, en el taller del artista cubano Roberto Fabelo, parece una pintura y es bonita y enigmática: alejada de las portadas feístas que tanto gustan a Sabina, muestra la cabeza de un ángel de porcelana en el interior de unas tazas de metal.

En un encuentro digital organizado el 20 de septiembre por *elmundo.es*, la web de *El Mundo*, Sabina, que pese a no consumirlas se apuntaba al beneficioso tirón de las nuevas tecnologías, resumió brevemente, con un símil literario y autobiográfico, qué iba a encontrar la gente en aquel nuevo trabajo: «Vais a encontraros trece páginas más y un capítulo más resumiendo mi vida y mi manera de contarla. Es decir, un documental en blanco y negro de lo que me pasó en los últimos años. Ojalá os guste».

Desde esa web le pidieron a María Jiménez, quien tres años atrás editó un disco con composiciones de Sabina, *Donde más duele*, unas palabras sobre su colega y esto fue lo que dijo: «¡El mejor fotógrafo urbano que tenemos en España! Y me enorgullece ser una de sus mujeres. Me ha regalado catorce hijos preciosos sin haberme casado con él. Le conocí hace años y enseguida supe que llevaba mucho tiempo componiendo pensando en Bambino y en María Jiménez. Cuando hace tres años grabé *Donde más duele*, mi regreso a la música, incluso quería producirlo él. Se entregó a tope, como siempre hace. Grabamos juntos “Con dos camas vacías” y estuvo pendiente de todo el proceso. Recuerdo la noche de la presentación en la sala madrileña Pasapoga, que estuvo a mi lado presentándome. Hizo un gran esfuerzo para estar a mi lado. No pudo cantar porque estaba pachuchillo, pero me dio su aliento. Creo que la admiración era y es mutua. Nos queremos desde la distancia. No nos llamamos por teléfono ni salimos juntos por la noche. Ni él ni yo nos corremos tantas juergas como la gente cree. No somos amigos, pero estamos ahí. Soy

una mujer que le pide muy poco. Por no pedirle, no le pido ni manutención. Me voy a comprar *Alivio de luto*. Seguro que es un trabajo maravilloso y arrasa porque él es un caballo ganador. Joaquín Sabina es el mejor. El más grande».

Hablé con Joaquín de *Alivio de luto* en la azotea de un hotel del centro de Madrid en la que corría un aire alegre que nos despeinaba las melenas, y cuando le pregunté si me encontraba ante un resucitado me dijo: «Desde luego, algo de resurrección sí que hay por la simple razón de que me he pasado los tres últimos años encerrado y sin apenas ver a nadie, pero te aseguro que ahora estoy en un preocupante estado de euforia y con muchas ganas de trabajar. En cuanto al título del disco, sabes muy bien que siento un gran amor por las palabras rancias, antiguas y en desuso. Recuerdo la generación de mis abuelas, incluso la de mi madre, que a los cuarenta años se vestían de luto porque se les empezaba a morir gente y en rara ocasión se lo quitaban. Hacía cuatro años que se había muerto alguien y faltaban dos meses para que se muriera otro, entonces se ponían unos pequeños lunares y se pintaban los labios. Y luego es que me sonaba muy bien eso de “alivio de luto”».

Observé que en aquel disco volvían a darse los excesos literarios y quise saber si era un trabajo por y para el público silente y contra la afición vocinglera de las primeras filas, a lo que me respondió: «Bueno, en relación con lo que dices es verdad que yo sigo queriendo para mí ese público, prácticamente inexistente, que tiene tiempo para oír el disco dos o tres veces. Porque sigo pensando que en las canciones hay muchos entre líneas y muchos dobles sentidos que solo se adivinan la segunda o la tercera vez que las escuchas. En cuanto a lo de los excesos literarios, también llevas razón. Lo que pasa es que eso era algo inevitable por los tres últimos años que he pasado, en los que únicamente me he emborrachado con poetas. En este tiempo he hablado más de literatura que de otra cosa y también he tenido una seca y mucho tiempo para que las canciones salieran más literarias».

Señalé que «Pájaros de Portugal», el primer sencillo, una historia basada en hechos reales, recordaba a las canciones del cronístico *Mentiras piadosas*, y su respuesta fue afirmativa: «Tienes razón, porque la noticia de periódico de esos chavales que se escaparon de su casa tiene doce años y, en todo ese tiempo, que coincide casi con la época de *Mentiras piadosas*, ha estado en el cajón. No la canción, sino el recorte de periódico. La verdad es que cuando

les oí decir en televisión a esos dos chicos que el mar que querían ver era mejor en la tele, fue como cuando le leí a Christina Onassis, a la que sí le dediqué una canción en aquel disco [“Pobre Cristina”], aquello de “soy tan pobre que no tengo más que dinero”. Creo que es muy atinada tu pregunta porque siempre supe que ahí había una canción, pero ha tardado, ya digo, doce años en materializarse».

Esa canción, la que abre el disco, es un relato con planteamiento, nudo y desenlace. Un género que cultivó en sus primeros trabajos, cuando gustaba de contar historias, y que ha ido sacrificando en aras de una poesía sin apenas coartadas narrativas; de una lírica que persigue la pura belleza formal y las pirotecnias del lenguaje, aunque el resultado sea ininteligible:

*No conocían el mar
y se les antojó más triste
que en la tele,
pájaros de Portugal
sin dirección ni alpiste
ni papeles.*

*Él le dijo vámonos,
dónde le respondió
llorando ella,
lejos del altar mayor,
en el velero pobretón
de una botella.*

*Despójate del añil
redil del alma de nardo
con camisa.*

*Devuélveme el mes de abril,
se llamaban Abelardo y Eloísa,
arcángeles bastardos de la prisa.*

*Alumbraron el amanecer muertos de frío,
se arroparon con la sensatez del desvarío
tuyo y mío de vuelta al hogar,
qué vacío deja la ansiedad.
Qué vergüenza tendrán sus papás.*

*Sin alas para volar,
prófugos del instituto
y de la cama,
pájaros de Portugal,
apenas dos minutos
mala fama.*

*Luego la Guardia Civil
les decomisó el sudor
y la sonrisa,
las postales de Estoril
sin posada, sin escudos
y sin visa.*

[...]

*Bucearon contra el Everest
y se ahogaron,
nadie les enseñó a merecer
el amparo de la Virgen de la Soledad,
qué pequeña es la luz de los faros
de quien sueña con la libertad.*

La enérgica «Resumiendo», que invita a levantarse y simular que se toca una guitarra, es una canción autobiográfica dirigida a Pancho Varona y a José María Cámara, exjefazo supremo de Sony, y está plagada de guiños:

*Resumiendo, que tengo un cajón de la firma Pandora,
treinta y siete chansons, c'est a dire, una y media por hora,
sin contar los sonetos, las coplas, los epistolarios,
los tinteros borrachos de tinta que ordeño a diario.*

*Nos tocaba crecer y crecimos, vaya si crecimos,
cada vez con más dudas, más viejos, más sabios, más primos,
pero todo se acaba, ya es hora de decirte ciao,
me ha citado la luna en Corrientes esquina Callao.*

[...]

*Resumiendo, esto no es un arreglo floral por tu santo,
solo sombras que en noches de insomnio me alfombran el canto,*

*sobre nuestras cabezas silbaban calumnias, payolas,
mano a mano las fuimos driblando a puertita gayola.*

*Hace siglos que quiero enviarte palomas de humo,
antes de que carcoma el invierno la culpa que asumo,
ten a bien recibir de mi parte un abrazo de amigo,
cuando estalle la guerra estaré en la trinchera contigo.*

Con inequívoca alusión a La Mandrágora (Varona, Tola, Krahe):

*Una noche te vimos con Tola bajar la escalera,
yo rompía una copa y Javier destrozaba «La hoguera».*

Y con el deseo/terror por el escenario, que esperaba —¡por fin!— a la vuelta de la esquina:

*Resumiendo,
que me grita el escenario ven,
resumiendo,
pido un empujón, no te das cuen,
resumiendo,
que vomito con la televisión,
resumiendo,
me hace falta un polvo, un buen rock and roll...*

En «Máter España», una pequeña joya, Sabina borda la semblanza del país que ama y a la vez le enfurece. Nació a raíz de una observación que le hizo el cantante Víctor Manuel, quien comentó que el autor italiano Francesco de Gregori había escrito una canción titulada «Viva L'Italia» y que si en nuestro país alguien escribía una canción con el título de «Viva España», se liaría parda. Sabina se picó y se puso manos a la obra. Es una canción de contrarios, con no pocas referencias a la Guerra Civil. Por cierto, no pasó nada:

*Máter España
de barba peregrina,
que falta a misa de doce,
que no conoce rutina,
masona, judía, cristiana,*

*pagana y moruna.
Máter España,
más guapa que ninguna.*

*Madrastra España
a la hora de la siesta,
la puta que se enamora,
la fruta que se indigesta,
que al filo de la cucaña
mira pa' otro lado,
bendita España
de Azañas y Machados.*

[...]

*Chusco y legaña
de todas o ninguno,
tricolor bandera blanca,
Millán Astray, Unamuno,
cervantina cojitranca
de áspero pasado
¿quién me ha robado
el siglo veintiuno?*

La larga anáfora que da forma a la rocanrolera «Me pido primer» encierra un autorretrato más de los muchos que recorren su cancionero:

[...]

*Mi primer espejismo se llamaba verano,
mi primera fulana se llamaba por fin,
mi primer pasaporte se llamaba Mariano,
mi primer aeropuerto se llamaba París.*

[...]

*Mi primer apellido se llamaba Martínez,
mi primer Borsalino se llamaba bombín,
mi primera manola fue en la cola de un cine,
mi primera frontera se llamaba Joaquín.*

*Todos nacemos en cualquier lugar,
me pido primer para desertar
de la memez
de los que saben negociar
tablas en el ajedrez,
que no te quiten la sed
los que hablan sin respirar.*

[...]

*Tú no me trates de usted
ni me hables sin respirar.*

«Seis tequilas» es la más hermosa canción de todo el disco — emocionante música por obra y gracia de Pancho Varona y Antonio García de Diego— y una de las mejores de las por él creadas desde *19 días y 500 noches*:

*Me falta una mujer,
me sobran seis tequilas,
no ver para querer,
malditas sean las pilas
que me hacen trasnochar
echándonos de menos,
echándome de más,
almíbar y centeno.*

*Me falta un corazón,
me sobran cinco estrellas
de hoteles de ocasión
donde dejar mis huellas,
con nada que ocultar,
con todo por delante,
Goliat era un patán,
David era un gigante.*

*Aunque en parte soy juez
de un nunca, de un tal vez,
de un no sé, de un después, de un qué pronto.*

En asuntos de amor

*siempre pierde el mejor,
no me tomes, tontita, por tonto.*

[...]

*Dame un beso de más
novia de Satanás,
Jezabel que encanalla mi canto...*

Impagable el colofón autobiográfico, donde su autor nos muestra al atolondrado e inconsciente muchacho que huyó de España sin imaginar que no regresaría a ¿casa? hasta siete años después:

*Deja, por compasión,
que entone la canción
del chaval que escapa de la infancia
en la estación de Francia.*

Las críticas de ese disco fueron, en general, favorables, aunque los críticos tampoco es que echaran la casa por la ventana de puro contento.

Recojo lo que escribió la edición argentina de la revista *Rolling Stone*, pues creo que resume muy bien la acogida que tuvo ese trabajo: «Si bien en lo musical [*Alivio de luto*] no trae mayores novedades —aunque se nota una búsqueda de la variedad, con canciones que van desde el *rock & roll* al flamenco—, cuesta encontrar en el idioma castellano un autor con un manejo de las palabras tan fascinante como el de Sabina. Hay que remitirse a Leonard Cohen o Bob Dylan, a quienes no casualmente menciona como “cómplices del desconcierto”, para pensar en un talento capaz de construir canciones con frases como: “¿Quién dijo que hoy es múltiplo de antes, / y el ego un envidioso malcriado, / qué maldición separa a los amantes / que no se han olvidado...?”». Una vez más, el escritor volvía a ganar al músico por goleada.

Pero lo que a Joaquín le tenía en verdad acojonado era la inminente gira. En una entrevista que concedió para *El País* destacaron en el titular: «Me da pánico volver a subirme a un escenario».

La *Gira Ultramarina* arrancó en Roquetas de Mar, Almería, en noviembre de 2005, y aunque él se sentía enormemente inseguro —salía al escenario con un atril con las letras de las canciones, algo que nunca antes

había hecho porque lo considera una falta de respeto hacia el público que paga la entrada—, logró salvar los muebles.

Sin embargo, un mes después, el 8 de diciembre, en Gijón, pinchó al poco de comenzar el primero de los tres conciertos programados en el Teatro Jovellanos. Su voz no le respondió y, al cabo de la quinta canción, tuvo que cancelar el recital y confesó que la noche anterior había sido «malo». Esa noche trasnochó, tal y como me contó, pero recalcó que no se emborrachó ni se fue de putas ni estuvo metiéndose rayas, como la gente imaginaba, sino que estuvo escribiendo sonetos hasta las tantas. Los medios de comunicación españoles y latinoamericanos se apresuraron a dar la noticia como si aquello supusiera el fin de la gira. Él bautizó aquel episodio como el «gatillazo gijonés» y escribió unas coplas para explicarlo:

*Ya comprende un servidor / que el gatillazo de ayer / no encoña al mejor
postor. / Sin edad de merecer / puedo seguir siendo yo / cuando me da por
crecer. / ¿Por qué en Gijón, madre mía, / donde yo menos quería / pasó lo que
me pasó? / Mi garganta pajillera / con costo en la faltriquera / dijo que sí pero
no. / Lo malo es que el Jovellanos / se me escapó de las manos / por do más
pecado había. / El Titanic y el grumete / salsa rosa caga y vete / menstruó de
cuaderna vía. / A mi Nano, en Nueva York / se le atravesó el terrat / y
Manhattan lo adoptó / y a Pablo, cuerpo presente, / cuando fue a Chile, a
pisar / nuestras calles nuevamente. / Las pisó, claro que sí, / cayendo chuzos
de punta / pero estuvimos allí. / Los del Barça, los valdanos, / las zidanes
cejijuntas, / los talibanes cubanos. / Y, sin embargo, esa voz / enmudeció de
repente / para darnos otra coz, / cambiarle la jeta a Acebes / es lo mejor de la
noche / de este concierto tan breve. / Mañana será otro día / volveré a ser el
fantoche / de calle melancolía.*

Joaquín se repuso enseguida del susto y el resto de la gira se desarrolló sin contratiempos reseñables.

Aquel año publicó dos libros: *Con buena letra II* (Temas de Hoy), la ampliación del cancionero que vio la luz tres años antes, y que en este caso incluía las letras del flamante *Alivio de luto*, y *Esta boca es mía* (Ediciones B), que recopilaba todo lo que había ido publicando en *Interviú* hasta la fecha, con las ilustraciones originales de Gustavo Otero y un prólogo, «Los quevedos de Sabina», de Ángel Antonio Herrera. Este poeta y periodista fue quien le presentó el libro en Madrid en compañía de la novelista Almudena Grandes.

Ya en 2006, el nombre de su gira, *Carretera y Top Manta*, le valió una bronca con Ramón J. Márquez, más conocido como Ramoncín. La chispa surgió el 12 de mayo, durante una entrevista con la periodista Olga Viza para el programa que presentaba en Radio Nacional de España, *El Tranvía*. En ella, el músico, tertuliano televisivo y entonces miembro de la Junta Directiva y del Consejo de Dirección de la SGAE (Sociedad General de Autores y Editores), sorprendió a la propia entrevistadora cuando lanzó la siguiente andanada contra Sabina: «No suelo hablar mal de nadie, pero que Joaquín Sabina salga de gira con un nombre como *Carretera y Top Manta* creo que dice a las claras en qué situación está este colectivo y cómo algunos se aprovechan de esa situación. Hay cosas que pueden ser escandalosas y otras que pueden ser repugnantes, y esta lo es. Esa actitud me parece vergonzosa y vomitiva. Uno no puede creer que está por encima del bien y del mal. Uno no puede creer que es un dios y que, como le permiten estar afónico, no cantar, ir, venir, salir, puede llamar a su gira *Carretera y Top Manta*. Bueno, pues yo, desde aquí, le digo que es vergonzoso, y que es un insulto para el resto de sus compañeros en la música».

Cuando Joaquín fue preguntado al respecto, bramó: «Que se joda. Si es más tonto, no nace. Es una broma, como cualquiera puede entender. Pero este señor, por decir algo, tan solemne, no lo entiende. Más piratas, y más grandes, hay en las multinacionales. Quienes más pierden son los que más ganan. Y, además, los discos de Ramoncín no se venden ni en el *top manta* ni en ningún lugar». A propósito de esto último, Sabina echó más leña al fuego al declarar en el transcurso de un acto público, con su ironía característica: «Un marroquí de un *top manta* dijo una vez que puso un disco de Ramoncín y lo tuvo que quitar porque en las tiendas estaba más barato», y ante la malvada pregunta del reportero de si iban a ir a un programa del corazón para contarlo, Sabina sentenció: «Ramoncín irá para hablar de mí cuando me muera. Cobrando».

Dos días después, en la sección de Cartas al director del diario *El Mundo*, que había dado una información al respecto con el titular «Ramoncín y Sabina, fuego cruzado», el madrileño publicó unas líneas sobre aquel intercambio de piropos:

«En ningún momento he pretendido arremeter o criticar a Joaquín Sabina, por el que siento una gran admiración como colega de profesión. Y lamento, de corazón, haber podido agraviarle. Con mis palabras relativas a la denominación de su gira, no he aspirado a otra cosa que a llamar la atención de la opinión pública sobre el fenómeno de la piratería, que cada año provoca graves pérdidas al sector y deja un gran número de damnificados: autores, productores, intérpretes, sellos discográficos, etcétera. [...] Considero, asimismo, que la piratería [...] no debe, en ningún caso, ser motivo de mofa o burla, dada la gravedad de sus efectos para la industria de la cultura en nuestro país».

Con posterioridad, Ramoncín, en una entrevista con Jesús Quintero, reiteró lo dicho en la carta para *El Mundo*, que respetaba y admiraba a Sabina como artista y no quería hablar más del tema. Cuando poco después el periodista Andreu Buenafuente entrevistó a Sabina en su programa de televisión, este dijo que Ramoncín había estado «muy elegante» y que él no podía ser menos: le llamó «don Ramón» y le tendió la mano públicamente. Fin de la historia.

En septiembre de ese año vio la luz *Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca* (Ediciones B), un libro fruto de las conversaciones que mantuve con Joaquín durante varios días de fructífero encierro en un hotel, y en las que hablamos de absolutamente todo. Sí, incluso de lo que no hay que hablar. El primer plano que ilustra la portada, Joaquín con una cerilla prendida en la boca —obra de Jorge Represa—, no fue casual: aquel libro fue incendiario, divertido y, sobre todo, muy didáctico. Él nunca se había encerrado antes de eso con un periodista para hablar de sí mismo —no lo ha vuelto a hacer, de hecho— y yo, muy consciente en todo momento del valor que aquellas entrevistas podían tener, cargué la escopeta, eché toda la carne en el asador y le saqué todo el jugo.

Un mes más tarde recibió en Córdoba la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, que le fue entregada por el rey Juan Carlos, pese a lo cual manifestó que, aunque la medalla se la hubiera dado el monarca, quien concedía esa distinción era «el Consejo de Ministros de un gobierno democrático y de izquierdas», y aseguró sentirse muy honrado por la compañía que había tenido. Entre esos acompañantes estaban el cantante Raphael, el

músico Rosendo, los cantaores Enrique Morente y Carmen Linares, el matador de toros José María Manzanares, el actor Juan Diego y la escritora Maruja Torres.

Aquel año hubo más noticias en relación con la brecha aún abierta con el músico Fito Páez. En las conversaciones que mantuvimos para *En carne viva...*, cuando ya había pasado el tiempo suficiente como para analizar la experiencia de *Enemigos íntimos* con calma, le pedí a Joaquín que le dedicara algún piropo al argentino y, al hacerlo, me dio de paso muchas claves de sus distintos modos de entender su profesión: «Fito es un artista químicamente puro. Con unos métodos que no son los míos, pero es un tipo al que podría comparar con Aute. Tú sabes que Aute, a quien conoces bien, desde que se levanta hasta que se acuesta solo piensa en una cosa y solo vive para esa cosa: su trabajo. Es el caso de Fito, que es capaz de escribir una canción a las ocho de la mañana y a las doce de la noche tenerla grabada y mezclada con una orquesta sinfónica. Si eso no es tener empuje, valentía y talento, yo no sé lo que es. Luego hay un montón de cosas, desde el punto de vista estético y también sobre el modo de trabajar, en las que discrepamos mucho. Por ejemplo, yo siempre le decía que no se daba el menor reposo para disfrutar de su trabajo. Es demasiado metódico. Y a mí una de las cosas que más me gustan de las grabaciones es el poder sentarte por la noche con un cigarrito y un güisquito a oír el trabajo. Eso es algo que jamás se hizo con Fito. Él estaba siempre trabajando, mezclando, de un modo feroz. Para mí era muy agobiante. No me consideré respetado porque él tenía sus ritmos, pero no tenía el más mínimo respeto por los míos. Y yo trabajé mucho en ese disco. ¡Muchísimo! Pero es que con Fito no hay tregua. [...] Artista químicamente puro. [...] De muy grueso calibre, además. ¿Cuál es el pero? Pues eso, que carece del más mínimo reposo. No es capaz de sentarse a mirar lo que está haciendo ni un segundo. Su actividad es frenética, agotadora».

Pero entonces, ¿por qué accedió a hacer ese disco siendo ambos tan distintos, tan antitéticos, y no lo hizo con Pablo Milanés, Silvio Rodríguez, Serrat o Aute, con los que tenía más elementos en común, siquiera fuese la amistad? Eso quise saber yo en nuestras charlas para ese libro y esto fue lo que me contestó: «Pues porque ninguno de los que has citado me propuso

hacer nunca un disco a medias. Bueno, quizá Pablo. Fito, en cambio, se empeñó, y a mí me pareció que era mejor viajar a un terreno tan desconocido».

En ese momento, tiré de osadía y disparé al corazón: «¿Un Sabina sin coca habría aceptado igualmente el disparatado ofrecimiento de Fito?», y me respondió con la misma naturalidad que si me hablara del estado del tiempo: «Tal vez no. Pero es que el Sabina sin coca acaba de cumplir cuatro años. Es decir, es muy jovencito aún. El Sabina con coca, sin embargo, se apuntaba a un bombardeo. Y en el caso de Fito yo no era fan, pero sí reconozco que es, como dicen en Argentina, muy “talentoso”. Y viajar a un continente tan desconocido para mí —no hablo de Argentina, que sí era conocida, sino del continente Fito— era algo que me apetecía mucho. No sabía lo mal que lo iba a pasar, ni Fito sabía lo mal que yo se lo iba a hacer pasar a él».

Por su parte, Páez, en una entrevista que le hicieron a finales de noviembre de ese año, lo llamó «mentiroso profesional» y sentenció: «Es como una novia borracha».

Cuando un mes más tarde un periodista le preguntó a Sabina, en una rueda de prensa que dio en un hotel de Buenos Aires de cara a los dos conciertos que iba a ofrecer en La Bombonera, la cancha de Boca Juniors, qué le parecía aquel comentario de su enemigo íntimo, sabineó: «Borracha sí. ¿Novia? Más quisiera él».

A pesar de ello, ese mismo día le hizo llegar un mensaje, escrito en una servilleta, en el que le pedía: «Ven, cabrón, que estoy tocando aquí». Y Fito, por increíble que parezca, acudió a su llamada. En el segundo concierto en el estadio de Boca cantaron juntos, ante miles de asistentes que oficiaron de testigos perplejos, «Llueve sobre mojado». Joaquín lo anunció del siguiente modo: «Ahora tengo una sorpresa para ustedes. Voy a presentar a un amigo de Rosario». Tras la canción y los abrazos, Sabina señaló: «Esto es para terminar definitivamente con todos los rumores de pelea que se escriben en la prensa sobre nosotros». Había vuelto el amor después del amor.

En las Navidades de ese año salió a la venta en España el excesivo y carísimo recopilatorio *Punto... y seguido* (Sony/ BMG Music Entertainment), compuesto de dos voluminosas cajas. La primera, *Punto... (1980-1990)*, contenía nueve cedés y un devedé. Los discos de esa caja abarcaban, por

orden cronológico, los siete primeros títulos de su discografía —uno de ellos doble— sin contar su ópera prima, *Inventario*, y el noveno constaba de diecinueve temas. El devedé recopilaba cuarenta y tres actuaciones televisivas. La segunda caja, *... y seguido (1992-2005)*, incluía también nueve cedés y un devedé. Los discos completaban el resto de su discografía hasta *Alivio de luto*, más un cedé con diecisiete canciones, tanto dúos como homenajes. En cuanto al devedé, lo integraban los veintidós videoclips realizados a lo largo de su carrera y once de las canciones del concierto que ofreció en Las Ventas (Madrid) en 1994, durante la gira de *Esta boca es mía*.

Ya en 2007, el diario *El País* inició una colección de discolibros con la discografía casi completa de Sabina y Serrat, que en aquellas fechas iniciaban gira conjunta. *Sabina. Palabras hechas canciones* incluía numerosas fotografías y una serie de textos firmados por el periodista Diego A. Manrique y por su hijo, Darío Manrique Núñez. Es curioso que cuando el primero, crítico musical de referencia de ese periódico, cita la bibliografía de Sabina para enmendarles la plana a algunos de sus autores y señalar sus carencias, no se incluya en el saco. Una de dos, o se le ha olvidado que él también se ocupó de la vida y obra de Sabina en esa colección, o bien considera que su aportación a la causa fue tan irrelevante que no merece ser incluida en esa categoría. El día que me lo encuentre —hace mucho que no le veo, y ganas tengo— le pediré que me lo aclare, porque la verdad es que me tiene muy intrigado.

Además, vieron la luz dos nuevos libros de Sabina, *A vuelta de correo* (Visor), un volumen de intercambio epistolar bastante sui géneris entre Sabina y diversos nombres de la cultura y el espectáculo —Rafael Alberti, Moncho Alpuente, Luis Eduardo Aute, Carlos Baracoa, Ana Belén, Felipe Benítez Reyes, Alfredo Bryce Echenique, Pepe Caballero Bonald, Roberto Fabelo, Antonio Gala, Abraham García, Luis García Montero, Juan Gelman, José Luis Gómez, Ángel González, Belén Gopegui, Almudena Grandes, José Hierro, Javier Krahe, José Antonio Labordeta, Rosa León, Subcomandante Marcos, Juan Marsé, Carlos Marzal, Eduardo Mendicutti, un servidor, Rosa Montero, Luis Muñoz, Fito Páez, Violeta Parra, Benjamín Prado, Victoria Prego, Miguel Ríos, Silvio Rodríguez, Daniel Samper Pizano, Joan Manuel Serrat, Chavela

Vargas, Pancho Varona, Juan Vida, Luis Antonio de Villena y Chus Visor—, y *Esta boca sigue siendo mía* (Ediciones B), la ampliación de sus sonetos para *Interviú*.

El 24 de mayo de ese año se presentó en la Casa de América, en Madrid, la gira *Dos pájaros de un tiro*, que tenía a Serrat y a Sabina de protagonistas y con la que recorrieron, durante medio año, España y distintos países de América. En nuestro país cumplieron cuarenta y siete fechas, y en América, veinticinco. Se despidieron a lo grande el 18 de diciembre en Buenos Aires, donde llenaron cuatro noches La Bombonera, el estadio de Boca Juniors, con capacidad para cincuenta y cinco mil personas. Es decir, que solo en aquellas cuatro últimas citas fueron vistos por cerca de un cuarto de millón de seguidores. Los músicos que les acompañaron fueron Pancho Varona, guitarras acústicas y voz; Antonio García de Diego, guitarras y teclados; Ricard Miralles, piano y arreglos metales; Víctor Merlo, bajo y contrabajo; José Antonio Romero, guitarras y acordeón; Pedro Barceló, batería y cajón; José Miguel Pérez Sagaste, saxos; Patxi Urchegui, trompeta; Roberto Bazán, trombón, y Paqui Sánchez y Marcela Ferrari, coros. La mayor parte de los temas fueron interpretados por ambos y se intercambiaron a su vez algunas de sus canciones más conocidas, en una suerte de homenaje a sus clásicos (fue una gira de muy grandes éxitos). A finales de noviembre de 2007 salió a la venta el resultado de aquel lucrativo viaje, *Dos pájaros de un tiro*, grabado durante los conciertos que ofrecieron en el Palacio de los Deportes de Madrid el 18, 19 y 20 de septiembre. Aquel disco se comercializó en edición sencilla y especial. La primera contenía un cedé con dieciocho temas y un deucedé con esas mismas canciones más el documental *En el nido de los pájaros (la gira desde dentro)*, *making-of* sobre la vida entre bambalinas de los músicos grabado en un concierto en Barcelona. La edición especial incluía dos cedés y un deucedé con treinta canciones.

El 2008 arrancó de la peor manera posible para Joaquín: el 12 de enero falleció a causa de una insuficiencia respiratoria, a los ochenta y dos años, el poeta y académico de la RAE Ángel González, con quien, a raíz de que este le presentara *Ciento volando de catorce* siete años atrás, estrechó la relación y se veían siempre que González, que residía en Estados Unidos, venía a España. Joaquín declaró del poeta ovetense, miembro destacado de la

Generación del 50, Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1985) y Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (1996), que era «un poeta en carne viva y uno de los seres humanos más dignos, decentes y ejemplares que han existido», y le dedicó dos sonetos desde su tribuna de *Interviú* titulados *Para Arcángel González*, bajo cuya firma había estampado «Cementerio civil». Estos:

*Bendita sea la canción desnuda
sin el beso de Judas Gamoneda,
maldita santa Rita en almoneda
con medalla de boina tartamuda.*

*Bendito calcetín sin fe ni muda,
huésped contrito del amor en veda,
galletas con café, lija de seda,
sin Cristo, ni Yahvé, ni Freud, ni Buda.*

*¿Qué será de mis íes sin tus puntos,
de mi solo de baba sin adjuntos,
de la Kontiki a solas con tu silla?*

*Ángel querido, ¿quién vacuna ahora
mi sarpullido al margen de la aurora,
mi verso tan viudo y con ladillas?*

Y:

*A la hora de don Juan y de don Mendo,
de Bradomín, del carro de Pandora,
del sarro de la nuit que nos devora
nunca te oí decir: vámonos yendo.*

*Arcángel de la duda en comandita,
posguerra del dos mil, difunto mío,
por los baipases del escalofrío
se desangra mi sangre huerfanita.*

*Este año que nació sin primavera
murió de viejo tan recién nacido
como el olvido al pie de una escalera.*

*González en goliardo, qué apellido
bastardo del marido de cualquiera,
qué muerte al por mayor, qué sinsentido.*

Unos meses después, la noche del 24 de abril, Joaquín cantó con Páez «Contigo» y «Llueve sobre mojado» en el concierto que el argentino ofreció en el Palacio de Congresos de Madrid. Tras el armisticio decretado en Buenos Aires, esa fue la escenificación pública en España de su apretón de manos. Fito presentó así a Joaquín: «Bueno, quiero invitar a *monsieur* Madrid. ¡Claro! *Monsieur* Madrid se llama Joaquín Sabina». El rugido de los asistentes fue como una bomba, y el aludido irrumpió en escena y se dieron un abrazo. Ese recital se publicó, en cedé y deucedé, a finales de ese mismo año bajo el título *No sé si es Baires o Madrid* (solo incluyen la primera de las dos canciones).

En las Navidades de 2008 salió al mercado el disco de Raphael *50 años después*, título de una de las canciones que lo integran y que había sido escrita para la estrella de Linares por Sabina, quien, además, la cantaba con él. Joaquín demostró así su falta de prejuicios y su reconocimiento a su paisano, uno de los pioneros en España en el arte del que ahora él es uno de los sumos hacedores: el de hechizar a las masas cantando. Cuando se citaron en un restaurante madrileño para hablar de aquel proyecto, abrieron más la boca para halagarse y reír que para comer.

Estos versos de la letra de Joaquín, espléndida, lo dicen todo:

*Recuerdo los carteles
del niño de Linares
arrasando en el Talk of the Town.
Yo andaba sin papeles
pasando por los bares
mi bombín de ubetense underground.*

*Cincuenta años después
yo sigo siendo aquel,
le dijo a Dr. Jekyll Mr. Hyde,
tan joven y tan viejo
buscando en el espejo
mi look de Peter Pan y Dorian Gray .*

*Y aquí estamos los dos
tan diferentes, tan imposibles, tan contracorriente,
celebrando la vida al alimón.
Cincuenta abriles en el escenario,
por mucho que se empeñe el calendario
nadie nos va a quitar esta canción.*

*Estabas tan arriba
que mi alma a la deriva
se preguntaba siempre ¿y cómo es él?
Por fin hoy, mano a mano,
ejercicio de paisano
brindándole un burel a Raphael.*

*Qué gusto hacer amigos
ustedes son testigos
del mundo que me pongo por montera.
Mi corazón no miente,
bendita sea la gente
que hace de nuestro otoño primavera.*

Durante el período del que se ocupa este capítulo —2005-2008—, lo más destacable fueron las nuevas composiciones recogidas en *Alivio de luto* y su celebrada vuelta a los escenarios, la cual constataba sus recuperadas *ganas de*. O lo que es lo mismo, su triunfo definitivo sobre aquella «nube negra» que se instaló justo encima de su cabeza y lo gobernó, como una permanente amenaza de tormenta, durante varios años.

Ya nada tenía que ocultar y el horizonte se abría ante él igual que para cualquier otro superviviente —todos lo somos, sin excepción, incluso aquellos que no lo saben—, pleno de incertidumbre y emoción.

Cómo decirlo. Sabina había pasado de víctima a juez de un nunca, de un tal vez, de un no sé, de un después, de un qué pronto.

Pues eso.

**VINAGRE Y ROSAS. CON SESENTA
QUÉ IMPORTA LA TALLA
DE MIS CALVIN KLEIN**

*Cómo quieres que escriba una canción
si a tu lado no hay reivindicación...*

ROBERTO INIESTA, «Dulce introducción al
caos» (*La ley innata*)

En un intervalo de ocho años, Joaquín Sabina pasó de estar sometido por la «nube negra», la cual le impedía coger papel y bolígrafo porque lo único que le apetecía era vegetar y que se lo tragara la tierra, a vivir en un estado de «asquerosa felicidad doméstica» que le imposibilitaba escribir una sola canción decente. Sin darse cuenta, llevaba cuatro años sin sacar un disco de creación.

Sí, bien es verdad que había estado de gira con Serrat durante medio año y que eso desembocó en un disco en directo. Pero cuatro años sin lanzar un disco propio era demasiado tiempo, incluso para él. De hecho, aquel era su récord de sequía: de *19 días y 500 noches* a *Dímelo en la calle* transcurrieron tres años, el mismo tiempo que medió entre este último y *Alivio de luto*. En su casa-museo del centro de Madrid, rodeado de libros, cuadernos, pinceles, lienzos y todas las comodidades que alguien de sus apetitos culturales y artísticos puede necesitar, veía pasar los días sin que brotara una levísima chispa de magia de la que poder tirar para dar forma a una de esas canciones que reafirman al creador, conmueven al público y agrandan la leyenda.

A pesar de ello, seguía atesorando distinciones institucionales. En mayo de 2009 recibió la Medalla de Oro de Madrid, que también les fue concedida al futbolista Raúl González, símbolo del madridismo; al matador de toros José Tomás, su amigo, y a la pianista y filántropa Paloma O’Shea. El alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, destacó la «honradez y laboriosidad» de los galardonados. Sabina no defraudó con sus declaraciones: «Por una medalla de Madrid merece la pena hasta madrugar», dijo, y añadió que la ciudad que eligió para vivir era como «el mapa del deseo, el terreno de sueños entre Babilonia y el paraíso terrenal. Yo fui un niño de provincias que soñaba con conquistar una ciudad que es fácil porque se deja conquistar desde el momento en que pones un pie en Atocha», y remató con un: «Sé lo difícil que habrá sido encontrar a quien hable bien de mí. Yo creo que ahí han funcionado los sobres».

La cosa es que debía solventar como fuese su problema de falta de inspiración si quería evitar que el tiempo transcurrido sin dar frutos, ya de por sí excesivo, aumentase. Pero, claro, con la nevera llena y una mujer con la que ya apenas discutía porque se conocían demasiado bien, ¿cómo hablar de corazones arrasados, hombres aplastados por la vida y mujeres solitarias que arrastran maletas cargadas de lluvia? Necesitaba, en fin, una pequeña dosis de tristeza que lo espoleara; una mínima tragedia de la que extraer poesía de gran calibre. Todo hombre, aun aquel que se presume satisfecho, que ejerce de optimista incluso en los días peores —y su caso no era tan extremo—, alberga habitaciones en las que siempre es enero, o domingo por la tarde, o en las que nunca deja de llover. Solo que él, en aquella época, no daba con las llaves que le permitieran entrar en ellas y respirar aquel aire de desolación imprescindible para armar una canción capaz de paralizar a quien la escucha. ¿Y para qué están los amigos, si no es para recurrir a ellos cuando atravesamos un mal momento?

Sabina se fijó en las acusadas ojeras de Benjamín Prado, en su falta de entusiasmo y de apetito, en su gesto extraviado y melancólico, consecuencia de una reciente ruptura amorosa, y se le encendió la bombilla: voy a pegarme como una lapa a este, que anda llorando por las esquinas, y le vamos a sacar todo el jugo a ese dolor. Gobernado por la emoción, le contó aquel plan a su cariacontecido compinche y a este no le pareció mal (al contrario, le encantó

la idea). Sabina extendió ante él un imaginario mapa del mundo, un cheque en blanco, y le preguntó: «¿A dónde le apetece ir al señorito? Los gastos corren por cuenta de un servidor». Se barajaron distintos destinos —Nueva York, La Habana, Lisboa...— y, al final, salió vencedora Praga, en la República Checa, a donde se fueron con el entusiasmo desbocado de dos adolescentes y a la que más tarde Sabina definió como una ciudad «melancólica, triste, europea, aunque con buen whisky».

Hasta aquel momento, Sabina y Prado habían escrito tres canciones juntos, «Cuando aprieta el frío», «Esta noche contigo» y «Números rojos», que formaron parte, respectivamente, de los discos *El hombre del traje gris*, *Esta boca es mía* y *Alivio de luto*. Sin embargo, aquella iba a ser la primera vez que trabajarían en una misma *oficina*, partiendo de cero, en la escritura de una serie de canciones con las que conformar todo un disco.

Además de en Praga, la mayor parte de las letras del que sería el nuevo disco de estudio de Sabina, el decimocuarto, fueron escritas entre Rota (Cádiz) y Madrid.

Y, por fin, en noviembre de 2009 se puso a la venta *Vinagre y rosas*, que Sabina describió como un disco «tristón y literariamente muy denso». Diez de las catorce canciones que lo integran llevan la firma de Sabina y Prado: «Tiramisú de limón», «Viudita de Clicquot», «Cristales de bohemia», «Parte meteorológico», «Virgen de la Amargura», «Agua pasada», «Vinagre y rosas», «Embustera», «Menos dos alas» y «Blues del alambique». Joaquín escribió él solo tres de los temas: «Ay! Carmela», dedicada a su hija mayor; «Crisis», sobre el cáncer económico que devoraba a España, y «Violetas para Violeta», una canción-homenaje a la cantautora Violeta Parra que ya llevaba tiempo escrita y que se incluyó como *bonus track*. Luis García Montero se sumó a la fiesta y firmó con Sabina «Nombres impropios».

Además, Leiva y Rubén, de Pereza, compusieron la música de dos canciones, «Tiramisú de limón» y «Embustera», las más *rock* de todo el disco junto con «Crisis». Leiva se ocupó de la primera y tocó distintos instrumentos —batería, bajo, guitarras acústicas y eléctricas y pandereta, y participó en los coros—, mientras que Rubén tocó la guitarra eléctrica y también metió su voz en los coros junto al exfutbolista Guti, Serrat, Varona y García de Diego. La música de «Embustera» es de Rubén, que grabó las guitarras eléctrica y

acústica, el *slide* (técnica de guitarra que consiste en deslizar un tubo de metal por el mástil), el bajo e hizo los coros, y su compañero volvió a grabar bajo, batería, guitarras acústica y eléctrica y se unió a los coros.

Ambos músicos protagonizaron el videoclip junto al jefe para darle ese rollo stoneano que este buscaba. Sabina comentó de su experiencia con el dúo madrileño: «Por la noche soy un frivolón callejero y por eso me gustan los *Perezitas*, por esa actitud chulesca, de barrio, que tienen. La colaboración con ellos no ha sido un matrimonio, pero sí un polvo feliz».

La discográfica lanzó poco después una edición especial: un libro en formato apaisado y tapa dura, de casi cien páginas, en el que además del cedé se incluían todas las letras manuscritas por Joaquín con comentarios, dibujos y fotos inéditas. Luis García Montero escribió el prólogo, «Puro Joaquín impuro».

A su vez, Prado contó cómo se desarrollaron aquellas sesiones de escritura en la triste Praga en el libro *Romper una canción* (Aguilar, 2009).

La canción que abre el disco, «Tiramisú de limón», que salió como primer sencillo, es un tema comercial y alejado musicalmente del territorio Sabina, con una letra que busca de continuo —como casi todos los textos de ese disco— el más difícil todavía:

*Hice un solo desafinado
con las cenizas del amor,
las verbenas del pasado
gangrenan el corazón.*

*Acórtate la falda nueva,
despiértate al oscurecer,
túmbate al sol cuando llueva,
no desordenes mi taller.*

*Tiramisú de limón,
helado de aguardiente,
muñequita de salón,
tanguita de serpiente.*

Invade la letra, de pronto, una estrofa con aroma autobiográfico que casi recuerda a los lejanos días de Londres y a Sonia Tena o a Lucía Correa:

*De madrugada y por la puerta de servicio
me pasabas el hachís,
al borde del precipicio
jugábamos a Thelma y Louise.*

Y siguen las acrobacias del lenguaje:

*Pero esta noche estrena libertad un preso
desde que no eres mi juez,
tu vudú ya pincha en hueso,
tu saque se enredó en mi red.*

[...]

Y ese estribillo tan pegadizo como forzado:

*Dónde crees que vas,
quién te parece que soy,
no mires atrás
que ya no estoy.*

[...]

Si miras atrás mañana es hoy.

[...]

Puede que quizás luego sea hoy.

[...]

Que ya me voy.

Que sepas que el final no empieza hoy.

Pese a estar firmada por los dos, «Viudita de Clicquot» es por completo autobiográfica (de la vida de Sabina, se entiende):

*A los quince los cuerdos de atar me cortaron las alas,
a los veinte escapé por las malas del pie del altar,*

*a los treinta fui de armas tomar sin chaleco antibalas,
Londres fue Montparnasse sin gabachos, Atocha con mar.*

*A los cuarenta y diez naufragué en un Plus Ultra sin faro,
mi caballo volvió solo a casa, ¿qué fue de John Wayne?
Me pasé de la raya con tal de pasar por el aro,
con sesenta qué importa la talla de mis Calvin Klein.*

*Nunca supe templar la guitarra que embrida mi potro,
cuando el dealer me dijo que sí no le dije que no,
la hormiguita murió, la cigarra se casó con otro,
yo aposté por las fichas caídas de tu dominó.*

*Allons enfants de la patrie,
maldito mayo de París,
vendí en Portobello los clavos de mi cruz,
brindé con el diablo a su salud.*

Y ese verso final, demoledor, que explica mejor que todo un disco una parte crucial de su más temprana biografía:

Mi manera de comprometerme fue darme a la fuga.

Con «Ay! Carmela», una muy bella canción —es, por supuesto, una canción de amor—, cumplía con su primogénita después de que en el disco anterior le dedicara «¡Ay! Rocío» a su otra hija. Hela aquí íntegra:

*Ay Carmela,
me duelen tus ojos
sembrando rastros
canela en la nieve.
Como dos carabelas
tan pintas, tan niñas, tan leves.*

*Minifalda
con bici a la espalda
y nariz indiscreta,
poco más que decir.
Urge sobrevivir,
te mereces un novio poeta.*

*No me pidas que muera por ti,
lo que queda de mí
se subasta a la mejor postora,
como un parco botín
en el barco ruín de la aurora.*

*No me obligues a hacerte la ola,
sigue sola tu camino.
Al fin y al cabo, ni sé ni sabo
cuánto nos cobra el destino.*

*En los bares del foro
rompías el guion
de una peli con final feliz.
No había rubia en el coro
más loro ni más Norma Jean.*

*Y después de la feria y el cole,
la histeria y el miedo;
si te da por contar
hombros donde llorar
va a sobrate una mano y seis dedos.*

*No me canso de hablarte
aunque pronto mi voz
suene a grano de arroz repetido,
y desampararte es jugar
a los fuegos de azar del olvido.*

*Nada amanece, todo envejece,
plancha tu velo de tul.
Tal vez mañana a tu ventana
llame otro príncipe azul.*

*Y no sé de qué modo
dejar de adorarte sin duelo
entre nunca y quién sabe.
Cuando quemes tus naves
no me pierdas las llaves del cielo.*

La segunda aportación de Pereza, «Embustera», fue, según distintas encuestas, la favorita del público y, debido a su electricidad, de las que mejor funcionaron en los conciertos de esa gira. Es muy *Perezera*. La letra es en exceso pretenciosa, demasiado artificial:

*Embustera,
tu corazón
es una cremallera
de Christian Dior,
blanqueas emociones
traficas con botones
pierdes con mi perdición...*

La potente «Crisis» es la que más me gusta. Una letra mayúscula y un ritmo contagioso. Una de esas canciones a las que se le podría sacar mucho partido en directo, y que Joaquín no toca. Un mes antes de la salida del disco escribió para su página de *Interviú* la pieza *Notas para una crisis*, que incluía muchos de los versos de ese tema, que recojo íntegro porque no tiene desperdicio:

*Otro jueves negro en el Wall Street Journal,
desde el 29 la bolsa no hace crack,
cierra la oficina, crece el desvarío,
los peces se amotinan contra el dueño del río.*

*En el vecindario a la hora del rosario
ni carne ni pescao,
dame otra pastilla de Apocalipsis Now
mientras se apolilla el libro rojo de Mao.*

*Crisis en el ego,
todos al talego,
crisis en el adoquín.*

*Crisis de valores,
funeral sin flores,
dólares de calcetín.*

*Crisis en la escuela,
quien no corre vuela,*

sexo, drogas, rock and roll.

*Crisis en los huesos,
fotos de sucesos,
cotos de caza menor.*

*Dan ganas de nada mirando lo que hay:
ayuno y vacas flacas de Tánger a Bombay.
Siglo XXI, desesperación,
este año los reyes magos dejan carbón.*

*Y la gorda soñando que le aborda el crucero
un fiero somalí.
A ritmo de cangrejo avanza el porvenir
mirándose al espejo de esta España cañí.*

*Crisis en el cielo,
crisis en el suelo,
crisis en la catedral.*

*Crisis en la cama,
cada sueño un drama,
un euro es un dineral.*

*Crisis en la luna,
la diosa fortuna
debe un año de alquiler.*

*Crisis con ladillas,
manchas amarillas,
pánico del día después.*

*Crisis en la moda,
firma y no me jodas,
esta no es nuestra canción.*

*Guerra de intereses,
vuelvo haciendo eses,
ábreme por compasión.*

*Putas de rebajas,
reyes sin baraja,*

inmundo mundo mundial.

*Sábado sin noche,
México sin coches,
libro sin punto final.*

*Cómete los mocos,
no te vuelvas loco,
múdate a Nueva Orleans.*

*Gripe postmoderna,
rabo entre las piernas,
Clark Kent ya no es Superman.*

*Mierda y disimulo,
crisis por el culo
del zulo de tu nariz.*

Crisis, crisis, crisis...

En la edición argentina de la revista *Rolling Stone* escribieron que el cantante alumbró «un álbum melancólico pero esperanzado, repleto de hallazgos líricos». Es cierto, pero no es un disco con pegada porque las canciones están demasiado lastradas por esa carga lírica. A Sabina y a Prado se les fue la mano en demasiados momentos, de tal forma que las piezas, en vez de inmediatez, tienen sobrepeso. Una buena canción —que no un poema, que es otra cosa— ha de ser transparente como un vaso de agua. En Praga, el capitán Garfio y su socio buscaban versos memorables, hallazgos poéticos, sí, pero se olvidaron de la esencia: conmover, acariciar el corazón de quien escucha.

La gira de *Vinagre y Rosas* arrancó en Salamanca el 20 de noviembre de 2009. En los días previos al pistoletazo de salida, Sabina confesó sentirse «como en el corredor de la muerte» ante la responsabilidad que tenía por delante, aunque dijo estar contento por el hecho de que el público le iba a dejar cantar siete canciones en paz —en silencio—, puesto que aún no se las sabía.

Las críticas de los conciertos fueron, en general, buenas. Elogiosas, incluso. El 16 de diciembre de 2009 actuó en el Palacio de los Deportes, donde aseguró que esa gira iba a suponer su despedida de los grandes escenarios, ya que a partir de entonces tenía intención de tocar únicamente en teatros y en recintos de menores dimensiones. Leiva y Rubén interpretaron con él las dos canciones del disco de cuya música eran responsables, «Tiramisú de limón» y «Embustera». Pablo Martínez Pita tituló su crónica para el diario *ABC* «Sabina encandila a sus fieles», y en la entradilla destacó que «el músico de Úbeda consigue caldear la gélida noche madrileña con su imbatible repertorio». El colofón de su crítica era de sobresaliente: «De una forma u otra, [Sabina] no solo ha entregado un disco que vuelve a brillar a buen nivel, sino que tiene detrás un repertorio que pone los pelos de punta a miles de personas. Hasta nueve millones de discos le avalan. Y la fiesta que se organizó al final del concierto, con “Y nos dieron las diez”, “Contigo” y “La del pirata cojo”, también. Para los que teman por futuras citas, diremos que su voz sigue rota, pero aguantó el tipo con nota alta». La periodista Marta Ostiz, de la agencia Efe, compartió el parecer de su colega: «A la hora y media Sabina hizo su primer amago de concluir el concierto, pero los fans supieron devolverle dos veces al escenario y alargar una hora la actuación con temas como “Y nos dieron las diez” o “Contigo”. El *rock* de “La del pirata cojo” y “Pastillas para no soñar” cerró un concierto que metió el calor en el cuerpo a un público que probablemente sea el último que vea en Madrid a Joaquín Sabina sobre un escenario tan grande». Se equivocó en el vaticinio, pero qué más da.

No todo fueron piropos, sin embargo, pues a Joaquín también le cayó alguna buena hostia. Fernando Neira no coincidió con los citados periodistas en absoluto, y en su crónica para *El País*, que tituló «La encrucijada de la felicidad», bajó, inclemente, el dedo pulgar. Ya el antetítulo avisaba de por dónde iban a ir los tiros: «Joaquín Sabina aburre en el Palacio de los Deportes con su repertorio nuevo a un público que solo se desboca con los éxitos de siempre». He aquí un largo fragmento de su crítica: «Hay que llamarse Sabina para permitirse chulerías como programarse a uno mismo en la música de sala. Canta Joaquín enlatado por los altavoces, amagan sus músicos unas notas de “Lili Marlen” e irrumpe por la izquierda el trovador [...] dispuesto a comerse

una vez más esta ciudad que es medio suya. Se reserva para sí todo el frontal del escenario y relega a los seis músicos un par de metros más atrás. Por si no quedaba claro quién manda aquí. Agradecía el de Úbeda el calor de los suyos en este Madrid abrazado por los vientos siberianos, pero parte de ese frío traspasó el hormigón del Palacio de los Deportes y se instaló entre las butacas. Joaquín pasea y desgrana su repertorio reciente, pero no es hasta “Por el bulevar de los sueños rotos”, cuarenta minutos más tarde, cuando las sillas registran las primeras deserciones y la feligresía acerca sus brazos al oficiante. Sabina es ahora un tipo feliz, o casi. Cómo has podido caer tan bajo, le reprocharía el amigo Rimbaud. Por eso no sabemos bien si felicitarle o preocuparnos. Nos ha cumplido sus flamantes cuarenta y veinte, ejerce de madurito interesante y ha encontrado, parece, esa entelequia a la que llaman estabilidad emocional [...]. El problema de la felicidad es que, como una mala gripe, te acaba bajando las defensas. Anda uno tan pendiente de sonreír, retozar y acurrucarse a la hora de la siesta que descuida detalles cotidianos relevantes. Por ejemplo, escribir canciones. [...] Acumula todo el oficio del mundo al respecto, pero se ha vuelto tan comodón que siempre parece componer una que ya le habíamos escuchado. [...] Nuestro bardo transita siempre por parajes trillados. No me compliquen la vida con la musiquita, por favor: yo ya solo me codeo con los poetas. ¿Habíamos mencionado ya que Sabina se siente la mar de feliz? Prado y Sabina nos llegaron de Praga con versos memorables (y muy sabineros, con independencia de quién los urdiese). [...] Su plasmación musical, en cambio, invita al bostezo descoyuntado. Encadenar al principio del recital “Viudita de Clicquot” y “Parte meteorológico” equivale a una cruda condena de invierno. Sabina salva los platos porque atesora canciones majestuosas (“Y sin embargo”, “Aves de paso”). [...] Ahora solo le falta resolver la encrucijada de su propia felicidad. Lo necesita para dirimir si le sigue interesando el oficio de cantautor o le vence la tentación del sonetista».

Medio año después, el 22 de junio de 2010, Sabina volvió a actuar en Madrid, en este caso en Las Ventas, y fue de nuevo Fernando Neira quien le bajó del cielo al subsuelo desde su crónica de *El País*, curiosamente un medio afín. Bajo el título «Joaquín Sabina o el interés menguante» y el subtítulo «El trovador llena Las Ventas, pero se conforma con una faena de aliño», escribió:

«[...] Don Joaquín Ramón Martínez Sabina suma ya la respetable cifra de sesenta y un años, graba y gira con regularidad desde hace más de tres décadas, ha completado quince álbumes con su nombre estampado en portada y ayer [...] fue capaz de volver a llenar su querido coso de Las Ventas: 17.860 fieles corearon con intensidad desigual sus coplas y ocurrencias. El maestro merece un respeto del que aquí dejamos testimonio, negro sobre blanco. Pero que el de Úbeda sea dueño de un gran currículum y conserve notable capacidad de convocatoria no significa, necesariamente, que atraviese por el mejor de sus momentos. Con independencia de lo que le digan sus secuaces, corifeos y demás seguidistas, Sabina no seguirá siendo mucho Sabina solo porque se cale el bombín y suelte algún chistecito. [...] Nada más empezar, la primera decisión dudosa. Las Ventas se queda a oscuras a las 22.12, pero de los músicos aún no hay rastro. En su lugar, atruena “Y nos dieron las diez” en versión de banda y verbena. ¿Sabina, cómplice necesario del chunda chunda? [...] Sabe de sobra que ha salpicado el camino con unas cuantas canciones memorables y aún muchos más versos merecedores de tal calificativo. Sí, es verdad: ir por la vida de sabiniano no constituye el menor desdoro. El verdadero problema consiste en que, como en las cláusulas bancarias, el interés histórico no presupone intereses futuros. Y Joaquín parece empeñado, con la tozudez del inversor al que le suele sonreír la fortuna, en realizar maniobras caprichosas con su cartera de valores. [...] Nuestro amigo jiennense piensa que si alguien no se deshace en elogios sobre su magna obra es porque la desafección le entra en el sueldo.* El de este cronista es, con seguridad, mucho más exiguo que el suyo, pero ello no nos impide sospechar que el último Sabina, el posterior a *19 días y 500 noches*, es una calcomanía ramplona, una caricatura, del que fue. Y de aquello, burla burlando, ya han transcurrido once temporadas [...]. Él y su cuadrilla se conjuraron para dejarse “el alma y los huesos”, pero no hubo manera de distinguir un solo chispazo de calcio proveniente de las tablas. El trovador manda tanto que su voz de lija se apodera de toda la mezcla. Canta Joaquín y su media docena de acompañantes parecen relegados a la condición de hilo musical. [...] Los fieles le siguen adorando, a la vista está. Y, sin embargo, la chispa sabiniana cotiza a la baja y el interés de sus acciones ha emprendido el rumbo menguante».

Aquello provocó una respuesta por parte de la escritora Almudena Grandes, íntima de Sabina, por más señas, quien había acudido a ese concierto y no le salían las cuentas. En su columna de *El País*, y bajo el título «Objetividad», sacó pecho por su amigo. Destaco aquí un fragmento de su defensa: «Escribir es mirar el mundo para contarlo después, y dos personas pueden dar versiones antagónicas del mismo hecho. Las discrepancias radicales, sin embargo, solo sirven para provocar irrealidad. El martes pasado, Joaquín Sabina volvió a llenar Las Ventas. Yo estuve allí. No pretendo ser objetiva, pero mientras le escuchaba, creí estar asistiendo de verdad a aquel concierto en el que su público se le entregaba con la misma extrema generosidad que recibía de un cantante de sesenta y un años, que permaneció tres horas en el escenario. A la salida, y después, mientras volvía a casa en el metro, creí ver sonrisas, gestos de entusiasmo, y creí escuchar palabras de amor, calientes, jubilosas. Y no dudé en ningún momento de mis sentidos hasta que al día siguiente leí, en este mismo diario, la crítica de un concierto distinto, aburrido, senil, decepcionante. Desde entonces, me pregunto si las veinte mil personas que abarrotamos Las Ventas la otra noche estuvimos de verdad allí. Y, en ese caso, cómo es posible que un solo listo se haya atrevido a llamarnos tontos a todos sin que le tiemble el pulso». Dicho quedaba. Lo de uno y lo de la otra.

A fin de introducir un punto de vista más sobre el mismo concierto diré que el de Guillermo D. Olmo, de *ABC*, se acercó más al de la escritora: «La música de Sabina nunca fue de pulmón, fue de corazón y conciencia, y así la lució anoche en un Madrid que, desde que al de Úbeda le dio por hablar de él, no se cansa de aclamarle. No les importa a sus fieles que Sabina ya les hable más bajo. El susurro del mito es oro. Su silencio, una condena que muchos no podrían soportar. [...] Advirtió de que era “el último paseíllo”, pero la gente no quiso hacerle caso. [...] Y es que Sabina, que como todos los genios también se hace mayor, recordó que aun siendo un descreído, Madrid para él es un “lugar sagrado”. Después empezó con su repertorio clásico, a preguntarse quién le robó el mes de abril y a demostrar, una vez más, quizá la última, que la melancolía también puede ser apoteósica». Está claro: para gustos, los colores.

Ese año, Sabina publicó dos nuevos libros: *Con buena letra III* (Temas de Hoy), segunda ampliación de su cancionero, la cual añadía las letras de *Vinagre y rosas*, y *Esta boca es mía. Edición completa de los versos satíricos* (Ediciones B), que recogía, tal y como indicaba su título, todas sus colaboraciones para la revista *Interviú*.

También en 2010 aportó sus cuerdas vocales y personalidad a la canción «Lola Soledad», de Alejandro Sanz, que se incluyó en el cedé/deuvedé *Canciones para un paraíso en vivo*, resultado de la gira que Sanz emprendió por Centroamérica y América del Norte (México y Estados Unidos). No era esa la primera vez que cantaban juntos: doce años atrás, en octubre de 1998, en un monográfico que se le dedicó al madrileño en el televisivo *Séptimo de Caballería*, dirigido y presentado por Miguel Bosé, interpretaron al alimón la «Princesa» de Sabina y este, después, le dedicó algunos piropos al homenajado.

Ya en 2011 empezó a escribir para el diario *Público*, en donde retomó la labor de «columnista» que había desarrollado años atrás para *Interviú* y comentó la actualidad a golpe de verso. La sección en la que escribía llevaba por título «El grito en el suelo».

Aquel año se reeditó *19 días y 500 noches* en formato disco-libro con un cedé extra y un deuvedé. El disco incluía estas canciones: «Nos sobran los motivos» y «La Biblia y el Calefón», ambas de la edición argentina de *19 días...*; «Ola de frío», una inédita; «Arenas movedizas», de *Dímelo en la calle*; «Doble vida», «A vuelta de correo» y «Ay Calixto», de *Diario de un peatón*; «Como te digo una co te digo la o», versión extendida; «Arenas movedizas», texto alternativo; «A vuelta de correo», versión eléctrica; «Una canción para la Magdalena» por Pablo Milanés (del disco *La Habana canta a Sabina*), y «19 días y 500 noches» con Chonchi Heredia (del *single* promocional). El deuvedé contenía el concierto que ofreció en Salamanca en 1999 y los videoclips de los temas «19 días y 500 noches», «Dieguitos y Mafaldas» y «Nos sobran los motivos».

Además, Joaquín fue objeto de un nuevo homenaje. En este caso, con sabor caribeño: *La Habana canta a Sabina*. Las canciones elegidas fueron: «Una canción para la Magdalena» (Pablo Milanés); «¿Quién me ha robado el mes de abril?» (Carlos Kalunga, de Buena Vista Social Club); «Que se llama

soledad» (Haydée Milanés); «Contigo» (Jessica Rodríguez); «Como un dolor de muelas» (Ivette Cepeda); «A la sombra de un león (I)» (Amaury Pérez); «La canción más hermosa del mundo» (Buena Fe); «A la sombra de un león (II)» (Pancho Amat y El Cabildo del Son); «19 días y 500 noches» (Frank Fernández) y «Tan joven y tan viejo» (Carlos Varela). Somos Amigos, grupo de *jazz* latino, participó en ocho de los temas.

En abril, Fito Páez volvió a aparecer en escena, y nunca mejor dicho: cantó con su antiguo enemigo «Llueve sobre mojado» en el Luna Park, en Buenos Aires, dentro de la gira de Sabina *El penúltimo tren* (ofreció diez conciertos en ese recinto, un disparate). El español declaró: «Nos amamos, nos peleamos y nos reconciamos. No he tenido enemigo íntimo más noble».

Tan solo un mes después tuvo que suspender sus conciertos en México y en Estados Unidos —era la primera vez que iba a tocar en suelo yanqui— debido a una «diverticulitis aguda», una afección intestinal. Los médicos le recomendaron reposo absoluto durante seis semanas.

Pasado el verano, el 6 de octubre de 2011, se estrenó en el Teatro Rialto de Madrid el musical *Más de 100 mentiras*, una ficción criminal creada a partir de las canciones de Sabina. O dicho de otro modo, una excusa, en clave de *vendetta* suburbial, para llevar a la calle, seis días por semana, las letras de Joaquín con otras voces y otros cuerpos. La idea se le ocurrió a José María Cámara, excapo de la discográfica Sony y «jefe» de Sabina durante años (el mismo que en su etapa de director de Ariola supo ver su gran potencial y, en una de sus apuestas más acertadas, se lo arrebató a Epic, el sello de CBS en el que Joaquín publicó *Malas compañías* y *Ruleta rusa*). David Serrano, Fernando Castets y Diego San José se ocuparon del guion. Y aquello desembocó en un disco con veintisiete canciones que fue grabado en el Rialto entre el 2 y el 4 de diciembre de ese año y que salió al mercado en plena campaña navideña. Pancho Varona participó tanto en la dirección musical del espectáculo como en la producción del disco.

Menos de dos semanas después de que sus canciones se convirtieran en carne de musical, actuó, por fin, en Estados Unidos. Lo hizo en el Manhattan Center de Nueva York, en el Nokia Theatre de Los Ángeles y en el American Airlines Arena de Miami. Antes de dar esos conciertos manifestó que aquella gira por Estados Unidos significaba «revivir una antigua juventud soñada». En

el escenario del Manhattan Center, en la Gran Manzana, pronunció, emocionado, las siguientes palabras: «Buenas noches, neoyorquinos latinos, latinos neoyorquinos. No ha sido fácil en mi caso, sesenta y dos años, llegar hasta aquí. Estamos muy conmovidos por realizar un sueño. No esperaba que Nueva York fuera como Albacete. Pensé que en lugar de venir a ver a este indignado se habían ido a ver a los indignados de Wall Street», en alusión a las protestas que estaban teniendo lugar en contra de la crisis económica y de los abusos cometidos por el sector financiero. Y en un momento del concierto se paró en seco, contempló en silencio al público y pensó en alto: «Si lo supieran en mi pueblo. Quién me lo iba a decir...». Solo le faltó añadir: «Perdonen la tristeza».

Ya en 2012, a principios de febrero, salió a la venta el primer disco de creación de Serrat y Sabina, *La orquesta del Titanic*, cuyas canciones fueron compuestas por ambos durante el verano anterior. Se reunieron para ello en las casas de Joaquín de Madrid y de Rota (Cádiz) y recurrieron también a un sistema que a Sabina, en cuanto le pilló el tranquillo, le fascinó: Skype, un software que permite comunicarse a través de internet con texto, voz e imagen.

Para Joaquín, aquello supuso la consumación de un viejo sueño que se guardó mucho de contarle a nadie: trabajar mano a mano en la construcción de una serie de canciones con su primo El Nano. Y es lógico pensar que el catalán, tan admirador del golfo de su hermano madrileño, también cumplió con aquello un íntimo anhelo.

El disco lo conforman once composiciones: «La orquesta del Titanic»; «Después de los despueses»; «Idiotas, palizas y calentabraguetas»; «Canción de Navidad»; «Quince o veinte copas»; «Acuérdate de mí»; «Hoy por ti, mañana por mí»; «Dolent de mena» (“Malo por naturaleza”, cantada en catalán por Joaquín); «Martínez»; «Cuenta conmigo» y «Maldito blues». De la producción se encargó Javier Limón y contó con la colaboración de Alejandro Sanz, David Trueba, Antonio Carmona y Sandra Carrasco. Jimena Coronado, la chica de Joaquín, prestó también sus cuerdas vocales a la causa.

A pesar de la maestría de sus autores y de su mucho oficio, ese disco, que tiene, eso sí, muy buena letra, no creo que vaya a pasar a la historia por la belleza de sus composiciones —no está a la altura de los mejores discos y

canciones que han hecho por separado—, pues apenas ha dejado piezas memorables. Si acaso una, «Hoy por ti, mañana por mí».

No obstante, dio lugar a una nueva y muy lucrativa gira conjunta, la segunda, *Dos pájaros contraatacan*, que hizo feliz a mucha gente — recorrieron América y España y ofrecieron setenta conciertos— y que se materializó en otro disco en directo, *Serrat & Sabina en el Luna Park*, compuesto de un cedé con catorce canciones, un devedé con otros treinta temas y un *making-of*, y que se puso a la venta en noviembre de ese año.

Además, en 2012 colaboró en los discos de dos famosos cantantes y fue objeto de un nuevo homenaje discográfico. Con el colombiano Juanes, de quien se hizo muy amigo, grabó la canción «Azul Sabina» para su disco *Juanes MTV Unplugged*, de cuya producción se encargó uno de los escritores de canciones a los que Sabina más admira, el dominicano Juan Luis Guerra. Aquel disco obtuvo varios premios y alcanzó unas ventas altísimas.

Por otro lado, grabó la canción «Sol forastero», de *Bajo el signo de Caín*, para *Papitwo*, el segundo disco de duetos de Miguel Bosé tras el éxito obtenido con *Papito*. Y casi suenan más verosímiles los versos «*Bajo un sol forastero / un forastero seré, / bajo un cielo negro, negro / extranjero hablaré*» en la voz desguazada de Sabina que en la de Bosé.

En cuanto al disco que le tributaron, se trata de *De purísima y oro*, en donde trece flamencos —perdón, doce más uno— interpretan, a su manera, algunas de las canciones más célebres de Sabina: «Y sin embargo» (Antonio Carmona); «Pongamos que hablo de Madrid» (Carmen Linares); «19 días y 500 noches» (Pitingo); «Amor se llama el juego» (India Martínez); «Puntos suspensivos» (José Mercé); «Calle melancolía» (Arcángel); «Noches de boda» (Martirio); «¿Quién me ha robado el mes de abril?» (José el Francés); «Como un explorador» (Enrique Heredia *Negri*); «Por el bulevar de los sueños rotos» (Sandra Carrasco); «Una canción para la Magdalena» (Joana Jiménez); «Contigo» (Niña Pastori) y «Como un dolor de muelas» (Cañizares).

En noviembre de ese año el suplemento *XL Semanal* cumplía un cuarto de siglo y por ese motivo la redacción de esa revista pidió a sus lectores que eligieran a sus diez personajes favoritos de entre cien nombres, de mujeres y hombres, propuestos. Sabina fue uno de los elegidos, junto con el pintor

Antonio López, el tenista Rafael Nadal, el cineasta Alejandro Amenábar, el escritor Arturo Pérez-Reverte, el cirujano Pedro Cavadas, el divulgador científico Eduardo Punset, el presentador de informativos Matías Prats, el cocinero Karlos Arguiñano y el presidente de Cáritas, Rafael del Río (curiosamente, no hubo una sola mujer). Cuando a Sabina le preguntaron cómo se veía respecto a hacía veinticinco años, contestó: «No me veo, no me miro, no me busco. Me sigo riendo, sigo cantando, sigo respirando. Es suficiente para mí». Y cuando le preguntaron cómo acusaba ese paso de tiempo en España, dijo: «Tengo sesenta y tres, viví el franquismo, me exilié, volví, vi la Movida, la bonanza económica, la apertura a Europa. Pero nunca había vivido la descomposición, la desesperación de ahora. Falta decencia y sobra impunidad».

Al año siguiente, 2013, Sabina publicó dos nuevos libros: *El grito en el suelo* (Visor Libros), que recogía el grueso de sus colaboraciones para el diario *Público*, y *Sabina muy personal* (Planeta), que nació como un libro de memorias y terminó siendo, ante la imposibilidad de Joaquín de contar en prosa su vida, una miscelánea de dibujos, esbozos de letras de canciones y comentarios sobre la actualidad.

En 2014 murieron dos personas muy queridas por él y enormemente admiradas por muchos: con una diferencia de tres meses, fallecieron el poeta argentino Juan Gelman, a los ochenta y tres años, y Gabriel García Márquez, a los ochenta y siete.

Con Gelman, monumental poeta, Premio Cervantes (2007), Sabina mantuvo una relación basada en el mutuo respeto y la absoluta admiración. Se intercambiaron muchos versos, que el español recogió en sus libros *A vuelta de correo* y *Esta boca es mía*. Dos meses y medio antes de morir, el argentino le hizo entrega, en México, de su último poema, *Verdad es*, escrito a mano, y se lo dedicó. Joaquín lo divulgó tras su muerte:

*Cada día
me acerco más a mi esqueleto.
Se está asomando con razón.
Lo metí en buenas y en feas sin preguntarle nada,
él siempre preguntándome, sin ver
cómo era la dicha o la desdicha,
sin quejarse, sin*

*distancias efímeras de mí.
Ahora que otea casi
el aire alrededor,*

*qué pensará la clavícula rota,
joya espléndida, rodillas
que arrastré sobre piedras
entre perdones falsos, etcétera.
Esqueleto saqueado, pronto
no estorbará tu vista ninguna veleidad.
Aguantarás el universo desnudo.*

JUAN GELMAN

La condesa DF, 28 de octubre de 2013

Respecto a García Márquez, Sabina, que tanto lo admira —su obra vivirá siempre—, nunca terminó de creerse la relación que llegó a mantener con él. Cuando iba a México quedaban en el local preferido del escritor, el Siqueiros piano-bar, donde cantaban rancheras con los mariachis y bailaban cumbia. Los últimos años, la mujer del Premio Nobel, Mercedes Barcha, lo seguía llevando a aquel lugar cada vez que Joaquín les llamaba, pero debido a su avanzado alzhéimer ya no le reconocía, como ha manifestado el cantante alguna vez. Acude a mi cabeza algo que me contó Joaquín hace muchos años, que el escritor colombiano le confesó que su cantante favorito era José Luis Perales. Sabina no le creyó cuando se lo dijo, pensó que le tomaba el pelo, y entonces el autor de *El amor en los tiempos del cólera* y *Crónica de una muerte anunciada* le pidió que le acompañara hasta su coche, abrió la guantera y allí estaban: un montón de cintas casete del cantante y compositor conquense.

Ese año compuso la canción «Dicen que lo dijo Adela» para el cortometraje *Epitafios*, en el que su hija Carmela —Carmela Martínez Oliart— ejerció de directora de producción desde Estela Films, la productora en activo más antigua de España, donde desempeña ese cargo (es íntima amiga de Félix Tusell Sánchez, director de esa productora y productor ejecutivo, perteneciente a una familia estrechamente vinculada a la industria cinematográfica desde mediados del siglo XX). Dirigido por María Ballesteros y protagonizado por Francesco Carril, Teresa Lozano, Silvia Marty, Natalia

Mateo, Teo Planell y Arturo Valls, aquel corto fue financiado a través de micromecenazgo —el apoyo de más de ochenta personas hizo posible su realización—, y Sabina definió su aportación a la causa como un «traje a medida».

En octubre, Sabina fue el protagonista indirecto de un disco que cosechó unas excelentes ventas, *Mi teatro*, de Dani Martín, grabado en directo las noches del 22 y el 23 de mayo en el madrileño Palacio de los Deportes. Cantó con Dani «Por las venas» y «Contigo», esta última también junto a Serrat.

Un mes después acudió a Las Vegas para asistir al homenaje que se le rindió a su amigo Serrat, quien fue nombrado Personalidad del Año durante la ceremonia de los Grammy Latinos. Numerosos músicos interpretaron canciones del autor catalán —Miguel Bosé cantó «Lucía», Rubén Blades, «Para la libertad», y Pablo Alborán, «Fiesta»— y Sabina se ocupó de «No hago otra cosa que pensar en ti», una canción que, de hecho, grabó veinte años atrás para el disco de homenaje *Serrat... eres único*.

Y en 2014 se publicó también el doble disco *Esencial. Joaquín Sabina*, un grandes éxitos con treinta y cuatro canciones que recorren, con la sola excepción de *Inventario*, toda su discografía. Dejando a un lado las mastodónticas cajas, es el primer recopilatorio de su carrera en el que conviven las grabaciones de Epic (CBS) y de Ariola gracias a que forman parte del mismo catálogo, propiedad de Sony Music.

A punto de finalizar el año, la noche del 13 de diciembre —caray con el numerito—, Sabina tuvo que acortar el primero de los dos conciertos programados en el BarclayCard Center, antiguo Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid, dentro de la gira *500 noches para una crisis...*,* con la que venía de triunfar superlativamente en distintos países de Latinoamérica (Perú, Chile, Argentina y Uruguay). Una gira que se apuntalaba en las canciones de su disco más celebrado, *19 días y 500 noches*, que en 2014 cumplió quince años de vida. Los diarios recogieron la noticia con cierta alarma. El diario *El País* tituló la crónica de esa noche «Sabina acorta un concierto en Madrid marcado por su emoción»; *El Mundo* dio un titular aún más preciso: «Sabina sufre un ataque de miedo escénico en Madrid: “Me ha dado un Pastora Soler, lo siento”», y *La Vanguardia* señaló: «Sabina concluye precipitadamente su concierto en Madrid por miedo escénico».

La cosa es que actuó en Madrid con el aforo hasta los topes y, tras un comienzo dicen que glorioso —no estuve allí, aunque lo he visto defender su cancionero un millón de veces y sé lo grande que puede llegar a ser cuando sale al escenario con hambre de humanidad—, tuvo una pájara anímica y terminó dándole la noche al personal, pero sobre todo a sí mismo. «He tenido un Pastora Soler», se disculpó sabinianamente, en alusión a los ataques de miedo escénico que la cantante sevillana había sufrido meses atrás y que le obligaron a postergar de forma indefinida el cara a cara con sus seguidores. Joaquín, que llevaba cinco años sin dar el cante en la capital, hizo mutis a los cuarenta minutos de iniciarse el concierto para que Pancho Varona y el guitarrista Jaime Asúa interpretaran dos temas, algo nada infrecuente. Sin embargo, cuando volvió era otro. Su rostro, cuentan los periódicos, reflejaba esa catástrofe interior. Al final, hubo de renunciar a los sagrados bises y se despidió entre lágrimas. Es lógico pensar que devorado por la impotencia que suponía no poder dar la talla ante el público de la ciudad que más ama y más teme, y en la que reside. Los diarios señalaban que algunos de los asistentes gritaron «¡tongo, tongo!» sin la menor clemencia, mientras que otros se mostraron, en cambio, comprensivos con él.

Aquel incidente armó el previsible guirigay en las redes sociales: el aluvión de mensajes a favor y en contra fue imparable, y como era de esperar no faltaron alusiones al ictus cerebral (el *marichalazo*) que sufrió en 2001 y a la posterior depresión (la «nube negra»), dos hechos que no guardaban relación alguna con lo sucedido. En Twitter, el locutor de radio Tony Aguilar y la cantante Mónica Naranjo le afearon la mención a Pastora Soler. El primero afirmó que «bromear, sobre las tablas, de una compañera enferma no es propio de alguien de su grandeza artística», mientras que la Naranjo, que suele decir lo que piensa, no defraudó y fue más feroz: «Te has pasado de la raya», tuiteó, en un alarde de doble sentido. Quien conoce a Joaquín no dudó ni un segundo de que se trató de una simple broma, de una sabinada más, pero las reacciones de los otros no hay manera de calibrarlas (él comentó después que no lo dijo, por supuesto, para faltarle al respeto, y que la llamó y le explicó que era una muestra de solidaridad con ella, y que la cantante lo entendió).

En cuanto a los diarios digitales, los comentarios se dividían de igual forma entre quienes le declaraban amor eterno, le enviaban toneladas de ánimo y le deseaban una pronta recuperación, y quienes aprovechaban la coyuntura para hacer leña del árbol caído. Nada nuevo bajo el sol. Los españolitos, ya se sabe, somos verdaderos expertos en enmendar la plana, en corregir al de enfrente, en criticar con fiereza al que resbala o falla o no consigue lo que nosotros conseguiríamos con la gorra de estar en su pellejo: marcar ese gol, anotar esa canasta, ganar ese partido o esa carrera, hablar en público sin equivocarse, cantar sin desafinar y dándolo todo, rematar la faena, en fin, «como mandan los cánones». Y ahí dan igual las muchas medallas que se ostenten y los logros pretéritos, ya que nadie se salvará del juicio despiadado de los que siempre dan, o dicen dar, en el centro mismo de la diana y exigen idéntica eficacia.

En su segundo concierto en la capital, dejó claro que aquello había sido un hecho aislado. Comenzó la actuación con un mensaje muy claro: «Estoy bien y no me voy a retirar», y después del saludo manifestó: «En un día como hoy, decir gracias es decir muy poco. Quisiéramos dar el mejor concierto de nuestra vida».

Cuatro meses después, ya en 2015, volvió a tocar en ese mismo recinto, en el cierre de esa gira, y en mitad de la tercera canción gritó: «¡A que me da un ataque de pánico escénico!». El público le respondió con un grito unánime. Acababa de enterrar un fantasma más.

Aquella gira se plasmó en un nuevo disco en directo, el tercero en solitario de su carrera (con Serrat tiene otros dos), *500 noches para una crisis. En directo*, que fue grabado en el Luna Park, en Buenos Aires, el 20 de septiembre de 2014. Además de incluir las canciones de su disco más celebrado, *19 días y 500 noches* —con la sola excepción de «Como te digo una co te digo la o»—, este doble cedé más devedé tiene mucho de viaje en el tiempo. Una travesía temporal que repasa algunos de los tramos capitales de su obra: desde el prehistórico *Juez y parte* hasta el postmarichalazo *Dímelo en la calle*, pasando por el cronístico *Mentiras piadosas*, los notables *Física y química* y *Yo, mí, me, contigo*, y el polémico *Enemigos íntimos*. Incluye también un tema inédito, «Ese no soy yo», versión libérrima y enérgica del clásico de Bob Dylan «It Ain't Me Babe». En total, veintidós cortes en el cedé

más dos *bonus track*: los ensayos de «De purísima y oro» y «Peces de ciudad», y veintitrés canciones en el *deuvedé* más los mismos *bonus track* y el *making-of*.

También en 2015 se publicó *Puro Sabina*, su último gran recopilatorio hasta la fecha, que reúne todos sus discos de estudio en solitario, excepto *Inventario*, del que Sabina reniega, y todos los discos en directo. En total, dieciséis cedés, de 1980 (*Malas compañías*) a 2015 (*500 noches para una crisis. En directo*). Incluye un libro de cien páginas con todas las letras.

El verano de ese año le llegó un durísimo revés: el 12 de julio murió de un infarto, a los 71 años, Javier Krahe, su maestro y amigo del alma, cómplice de sus correrías juveniles por un Madrid que empezaba a sacudirse la caspa acumulada durante casi cuatro décadas. La muerte le sorprendió en la casa de Zahara de los Atunes (Cádiz) en la que veraneaba. Sabina habló de su «hermano», que en treinta y cinco años de carrera dejó catorce discos y ciento cincuenta canciones escritas, con el director editorial del diario digital *infoLibre*, Jesús Maraña: «Hoy, la música, la poesía, el humor, el cinismo, la decencia y el saber vivir están absolutamente de luto. Desde que lo he sabido, y después de hablar un rato con su mujer, no hago más que pensar que cada día estoy más solo, más huérfano de la gente que uno más quiere y más admira. Fue uno de los mayores lujos de mi vida. [...] En los últimos años hemos estado más separados, por la distancia y por alguna tontería de esas nuestras. [...] La Mandrágora era él, era Javier. Porque Alberto simplemente cantaba sus canciones y yo absorbía todo lo que era capaz de aprender de Krahe. Lo que a mí realmente me cambió en aquella época, y para siempre, fue Javier Krahe. [...] Cada vez que escribo un verso pienso qué le va a parecer a Krahe. Lo tengo siempre en la cabeza como una guía íntima, como alguien que no me va a permitir hacer el ridículo. [...] Era el rigor, el honor, el humor más inteligente, la aspiración a lo mejor en todo lo que uno hace».

En septiembre de 2015, Julio Iglesias lanzó el disco *México*, con el que rendía un homenaje a ese país y a algunos de sus principales compositores, y para el que grabó «Y nos dieron las diez», pues, a pesar de que se trata de una canción escrita por un español, en esa tierra es un clásico que han hecho suyo. Hasta el punto de que muchos mexicanos creen que es una composición autóctona, algo que a Sabina siempre le ha encantado.

No era esa la primera vez que un artista español en las antípodas creativas de Sabina hacía una versión de ese tema. En 1992, en el especial Fin de Año que emitió el canal de televisión Antena 3, Rocío Dúrcal, voz de oro de las rancheras más inmortales, la cantó acompañada del propio Joaquín, dueto que fue recogido con posterioridad en diversos discos, y ocho años más tarde fue Bertín Osborne, reverso estético e ideológico de Sabina, quien la grabó para su álbum *Sabor a México*.

En la prehistoria, Sabina dijo a propósito de Iglesias que vendía chorizos, y en una entrevista que le hice allá por la mitad de los noventa, cuando ambos éramos dos o tres siglos más jóvenes, al preguntarle sobre nuestro cantante más universal soltó: «Julio Iglesias no me interesa nada, aunque reconozco que es el mejor vocalista de orquesta gallega del mundo». Este, en cambio, en un alarde de elegancia —no tengo noticia de que el autor de «Gwendolyne» le haya propinado una coza a ni uno solo de sus colegas, todo un caballero—, se ha referido a él como «nuestro genio Sabina», y ha añadido: «Yo creo que el día que Joaquín escribió esa canción histórica era mexicano, como me siento yo con este disco».

Desconozco si la opinión que JS tiene a día de hoy de JI sigue siendo la misma de antaño, pero sé por experiencia que no es frecuente obstinarse en la antipatía hacia quienes hablan bien, o muy bien, de nosotros. De hecho, lo normal es que sintamos cierto afecto por los que nos admiran y halagan e inquina hacia los que nos critican. Así de simple. A no ser, claro, que aquellos que nos elogian sean unos malnacidos sin solución o unos idiotas recalcitrantes. De todos modos, cuando casi dos años después, en abril de 2017, Iglesias lanzó el disco de duetos *México & Amigos*, en el que cantó con Plácido Domingo, Pablo Alborán y Juan Luis Guerra, entre otros, también Sabina grabó su voz para «Y nos dieron las diez», de tal forma que ambos cantantes, tan radicalmente distintos, quedaron unidos para siempre. Y fue a propósito de aquello que el autor de «Hey!» declaró que habló media hora por teléfono con Joaquín y que aquella conversación era para haberla grabado —¿seguro que no lo hizo?—, debido a todas las confesiones que se intercambiaron, y que Joaquín le terminó convenciendo de que él, Sabina, era el golfo y Julio el pijo. De lo cual se deduce que su parecer respecto a Iglesias ha cambiado.

Por otro lado, Joaquín, con la tardía llegada de la madurez —muy pocos son los que han conseguido estirar la juventud con tanto provecho como él—, parece haberse curado para siempre de los prejuicios propios de edades más tempranas y ha derribado muros de rechazo que parecían indestructibles (ya me confesó hace años que estaba aprendiendo que entre el blanco y el negro existen unos bellos grises). He ahí la canción que compuso para Raphael, «50 años después», y que no dudó en cantar con el histrión de Linares. El caso es que al detenerme ahora en su estribillo —«*Y aquí estamos los dos / tan diferentes, tan imposibles, tan contracorriente, / celebrando la vida al alimón...*»—, reparo en que esos versos bien podrían haber sido escritos para Julio Iglesias. Y desde luego, no considero que este y Raphael sean, en el terreno artístico, el sol y la luna, en absoluto.

De lo que no albergo la menor duda es de que a Sabina se la ha debido de poner bastante gorda —la vanidad, quiero decir— el hecho de que el cantante latino que más discos ha vendido en todo el mundo (trescientos millones de copias) haya versionado una de sus canciones. Por no hablar ya del pastón que se habrá embolsado en concepto de derechos de autor, y al que es imposible hacerle feos.

Ya en 2016, Sabina publicó un nuevo libro, el excesivo, desde todos los puntos de vista, *Garagatos* (Artika), un volumen, con hechuras de cofre, ideal para alimentar la vanidad de cualquiera, incluido él, tanto por su exquisita edición como por su precio: 2.100 pavos. Contiene el «Libro de arte» y el «Libro Garagatos», además de un desplegable compuesto de setenta y cuatro retratos. Lo completan un surtido de fotografías y textos a cargo de distintos amigos del mundo de la cultura, como Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes, Miguel Ángel Aguilar, Nativel Preciado y el director artístico del Museo Thyssen de Madrid, Guillermo Solana, quien analiza las influencias en los dibujos de Sabina y los elementos recurrentes y obsesiones que los conforman. En la presentación del libro, el director de la editorial, Juan Ribalta, definió a Sabina como «artista global» y «amalgama creativa». Joaquín, por su parte, se declaró un «intruso, un impostor, un estafador profesional» entre los artistas plásticos, y añadió: «En realidad, apenas sé dibujar. Para mí, era el modo de sacar la tensión entre concierto y concierto,

sobre todo en los últimos años, en los que me obligaba a estar mudo para guardar un hilo de voz que dar a mi bendito público. Y empecé a hacer garabatos, caligrafías, versos...».

Ese mismo año, el 28 de febrero, Día de Andalucía, Sabina fue nombrado Hijo Predilecto de Andalucía junto al médico Ángel Salvatierra. En un acto institucional que se celebró en el Teatro de la Maestranza, en Sevilla, el cantante y autor, que ya recibió la Medalla de Andalucía en 1989, leyó unos versos en los que mostraba su emocionado agradecimiento y que tituló con aquel verso inmortal que apareció en uno de los bolsillos del abrigo raído de Antonio Machado tras su muerte: *Estos días azules y este sol de la infancia*. Este es su discurso íntegro:

Sesenta y siete tacos el día doce / de febrero cumplí con pocas ganas / de happy birthdays, de velas atroces / pero esa tarde me llamó Susana. / Presidenta, le dije, no me tiente, / con medallas impropias de un gualtrapa, / aunque si es de mi tierra y de mi gente / será un honor lucirla en la solapa. / Y eso que en estos tiempos de tribales / identidades anti-solidarias / uno acepta encomiendas federales / si no son desiguales y gregarias. / Urge por eso, en tan inciertos días / construir puentes, destruir barreras, / que sea la verdiblanca la bandera / de la cultura, el pan y la alegría. / De Huelva y de Jaén eran mis padres, / mis amigos don nadies sin fronteras, / cuando la última copa me descuadre / regresaré a mi olivo y a mi higuera. / Jaén, Sevilla, Córdoba, Granada, / Málaga, Huelva, Cádiz, Almería, / duendes de la memoria enamorada / mantras del corazón y la utopía. / ¡Qué jeta! ¿Predilecto? ¡Qué impostura! / Se burlan los espejos implacables. / ¿El cantautor o su caricatura? / ¿El golfo? ¿El trotamundos inestable? / ¿El rojo con abono en la Maestranza? / ¿El rockero que admira al Agujetas? / ¿El ateo que espera a la Esperanza / de Triana soñando una saeta? / ¿Qué cantan los poetas andaluces / de ahora? —preguntaba Rafael Caballero / Bonald, perito en luces / de Argónida le puede responder. / Y mi compadre Luis García Montero / y Felipe Benítez que en la Rota / de la OTAN fundó un invernadero / para plantar mis ripios y mis notas. / Y allí paso veranos exquisitos / al amor de la gente que más quiero, / rodeado de hermanos, primas, titos, / un doctor, un borracho, un alfarero. / En ningún otro sitio los gitanos / han echado raíces de Macondo / llenando el alcanfor de mis paisanos / de un milagro llamado cante jondo. / Por no mentar la Alhambra y la Mezquita / de al-Ándalus, bendita morería, / o de las juderías sibaritas / que Isabel y Fernando aborrecían. / Aunque uno es nocherniego y tabernario / también sabe dar pases de castigo / pa' ser buen andaluz no es necesario / tocarle tantas palmas

al ombligo. / Mejor pasar a limpio los pecados, / los EREs, la ignorancia, el desempleo, / Andalucía sabe demasiado / lo ingrato que es bailar con el más feo. / La ilustración brilló cuando las cortes / de Cádiz se metieron en faena, / después un rey felón vendido al norte / puso de moda el «¡vivan las caenas!». / Parias hambrientos, pijos de mal vino, / guerras civiles, ninis sin memoria, / no conviene olvidar, por si la historia, / que aquí nacieron Lorca y su asesino. / Primero fueron Úbeda y Granada / las ciudades de mi devocionario, / luego vino Madrid, Londres y cada / Babel que me brindara un escenario. / Y América Latina tan mestiza / que sabe a ron y arcángeles paganos / y esa Habana mulata tan castiza, / tan gaditana, dijo Carlos Cano. / Regular, mire usted, tirando a mal / anda nuestra marchita economía, / pero en arte, delirios y osadía / no conozco un parnaso tan frutal. / Por eso a los tribunos que gobiernan / hoy les pido, perdónenme que insista, / una patria decente, audaz, moderna, / humana, justa, libre y progresista. / Y como no me ponen los sectarios / ni me frenan atávicos prejuicios / soñar un paraíso hospitalario / al sur del sur es ya mi único vicio. / Tuvo que ser el gesto de un paisano, / pongamos que hablo de Alejandro Sanz, / quien detuviera en fa mayor la mano / que maltrataba el morro de una fan. / Porque, aunque soy forofó del Atleti / y admirador de Messi y de Zizou, / entre el merengue y, manque pierda, / el Betis quiero siempre que gane el andaluz. / Marifé, Gala, Góngora, Cernuda, / Morente, Rancapino, Camarón, / Pasión, Emilio Prados, Juan Ramón: / el sabio sabe más cuanto más duda. / Y Bécquer y don Juan, Chaves Nogales, / Javier Ruibal, Paquito de Lucía, / Téllez, Muñoz Molina, los cabales / profetas de la nueva Andalucía. / Y Romero de Torres y Murillo / y Juan Vida, Valdés Leal, Laffón, / y Picasso y Velázquez y Gordillo / yendo del carboncillo a la abstracción. / Y Rilke, Hemingway, Gibson, Brennan / y el orondo Orson Wells, guiris de pro, / que entre la magia, el llanto y la verbena / Blas Infante a su causa convirtió. / Y Pastora Soler y Miguel Ríos / y la ópera bastarda de Bizet / y Carmen, la morena del quejío / que no es la del gabacho Mérimée. / Abrácese por fin las dos Españas, / muera el siniestro guerracivilismo / ni obispos ni trileros sin entrañas / menos tontos por ciento de lo mismo. / En Madrid aprendí cómo reluce / la copla de Chacón tabaco y oro / cuando salen roneando por el foro / del café de la Unión los andaluces. / Permítanme también que cite y loe / aquellos besos en Puente Genil, / el trilingüe legado de Averroes, / las lágrimas de sangre de Boabdil. / Y Aleixandre el gran Nobel generoso, / el hombre más discreto de Sevilla, / que en Wellingtonia tuvo buen reposo / y amores clandestinos de puntillas. / Maestros de fervor republicano, / actores de la mítica Barraca, / doctores que en su exilio americano / ilustraron al negro y al sudaca. / Aquí pintan de añil el universo, / Morante, Caracol, José Mercé, / el nombre de la rosa, prosa y verso, / Altolaguirre, Lola, Raphael. / La impúdica y traviesa chirigota, / John Lennon y la Piaf por

bulerías, / el Kichi en carnaval dando la nota, / el verdial tan rural de la Ajarquía. / Con lo que va apreciándose y creciendo / por todo el ancho mundo el español / ¿qué coño hace ese shosho / malvendiendo su inglés barato por Eurovisión? / Querido no te pongas estupendo / me dijo anoche un cierto don latino / de Hispalis, sigue andando y escribiendo / pero en román vulgar y paladino. / Cuidando mi mala salud de hierro / hurgando en pecadillos veniales, / con seis gatos en torno y ningún perro / que ladre en mis futuros funerales. / La España de charanga y pandereta / no es el sur luminoso que prefiero, / mientras el jornalero y el paleta, / blasfemen contra el dios de los banqueros. / Pero es verdad que el ciclo de la luz, / el pescaíto, el mar, el vino, el clima / convierten en fanático andaluz / al que a su gente singular se arrima. / Estos días azules y este sol / de la infancia en un patio de Sevilla / velaron al poeta en la pensión / de Colliure con flores amarillas. / Dos versos, un cuaderno, un sacramento / póstumo del mejor de los Machado / que nos dejó de noble testamento / su cómo ser un andaluz honrado. / Contra el pacto del sable y la casulla / mi diosa es la razón que no se vende / esta medalla al mérito es más suya / que de quien de su ejemplo tanto aprende. / Alérgico a sermones y laureles, / hoy, lejos de calle melancolía, / pongo mi tinta, cantos y pinceles, / al servicio de nuestra Andalucía. / Bendito veintiocho de febrero / lo dice un hijo pródigo que sabe / que aquí no sobra nadie, compañeros, / que todo el mundo en esta tierra cabe. / Andaluz y español, más europeo / que el virus que nos quiere separar, / por sí dice ese himno en el que creo / y por el mundo, y por la humanidad.

Tan solo cuatro días después de recibir aquel honor, el 4 de abril de 2016, la noticia de la muerte de Manolo Tena, uno de los más brillantes escritores de canciones del pop/rock español, cayó sobre él como una bomba. Su antiguo amigo (y enemigo), exintegrante de dos grupos fundamentales para entender el *rock* patrio, Cucharada y Alarma!!!, falleció en Madrid, a los sesenta y cuatro años, a causa de un cáncer. Joaquín acudió a la capilla ardiente que se instaló en la sede de la SGAE, en Madrid, con Jaime Asúa, su guitarrista y el que lo fuera también de Alarma!!!, y declaró, emocionadísimo: «Se ha ido uno de los grandes, grandes, grandes».

Tena, a quien conocí muy bien, pues lo entrevisté muchas veces y lo traté bastante durante un tiempo —incluso hablamos varias veces de hacer un libro sobre su vida que, debido a distintos compromisos de ambos, nunca llegó a concretarse—, jugó sus cartas arriesgando siempre a doble o nada y vivió, en definitiva, como quiso. Fue la gran víctima de sí mismo; de su impericia para

embridar su propensión a los abismos. Alguien incapaz de ignorar la llamada de las sirenas mientras navegaba en busca de su particular El Dorado. Pero también fue víctima, y hay que decirlo bien alto, de quienes se aprovecharon de esas debilidades para lucrarse y de quienes se negaron a concederle nuevas oportunidades por considerarle un caso perdido. De todos aquellos que abandonaron la fe en su resurgir, en un potencial siempre lastrado por sus constantes recaídas. Él mismo lo dejó escrito, con su ironía característica, en su último trabajo, *Casualidades*, un formidable testamento artístico de alguien que supo desde muy temprano que el hombre no es más que un soldado a merced de los elementos: «*Ahora nadie me hace caso / esto son solo opiniones de un payaso*».

El 13 de octubre de ese año, la Academia Sueca le otorgó a Bob Dylan el Premio Nobel de Literatura por «haber creado una nueva expresión poética dentro de la gran tradición de la canción estadounidense». El diario *El País* publicó en las páginas de Opinión un artículo de Sabina titulado «Poeta torrencial, maestro del caos», en el que se felicitaba por aquella decisión. La novedad de ese texto residía en que estaba escrito en prosa, no en verso:

«El premio Nobel a Bob Dylan es una noticia feliz. Primero, porque le da a uno la razón: llevo diciendo por lo menos veinte años que Dylan es el mejor poeta de América y de la lengua inglesa actual y también el que más ha influido en varias generaciones. Así que en cierto modo me atrevería a decir que el galardón llega tarde. La dicha es, por suerte, buena: el gesto de la Academia Sueca hace que todos los que nos dedicamos a dignificar las palabras en el pop nos sintamos premiados con él.

En segundo lugar, porque creo que manda un mensaje evidente a aquellos que se han dedicado a reducir durante décadas el oficio de la canción popular a las cosas tontas de “chico conoce a chica” o las historias banales del sábado noche. Desde ayer, nuestro mundo ha quedado elevado a la categoría de alta cultura, y eso está bien.

Y por último, porque cierra en cierto modo un círculo íntimo para mí. La primera vez que escuché a Dylan fue a los dieciocho años, cuando una novia inglesa me lo puso en mi casa de Granada. No entendí una palabra de lo que decía, pero tuve claro que me estaba hablando a mí. Su manera personal de jugar con la fonética, de escupir las palabras, de frasearlas, consiguió que aquel poeta que yo entonces quería ser decidiese convertirse en músico. Sobra decir que Dylan me cambió la vida.

Después llegó el estudio de su música. He leído sus letras a conciencia (aunque no diría que me han influido en la escritura; él es un poeta torrencial, un maestro del caos, yo soy más académico) y debo de tener unos cien libros sobre él. Escucho todos sus discos, incluso los que no me gustan. También le he visto muchas veces en directo desde aquel lejano concierto en el campo del Rayo Vallecano con Santana. Ha habido veladas maravillosas y otras en las que me ha irritado.

Y si me preguntan si un músico en español podría ganar el Cervantes, la respuesta es: sí. Y tengo un candidato: Joan Manuel Serrat, que es el maestro de todos nosotros».

Joaquín ya le escribió, doce años antes, un soneto para la revista *Rolling Stone*. Titulado *Tan cerca de fulano*, es una pequeña joya:

*Dylan es tantos hombres que me pierdo.
Apenas aprendido, te despista:
el folksinger, el duro, el loco, el cuerdo;
el francotirador de la autopista.*

*El máster de las vísceras urgentes;
el novio de la Virgen del Asombro
que esconde una gillette entre los dientes
cuando sale a cantar manga por hombro.*

*Qué tormenta de otoño en primavera;
otra vuelta de tuerca, otro verano
por los de abajo, desde tan arriba.*

*Más joven y más viejo que cualquiera.
Tan lejos y tan cerca de fulano:
Roberto Zimmerman en sangre viva.*

A finales de ese mes se publicó *No amanecer jamás* (Blume), mi tercera aportación literaria sobre Sabina después de esta biografía, ahora ampliada y puesta al día, y del succulento libro de conversaciones *Sabina en carne viva*. *Yo también sé jugarle la boca*. Menos atento a su vida que a su poderoso cancionero, se trata de un ambicioso trabajo en el que analizo con lupa los recursos literarios que más abundan en sus letras y los principales ejes temáticos de sus canciones, y en el que me ocupo a su vez de los discos

grabados con otros artistas —Javier Krahe, Fito Páez, Joan Manuel Serrat— y de su obra periodística y literaria, entre otros asuntos. Incluye textos de nombres de la cultura, el periodismo, la música, el espectáculo y el deporte. Sabina dijo de él: «Es un estudio riguroso y estupendo. El punto de vista de Javier es muy atinado».

Para recapitular, entre 2009 y 2016 a Sabina le sucedieron muchas cosas, demasiadas —canciones y giras propias y con Serrat, discos recopilatorios, libros, colaboraciones en discos ajenos, premios, sustos en el escenario, varapalos emocionales—, pero tan solo gestó un disco de creación en solitario. Un disco en el que la mayoría de las letras tuvieron un coautor, por más que nunca podamos saber, aunque lo sospechemos, cuánto capital artístico aportó cada uno de los socios.

La culpa de esa sociedad la tuvo, en cualquier caso, la felicidad doméstica en la que andaba instalado, que anestesiaba su cabeza y le impedía extraer de sí el fuego de sus mejores días. Esas historias o imágenes, lo mismo da, capaces de llegarnos como una brisa o un huracán, de acariciarnos o partirnos en dos, de llevarnos al huerto de la dicha.

Hambre es la palabra. A Sabina le faltaba hambre. El hambre de sus días de universitario. El que lo empujó a la decisiva estación de Francia, a la vida de *squatter*, a la bohemia de aquellas tabernas en las que tocaba para guiris que ni siquiera le miraban y, aun así, se sentía feliz como un delfín. El hambre que le hizo decir «no» al puesto fijo en un periódico y lo llevó a Madrid, y de ahí al cielo.

«Con sesenta qué importa la talla de mis Calvin Klein», ironizaba.

Sucede que olvidó un pequeño detalle: él todavía debía gustarse, pues solo así podría seguir siendo el seductor que siempre fue. Aquel al que le bastaba con abrir la boca para succionarte como una aspiradora. El hechicero mejor dotado de su grey.

¿Y si Clark Kent fuera aún Superman?

***LO NIEGO TODO. NI HE QUEMADO
MIS NAVES NI SÉ PEDIR PERDÓN***

*Me pesaba la vida como un remordimiento; quise
arrojarla de mí.*

LUIS CERNUDA, *En medio de la multitud*
(*Los placeres prohibidos*)

Si los cuatro años que separan *Alivio de luto y Vinagre y rosas* batieron su récord de tardanza a la hora de sacar un nuevo disco de estudio y exasperaron sobremanera a sus seguidores, por más que supieran que Joaquín Sabina utiliza un reloj distinto al del resto de los mortales, los siete que necesitó para lanzar el que, a fecha de hoy, es su último trabajo discográfico, *Lo niego todo*, han de entenderse como un exceso de su autor, quien hace ya demasiado tiempo que se puede permitir hacer lo que le venga en gana.

Cuando los medios de comunicación alertaron de que estaba trabajando en un nuevo disco, la expectación fue enorme. Quizá mayor que nunca.

Sabina, en 2017, no es que fuese una leyenda: era una marca. Podía ser criticado a raíz de una actuación no muy fina, podía insistirse en que su voz está a punto de cerrar por defunción y que en los últimos años lo ha estimulado más el dinero que la sed de escenarios, pero, al final, la gente, cuando saca nuevo disco o anuncia conciertos, no falla. Supongo que eso es lo que les pasa a los grandes. Y, desde luego, no me cabe ninguna duda de que el talento, el genio, tiene mucho que ver con eso.

La mayor parte de las canciones que iban a conformar ese disco se forjaron en el verano de 2016, en Rota (Cádiz), entre Sabina, Benjamín Prado y Leiva, aunque también las había más antiguas, de esas «del cajón».

El día en que la discográfica Sony dio a conocer el que sería su primer sencillo, la cosa prometía. La canción «Lo niego todo», a pesar de ser tan tramposa y de tener tan alta carga de cinismo, poseía, no obstante, ese imán que solo tienen ciertas canciones, capaz de enganchar a la primera escucha.

Por fin, el 10 de marzo de 2017 salió a la venta *Lo niego todo*, el decimoquinto disco de estudio de Sabina, que contiene doce canciones: «Quien más, quien menos»; «No tan deprisa» (homenaje a J. J. Cale); «Lo niego todo»; «Postdata»; «Lágrimas de mármol»; «Leningrado»; «Canción de primavera»; «Sin pena ni gloria»; «Las noches de domingo acaban mal»; «¿Qué estoy haciendo aquí?»; «Churumbelas» y «Por delicadeza» (cantada a dúo con Leiva).

Producido por Leiva y con una atractiva y colorista foto de portada de Javier Salas, en la que Joaquín aparece fumando ajeno a los consejos de sus médicos y de su novia e hijas y a la corrección política que invade desde hace años las obras artísticas, las letras de ocho de las canciones del disco llevan la firma de Sabina y Prado, quienes debieron de quedar encantados de su alianza para *Vinagre y rosas*, mientras que cuatro, «Lágrimas de mármol», «Leningrado», «Canción de primavera» y «Churumbelas», van firmadas solo por Joaquín.

Si hay una descripción que pueda aplicársele al disco en su conjunto, en lo que a los textos se refiere, al menos, es que se trata de un lamento claro por la pérdida de la juventud y por el imparable paso del tiempo. Aunque hasta hace poco parecía que eso era imposible, Joaquín, como todo dios, envejece. Se hace mayor. Y qué putada, piensa. Qué putada más grande. Pero es lo que hay, *mon frère*. Y en las dos canciones en las que más se nota eso es en «Lágrimas de mármol» y en la que lo abre, «Quien más, quien menos», en donde conviven el patetismo del que se niega a envejecer y alguna que otra machada sabiniana:

*Quien más, quien menos
tiró una vez la casa por la ventana,
se tatuó en las sienes una diana,*

probó un veneno.

*Quien más, quien menos
se ha tomado a sí mismo como rehén,
y tiene una conciencia todoterreno
del mal y el bien,*

*Pero yo fui más lejos:
metí un palo en la rueda de la fortuna,
bajé al sótano en busca de un mal consejo,
usé tus puñaladas como vacuna.*

*Ni un paso atrás,
mi espada de Damocles era afilada,
cortaba en dos mitades la madrugada;
un pie en el tango y otro en el ojalá.*

*Quien más, quien menos
pagó caras quinientas noches baratas
y cambió a la familia por dos mulatas
de culo obsceno.*

*Quien más, quien menos
se agarró a un clavo ardiendo por no caer
acribillado a besos como un John Lennon
de Lavapiés.*

*Pero yo fui más lejos:
le adiviné las cartas al adivino,
aposté contra mí por no hacerme viejo
en la ruleta rusa de los casinos.*

*Ni un paso atrás,
la espada de Damocles era afilada,
cortaba en dos mitades la madrugada;
un pie en la rumba y otro en el nunca más.*

*Pero yo fui más lejos:
me dio por confundir el cuándo y el dónde,
me disfracé de sabio frente al espejo,
busqué dentro del alma lo que se esconde.*

*Ni un paso atrás,
la espada de Damocles era afilada,
cortaba en dos mitades la madrugada,
un pie en el mambo y otro en el más allá.*

La no tan rápida «No tan deprisa» es una oda a J. J. Cale, tan apreciado por Sabina, y a un tipo de vida sin nada más que con lo puesto. Porque al final qué más da. Todo se lo llevará el diablo:

*Un coyote en el porche, una mecedora,
un cuello de botella buscando un fa,
unas horas tan muertas que no son horas,
la comanche de anoche que ya se va.
Un tren con mexicanos y cuatro notas
me están poniendo cuerpo de Jota Jota.*

*Vendo una rima.
Cámbiame el clima.
Borra mi jeta de la receta del ganador.
No tan deprisa.
Llámame brisa.
Cose mi estrella en la bandera del desertor.*

*Un viaje al extranjero de andar por casa,
un garaje sin vistas a Nueva York,
un cuentista que cuenta lo que nos pasa,
una cantina abierta por defunción.
Ser feliz con dos latas en la nevera
y un gramo de esperanza en lista de espera.*

[...]

*Mirar en los espejos un espejismo
es no cerrarse puertas por donde huir,
ser uno más a la hora de ser tú mismo
uno que solo apuesta si es porque sí.
Que nadie pueda ser tu copropietario,
quererte bajo arresto domiciliario...*

En la ya citada «Lo niego todo», Sabina demuestra que sigue siendo el gran tema de Joaquín Martínez. Es un ejercicio de revisionismo: desmonta su leyenda de golfo y carga contra los muchos tópicos en torno a su figura. Se trata de un acto de cinismo, por supuesto, y tiene mucho de broma, pese al tono solemne, puesto que él ha sido quien más ha contribuido a forjar esa caricatura de la que ahora —en esa canción, al menos— reniega. Me lo dijo una vez en su casa, hace ya años: «En muchas ocasiones me he sentido víctima del personaje por mí creado y culpable de haber colaborado en mi caricatura. No se puede decir en la prensa, o no se debe, por cuestiones de estrategia artística, cosa que aprendí tarde, que vas de putas o que tomas copas o que vives de noche porque eso se transforma en una caricatura tremenda de un borrachín putero con los pantalones bajados y metiéndose rayas. Tal vez no debí colaborar en eso. ¡Pero yo solo decía la verdad! Que vivo de noche y que tomo copas. Y que he frecuentado el mundo de las putas y que alguna vez me he metido alguna raya, cosa que los demás no dicen y que yo entiendo que no lo digan. Aunque la hipocresía que hay es abominable». Pues eso:

*Ni ángel con alas negras ni profeta del vicio.
Ni héroe en las barricadas ni okupa ni esquírol.
Ni rey de los suburbios ni flor del precipicio.
Ni cantante de orquesta ni el Dylan español.*

*Ni el abajo firmante ni vendedor de humo.
Ni juglar del asfalto ni rojo de salón.
Ni escondo la pasión ni la perfume.
Ni he quemado mis naves ni sé pedir perdón.*

*Lo niego todo,
aquellos polvos y estos lodos;
lo niego todo,
incluso la verdad,
la leyenda del suicida
y la del bala perdida,
la del santo beodo.
Si me cuentas mi vida,
lo niego todo.*

La siguiente estrofa, con el guiño autobiográfico y el dardo a Montoro, ministro de Hacienda, recuerda a aquel «*defraudé a mis amigos*» de «Tan joven y tan viejo»:

*El tiburón de Hacienda, confiscador de bienes,
me ha cerrado la tienda, me ha robado el mes de abril.
Si es para hacerme daño, sé lo que me conviene.
He defraudado a todos empezando por mí.*

Y en esta, advierte que posee más secretos de los que la gente cree, confiesa lo inconfesable, deforma la realidad a su antojo —fue él quien se retiró de los bares— y le lanza un beso a Jimena:

*Ni soy un libro abierto ni quien tú te imaginas.
Lloro con las más cursis películas de amor.
Me echaron de los bares que usaba de oficina
y una venus latina me dio la extremaunción.*

*Lo niego todo,
aquellos polvos y estos lodos...*

Una de las canciones de este disco que la gente ya ha hecho suya es «Lágrimas de mármol», como acredita la reacción del público en sus conciertos. Es autobiográfica y crepuscular, y no deja de ser, por ello, un doloroso ejercicio de estriptís. Pero lo de «*Superviviente, sí, ¡maldita sea!*» y la referencia a la «puta vieja» son un anzuelo infalible para el personal, y Joaquín, que, en efecto, es muy puta, lo sabe:

*El tren de ayer se aleja, el tiempo pasa,
la vida alrededor ya no es tan mía,
desde el observatorio de mi casa
la fiesta se resfría.*

*Los pocos que me quieren no me dejan
perderme solo por si disparato,
no pido compasión para mis quejas
que tocan a rebato.*

Acabaré como una puta vieja

hablando con mis gatos.

*Superviviente, sí, ¡maldita sea!
Nunca me cansaré de celebrarlo.
Antes de que destruya la marea
las huellas de mis lágrimas de mármol.
Si me tocó bailar con la más fea,
viví para cantarlo.*

Y no falta el guiño al *marichalazo*:

*Dejé de hacerle selfis a mi ombligo
cuando el ictus lanzó su globo sonda,
me duele más la muerte de un amigo
que la que a mí me ronda...*

«Leningrado» es una de las más hermosas canciones del disco, y es una historia en toda regla. Es decir, con planteamiento, nudo y desenlace. Aquel tipo de canciones que Joaquín escribía antes de que la poesía del lenguaje, puro incendio de metáforas e imágenes, entrara en su vida para ya no marcharse. A propósito de ella declaró para la revista satírica chilena *The Clinic*: «Es una canción muy nostálgica sobre un gran amor de juventud perdido: la revolución. A cien años de la Revolución rusa, parece todo un réquiem. La escribí lleno de amargura, por ver en qué ha quedado esa religión del siglo XX que fue la Revolución rusa y todo lo que vino después. Para la gente de mi generación, que viajaba a la Unión Soviética a aquellos Congresos de la Juventud [...] ver en qué ha degenerado todo eso ha sido una cosa dramática, desgarradora. Unir eso con una historia de amor en Leningrado, cosa que también sucedía en la época, me pareció una buena idea para contar algo de la historia del siglo XX». Es una ficción que, sin embargo, les habrá pasado a algunos, y la música de Jaime Asúa es una maravilla. La reproduzco íntegra, pues lo merece:

*Me doctoré en tus labios de ocasión,
en una sórdida pensión
de Leningrado,
sin pasaporte y fuera de la ley
pero borracho como un rey*

desheredado.

*Cincuenta rublos era un potosí
y tu desnudo un maniquí
de grana y oro,
nos dieron llaves de la suite nupcial
que era un cuartucho de hospital
sin inodoro.*

*Nos quedaba para un vodka con limón
y un tostón del menchevique
de la esquina.
Cuando agonizó el palique, ¡qué ansiedad!,
te empecé a desabrochar
la gabardina.*

*No era fácil en la Unión Soviética
ir por condones a recepción.
Años luz de la rutina
anidó una golondrina
en mi balcón.*

*No sé qué nos pasó ni cómo fue
que nos cruzáramos aquella noche loca.
Balbuceamos cursiladas todo a cien
y rodamos descosiéndonos la boca.*

*Nos matábamos de ganas de vivir
sobreactuando el vodevil
de la bohemia.
No dormir era más dulce que soñar
y envejecer con dignidad,
una blasfemia.*

*Tú con boina, yo con barba, viva el Che,
recién conversos a la fe
del hombre nuevo,
no había caído el Muro de Berlín
ni reventado el polvorín
de Sarajevo.*

Porque la revolución tenía un talón

*de Aquiles al portador
y flotando entre las ruinas
enviudó una golondrina
en mi balcón.*

*Ayer salías morena de un café
ya casi medio siglo
que no te veía.
Eras rubia si no recuerdo mal,
dije, y, mintiendo, estás más guapa todavía.*

*Me aceptaste una cerveza sin alcohol,
se nos había muerto el sol
en los tejados.
Funerales, y con nada que decir
vi en tus pupilas un añil
mal dibujado.*

*No sé por qué sigo escribiendo esta canción,
pero me sangra el corazón
cuando lo hurgo.
Supe que te casaste con un juez
y Leningrado es otra vez
San Petersburgo.*

*Ni siquiera comentamos si quedamos,
pásame tu dirección
y de vuelta a la oficina
se estrelló una golondrina
en mi balcón...*

La mejor de todo el disco, sin atisbo de duda, aunque no la más comercial, es «Canción de primavera». Con una música bellísima de Pablo Milanés, es una de esas canciones que podrían haber estado en cualquier otro disco anterior de Sabina y que también tendría cabida en uno futuro:

*Buenas noches, primavera,
bienvenida al mes de abril,
te esperaba en la escalera
del redil.*

*Nueve meses oxidada
en el fondo de un baúl,
si no estás enamorada
vente al sur.*

*Sobran lunes por la tarde,
faltan novios en los cines,
camarero, ponme un par de
dry Martínez.*

*Conseguí llegar a viejo
verde mendigando amor,
¿qué esperabas de un pendejo
como yo?*

*Buenas noches, primavera,
perfume del corazón,
blinda con tu enredadera
mi canción.*

*Vacínate de lo que duele
no te enceles con el mar,
si hasta tus párpados huelen
a humedad.*

*Librame del sueño eterno,
da cuerda al despertador,
ponle cuernos al invierno,
por favor.*

*Buenas noches, primavera,
sin bandera ni carné,
no me tumbes en la era
de internet.*

*Otoñales van mis años
por el río Guadalquivir
maquillando el ceño huraño
de Madrid.*

*Si se te olvidan las bragas
en mis últimos jardines,*

*te regalo una biznaga
de jazmines.*

*Ven a reavivar la hoguera
cenicienta de mis días,
buenas noches, primavera,
novia mía.*

El pegadizo *reggae* «¿Qué estoy haciendo aquí?», con música de Afo Verde, es desconcertante. La música, animosa, desmiente el texto, terrible, con algo de cuento de terror a la americana. Sí, como de una de esas series de la América profunda tan de moda (podría llevar la firma de los hermanos Cohen):

*Marisa sale muerta del trabajo,
una semana más tirando a gris,
el plano del Edén no tiene atajos
para los que no aprenden a reír.*

*Entra en el bar Florida para mezclar
copas de bronca y desamor,
máscaras para ocultar
los desatinos del corazón.*

*En los moteles solo hay puertas de salida,
gente que duerme con las luces encendidas.*

*¿Qué estoy haciendo aquí?
¿De quién es esta vida?
¿Qué estoy haciendo aquí?
En dirección prohibida.
¿Qué estoy haciendo aquí?*

*Le va de cine a Jimmy como bróker,
conduce un Bentley, vive como un rey,
no hay quien le tosa, juega al primer toque
con el Dow Jones, el Ibex y el Nikkei.*

*Con el botín en el asiento de atrás
pisando el acelerador,
en La Raya de Portugal*

vio a la patrulla por el retrovisor.

*Lo que no tiene precio le ha costado caro,
cargó la pipa, apuntó, falló el disparo.*

*¿Qué estoy haciendo aquí?
¿De quién es esta vida?
¿Qué estoy haciendo aquí?
Insulsa y repetida.*

[...]

*Encarna y Charly han vuelto a las andadas,
vaciando otra botella de coñac,
se miran uno al otro y no ven nada,
se gritan porque ya no hay más que hablar.
Ella imagina que se va en un avión,
él que la caza en el andén,
ha encontrado bajo el somier
bastardas huellas de una traición.*

*Al alba, Encarna llora en la comisaría,
su ojo derecho es una mancha de sandía.*

¿Qué estoy haciendo aquí?

[...]

Callejón sin salida...

La gira *Lo niego todo* tiene programadas cerca de treinta paradas en España y más de veinte en América (en el momento en que escribo estas líneas, finales de julio, está en pleno apogeo).

Arrancó el 8 de junio en su tierra, Úbeda, y el lugar consiguió emocionarle. En ese concierto le dedicó a Ignacio Echeverría, el español muerto una semana atrás, el 3 de junio, en un atentado yihadista en Londres al tratar de ayudar a una de las víctimas, la canción «Contigo» («*Y morirme contigo si te matas / y matarme contigo si te mueres...*»). El periodista Pedro del Corral tituló su crónica para *El Mundo*: «La imperfección de Sabina, al

cuadrado», e hizo la siguiente reflexión, una de cal y otra de arena: «¿Es este el Sabina que todo el mundo esperaba? Probablemente sí. Lo que está claro es que el tiempo pasa factura, la sombra del pasado es alargada y los chascarrillos se vuelven reiterativos. Aunque, incluso, eso suma en él, viendo la respuesta del público durante su repaso a “19 días y 500 noches”, “Y nos dieron las diez” o “Por el bulevar de los sueños rotos”. Lo que no quita que el músico haya pasado de icono a leyenda viviente y que, hoy, salgan temas a la altura de sus primeros éxitos».

A la semana escasa, el 14 de junio, actuó en el Royal Albert Hall de Londres. Desobedecía así una de sus máximas, «*al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver*», y regresaba a la ciudad en la que residió siete felicísimos años, cuando era tan joven como pobre. Joaquín grabó un vídeo para la ocasión y explicó así aquella cita: «Hace más de cuarenta años, con los veintipocos recién cumplidos, yo era okupa en Londres. Huyendo un poco del franquismo, de la grisura franquista, tocaba la guitarra en Portobello Road los sábados, en algunos restaurantes de dudosa reputación y en el metro. Por una de esas jugarretas mágicas del destino, este miércoles 14 toco por primera vez, con mi grupo, tal vez con Leiva de invitado, nada menos que en el Royal Albert Hall. Para mí es un sueño que ni siquiera me atreví nunca a soñar. Ojalá vengan ustedes a verme y pasemos un buen rato juntos. Un abrazo».

Las críticas de los corresponsales de medios españoles fueron entusiastas. Luis Ventoso tituló su crónica para *ABC*: «Sabina arma una gran fiesta española en el Royal Albert Hall», y escribió: «Sabina está bien de voz —compáren con el Dylan crepuscular— y su garganta defiende con energía su repertorio. [...] Es interclasista, interpartidista e intergeneracional. Agrupa a gente de toda edad e ideología. [...] Resultó hermoso haber visto a un país hermanado en torno a un artista de tanto talento, personalidad y biografía». Carlos Fresneda, de *El Mundo*, tituló sus líneas «Joaquín Sabina *okupa* Londres», y en ellas señaló que el artista congregó a cinco mil fans en el Royal Albert Hall y que dedicó «un brindis a la tierra que lo acogió en los setenta: “¡Mierda pa’l Brexit!”», y las remató con una loa: «Dos sentidas horas tuvo el de Úbeda a sus fans en el delirio del Albert Hall». Por su parte,

Sabina recordó los siete años que vivió en Londres, «cuando cantaba en el metro y entre las mesas de restaurantes inmundos» y fue okupa «antes de que se inventase la palabra».

El 21 y el 22 de ese mes actuó en el WiZink Center, antiguo Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid, y repitió un mes después con otras dos citas, el 18 y el 19. Y es ahí, en la capital, en «la ciudad que tiene la culpa de todo» (Muñoz Molina), donde los maestros se la juegan.

Había una gran expectación en los días previos a aquellos conciertos, quizá porque el recuerdo del *pastorasoler* seguía vivo. Sin embargo, Sabina cumplió y las críticas fueron, en general, favorables. Fernando Navarro escribió para *El País*, bajo el título «Maldita sea: Sabina es un superviviente», que el cantante regresaba a Madrid para presentar «sin mucho ímpetu las canciones de su nuevo disco pero triunfar con los clásicos». Y añadió: «Arrancó con “Lo niego todo”, que tiene aire de clásico en su abundante catálogo. No así lo mismo la ranchera “Posdata”, “No tan deprisa” o “Quien más, quien menos”, que bajaron el nivel emotivo con el que se empezó. Faltaba brío, que llegó con “Lágrimas de mármol”, otra con ese aroma de imprescindible en su repertorio y que le debe tanto a Leiva [...]. Hubiese sido una hazaña que se hubiera conseguido durante las composiciones del último álbum alcanzar el mismo éxtasis que con la entrada de los clásicos sabineros. Sabina, el superviviente, no está para luchar contra lo imbatible: su pasado de gloria».

Pedro del Corral tituló su crónica para *El Mundo*: «Joaquín Sabina, cañibal de sí mismo», y escribió: «La vejez no es tan mala si se admira desde la voz de Sabina. Y así pudo comprobarse en temas como “¿Qué estoy haciendo aquí?” o “Quien más, quien menos” que, aunque acusaron el desgaste de todo lo vivido, sonaron tan o igual de contundentes que los clásicos de siempre. Quizá por la buscada producción de Leiva. [...] Se mostró más cercano, desenvuelto y sin tanta carga emocional que en su Úbeda natal, donde inició su gira [...]. Sabina renegó una y otra vez de todo aquello que (no) le define sin ningún tapujo, sí. Quizá de manera más concluyente, con más gracia y sin la misma congoja que en su inicio de gira. Aunque, casi siempre, las evidencias son los peores aliados. O los mejores, según se mire».

Bajo el título «Sabina decide quitarse años», la crítica del *ABC*, firmada por Jorge Sanz Casillas, fue casi de amigo: «El de Úbeda dio un concierto elegante, fresco y rejuvenecido, con el que confirmó que podrá dedicarse a esto hasta que le dé la gana. [...] Uno de los grandes aciertos de Sabina, y el que le permite poner a cantar al talludo y al adolescente, es saberse rodear. Tiene la humildad de pedir consejo y el talento para conservar una banda por la que no parece pasar el tiempo. [...] Se le vio sudar como un debutante y aturdirse mirando al fondo del Palacio de los Deportes, donde están las entradas más baratas y los seguidores más gritones. [...] Lo que diferencia a Sabina y su banda de una orquesta cualquiera es que todos lo hacen bien».

La periodista Lorena G. Maldonado, de *El Español*, fue, a pesar de declararse sabinista, o quizá por ello, mucho más crítica que sus colegas. El título de su crónica no se guardaba nada: «Sabina aburre a Madrid con su nuevo disco y triunfa con sus clásicos» —más o menos lo mismo que apuntó Navarro para *El País*, pero con palabras más gruesas—, y escribió: «Los españoles llevamos desde el 99 —el año en que publicó su mejor disco, a todas luces— yendo al mismo concierto de Sabina, insertos en un día de la marmota musical, resistentes en la nostalgia. El maestro sabe bien que desde entonces no alumbra un tema eterno, y la prueba fehaciente de ello es que anoche, en el WiZink Center de Madrid, soltó una ristra de canciones de su último disco —todas seguidas, sin respirar, como quien recita la lección— y después arrasó clásico a clásico. [...] No le hemos sustituido —no podemos—, pero hace más de una década que no nos regala una de esas canciones que uno quiere llevarse a la cama. [...] Emocionante, sí, “Lágrimas de mármol”, quizá la única de las nuevas que el público entero coreó. [...] Ahora sí: “Una canción para la Magdalena”, un “Yo me bajo en Atocha”, un “Por el bulevar de los sueños rotos”, un “Y sin embargo”, un “Ruido”. El evento se quitó el *look* de conferencia —miles de personas quietecitas en sus asientos, observando el cotarro, incluso charlando entre sí— para estallar en pasiones de concierto. [...] “19 días y 500 noches” levantó del asiento hasta a los periodistas, todos formales con su ordenador en las piernas [...]. Volveremos a esta misa. Que Dios nos coja confesados».

Esa misma periodista se ocupó a su vez, también para *El Español*, de la crítica del libro que se editó tres meses después de la salida del disco, *Incluso la verdad. La historia secreta de Lo niego todo* (Planeta), firmado por Sabina y Benjamín Prado, y en donde se cuentan los entresijos del proceso de creación de las canciones del disco. Y si con la crítica del concierto alguien pensó que fue dura, en este caso echó mano de artillería pesada: «Este libro es, sobre todo, innecesario, fruto únicamente de un ansia voraz por la venta, un productito más hijo del *marketing*, como un bombín o una camiseta. Una curiosidad encuadrada, no el volumen de un poeta ecuménico como Joaquín. No ilumina, banaliza. No trasciende, es anécdota. Es créditos, no obra. Quiere alimentar una mitomanía absurda que consiste en que el consumidor tenga que saberlo absolutamente todo del proceso de creación, que no es más que tres amigos discutiendo versos y acordes. Fin. [...] Resulta pretencioso a todas luces: primero, porque sale a los escasos meses del lanzamiento de *Lo niego todo*, cuando las canciones aún no han reposado ni madurado en el imaginario del público, cuando aún el tiempo no ha dicho si son tan significativas como para que a los lectores les interese su *making-of*. Tratan a los temas como obras de arte. Y es pronto. El problema del libro es que es tan insípido como el disco y no tiene vocación de relevancia, sino rictus de *pela* y finitud. Lo saben en la editorial, por eso le han dado ese diseño frívolo, con una portada verde y hojas rosas, con la letra interior enorme y simplona, con la estética verbenística de la *Súper-pop*, en paz descanse. No es un libro que haga honor ni justicia a Benjamín Prado, ni a Leiva, ni, por supuesto, a Joaquín Sabina. Es un póster para adolescentes conformistas». Tremendo hostiazo, en fin, a Sabina, a Prado y a Planeta.

Respecto a la gira, continúa viva, ya digo, y por el momento los periodistas se están portando muy bien. Demasiado. Y hay que pensar que algo tendrá que ver él en ello.

Entre concierto y concierto, Sabina recibió, el 9 de julio, la Medalla de Oro y el Título de Hijo Predilecto de Úbeda, su tierra, y mostró su agradecimiento por «vacunar una herida tan honda y tan generosamente curada», al tiempo que dijo sentirse «abrumado, nervioso y con la lengua más pegada al paladar por las cosas que aquí se han dicho». Joaquín recordó a sus padres «Jeromito y Adela: estarían tan orgullosos como lo está ahí sentado mi

hermano Paco de que su Joaquín, la oveja negra, vuelva al redil acogiéndose al calor de sus paisanos». Y prometió: «Me tendréis, a partir de hoy, cómo y cuándo queráis, a vuestra entera e incondicional disposición en cualquier aventura de enriquecimiento cultural que emprendáis. Contad conmigo para que mi pueblo sea el foco de ilustración que por historia y tradición merece». Finalizó su discurso con un «gracias, gracias, gracias. ¡Y viva Úbeda!». La alcaldesa de esa ciudad, Antonia Olivares, lo calificó de «artista y genio universal» y le agradeció la aportación cultural que le ha dado a nuestro país y el haber contribuido «a que Úbeda sea más conocida a nivel mundial». En aquel reconocimiento tuvo mucho que ver el colectivo *Peor para el sol* —al frente del cual se encuentra el infatigable Juan José Gordillo, primo de Sabina y, más que un simple promotor, un apóstol de su figura y obra; pero un apóstol como Dios manda, no de esos que acaban vendiendo al jefe por treinta miserables piezas de plata—, pues gracias a su iniciativa de puesta en marcha de las Jornadas Sabineras se ha logrado fortalecer los lazos de Joaquín Sabina con Úbeda.

Ese premio institucional, que es uno más y al mismo tiempo único, es el mejor botón con el que abrochar este libro. Sabina, al fin, profeta absoluto en su tierra. Y me hago en este punto la siguiente reflexión: ¿somos justos cuando pretendemos que todo cuanto hacen nuestros máspreciados artistas esté al mismo nivel de sus mejores trabajos?

No es, supongo, una cuestión de justicia, sino de deseo. De puro y duro deseo. Queremos más, mucho más, de aquello que nos gusta. De *aquellos* que nos gustan. Somos, en ese sentido, insaciables. E implacables, llegado el caso.

No obstante, el artista de élite ha de saber —y si no lo sabe es que aún no ha abierto del todo los ojos, lo cual es imperdonable— que eso es algo que va en el sueldo. Que tiene una serie de privilegios que no están al alcance del ciudadano medio, de la *ordinary people*, y, a cambio, una serie de servidumbres.

Una de ellas, quizá la principal, es tratar de buscar la excelencia siempre. Y si no lo logra, intentarlo más fuerte, más afanosamente, con mayores bríos.

Sí, ya sé que eso encierra una trampa. Puesto que si logra la consecución de la obra maestra, ¿cómo se zafará luego de ella, de su alargada sombra, de las inevitables comparaciones?

Joaquín y su *19 días y 500 noches* saben mucho de eso. Demasiado. Y cabe preguntarse aquí: ¿es *Lo niego todo* un disco tan bueno como sostiene la discográfica Sony? Y entonces me pregunto a su vez: ¿comparado con cuál? ¿Con el citado *19 días y 500 noches*? ¿Con *Yo, mí, me, contigo*? ¿Con *Esta boca es mía*? La respuesta es que no es tan bueno, ni por asomo. ¿Y comparado con *Alivio de luto y Vinagre y rosas*? La respuesta es que sí, que es muchísimo mejor.

Pero relajémonos un poco y no seamos tan sumamente rigurosos. Porque, ¿cuántas canciones memorables nos ha dejado el protagonista de este libro desde que grabó su segundo disco (*Inventario* no cuenta)? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Cuarenta?!

Por el amor de Dios. Eso, mis queridos cómplices en Sabina, es mucho, muchísimo, y convendría no olvidarlo.

Seamos —intentémoslo, al menos— un poco más franceses. Un poco más clementes. Un poco más generosos. Y no lo neguemos, como él, todo.

P. D.: Dieciocho años nos contemplan ya, Joaquín. Qué fuerte.

Nosotros los de entonces... Sí, lo sé. No has quemado tus naves y tampoco, me consta, sabes pedir perdón. Tú eres tú, como yo soy yo, y eso está bien.

¿Y sabes? Pase lo que pase, siempre nos quedará Sigüenza (perdonen la tristeza).

*Calle del adiós,
julio de 2017*

SABINISMOS Y SABINADAS

1. «Soy un atracador profesional» (sin fecha).
2. «¿Las casas de discos? Una mafia» (sin fecha).
3. «Julio Iglesias vende chorizos» (sin fecha).
4. «El cantante debe traicionar a su público» (sin fecha).
5. «A los cantantes protesta les hemos sucedido los cantantes de próstata» (sin fecha).
6. «Soy mejor fumador que cantante» (15.1.1984).
7. «San Isidro era un vago» (*El País*, mayo de 1984).
8. «Hay que condenar todas las muertes, incluso la natural» (*El Correo Español*, 2.5.1984).
9. «Soy un anarquista que nunca se salta un semáforo en rojo» (*Tiempo*, 3.6.1985).
10. «Me fascina Isabel Preysler porque tiene ojos diabólicos» (*Tiempo*, 3.6.1985).
11. «He pasado de la cultura *underground* a la cultura *overground*» (*Ya*, 22.5.1985).
12. «Aconsejo que se malviva» (sin fecha).
13. «Canto para poder escupir» (noviembre de 1985).
14. «No soporto a las mujeres que tienen una obsesión terrible por la limpieza, porque por debajo de eso hay siempre miedo u odio por el sexo» (*Dunia*, febrero de 1986).
15. «Yo siempre quise ser Peter Pan, y a base de irresponsabilidades lo estoy consiguiendo» (*El Periódico*, 24.4.1986).
16. «No pagaría una entrada para verme actuar» (*El Día*, octubre de 1986).

17. «Rafael Alberti es uno de los más jóvenes poetas de hoy» (*El Correo de Andalucía*, 12.4.1987).
18. «Ya soy un primera división» (junio de 1987).
19. «Me gustaba estar en segunda división jugando al ascenso» (*La Gaceta del Norte*, 5.9.1987).
20. «Soy tierra de nadie» (sin fecha).
21. «Soy un tipo feo, caótico y sentimental» (*Revista de Toros*, 1987).
22. «Yo he sido siempre un marxista de la tendencia pro grouchiana» (*El Periódico*, 28.10.1987).
23. «Madrid es la novena capital de Andalucía» (1988).
24. «No soy cantante, soy un contante» (sin fecha).
25. «Creí que una de las cosas del éxito y de la gloria era que se folla mucho, y no es cierto» (*Tribuna*, 12.9.1988).
26. «Alicia Koplowitz me pondría cachondo aunque fuera una pastorcilla» (*Tiempo*, 21.5.1990).
27. «Soñaba con ser Shakespeare y me he quedado en Machín» (*La Vanguardia*, 30.5.1990).
28. «Cada vez escribo más historias de amor, será que cada vez ligo menos» (*La Voz de Asturias*, 12.7.1990).
29. «A partir de determinada hora de la madrugada sabes que cualquier tipo que te cruces en un retrete es un golfo, y eso es muy excitante» (*El País*, 28.8.1990).
30. «*El Dioni* es un poeta» (*Diario 16*, 1.9.1990).
31. «La crisis del golfo soy yo» (*Canarias 7*, 3.11.1990).
32. «Soy un estupendo consolador de viudas» (*El Periódico*, 26.11.1990).
33. «Maradona tiene toda mi solidaridad como drogadicto y ninguna como futbolista» (*Clarín*, Buenos Aires, 4.6.1991).
34. «No soy adicto a los divos de la ópera; cultivan el músculo de las cuerdas vocales y me parecen más deportistas que artistas» (*Interviú*, 11.7.1991).
35. «Ser de derechas es una infamia» (*La Cartelera*, 1992).
36. «Está muy bien que Madrid se llene de negros y de moros» (*Cambio 16*, 11.5.1992).

37. «Lo único que le debemos a Colón es que trajera el tabaco a España» (de un diario mexicano, 4.6.1992).
38. «Hay quien dimita con veinte años, o nació dimitido, y no busca una pasión, no se la juega por nada: esta mujer para siempre, esta casa, estos hijos, este trabajo. Hipoteca el azar» (*El Periódico*, 26.7.1992).
39. «Plácido Domingo me hace vomitar cuando canta tangos. Y a veces también cuando no los canta» (22.10.1992).
40. «La cerveza y el whisky también son hijos de Dios» (*La Nación*, Santiago de Chile, 14.2.1993).
41. «Hay que envejecer sin madurar» (*Metrópolis*, 17. 6.1994).
42. «Soy muy mal novio, un pésimo amante y peor marido. Pero soy un estupendo amigo» (*El Semanal*, 10.7.1994).
43. «Quisiera ser más bocazas» (*El Correo*, 17.9.1994).
44. «Las canciones deben ser tristes, porque siempre hablan de desamor, de fracaso; cuando estás en ese momento, tan escaso en la vida, de pasión compartida, no se escribe, se vive» (*El Periódico*, 15.9.1996).
45. «Debería haber millones de subcomandantes Marcos» (*La Nación*, México, 29.10.1996).
46. «¿Quién coño desea el equilibrio?» (*La Jornada*, México DF, 1997).
47. «Hay una globalización y una estandarización no de la cultura, sino de la incultura» (*Reforma*, México DF, 17.4.1997).
48. «Yo soy heterosexual muy a mi pesar» (*El Porvenir*, México, 18.4.1997).
49. «Me gusta que haya religiones porque me encanta pecar» (*Popular 13*, Paraguay, 9.7.1997).
50. «Cuando no trabajo me mato a pajas» (*Hablan*, junio de 1998).
51. «¿Un deporte? Tosing por las mañanas» (*Guía del Ocio*, Madrid, septiembre de 1998).
52. «El dinero es poesía» (*La Nueva España*, 4.8.1999).
53. «Si estoy escribiendo una canción se me puede olvidar hasta que se está muriendo alguien querido» (*Interviú*, septiembre de 1999).

54. «Todas las mañanas me arrodillo, me doy cabezazos contra el suelo y doy gracias por haberme permitido estafar a la gente durante tantos años» (*Efe Eme*, septiembre de 1999).
55. «Para los grupos españoles que cantan en inglés debería existir la pena de muerte» (*El Mundo*, 7.9.1999).
56. «Sospecho que soy intratable» (*Clarín*, Buenos Aires, 6.11.1999).
57. «La Reina no debe ver a exiliados fiscales como la Caballé» (*Tribuna*, 27.12.1999).
58. «Creo que del mismo modo que les exigimos a los obispos, si alguna vez lo hacen, pedir perdón por su actitud con el nazismo o el franquismo, la izquierda de este país, a la que orgullosamente he pertenecido y creo pertenecer, debiera pedir perdón por su complacencia con ETA durante muchos años. Yo tuve en mi casa de Londres a etarras y era una gente encantadora que pegaba tiros en la nuca, algo que nos parecía una cosa muy graciosa en ese momento. Y hacíamos mal, porque de aquellos polvos vinieron estos lodos. Así que creo que la gente como yo está muy obligada a estar muy en contra y a decirlo muy alto por cobardes que sean. Y yo lo soy como el que más» (*Interviú*, diciembre de 2000).
59. «He de reconocer que con la isquemia cerebral me asusté. Yo me veía de pronto en una silla de ruedas, sin poder escribir, sin poder dibujar ni tocar la guitarra y, sobre todo, sin poder hacerme pajas... Aunque luego me dijo José Luis García Sánchez que era mejor con la mano tonta» (*Interviú*, septiembre de 2001).
60. «Me noto la voz infinitamente más limpia, con lo cual creo que no voy a vender ni un puto disco. Voy a ser una gorda con voz de Ricky Martin» (*Interviú*, septiembre de 2001).
61. «Es impresionante lo de las fronteras. Para cualquiera, moro, chino o lo que sea, España es su patria, la Tierra es su patria. Esas llamadas a la sensatez me parecen de viles hijos de puta» (*Interviú*, septiembre de 2001).
62. «Mis sonetos son un poco como los de Quevedo: para querer a mis amigos o para vengarme de algún olvido o para corregir algún entuerto» (de una conversación que mantuve con Sabina en su casa, en octubre de 2001).

63. «Ante los halagos me siento como una virgen ruborosa. Con lo puta que ha sido una» (de un recital de poesía en El Escorial, agosto de 2002).
64. «Los poetas con los que me muevo últimamente son mucho más golfos que todos los roqueros que he conocido en mi vida. ¡Me están quitando la salud!» (de un recital de poesía en El Escorial, agosto de 2002).
65. «Como dibujante no soy mal escritor» (de un recital de poesía en El Escorial, agosto de 2002).
66. «Quise ser escritor, pero la vida me llevó a ser cantante. Creo que es mucho más excitante gritarle la poesía a la gente desde un escenario, porque en la última parte del siglo XX y en esta primera del XXI, los lectores de poesía somos diez o doce y cabemos en un taxi» (de un recital de poesía en El Escorial, agosto de 2002).
67. «Ahora solo tengo la nariz para respirar» (rueda de prensa en Madrid, 13.11.2002).
68. «La vida me ha dado muchas hostias, pero todavía sigo en pie» (rueda de prensa en Madrid, 13.11.2002).
69. «Me parece que el opio del pueblo es ahora mismo la televisión tal y como se está dando, con los modelos que proponen. Yo amo a las putas y a los maricones, pero tampoco todos los días es *Crónicas Marcianas*. Las putas y los maricones decentemente en sus casas, en sus oficinas, en la calle... amigos míos, novias mías, lo que usted quiera. Pero propuestos como modelos y no como sus trabajos, no como lo que escriben ni como lo que hacen ni como lo que cantan, sino como putas y maricones de la peor calaña, me parece un escándalo» (de una charla que mantuve con él en su casa, noviembre de 2002).
70. «¿Ana Botella? Yo no puedo hablar mal de las botellas» (*Interviú*, noviembre de 2002).
71. «¿Que si creo que se van a incrementar las ventas de la revista *Interviú* a raíz de mi fichaje? Creo que van a seguir haciéndose pajas con las tetas y limpiándose el culo con los sonetos» (*Interviú*, marzo de 2004).
72. «Yo no sé cómo dirigirme a la infancia» (*Interviú*, marzo de 2004).
73. «Cuando Zapatero nos defraude, tendremos unos sonetos para cagarnos en la puta que lo parió» (*Interviú*, marzo de 2004).

74. «Las pijas me caen mal, pero están buenísimas» (*elmundo.es*, 20.9.2005).
75. «La Leti [Letizia, actual reina consorte de España] va a traernos la Tercera República» (*elmundo.es*, 20.9.2005).
76. «Creo en el amor eterno. Dura tres años» (*elmundo.es*, 20.9.2005).
77. «Ahora que no nos oye nadie: ¡Piratas unidos jamás serán vencidos!» (*elmundo.es*, 20.9.2005).
78. «Tengo tan poca imaginación que necesito mirar y conocer y besar y beber y saber para poder escribir. No sé inventar, con lo que me gustaría» (*elmundo.es*, 20.9.2005).
79. «No he follado tanto. Mis canciones de amor hablan de lo que me pasó y se acabó o de lo que me gustaría que me pasara» (*elmundo.es*, 20.9.2005).
80. «No voy a comprarme un ordenador, pero prometo exhibirme en tanga en una carroza el próximo Día del Orgullo Gay» (*elmundo.es*, 20.9.2005).
81. «Sí que me siento español, pero que conste que “¡viva España!” aquí solo se ha atrevido a decirlo Manolo Escobar. El verso que más me gusta de esa canción [“Máter España”] es “*fibra óptica y ladillas*”, aunque creo que aquí hay más ladillas que fibra óptica» (*Interviú*, septiembre de 2005).
82. «La verdad es que durante cinco minutos, por motivos semánticos, me pareció que la palabra “matrimonio” no era adecuada para las uniones entre personas del mismo sexo. Pero al minuto sexto pensé que cómo nos íbamos a oponer a que la gente sea feliz. ¿A quién le puede molestar eso?» (*Interviú*, septiembre de 2005).
83. «Lo confieso: no la tengo tan larga» (*Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca*, septiembre de 2006).
84. «Yo tengo una estética de la impostura» (*Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca*, septiembre de 2006).
85. «Los *pres* y los *pots* del escenario los he odiado desde el primer día, pero no los conciertos. Igual que he odiado ir por la calle y no poder mirarle el culo a una chica porque es ella la que se vuelve» (*Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca*, septiembre de 2006).

86. «No me compraré los discos de Paulina Rubio, pero ¡menudo culo tiene!» (*Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca*, septiembre de 2006).
87. «Cuando estaba más en los bares que ahora, me pasaba muy a menudo lo siguiente: se me acercaba una chica rubia y guapa, una cachorra de la media-alta sociedad, y me decía: “Eres un rojo de mierda y tus opiniones me revientan, pero me sé todos tus discos de memoria”» (*Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca*, septiembre de 2006).
88. «Desde luego que no soy de esos que se miden y se controlan muchísimo, y de vez en cuando me he pegado pasiones tremendos, pero tampoco soy un conductor suicida» (*Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca*, septiembre de 2006).
89. «A veces me dicen por la calle: “¡Cuídate, Sabina!”. Y yo contesto: “Usted también, señora, que está muy gorda”» (*El País*, 13.12.2009).
90. «Yo creo que las canciones de amor no existen, sino que solo existen las de desamor. Es cuando te deja la chica que haces una letra para cagarte en su puta madre y que la persiga toda su vida. Y eso el auditorio lo entiende perfectamente porque a todo el mundo le ha dejado la chica alguna vez» (*El País*, 13.12.2009).
91. «Europa es una vieja dama menopáusica y enjoyada» (*Metrópolis, El Mundo*, 18.6.2010).
92. «América Latina es una jovencita mulata que todavía tiene caderas y tetas que no son de silicona. No tiene joyas, y es bastante puta, pero guapa» (*Metrópolis, El Mundo*, 18.6.2010).
93. «Los tirones de oreja de la crítica van en el sueldo. En el de ellos, que viven de eso. Lo que me preocupa es la relación con el público, que va mejor que nunca» (*Metrópolis, El Mundo*, 18.6.2010).
94. «Mi bombín es una especie de homenaje a los grandes tontos del cine mudo, que a mí me gustan mucho: Buster Keaton, Chaplin. También un recuerdo nostálgico de mis siete años en Londres. Como yo soy de natural más bien tímido y un poco agorafóbico, para subirme al escenario necesito un cierto disfraz para meterme en otro personaje, y el bombín me

- viene muy bien. Los compro en la Plaza Mayor. Y me los regalan también. Los mejores me los compro en Londres» (*Metrópolis*, *El Mundo*, 18.6.2010).
95. «Yo lo que quiero es un movimiento como el 15-M en Cuba» (*El Mundo*, 28.8.2011).
96. «La guerra contra el narco de Calderón [Felipe Calderón Hinojosa, expresidente de México] es de lo más ingenua, porque el narco está dentro del gobierno y de la policía. Al final, ha conseguido más violencia. Yo propondría algo mucho más sencillo, como es legalizar las drogas blandas y llegar a un acuerdo con Estados Unidos para que deje de vender armas al narco» (*El Mundo*, 28 8.2011).
97. «He aprendido que la adrenalina del escenario es mejor que la de los bares de madrugada» (*XL Semanal*, noviembre de 2012).
98. «¡A que me da un ataque de pánico escénico!» (de un concierto en Madrid, abril de 2015).
99. «A mis musas les habían salido varices y les olía el aliento» (rueda de prensa en Madrid, febrero de 2017).
100. «Es tremendo lo mal que envejecen las revoluciones, incluso peor que las personas» (*The Clinic*, Santiago de Chile, agosto de 2017).

EL CANTANTE VISTO POR DISTINTAS
FIGURAS DE LA MÚSICA, LA LITERATURA,
EL CINE, EL PERIODISMO Y LA POLÍTICA

PONGAMOS QUE HABLO DE JOAQUÍN

*«Degenerado y mujeriego, / con cierto aspecto de faquir, / anda arrastrando
su esqueleto / por las entrañas de Madrid.*

*Aunque andaluz de fin de siglo / —universal, quiero decir—, / no sé qué tiene
de rabino / cuando lo miro de perfil.*

*Amigo de causas perdidas / desde aquel mayo de París, / no tiene más filosofía
/ que el “vive a tope hasta morir”.*

*Medio profeta, medio quinqui, / el lumpen es su pedigrí, / un tinto y una buena
titi / le bastan para resistir.*

*Tirando a zurdo en sus ideas, / por donde escora Bakunin, / dice que abajo las
banderas, / y arriba la lluvia de abril.*

*El perdedor es su universo / aunque desea ser feliz, / y aún hay quien dice que
está cuerdo ... / Pongamos que hablo ... de Joaquín.»*

LUIS EDUARDO AUTE,
febrero de 1986

ESE JOAQUÍN ES EL QUE AÚN ME SIGUE SORPRENDIENDO

por Luis Eduardo Aute

Siempre me sorprendió, en las canciones de Joaquín Sabina, su rotundo y obstinado empeño en no mostrar sus emociones más íntimas, en no descubrir su universo sentimental personal.

Siempre ha mantenido un tenaz compromiso con la objetividad como expresión imprescindible para situarse lo más lejos posible del desvelamiento que representa cantar en primera persona. Alguna vez hemos hablado, recuerdo, sobre ese indomable temor al hecho de sentirse desnudo y descubierto ante las fieras.

Siempre me sorprendió porque a mí me sucede todo lo contrario. Sin un estado de ánimo personal previo, sin una urgente necesidad de expulsar otras fieras (tal vez más feroces) hondamente sentidas, me siento incapaz de juntar dos palabras seguidas sobre un acorde.

Dicho esto, huelga la obviedad de que, desde mi punto de vista, Joaquín se muestra como pez en el agua narrando historias y situaciones en donde poder trasplantar sus vergüenzas menos ajenas tomando partido sentimental por los personajes que dan vida a sus canciones.

De ahí, probablemente, esas escenografías habitadas por deshabitadas sombras a la deriva en perpetua huida de sí mismas con las que impúdicamente se identifica. Canciones de subciudad con indolentes solitarios en busca de otras soledades inútiles, con restos de biografías enamoradas del desamor, con desahuciados adictos a la noche...

En fin, vampiros urbanos temerosos de la luz del día buscando el cobijo de la premeditada y alevosa oscuridad para saciar su sed en los bares del lado salvaje de todos los naufragios. Ahí sí se compromete, a sangre, el poeta. Ahí sí encuentra su música más descarnada, nunca exenta de una amarga ternura, en recatadas dosis, y el distanciamiento que su peculiar sentido del humor le exige.

Joaquín Sabina, diablo fieramente humano en estos paisajes, alimenta, con el latido de la calle, la crónica sentimental del tiempo que le tocó vivir, del tiempo que nos tocó vivir. Narrador falsamente frío, no puede impedir a la hora de contar, cantar con la lírica del poeta que empecinadamente intenta amordazar. De los varios joaquines que hay en Sabina, hay uno que siempre es leal a la única razón de ser del artista: su pasión por los seres humanos que, aun habiendo perdido toda fe en sus congéneres, todavía creen que la vida siempre les puede sorprender.

Ese Joaquín es el que aún me sigue sorprendiendo.

TODAVÍA ES DE NOCHE

por Andrés Calamaro

Diría que los versos de Sabina sintetizan la vida, pero la frase no es mía.

No recuerdo si la primera vez que nos hablamos fue en el Ambigú, en la calle Leganitos. No recuerdo si

Sabina tenía puestas sus alas de Ángel Negro entonces. Fue Corbella, mi compañero en Abuelos de la Nada, el que me reveló los textos de JS definitivamente, cuando se consumían los *ochentas*, una noche tarde, a las seis, en Buenos Aires. Ariel estaba también pero se fue a tiempo y me quedé solo, dos Abuelos, a envenenarme por primera vez con las canciones en cuestión.

Fue poco antes de mi último verano rioplatense cuando, volviendo de una transacción marginal, fui detenido por la policía federal. El disgusto fue resuelto en pocos minutos con un billete y reposté hidratos de carbono en una pizzería del barrio *borgeano* de Palermo Viejo, donde me regalaron un *tape* en directo de JS + Viceversa.

En Madrid recorríamos bares cuando Malasaña era lo que ya no es, o nosotros... que éramos lo que fuimos.

Buscando vivir encontrábamos canciones y permiso para la tristeza. Nuestra primera canción fue «Princesa», y escuchábamos siempre las mismas dos (canciones) de *Mentiras piadosas*: «Con la frente marchita» y aquella que dice que se come con piel la manzana prohibida, viviendo de noche para encontrar caramelos.

Cinco años después las cantamos juntos en los Alberos de las Españas.

Hace poco nos vimos en Buenos Aires, fue un encuentro triple pero extraño, y repetimos en la entrega de los Premios de la Música... Pero entonces terminé la madrugada con la primera línea del *hip-hop* en este

idioma, en un encuentro marginal de amigos desconocidos...

Espero el próximo encuentro con este escritor genial de canciones, más que nada porque nos merecemos permiso para algunas risas perrunas y el privilegio de la amistad. Es que Sabina es mi amigo, pero, a la vez, es un autor gigante que debería contarse entre los más grandes de las canciones y el *rock 'n' roll*, y un aristócrata de las profundidades del idioma, de la melancolía, del whisky, de la noche y de las *sentimentiras piadosas*.

JOAQUÍN ES DE VERDAD

por Juan Echanove

Ya me gustaría a mí echarme a llorar en ríos de alcohol como una plañidera de Joaquín... y recibir las claritas del alba mirando por una ventana *melancohólica*, jugando a ser mayor, a ser maduro, a recordar aquellos tiempos de Woodstock de Molina como algo ya pasado, como algo que le pueda permitir a uno destrozarse las barreras de la mujer seducible... tan solo con las palabras mágicas... «... Yo estuve allí... con Joaquín». Ya me gustaría a mí dedicar horas y horas de mi normal existencia a criticarle los vicios a Joaquín, a decirles a los del pelotón que el que va en cabeza se va a desfondar... que nadie aguanta ese tren... que tarde o temprano... que no hay más que verle la cara...

Podría incluso maquinarse en la cabeza visitas jurásicas hacia el alma de un ser en extinción, planteador de imposibles, eterno niño... jodedor. Podría negar a Joaquín tres veces en esas noches en que las «doctoras» me envían saludos por persona interpuesta y me entregan la botella de ese Robinsón amigo mío.

Podría desear que se desatase un grave conflicto mundial para compartir unas horas con él... pero eso sería tremenda crueldad.

Podría pensar desde la monotonía y desde el aburrimiento que así no se puede tratar a los seres humanos... y mucho más aún cuando se trata de *seras humanas*. Podría desear que el deseo de lo imposible se apartase ante la necesidad de una realidad tangible y *prêt à porter*. Podría desatar el bulo de que yo un día vi a Joaquín levantarse a las nueve y cuarto de la mañana, que desayunó un café con porras en la cafetería de la esquina... y ya en el colmo de la infamia... que compró ciegos y *El País*... y que los dos le tocaron.

Podría incluso jurar que ayer me encontré con él en un semáforo y que, ¡agárrense!, iba hablándole a un *pinganillomotorolo* desde el asiento trasero de un taxi... y que se reía, el jodío. Y rizando más el rizo podría afirmar, en un informativo de Tele 5, que el otro día pasé por el portal de Joaquín y vi una furgoneta de esas de *catering* descargando los materiales necesarios para dar una cena de gala... no de etiqueta... de Gala... de Antonio Gala...

Y cruzando el charco de los sueños, también podría decir que al Joaquín que yo conozco le he visto jugando al pádel con el expresidente Menem... perfeccionando el estilo, eso sí, para derrotar sin piedad a su amigo Chema en «La Monclo», sin piroppear, para nada, a los excitantes muslos de Zule... (no vayamos a perder la concentración)...

Que le he visto junto a Pancho Varona dejar en su casa a las diez y veinte de la noche a dos gatos porteños con la excusa, por otro lado creíble, de que mañana hay que grabar. Que Joaquín y su banda cenan, sistemáticamente, todos los días antes de tocar en el Rex de Bayres, todos juntos en amor y compañía, en Los Inmortales... y que muchos días Joaquín repite ración de bife y fritas y que incluso comenta que ya le gustaría postrear con una mollejita. Podría ser campeón del mundo de hijoputas y decir que yo he visto a Joaquín llorar como mujer lo que no ha sabido defender como hombre. Podría rebuscar en el desván de mi maldad y decir que, por no tener, Joaquín no tiene voz... y del voto ni hablemos.

Bueno, pues todo esto solo lo podría hacer por envidia, por puta, por putísima... por la requetegranputa envidia que yo le tengo... porque lo confieso, sí, lo confieso... todo lo que les he dicho es mentira... sí, mentira... y yo qué le voy a hacer si soy normal... si hago lo que hacen los demás...

Una cosa sí es verdad. Yo estuve con Joaquín en Woodstock... pero he perdido las señas... eso es lo que me jode... que le echo de menos.

No estaría mal llorarle un rato a un catafalco... y oro... y cantarle una saeta, pero...

Los funerales para los muertos y las saetas *pa'l* cachorro.

Yo, todos los días, cuando me levanto, antes de que el periódico me cuente «lo que hay»... por si las moscas... escucho «Como te digo una co te digo la o» y palpo la realidad.

Ah... y perdón por su alegría

... que es nuestra alegría.

EL VINO DEL DIABLO

por Fernando G. Tola

Me decía James Joyce que Joaquín Sabina era capaz de encontrar una historia donde la mano del hombre jamás puso pie. Tenía razón el irlandés: Sabina, como su propio nombre indica, es un gran *cantador* de historias que no necesita echar mano del mar marinero ni de la luna lunera ni del te quiero, vida mía, te quiero noche y día, te quiero con pasión. En Sabina hay siempre una idea original, un compromiso social, un soporte cultural y una especial manera de ver el mundo y reescribirlo. Por eso sus canciones son caminos que marchan por sí solos, puesto que nacen de un ojo certero y de un corazón que es mucho más que lo que canta.

Pero canta. Y la música y la letra y la voz con que nos habla, de tal modo se hace carne en su figura que, si en lugar de vestidos usáramos canciones, yo diría de Sabina: «Joder, qué bien arreglado va ese tío». Más elocuencia, imposible.

Conocí a Joaquín hace veinte años. En aquel tiempo, él actuaba en La Mandrágora con otros dos mosqueteros, Javier Krahe y Alberto Pérez, en un pequeñísimo sótano en donde no cabía el humo de los cigarrillos. Tres guitarras, tres artistas. Un espectáculo inolvidable. Aquellos recitales fueron para mí la lluvia que limpia la contaminación de las listas de éxitos, siempre planchándote la oreja con la misma canción. Desde el primer momento quise casarme con los tres. Y me los llevé al huerto: al huerto de Prado del Rey. Y, oyes, un alboroto. Su primera aparición en pantalla fue una explosión de tal calibre que a punto estuvo de acabar con mi carrera. Afortunadamente no fue así, y pude compartir con ellos uno de los períodos más importantes de mi vida profesional.

Trabajamos mucho juntos y, a pesar de ello, nos llevamos mejor que bien, por lo cual cultivamos una maciza amistad: nos encontramos solo cuando nos echamos de menos, y nos evaporamos siempre que nos echamos de más. Lo cual es cojonudo, porque del amor y la amistad lo peor es la perseverancia. Y de la mayoría de los cantantes, también. No es este último el caso de Joaquín; muy al contrario, a su perseverancia debemos una obra admirable, desmarcada de la ramplonería imperante en el reino de la canción muda.

Joaquín Sabina puede meter una palabra con calzador, pero no destruye jamás una imagen ni se queda sin acento ni pierde la medida ni quebranta la armonía por rimar gato con zapato: Joaquín tiene el don de los poetas y se puede permitir el lujo de retratar a los demás retratándose a sí mismo. Pero yo no quiero seguir por este camino: estoy a punto de caer en la jerga efervescente de los críticos. Y eso no se le hace a un amigo. Sobre todo a un amigo como Joaquín, tan por encima de los gramáticos.

En fin, a lo que iba, que Joaquín Sabina, como su propio nombre indica, es un gran contador de historias cuya figura de torero maldito comparece ante ustedes para cantar con esa ronquera trabajada en el vino del diablo. Y en sus tabernas. Dios le dé salud para que el diablo le siga prestando su voz.

NOCHES DE TORMENTA

por Javier Gurruchaga

Conocí a Sabina una noche en que iba él con Krahe por la plaza de Ramales. Yo entonces era el pelotazo del año, y ellos tenían la experiencia del *pub* La Mandrágora. Eran dos tíos más entrados en años que yo y me empezaron a vacilar nada más verme, algo que yo no entendí muy bien. Luego me acabaría confesando Joaquín que era porque a los dos les gustaba mucho, que eran muy fans de la Mondragón. Poco tiempo después compondría «Pisa el acelerador» un poco inspirado en la Mondragón, en «Bon voyage», en Popotxo y en mí.

Yo, físicamente, le encuentro muy parecido a Leonard Cohen, y más de una vez se lo he dicho. Él se ha hecho sus risitas diciendo: «Sí, bueno, es verdad que me parezco un poco...». No en la voz. Sabina tiene una voz que, si se la cuidara un poquito más, no sufriría de esos pequeños nódulos. Aunque, claro, eso es también un sello de marca, como lo puedan tener Keith Richards, Tom Waits y otros tantos magníficos afónicos de la canción.

Siempre que he coincidido con él me ha parecido una persona con un gran sentido del humor, que me ha dado unas grandes ideas, y él quiso echarme una mano en mi trabajo después de que yo se la echara a él cuando actué en el Teatro Salamanca en el año 1986, y empezamos a hacer letras para mi disco *Ellos las prefieren gordas* con una canción emblemática, muy urbana, como somos él y yo, que es *Corazón de neón*. Recuerdo que Eduardo Haro Ibars, que entonces ya estaba muy enfermo de sida, venía al estudio y hacía algunas de las letras de mi disco, y Joaquín y yo solíamos hacer bromas sobre él. Yo le llamaba Baudelaire, y Joaquín se descojonaba mucho por cómo se lo decía. Sabina quería continuar un poco el espíritu cínico-escéptico-humorístico que

dejaba Eduardo, e hicimos muchas cosas juntos. Después de aquello me ha hecho unas treinta letras, con mayor o menor éxito, pero siempre ha estado ahí dándome ánimos.

Coincidimos también en Buenos Aires, en el Teatro Gran Rex, y luego ya en el Teatro Colón, en donde nos vestimos de mujeres para interpretar la canción «Yo quiero ser una chica Almodóvar», y en donde él ya era un dios.

Incluso hemos compartido mánager, Paco Lucena, y cartel juntos, y siempre me he sentido muy a gusto cantando sus canciones de la noche, de la soledad y de lo urbano.

Creo que es un buen poeta, un gran testigo de su tiempo y un cuentista, en el mejor sentido del término, como en aquel título de García Márquez, *Me alquilo para soñar*.

Hemos compartido muchas noches de insomnio en el Joy Eslava, en la época en que era un poco más bohemio que ahora, que es más estándar, riéndonos mucho y vacilándonos mutuamente.

Intervine también en su vídeo «Es mentira», dirigido por Luis García Berlanga, junto a Echanove, Caco Senante y Charly García, y en donde yo aparecía de pirata, de capitán Garfio.

A Joaquín le hizo mucha gracia participar en la parodia de *El huevo de Colón*, cuya letra había sido escrita por él, al igual que la de «Ángel», que interpretamos a dúo Ana Belén y yo.

De día, la verdad, nos hemos visto poco, y siempre que lo hemos hecho ha sido con las correspondientes gafas de sol.

Hay una anécdota graciosa. Yo estaba obsesionado con un confesionario de un anticuario de la calle de Conde de Xiquena y, cuando estaba a punto de comprarlo, le pregunto al dependiente y este me dice que no, que ya está vendido, que lo ha comprado el señor Sabina. Al día siguiente fui a su casa y allí estaba el confesionario. Rivalizamos, curiosamente, en confesionarios, en caballos de madera y en vírgenes desnudas.

Recuerdo también que una vez llamamos a Bruselas para hablar con José María Bandrés, ahora convaleciente de una embolia, porque los tres, Joaquín, Bandrés y yo, cumplimos años el mismo día, el 12 de febrero. Aunque Joaquín es nueve años mayor que yo, y Bandrés como veinte.

Me copia un poquito las chaquetas y las corbatas, pero he de decir que una de las corbatas más bonitas que tengo me la regaló él —creo que en un cumpleaños—, una llena de corazones.

Uno de mis temas favoritos es el de «Tic-tac», una canción muy *mondragona* que nos hizo para aquel programa de fin de año tan escandaloso, *La última cena*, en 1988. Recuerdo aquella escena en la que él salía del váter con Sara Montiel, se supone que tras echar un polvo, los dos impecablemente vestidos, con Senillosa, Marisa Paredes... fue muy divertido.

Recuerdo también aquel bolero, «Dos amigos y una mujer», que compuso para el disco *El huevo de Colón* y que cantamos a dúo Antonio Banderas y yo, participando en los coros la primera mujer de Antonio, Ana Leza. Un tema que, por alguna extraña intriga del mánager de Banderas, no se pudo editar en Latinoamérica. Una lástima, la verdad, porque es una canción muy bonita.

Solo me resta decir que él, Joaquín, siempre ha sabido que me gusta mucho lo que hace, y que le deseo todo lo mejor. Lo merece.

Y para cerrar estas hojas nada mejor que releer una de las letras más maravillosas de las muchas que me ha escrito, «Noches de tormenta»:

*Es inútil tratar
de aprender a besar
tan cerca ya del fin.*

*Esas manchas de rímel
en tus párpados gimen
y dejan cicatriz.*

*Y ya no tiene sentido
discutir quién ha sido,
de los dos,*

*el que empezó a flirtear
con las flores del mal
y el desamor.*

*No sé por qué
las caricias que ayer
conseguían prender*

mi excitación

*ya no me calman la sed.
La humedad de tu piel
se marchitó*

*y no hay palabras que ocupen
el lugar que no supe yo llenar.*

*Se nos ha muerto el amor,
mejor decirnos adiós
sin llorar.*

*Noches de tormenta,
olvido, lágrimas y alcohol.*

*Quédate tú con todo
pero déjame solo
con mi soledad.*

*Qué te puedo decir,
ojalá seas feliz
sin mirar atrás.*

*No me arrepiento de nada,
tal vez de madrugada
piense en ti*

*cuando te añoren mis besos
y me duelan los besos
que te di.*

*Noches de tormenta,
olvido, lágrimas y alcohol,
noches de tormenta...
crisantemos en el corazón,
noches de tormenta...
la primavera terminó,
noches de tormenta...
dos extraños en la habitación,
noches de tormenta...
qué triste suena esa canción,*

*noches de tormenta...
hay un fantasma entre los dos,
noches de tormenta...
que salga de una vez el sol,
noches de tormenta...
olvido, lágrimas y alcohol,
noches de tormenta...*

EL DYLAN DE LOS QUE NO SABEMOS INGLÉS

por Ángel Antonio Herrera

He terminado de leer este libro, casi al alba, y del tirón, y he encontrado, por suerte, lo que ya me tenía sospechado: que Javier Menéndez Flores no ha hecho una biografía de crítico musical o periodista enterado, sino unas páginas de escritor entero, una semblanza inteligente, solidaria y muy escrita, de un artista, Joaquín Sabina, que se ha venido buscando la vida, como él, por dirección prohibida, y que, encima, se quiere mejor tiempo en Le Mans.

De Javier Menéndez sabíamos por sus entrevistas en prensa, siempre entre el terrorismo y el lirismo, que es una clásica pero casi extinta fórmula de ponerles a los personajes la pistola de las preguntas en el pecho sorprendido. De robarles la entrevista, que es de lo que se trata. Una fórmula que, por lo general, embosca a un escritor, que es lo que es Javier Menéndez, desde hace años, desde siempre, con una larga y secreta carrera de fino poeta, y una novela, recién horneada, que toca los techos de la buena literatura.

Decía Borges, hasta nueva orden, que todo libro que pasa de las ciento cincuenta páginas es autobiográfico. Yo esto lo creo incluso para las biografías, que parecen ser un género en el que el autor desaparece, para mayor gloria o descrédito de su héroe o de su víctima. Aquí, nuestro autor está siempre presente, y no porque quiera tirarse el nardo del tuteo, tan habitual en estos volúmenes a dúo, sino porque la elección de Sabina, como tema, no es inocente, o sea, que Sabina a ratos *también* es él, y porque Menéndez milita en esa escasa raza de estetas que aún creen que «escribir no es redactar, sino todo lo contrario», según el lema de oro del viejo Paul Morand.

Estas páginas hay que leerlas a saltos, desordenadamente, como entre copa y copa, por ahí en trenes desventrados de sombra o garitos de alto riesgo, que son los que nos van al coro de ángeles que hoy aquí nos celebramos. Y lo digo porque el libro resulta un largo vaivén de canción a dato, de poema a coda, y al contrario, saqueando una vida, la de Joaquín, desde sus canciones, o saqueando sus canciones desde su vida, si es que ambas cosas fueran asunto distinto, que ya lo dudo, y logrando, al paso, eso valiosísimo que Pedro Salinas llamó «calidad de párrafo» respecto a Marcel Proust. Sabina ha dado, clamorosamente, las mejores letras de los que amamos las letras, presenta a sus músicos en verso y sus conciertos dejan en el alma el efecto de una mudanza. Es el Dylan de los que no sabemos inglés, y Madrid es más Madrid con él, «*aunque la maja desnuda cobre quince y la cama*». O precisamente por eso. «Soñaba con ser Shakespeare y me he quedado en Machín», dijo algún día, en coña muy suya. Menéndez ha entendido estas ironías de calavera y se ha montado un vis a vis de escritor a escritor, con un par, hasta lo shakesperiano o vallejiano que hay en Sabina, que es mucho, aunque nos vacile a propósito, y acaso por ello. No esperen, pues, de estas páginas ni el dato frívolo ni el chisme maricona, sino el viaje de quien viene luchando por alcanzar su voz propia, sin desdén ni descuido al monumental homenaje al maestro, que es lo que hay por encima o por debajo de todo. El adverso vagabundeo, en fin, de quien nació para rey, pero trabaja por dinero.

Enhorabuena y gracias a los dos, biógrafo y biografiado, y ahora a ver si somos libro de platino.

A UNO AL QUE LE MUDÓ LA VOZ

por Javier Krahe

*Será el Sabina infiel, pero nos prueba
que a su vez pasa de infidelidades,
pues la voz se le fue y no hay maldades
que maldigan su ex-voz en su voz nueva.*

*Ya sucedió otra vez. Eso nos lleva
unos años atrás, a esas edades
de ilusión y de fuerza, nimiedades,
solo sombras de voz en una cueva.*

*¿La ilusión y la fuerza? son ya historia,
¿nimiedades? quizá, pero importantes,
¿solo sombras? no sé, feliz memoria*

*frente al mundo mundial en cualquier caso.
Me gustan tus canciones más que antes,
buenas son y eso es mucho. Y es escaso.*

LOS AMORES PERDIDOS

por Joaquín Leguina

Si dos personas llevan el nombre y su primer apellido, con un total de trece letras (doce más una), y hay diez de ellas que coinciden, en orden y terminaciones, pues algo tendrán entre sí ambos individuos, algún destino común les ha de atar en las alegrías y las penas, en las virtudes y miserias. En fin, es mi caso respecto a este madrileño de Jaén. Nos une de por vida el abecedario, como a otros unió la vicaría, pero, eso sí, sin los inconvenientes de la convivencia. Hay algunas diferencias, sin embargo: cuando a él, algún despistado o, quizá, una confundida admiradora, le llama por mi nombre, se apresura a sacarles de su error, pues ninguna ventaja obtendría dejándolos en el limbo del yerro. No es mi caso, yo me dejo querer y nunca lo desmiento. Por si acaso, a través del equívoco, «hay, al fin, fiesta en la cocina y baile sin orquesta».

Mas mi afición y devoción por Joaquín Sabina, que es apellido vegetal y robusto, poco tiene que ver con estas casualidades alfabéticas. Me gustan sus canciones por las mismas razones que alegra en silencio todo el mundo: Sabina une en su arte dos características inconfundibles. La versatilidad musical, que consiguen con insultante facilidad él y sus colaboradores, y un discurso poético propio, personal y transferible, unas letras «políticamente incorrectas». Es decir, libres. Allí la ternura nunca es ternurismo. «... *No miento si juro que daría / por ti la vida entera, / por ti la vida entera; / y, sin embargo, un rato cada día, / ya ves, te engañaría / con cualquiera...*»

¿Quién es ese protagonista de muchas de las canciones que canta Sabina?

El espectador propende a creer que es él mismo, el autor, quien nos habla con su propia voz, que no hay personaje intermedio. Que es él, Sabina, desgarrándose, oculto tras un humor frecuentemente amargo, ridiculizándose a

sí mismo... y siempre brillante, dueño de una gran solvencia literaria (*«el beso de la madrugada escuece como un bisturí»*). Empero, sea quien sea, ese personaje perdedor, que nos habla de sí y de sus alrededores, no es piadoso ni blando, no tiene el cuerpo para concesiones. Y nosotros se lo agradecemos, pues solo los perdedores tienen algo que decirnos. ¿Qué pueden contar los ganadores? ¿Ganadores de qué?

Hay también un Sabina cronista. Crónicas urbanas, madrileñas, de los de abajo, cantadas con habla popular y nueva. Crónica de esa vida que no aparece jamás en las primeras páginas de los diarios ni en los telediarios, sino en los sucesos. El «macarra de ajustado pantalón» que, tras una noche de navajas, acuchillado y a punto de morir en El Piramidón, se consuela pensando que *«de esta me sacan en televisión»*.

Eluard, otro perdedor, tanto, que estuvo casado con una mujer llamada Elena Dimitrievna Diakanova Diulne, conocida como Gala, una egoísta arrebatada que acabó sus días junto a un pintor llamado Dalí. Ese Paul-Eugène Grindel, el tal Eluard, dejó escrito que *«hay otros mundos, pero están en este»*.

Otro francés, Marcel Proust, aseguró con buenas razones que *«los únicos paraísos que existen son los paraísos perdidos»*.

Sabina los busca y los encuentra. Y nosotros se lo debemos y que Dios se lo pague.

PONGAMOS QUE HABLO DE UN AMIGO

por Lolita

Joaquín Sabina... tienes apellido de sabia, de bruja buena y hada dislocada.
Tienes varita mágica y la usas solo a veces.

No he podido conocerte lo suficiente (no como *él*), pero el tiempo quiere que lo haga.

Fuiste testigo mudo de la ausencia de mi alma, pero hablaste cuando el triunfo se quedó a vivir dentro de ti.

Gracias por ellos, por tu música, por tu claridad cotidiana y porque aún nos queda mucho por vivir, como cantó Rosario.

Pongamos que hablo de un amigo que también tiene su boquete en el corazón.

Te quiere,

LOLITA.

UNA SOLA HECATOMBE

por Melchor Miralles

Javier Menéndez Flores me pide unas líneas para esta reedición de *Perdonen la tristeza*, diecisiete años después de publicarse. Él tomó prestado el título del poeta peruano César Vallejo, uno de los favoritos de Joaquín Sabina, y yo recurro al mismo poema para titular, porque puede ser una catástrofe un texto mío entre tanto autor de crédito y prestigio. Pero agradezco el honor para colarme entre el traje y la piel del autor y del artista.

La obra repasa la vida de Joaquín desde el origen hasta su obra cumbre, *19 días y 500 noches*. Sabina es una especie aparte. Tiene una escritura fuera de serie y, además, le pone música. Para quienes nos gusta saborear las letras de las canciones, Sabina es el copón, el no va más, y que Javier Menéndez Flores, mi tronco, haya publicado las biblias del poeta es un lujo que le agradeceremos siempre. Seguro que Joaquín recuerda su vida gracias a la prosa de Javier, que merece una parte de la herencia, que se sabe la vida de la estrella mejor que la estrella misma.

Conocí a Joaquín en el Gijón, pidiéndole que acudiera a la cárcel de mujeres de Yeserías a dar un concierto, cuando aún no era Sabina, pero lo apuntaba. Fue una tarde memorable en la que me robó un bolígrafo y me enamoró por su arte, y atisbé que en él había un personaje literario y un artista que tiene una voz sublime cuando la descuida, que se conoce el corazón de la calle y las teclas que alteran el alma del personal, y que desborda poesía hasta en la mirada triste y el aspecto de forajido con chaleco de croupier. Al escribir retrata su vida, pero el cabrón parece que se sabe la nuestra, y todos hemos ansiado ser capaces algún día de escribir como él.

Ángel Antonio Herrera lo retrató en nueve palabras con tino: «Es el Dylan de los que no sabemos inglés». Y por eso son tan necesarios los escritos en los que Javier Menéndez Flores le hace la autopsia en vida al personaje y a su obra, con precisión de cirujano de fuste. Le conoce tan bien, tiene tanta cátedra sobre la obra de Sabina, que seguro que a Joaquín le jode que le conozca mejor de lo que se conoce a sí mismo. La vida de Joaquín tiene que ser peor que su obra, porque sus letras y su música le han convertido en el número uno, y quedará siempre en esa posteridad que no le interesa, y no se atisba sucesor para nuestro Dylan particular.

Javier escribió este repaso de lo mejor de Joaquín, después *En carne viva* y hace poco *No amanece jamás*, que tuve el honor de presentar. Después de estas tres obras no hay nada más que escribir sobre Sabina, excepto lo que él quiera contarnos. Una sola hecatombe, clavada en pleno pecho, escribió Vallejo. Esa creo que es la vida de Joaquín, una hecatombe, pero quizá la más maravillosa hecatombe que hemos conocido. Perdonen la tristeza.

JOAQUÍN SABINA

por Antonio Muñoz Molina

Uno de los signos que indicaron, incluso en nuestra ciudad remota y encerrada, que los tiempos estaban empezando a cambiar, fue la aparición en el bar donde nos reuníamos por las noches los rojos locales de aquel tipo con barba espesa y guitarra acústica sobre el que habían circulado algunas leyendas. ¿Fue en el 76, en el 77? Me parece que estoy viéndolo, con mis veinte años asombrados y crédulos de entonces, en aquella semioscuridad de catacumba, con la oscuridad añadida de la barba y el pelo largo, y el enigma de su llegada, de su exilio en Londres, que le daba un aura doble de persecución política y cosmopolitismo. Había participado en las revueltas universitarias del año 70 en Granada, decían, había escapado a Londres sin pasaporte, y al llegar había pedido asilo político. Pero en Granada, la parte de su leyenda que solía contarse era más de libertino vividor que de resistente: alguien recordaba las faldas cortísimas y las piernas desnudas de una novia inglesa que iba con él a los bares, a las asambleas y las manifestaciones.

Era, en definitiva, una leyenda perfecta, porque reunía, con las adecuadas zonas de incertidumbre para ser aún más misteriosa, casi todo aquello que uno hubiera querido ser y hacer en esos tiempos, justo lo que uno no era, lo que no se atrevía a hacer. El tipo barbudo que tocaba de noche la guitarra y cantaba en la taberna donde teníamos nuestra catacumba era más que un cantante, o que un vago héroe político, era todo un personaje literario. Contaban, para colmo, pero eso era más difícil creerlo, que su propio padre, un policía aficionado a escribir versos, lo había despertado una mañana para decirle que estaba detenido...

LA MÚSICA, EXPERIENCIA COMPARTIDA

por Darío Prieto

«¿Pero qué chorrada es esta?» «Menudo gilipollas.» «Hay que estar mal de la cabeza para decir eso.»

En la prensa musical no solemos escatimar en descalificaciones hacia nuestros colegas. Es lo que tiene la música, quizá la más pasional de las artes, que enciende las conversaciones y solivianta los ánimos a la hora de decir que el disco bueno era aquel o que te calles la puta boca de una puta vez, que no tienes ni puta idea de lo que estás hablando y si me sigues tocando los cojones vamos a acabar a hostias. En efecto: que se sepa, todavía no hay registros de peleas callejeras entre devotos de la pintura figurativa y fans de la abstracción. O entre naturalistas y surrealistas, si hablamos de literatura. Pero todos sabemos lo que pasa cuando te atreves a ridiculizar el *heavy* delante de un fan de AC/DC. O si te ríes de la adoración que despierta Bruce Springsteen entre su parroquia. Pues bien, toda esa energía chunga se multiplica por mil en el caso de los plumillas. Como, en el fondo, es una cuestión de gustos, y sobre los gustos no hay ciencia posible, críticos y cronistas nos despellejamos continuamente en discusiones espirales sobre discos, canciones y músicos olvidados por todo el mundo, menos por mí.

Por eso, leer a Javier Menéndez Flores viene tan bien. Para disfrutar la música y para escribir sobre ella. Porque te enseña que el enemigo no es el que tiene un gusto diferente del tuyo. Que, de hecho, no hay enemigo. Y como aquellas primeras conversaciones sobre música —de adolescentes, en las que descubrías la música junto a alguien más, aprendiendo junto a esa persona y enseñando cosas que no sabías que sabías—, leerle es recuperar esa

experiencia compartida de escuchar junto a alguien más. Alguien con quien tal vez no compartas argumentos y que, por eso mismo, puede situarte en un lugar diferente.

Javier es un chalado que se atreve a ser riguroso, exhaustivo y sistemático en un campo como la música, tan propicio para asociaciones inconexas y lugares comunes. Y se lanza a analizar el campo semántico de las letras de Sabina, por citar un ejemplo. Un currazo que requiere de tiempo, aunque eso no signifique necesariamente que la recompensa esté pareja al esfuerzo realizado. Y, sobre todo, Javier es un conversador. Alguien capaz de convertir una entrevista con Robe Iniesta en una conversación de dos adolescentes hablando del mundo y de la música que nos pone. Quizá a la música le venga bien el odio, el conflicto, las puñaladas y la maldad para seguir avanzando creativamente. Yo, sinceramente, creo que andamos saturados de malos rollos.

Por eso hay que agradecer la reedición, corregida y aumentada (con todo lo que ha pasado en los diecisiete años que van desde su publicación hasta ahora), de *Perdonen la tristeza*, la exitosa biografía de Joaquín Sabina que el tiempo ha convertido en un libro fundamental para estudiar la figura del cantautor.

Así que gracias, Javier.

EL ATLETA DE LA MEDIANOCHE

por Miguel Ríos

Hace un tiempo que no alterno con Sabina, no tengo edad. Pero la imagen que me queda de aquellas madrugadas es la de Joaquín como el negativo de Carl Lewis, rodeado de amigos que habíamos perdido, por agotamiento, la posibilidad de seguirlo en las antimetas que proponía la noche. Era cuando el Atleta de la Medianoche más brillante, más activo, tomaba la última curva peligrosa de los 50 con el whisky en la mano, un Ducados en la boca, ¿o era un Habanos?, y pedía, con la voz de lija del 7, una guitarra.

Joaquín Sabina es un atleta de madrugada que crea en todo momento y, lo mejor —el mu' maricón—, es que lo hace sin despeinarse. Antes, cuando su fama era solo terrenal, prefería escribir cerca del infierno... Yo lo recuerdo en un burdel en México D. F. con la Polaroid en los ojos, volcado sobre una cuartilla y lidiando, con la izquierda, a una señorita.

Me gusta Joaquín porque es muy generoso. Ahora se ha llevado el estadio a su casa, pero no corre con ventaja. Usa la misma pértiga que todos los demás y no escatima un soneto si puede servirte para hacer una canción.

Yo quiero mucho a este Ben Johnson tirillas y zascandil, y si su biógrafo no lo pone de puta madre, yo me cago en t'os sus muertos.

CANCIONES SIN AUTOPSIA

por Rulo (Raúl Gutiérrez)

*Canciones a quemarropa para cantarlas mientras te la quitan.
Canciones sin anestesia
que gustan cuanto más duelen.
Canciones urgentes para escuchar sin prisa.*

*Canciones MAYÚSCULAS. Canciones brújula.
Canciones tatuaje. Canciones equipaje.
Canciones caricia. Canciones arañazo.
Canciones postdata. ¡Canciones, carajo!*

*Canciones cantadas al alba
con voz de lija fina.
Canciones que matan pero no mueren.
Qué difícil escribir tras el día
que lo comenzó a hacer
el maestro Sabina.*

DE MUJERES, DE AMIGOS Y DE GAFAS

por José Sacristán

*Hay días como que...
—es un poner—
mi espalda no me guarda las espaldas,
no me siguen las plantas de los pies
y me veo de nuca
en los espejos.
Me ha llegado a negar
tres y hasta más veces
mi huella digital.
Sin cobertura,
las yemas de mis dedos
anular y meñique
no me envían señales.
Saca la lengua mi lengua
burlándose de mí.*

*Hay días
—insisto, es un poner—
como que...
hacen oídos sordos de mí
mis dos oídos,
mi aliento solo sirve
para empañar cristales
y desertan de uno en dos
mis dientes
a cada esbozo de sonrisa.
Cabizbajea triste,
insomne y solitario,
lejos, allá en las ingles,
lo vano de mi fruto.
Mi ojo impar*

*no entiende su estrabismo
y los pares
se eclipsan
alternativamente.
Se abre de par en par
el cielo de mi boca
y no pronuncio bien
las o-o-a-e- (consonantes).*

*Mis brazos
—hay días—
en que apenas se hablan,
se niegan a cruzarse
y he de permanecer
con uno a cada lado
como si me llevaran detenido.
Mi voz,
junto al enano saltarín
y el turco que se come
las bombillas
son la gran atracción de la verbena.
¡Pasen y vean,
señoras y señores,
solo por pocos días!
Esos en los que...
como que todo se comprime,
se retiene, se atasca,
se contiene,
se mete para dentro.
Cabría celebrar en uno de ellos
el día del esfínter.*

*Hay días que son los días
de nadie
o casi nadie.
Esos días sucede
—me lo dijo hace poco
un amigo—
que ella, en algún lugar,
y vaya Vd. a saber por qué,
ha vuelto a destrozar
el cristal de mis gafas de lejos.*

Gracias, Joaquín.

SABINA Y ANIBAS

por Joan Manuel Serrat

Dice el escritor peruano Julio Ramón Ribeyro que «todos tenemos un doble en las antípodas. Pero encontrarlo es muy difícil porque los dobles tienden siempre a efectuar el movimiento contrario».

Es difícil encontrarlo, y más cuando se le busca, es cierto. En cambio, el doble da contigo siempre que le viene en gana.

El doble es alguien que está en nosotros, dentro de nosotros, y de vez en cuando se da a conocer, casi siempre para mayor gloria del personaje oficial.

Y tú le amas y le abominas, y él a ti.

Y él te niega y te reconoce, y viceversa.

El doble suele ser ese íntimo enemigo que te recuerda desde el espejo el paso de los años y el rastro de los daños. Ese mamón que nos traspasa las resacas de sus borracheras y las deudas de sus excesos y sus incompetencias. El monstruo que no nos cabe bajo la piel y nos arrastra con él por la vida para mostrarnos la belleza de lo inútil, para que nos enteremos de cómo lo sublime y lo sórdido caminan por la vida de la mano.

El doble es el compañero de viaje, el cómplice que siempre está del otro lado, sea cual sea el lado en el que se encuentre uno.

Mi doble se llama Tarrés.

Vivimos, el uno del otro y por el otro, manteniendo una relación a caballo del socio y el contrario, conscientes y resignados ambos a la «innoble servidumbre de amar seres humanos, y la más innoble que es amarse a sí mismo», como dijo Jaime Gil de Biedma.

Sabina, en cambio, no tiene dobles.

Tiene muchos imitadores. Buscavidas que hacen suyos los defectos del *Flaco* al tiempo que carecen de sus virtudes.

Tiene también un interesante catálogo de sanguijuelas y fantasmas en nómina y con llave de la casa, que le suministran Peusec ilustrado, e incluso dispone de un eficiente y entregado servicio a domicilio que se ocupa de limpiar los vómitos, recoger los destrozos y reponer las carencias. También hay quien le ama sincera y ciegamente, pero dobles, lo que se dice dobles, no tiene.

Supongo que en algún tiempo los tuvo, como todo el mundo, pero se le acabaron. Algunos no pudieron seguirle el paso y se quedaron atrás.

Otros se le debieron caer de los bolsillos y los más se diluyeron en los caminos aceitosos por los que los arrastró nuestro héroe.

Amarse a sí mismo es la primera condición para tener un doble.

Tal vez por eso Sabina no los tiene.

Tal vez por eso o porque el tipo prefiere entreverarse con sus personajes, que no sus dobles, y confundirse con ellos viviendo vidas que él mismo construye y/o destruye, y a los que les hace sentir el rigor de su cotidiana muerte, lo cual provoca que, de vez en cuando, cansados de la caña que les da el Sabina, sus personajes se rebelen.

El otro día, en lo del Caco Senante, uno de ellos comentaba:

«... Este chico acabará muy mal... Tú, que eres amigo suyo, deberías hablar con él. Decirle que se nos cuide un poco más...

»... Que tome el sol, que tenemos un color que, vamos, parecemos Lázaro recién revivido...

»... Y que coma a sus horas...

»... Que no abuse, que con moderación todo es bueno... pero ¡hostias!, el tío es que se pasa mucho...

»... Y mucho *rock and roll* y mucha polla... pero los años no perdonan, amigo...

»... Y luego están los modales... y el lenguaje... Coño, un poquito más de respeto... que hay cosas que son sagradas. Yo estoy de acuerdo con lo que dice, pero... leche, es la manera, ¿me entiendes...?...

»... Y... ¡Cómo nos viste...! ¡Joder...! Si parecemos “periquito va de corto...”. Debería cuidar la presencia... No sé qué quiere que le diga, pero, para un tipo de su edad, eso del bombín y el chaleco de colorines me parece un poco extremado...

»... Y si en lugar de tanto putón se dedicase más a la familia otro gallo le cantarí... pero ya se sabe...

»... En fin, ya lo dijo aquel: “Cada quien es cada cual y baja las escaleras como quiere”. ¡Salud, primo, y aúpa Atleti...!».

Y soltó una carcajada cascada y se dio la vuelta encaminándose a la barra, en donde le esperaban una rubia y una cerveza.

La evidencia de que la vida es un camino sin retorno, en su caso es extremadamente clara. Pero, qué coño, también los toreros mueren los domingos en la plaza y, puestos en plan taurino, Sabina consume tanta vida porque es un hombre que tiene mucha muerte.

Aunque también puede ser que Sabina no exista.

Si existiese se pondría al teléfono cuando lo llamo.

Lo más seguro es que el Sabina sea un invento mío, o, mejor dicho, el seudónimo de un tal Anibas que se inventó mi doble para tener un sosia que, como el Tarrés, se niegue a crecer y no tenga el ramalazo de maricón de Peter Pan. Un cómplice para sus correrías. Un compañero para llorarle en la solapa. Un colega del que aprender. Un bufón al que reírle las gracias. Un amigo con el que compartir el tequila de los solitarios. Un desnaturalizado que tampoco recuerde con exactitud la fecha de nacimiento de sus hijos.

Pero si Sabina no existe, ¿qué hacer, entonces, con toda esta ternura que guardo para Joaquín?

TODAVÍA NO HABÉIS VISTO NADA

por Manolo Tena

Ese que en Londres tocaba en un mariachi para librarse de la mili hasta que acabara el franquismo...

Y que a la vuelta se jugaba el poco dinero que tenía al póquer, y casi siempre ganaba, para sobrevivir en Lavapiés...

Al que cuando le decía que «Calle melancolía» es muy, muy buena canción, me contestaba, todavía no sé por qué:

—¡Baratijas, Manolo, por Dios!...

Y el que escuchando a Kiko Veneno cantarle a su moto aquello de «*mira, mi vida, tienes la rosca sin fin...*», me comentaba: «Dicen que es un genio y a nosotros no nos hacen caso...»...

El que en los ochenta se empeñó en actuar y actuó en RockOla y luego escribió una carta protestándole a Umbral porque en un artículo le dijo que desde entonces Rock-Ola ya iba yendo a menos... y el futuro demostraría quién tenía razón...

Y que en el 94 les explicaba a todos los periodistas importantes de Buenos Aires las diferencias entre el Madrid y el Atleti, y el Boca y el River... para acabar diciendo que «el fútbol a Manolo y a mí nos da en el fondo un poco igual»...

Ese que es el único cantante junto con Elvis Presley, que se sepa, que nunca ha cambiado de mánager desde los años del hambre...

Ese que no quería yonquis en su escenario y que ha acabado componiendo canciones con famosos cantantes polidrogadictos que de madrugada le añaden al nos dieron las dos y las tres... el *Joaquín hasta que nos dieron las uvas* (y él se lamenta de no haberlo puesto en el disco)...

Y el que sabe y no se cansa de repetir conmigo que la canción del Dioni es una canción subvalorada...

El que bromea sin cesar en el estudio porque los músicos no le quieren dar la falseta... pero él no se va a rendir hasta que suene como es... así de bien o mal, pero con autenticidad artística...

Y que fundó una compañía discográfica con dos amigos para grabar a un tipo con el que se había *peleao* y no se hablaba y que se llama Manolo Tena...

Y el que en el año 93, escribiendo dos folios en quince minutos en el camerino de la sala Caracol para presentar al mismo M. Tena, logró deslumbrarnos a todos, y logró que fueran las mejores hojas de promoción del mismo M. Tena desde *Sangre española*, durante siete años...

Ese que se peleó conmigo en Lavapiés y que aun así le partiría la cara a quien dijera algo malo de mí... Tan humilde el hombre que me quería cambiar el verso «*tu amor tan electrodoméstico*» por dos docenas de los suyos...

Ese Joaquín que lee a Atahualpa Yupanqui en los hoteles... y cada mañana tiene versos muchísimo mejores para la canción que todos dieron por terminada anoche...

Que recita de memoria *El tren expreso*, de Campoamor (¡lo que no es paja ni viruta!), y siempre gana apuestas de resistencia memorístico-tanguera hasta de más de 19 días y 500 noches desde que le conocí en el setenta y tantos...

Al que le piden en las cenas de cumpleaños que cante su canción de Madrid y dice que no, que eso no le divierte en absoluto... y dice por el micro: «Escribí una canción protesta y ha acabado siendo una canción municipal...». ¡Vaya tela!...

Ese Joaquín al que aunque los Alarma!!! le gustaban mucho —«Manolo, macho, los Police son unos moñas... Manolo, no me jodas la paciencia»...

Ese mismo Sabina que le dio un coñazo sempiterno a la *kolega* Ana Belén para que grabara mi canción «Marilyn Monroe» conmigo...

El que en su día produjo un disco a unos colegas de la Celsa que ya se llamaban Los Chichos... con poca visión del negocio pero mucha del duende...

El que se recorre un Pabellón de los Deportes de Gijón oyendo probar a Serrat para decir conmigo al unísono: «*A tus atardeceres rojos / se acostumbraron mis ojos / como el recodo al camino...*, ¡como el recodo al camino! Eso sí es un verso, carajo»...

Al que le llueve siempre sobre mojado y tropieza siete veces con la misma piedra y, sin embargo, escribe pa' su cumpleaños sonetos a sus amigos... sonetos altos, gordos, delgados, simpáticos, tristes... pero siempre entrañables *odas elementales* para todos sus auténticos camaradas...

Ese tipo que es el único que se sabe mejor que un servidor los *trilces poemas humanos* que prosaba el tal César Vallejo...

Ese que se define últimamente como el gallego al que le toca bailar el son cubano, ese es uno de los infinitos JS posibles e imposibles que ya casi conocemos...

Pero si queréis saber la verdad, uno tiene la sensación, a cada nuevo disco más por derecho, de que, como le dijo Peter O'Toole a David Lean cuando le dieron a Lean el Oscar por toda su enorme y brillantísima carrera:

—Joaquín... tú y yo sabemos que todavía no han visto nada...

SABINA CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN (INTRODUCCIÓN A UN POSIBLE BOLERO)

por Manuel Vázquez Montalbán

Cuando Joaquín Sabina y el subcomandante Marcos se encontraron en la ciberneta de los Huérfanos de Telefónica se intercambiaron el bombín y la máscara sin otro objetivo que acceder a destinos envidiados: el sub, cantar «La vida es una tómbola» en el Luna Park, y Sabina apoderarse del Palacio de Invierno en verano, sin pegar ni un tiro, por el viejo procedimiento de rodear al enemigo de evidencias. De momento, Telefónica acordonó la zona galaxial, se resiste a que se produzca ese acontecimiento y es posible que consiga aplazarlo hasta que se conforme un nuevo sujeto histórico de cambio o, mientras tanto, un nuevo sujeto histórico-crítico-irónico con corbata y sin camisa, fugitivos todos de las bolsas de valores y de las bolsas de vómitos que las azafatas regalan a los cibernautas que no consiguieron salir de las redes de la OTAN, desorientada la organización porque los rebeldes filipinos se han comido al Guerrero del Antifaz de la Comunidad Europea, señor Solana, mediador, en un momento tonto, para que los insurgentes liberaran a una turista alemana. Por eso, Sabina entretiene la vida y la Historia quejándose de las mujeres que le han abandonado, ya que, en ausencia de patrias absolutas, decían los clásicos, solo nos quedan las mujeres relativas y el Chinchón Frappé. Mientras rememora las canciones de Marisol y de Lotte Leyna, el subcomandante escribe homilías sobre la traición de los clérigos de la derecha intelectual, desatento a las infiltraciones de los leninistas en el Gobierno español mediante un comando loco encabezado por Josef Piké,

terminator dispuesto a vengar la caída del Muro de Berlín. El sub con bombín y sin máscara se parece a Rosa Luxemburgo pero en más alto y a Marlene Dietrich en más delgado, y Sabina se ha puesto el pasamontañas al revés, no ve nada, husmea afanosamente la oscuridad con la mirada y como siempre la oscuridad huele a ingele de rubias teñidas. Es una situación de *impasse*, declaran concertadamente la Segunda Internacional y el Banco de España, y no hay más remedio que subir los tipos de interés antes de que se sepa que el hijo de Tony Blair es un prodigio de la ingeniería genética y ha sido fecundado en un bife de vaca loca en Doñana, aprovechando que la luna es una mujer y por eso el sol de España anda que bebe los vientos por si la luna le engaña. *¿Dónde encontrar una excusa / para tan terca mudez?*, se pregunta Sabina, consciente de que el corazón es una ciencia inexacta y que debe darle un consejo útil al subcomandante desnudo: *«Cuidate / cuando vengan por las malas / que no te rocen las balas / que no te falte papel / ni frijoles ni mujer / que la Virgen Lacandona / te esconda bajo su lona / te lo pide un gachupín / que se despierta en Madrid / soñando con tu persona»*. No bien terminada la carta a Marcos, llega la orden de que Sabina salte en paracaídas. El poeta no pregunta quién da la orden. Gobiérne quien gobierne, si alguien ordena que hay que tirarse en paracaídas, los españoles y los mexicanos no podemos negarnos. Otra cosa hubiera sido si en España la República hubiera ganado la Guerra Civil y en México *Viva Zapata* no hubiera sido dirigida por Elia Kazan.

La historia, como siempre, es un bolero, y la vida la sombra de ese bolero.

CRONOLOGÍA ESENCIAL

1949

- Nace en Úbeda (Jaén) el 12 de febrero bajo el signo de Acuario.
- Es hijo de un inspector de la policía secreta y de un ama de casa.

1968

- Participa en las fuertes algaradas estudiantiles que sacuden el país.
- Durante las vacaciones navideñas, su padre recibe la orden de conducirlo a Granada con el fin de que preste declaración por su supuesta militancia en grupos políticos contrarios al régimen franquista.

1970

- Bajo la identidad de Mariano Zugasti se exilia al Reino Unido tras participar en la colocación de un *cóctel molotov* en una sucursal del Banco de Bilbao, en Granada.

1977

- Regresa a España.
- Se incorpora a filas para cumplir el postergado servicio militar, que le toca en Palma de Mallorca. Para obtener el pase pernocta con el cual poder trabajar como reportero de un diario local, *Última Hora*, contrae matrimonio eclesiástico con la argentina Lucía Inés Correa Martínez, a quien conoció en Londres.

1978

- Se instala en Madrid con su mujer.
- Publica su primer disco, *Inventario* (Movieplay).
- Alterna sus actuaciones para dar a conocer su ópera prima con el trabajo como entrevistador en la revista *Carta de España*.

1980

- Lo ficha la multinacional CBS y graba su segundo disco de estudio, *Malas compañías*, que incluye algunos de sus clásicos, como «Pongamos que hablo de Madrid» y «Calle melancolía».
- Comienza a actuar en el *pub* La Mandrágora junto a Alberto Pérez y Javier Krahe.

1981

- Graba, junto con Javier Krahe y Alberto Pérez, el disco *La Mandrágora*.

1983

- Publica *Ruleta rusa*, su tercer disco de estudio.

1984

- Se adhiere a la constitución de una Mesa por el Referéndum sobre la OTAN.

1985

- Abandona CBS y entra a formar parte de la nómina artística de la discográfica Ariola, donde graba su cuarto disco de estudio, *Juez y parte*, que firma con el grupo Viceversa.
- Participa de forma activa en las manifestaciones que se celebran en Madrid en protesta por la permanencia de España en la OTAN.

1986

- Graba en el Teatro Salamanca de Madrid el doble disco en directo *Joaquín Sabina y Viceversa*. En él colaboran Ricardo Solfa, Luis Eduardo Aute, Javier Krahe y Javier Gurruchaga.
- El 8 de agosto de 1986 fallece su padre, Jerónimo Martínez Gallego, a los 72 años.
- Apoya a la formación política Izquierda Unida (IU) ofreciendo conciertos en distintos mítines.
- Refrenda al socialista Juan Barranco en las elecciones municipales a la alcaldía madrileña.

- Publica en la colección Maillot Amarillo, auspiciada por la Excm. Diputación Provincial de Granada, el libro *De lo cantado y sus márgenes*, una selección de letras de canciones y poemas.
- Se edita la biografía *Joaquín Sabina* (Editorial Júcar, colección Los Juglares), escrita por el crítico musical Maurilio de Miguel.

1987

- Publica su quinto disco de estudio, *Hotel, dulce hotel*, del que se venden cuatrocientas mil copias en apenas unos meses.
- Fallece su suegro, Francisco Correa, a quien estaba muy unido.
- Escribe la banda sonora de la película *Sinatra, un extraño en la noche*, dirigida por Francesc Betriu y protagonizada por Alfredo Landa y Maribel Verdú.
- CBS, su antigua discográfica, publica sin su consentimiento el álbum *Joaquín Sabina y todos sus éxitos*, un recopilatorio con canciones de *Malas compañías* y *Ruleta rusa*.
- Deja de actuar con el grupo Viceversa, que publica su primer y único disco, el homónimo *Viceversa*.
- Se asocia con Víctor Claudín y Pedro Sahuquillo para regentar la sala de conciertos Elígeme, situada en el barrio de Malasaña, en Madrid. En su pequeño sello discográfico les edita sendos discos a Manolo Tena (*Tan raro*) y a Javier Krahe (*Elígeme. En directo*).
- Conoce a Isabel Oliart, futura madre de sus dos hijas y una de las mujeres más importantes de su vida.

1988

- Publica su sexto disco de estudio, *El hombre del traje gris*.
- Comienza a actuar por toda Latinoamérica, en donde se convertirá en poco tiempo en una superestrella.

1989

- El 17 de abril fallece su madre, Adela Sabina del Campo.
- Tras doce años de matrimonio obtiene el divorcio de Lucía Inés Correa Martínez, de quien llevaba separado desde 1985.

- Recibe la Medalla de Andalucía.

1990

- Ve la luz su séptimo disco de estudio, *Mentiras piadosas*.
- El 16 de enero nace su primera hija, Carmela Juliana Martínez Oliart, fruto de su relación con Isabel Oliart. La niña es apadrinada por Javier Krahe.
- CBS edita un segundo grandes éxitos sin el consentimiento del cantante, *Mucho Sabina*, con temas de *Malas compañías* y *Ruleta rusa*.

1992

- Publica *Física y química*, su octavo disco de estudio, que alcanza en unos meses —entre España y Latinoamérica— el millón de copias vendidas.
- BMG-Ariola edita el vídeo *Joaquín Sabina y Viceversa*, parte de la grabación del concierto que ofreció en 1986 en el Teatro Salamanca de Madrid.
- El 26 de julio nace su segunda hija, Rocío, fruto de su relación con Isabel Oliart.
- Comienza una relación sentimental con la modelo mallorquina Cristina Zubillaga.

1994

- Publica su noveno disco de estudio, *Esta boca es mía*.
- Ejerce de pregonero de la Feria de San Miguel, en su pueblo natal, Úbeda, y le dedica el pregón a su difunto padre.

1996

- Publica su décimo disco de estudio, *Yo, mí, me, contigo*.
- Acompañado de la vocalista Olga Román y de los músicos Pancho Varona y Antonio García de Diego, agrupados bajo el sabiniano nombre de Sabina, Viuda e Hijos, comienza la gira de teatros *En paños menores*.

1998

- Publica con el músico argentino Fito Páez el disco *Enemigos íntimos*. El trabajo es un éxito de ventas, pero un varapalo en lo personal: la disparidad de opiniones y el inevitable choque de egos rompe la relación

y hace que suspendan la gira internacional que pensaban emprender. Tardan ocho años en hacer las paces.

- Escribe unas décimas para el subcomandante Marcos y responde así a la petición que el rebelde zapatista le hizo dos años atrás.
- Tras romper con Cristina Zubillaga comienza a salir con una bonaerense de veintitrés años, Paula Seminara, relación que dura un año y medio.

1999

- Publica su undécimo disco de estudio en solitario, *19 días y 500 noches*.
- Actúa en el vigésimo primero aniversario de la Constitución Española contratado por el presidente de la Comunidad de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón.
- BMG-Ariola le tributa un homenaje en el hotel Palace de Madrid por la venta de cuatro millones de copias de sus discos desde su primer trabajo en esa discográfica, *Juez y parte*, hasta el último, *19 días y 500 noches*.
- Comienza su relación sentimental con la fotógrafa peruana Jimena Coronado.

2000

- Obtiene cuatro de los cinco galardones a los que optaba en los Premios de la Música, en las categorías de Mejor Autor Pop, Mejor Artista Pop, Mejor Disco del Año y Mejor Canción del Año por *19 días y 500 noches*.
- Comienza la gira acústica *Nos sobran los motivos*, una revisión mejorada de la anterior *En paños menores*, y para la que contó con los mismos músicos que en aquella, Pancho Varona, Antonio García de Diego y Olga Román.
- Concluye en el mes de septiembre, tras recorrer España palmo a palmo durante un año, la gira electrificada *19 días y 500 noches*.
- Publica su segundo disco en directo, *Sabina y Cía. Nos sobran los motivos*. Doble como el anterior, está compuesto de un cedé acústico y otro eléctrico y cuenta con una canción inédita, «Rosa de Lima»,

dedicada a Jimena Coronado, y otra que había sido dada a conocer en Argentina pero no en España, «Nos sobran los motivos», hermana gemela de «Cerrado por derribo».

2001

- La madrugada del 23 al 24 de agosto sufre un accidente isquémico cerebral leve sin consecuencias físicas que tiempo después bautiza como *marichalazo* en alusión al que sufrió Jaime de Marichalar, exmarido de la infanta Elena de Borbón.
- En septiembre publica el libro de sonetos *Ciento volando de catorce* (Visor), que se convierte en un éxito de ventas: permanece más de cien semanas en las listas de los libros más vendidos.

2002

- Publica su duodécimo disco de estudio en solitario, *Dímelo en la calle*, y el cancionero *Con buena letra* (Temas de Hoy), que recoge las letras de todos sus discos hasta la fecha además de las escritas para otros artistas y por encargo.

2003

- Obtiene tres de los siete galardones a los que optaba en los Premios de la Música, entre ellos el de Mejor Álbum Pop por *Dímelo en la calle*.
- Se publican los discos recopilatorios *Sabina. Parece que fue ayer*, al margen de Sabina, y *Joaquín Sabina. Colección*, este bajo su supervisión.
- Se publica el disco-libro *Diario de un peatón*, que contiene el disco *Dímelo en la calle* y rarezas.
- Se publica el disco sencillo *Motivos de un sentimiento. Canción del Centenario del Atlético de Madrid*, con letra de Sabina y música de Pancho Varona.
- Se publica el disco de homenaje ... *Entre todas las mujeres*, en el que varias vocalistas interpretan algunas de las más conocidas canciones de Sabina.

2004

- Participa en el disco de homenaje al poeta Pablo Neruda *Neruda en el corazón* con el poema *Amo el amor de los marineros*, con letra de Varona y García de Diego.
- Escribe la canción «Rubia de la cuarta fila» para la película *Isi/Disi. Amor a lo bestia*, de Chema de la Peña, protagonizada por Santiago Segura y Florentino Fernández.
- Empieza a colaborar en la revista *Interviú* con la sección «Esta boca es mía», en donde analiza la actualidad en verso.

2005

- A petición del alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, pronuncia el pregón de las Fiestas de San Isidro. Escribe unos versos satíricos para la ocasión.
- Publica su disco «doce más uno» de estudio en solitario, *Alivio de luto*.
- Se publica el libro *Con buena letra II* (Temas de Hoy), ampliación del cancionero que vio la luz tres años antes (incluye las letras de *Alivio de luto*), y *Esta boca es mía* (Ediciones B), que recoge todo lo publicado hasta ese momento en la revista *Interviú*.

2006

- Se publica el libro de conversaciones *Sabina en carne viva. Yo también sé jugarme la boca* (Ediciones B), en el que quien esto suscribe habló con Joaquín de todos los temas imaginables, tanto los ligados a su profesión como los puramente personales.
- Recibe de manos del rey Juan Carlos la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes.
- Tras ocho años sin hablarse, Fito Páez y él reanudan la amistad. La declaración de paz se ofició en Argentina, en Buenos Aires, durante un concierto que Sabina ofreció en La Bombonera, la cancha de Boca Juniors, donde el músico argentino cantó con él «Llueve sobre mojado», de *Enemigos íntimos*.
- Se publica el súper recopilatorio *Punto... y seguido*, dos voluminosas cajas con toda su discografía, duetos y varios devedés con actuaciones televisivas, videoclips y un concierto.

2007

- El diario *El País* inicia una colección de disco-libros con la discografía de Sabina y Serrat. Los textos de *Sabina. Palabras hechas canciones* los firman los periodistas Diego A. Manrique y Darío Manrique Núñez, su hijo.
- Se publican los libros *A vuelta de correo* (Visor), un volumen de intercambio epistolar entre Sabina y distintos nombres de la cultura y el espectáculo, y *Esta boca sigue siendo mía* (Ediciones B), ampliación de sus colaboraciones en verso para la revista *Interviú*.
- Arranca la gira de Serrat y Sabina *Dos pájaros de un tiro*, con la que los dos escritores de canciones más admirados de España recorren su país y América y que dio lugar a un disco en directo del mismo título.

2009

- Recibe la Medalla de Oro de Madrid de manos del alcalde de esa ciudad, Alberto Ruiz-Gallardón.
- Publica su decimocuarto disco de estudio en solitario, *Vinagre y rosas*, del que diez de sus catorce canciones están escritas por Sabina y el poeta Benjamín Prado. Colabora en él el dúo de pop/rock Pereza, cuyos integrantes, Leiva y Rubén, componen, respectivamente, los temas «Tiramisú de limón» y «Embustera».

2010

- Se publican los libros *Con buena letra III* (Temas de Hoy), segunda ampliación de su cancionero (incluye las letras de *Vinagre y rosas*), y *Esta boca es mía. Edición completa de los versos satíricos* (Ediciones B), que recoge la totalidad de sus colaboraciones en verso para el semanario *Interviú*.

2011

- Empieza a escribir para el diario *Público* con la sección «El grito en el suelo», en donde analiza la actualidad en verso.
- Se reedita *19 días y 500 noches* en formato disco-libro, con un cdé extra y un deuveté.

- Se publica el disco de homenaje *La Habana canta a Sabina*, en el que distintos músicos cubanos interpretan, a su manera, algunas de sus canciones.
- Se estrena con su beneplácito, en el Teatro Rialto, en la Gran Vía de Madrid, el musical *Más de 100 mentiras*, una ficción criminal creada a partir de algunas de sus más célebres canciones. Poco después se edita un disco con el mismo título.
- Actúa por vez primera en Estados Unidos —Nueva York, Los Ángeles y Miami—, una minigira que, según confesó, equivalía a «revivir una antigua juventud soñada».

2012

- Se publica el primer disco de creación de Serrat y Sabina, *La orquesta del Titanic*, al que le sucede una nueva gira por España y América, *Dos pájaros contraatacan*, que da lugar al disco en directo *Serrat & Sabina en el Luna Park*.
- Le dedican un nuevo disco-homenaje, *De purísima y oro*, en el que varios artistas flamencos interpretan clásicos sabinianos.

2013

- Se publican los libros *El grito en el suelo* (Visor Libros), que recoge todas sus colaboraciones para el diario *Público*, y *Sabina muy personal* (Planeta), que reúne dibujos, esbozos de letras de canciones y breves comentarios sobre la actualidad.

2014

- Compone la canción «Dicen que lo dijo Adela» para el cortometraje *Epitafios*, dirigido por María Ballesteros, y en el que su hija Carmela —Carmela Martínez Oliart— ejerce de directora de producción. Sabina definió su aportación a la causa como un «traje a medida».
- Se publica el recopilatorio *Esencial. Joaquín Sabina*, treinta y cuatro canciones de todos sus discos, a excepción del denostado *Inventario*.

- Sufre un ataque de pánico escénico en el primero de los dos conciertos que ofreció en el Barclaycard Center, en Madrid, dentro de la gira *500 noches para una crisis*, lo que le obligó a abandonar el escenario antes de tiempo. Pese a que las alarmas de periodistas e internautas se encendieron y se resucitó el fantasma del *marichalazo*, todo quedó en un susto.

2015

- Publica el tercer disco en directo en solitario de su carrera, *500 noches para una crisis. En directo*, grabado en el Luna Park de Buenos Aires.
- Se publica el recopilatorio *Puro Sabina*, una caja con dieciséis cedés y un libro de cien páginas con todas sus letras.

2016

- Se publica el libro *Garagatos* (Artika), un volumen de lujo, capaz de saciar la vanidad de cualquiera, al módico precio de 2.100 euros. Contiene ilustraciones de Sabina y algunos textos de amigos del mundo de la cultura y el periodismo.
- Es nombrado Hijo Predilecto de Andalucía en un acto celebrado en el Teatro de la Maestranza, en Sevilla, el 28 de febrero, Día de Andalucía. Ya en 1989 recibió la Medalla de Andalucía.
- Se publica *No amanece jamás* (Blume), mi tercer título sobre Sabina, un libro ambicioso y exhaustivo en el que analizo las figuras literarias más utilizadas en sus letras y los principales ejes temáticos de sus canciones, además de ocuparme de sus trabajos conjuntos con otros artistas (Javier Krahe, Fito Páez, Serrat) y de su faceta periodística y literaria. Incluye textos de figuras de la cultura, el periodismo, la música, el espectáculo y el deporte.

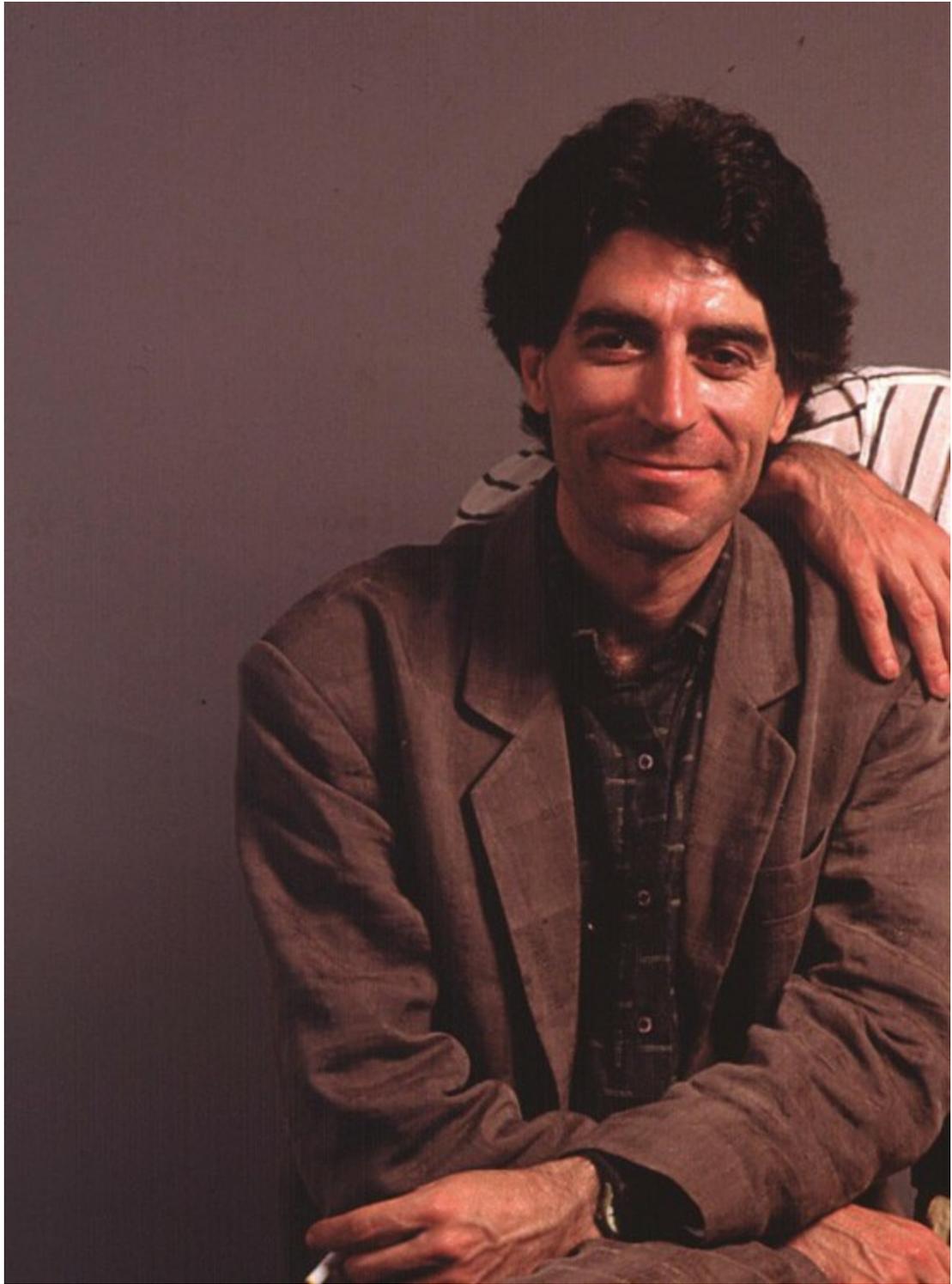
2017

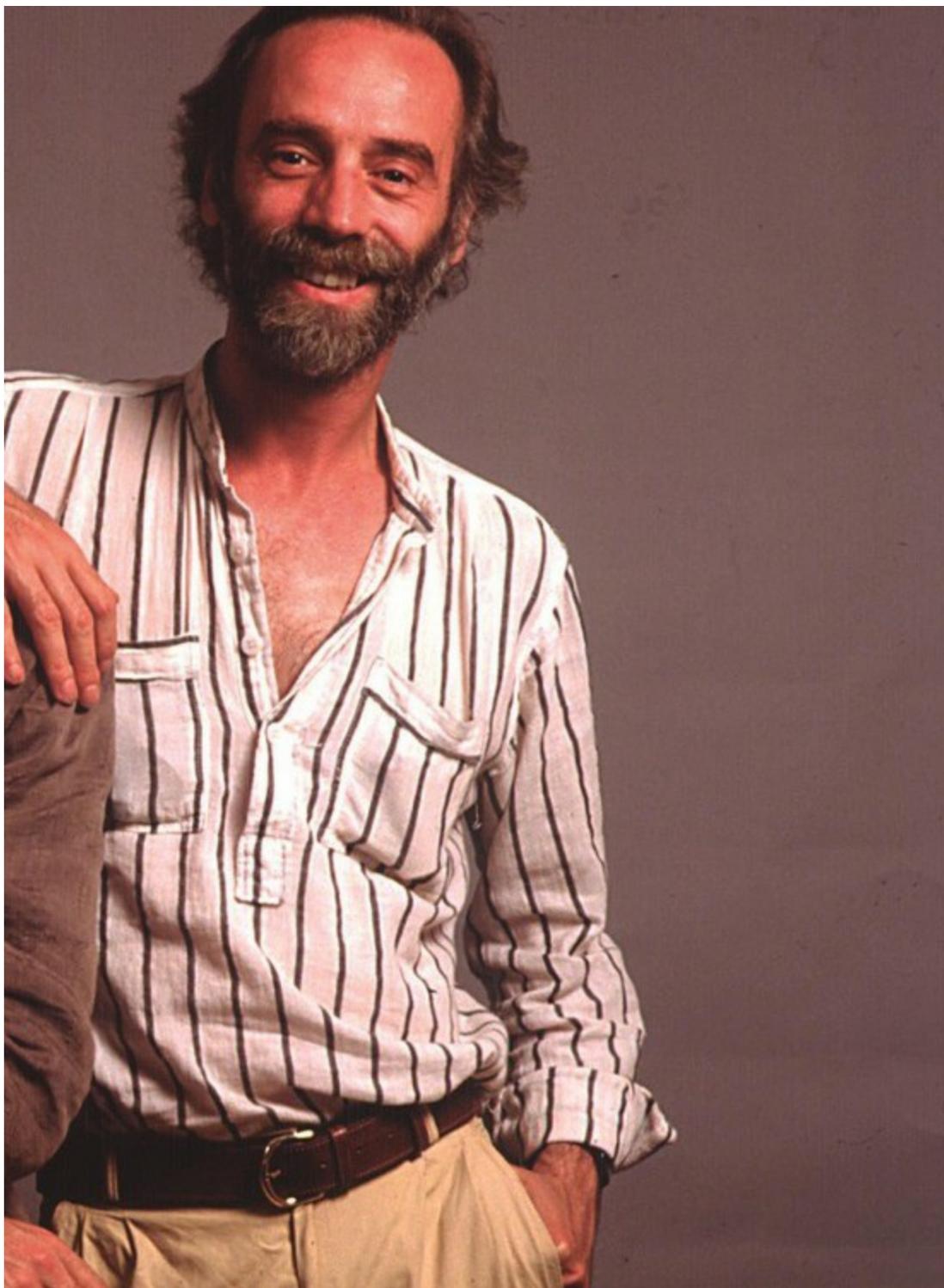
- Publica su decimoquinto disco de estudio en solitario, *Lo niego todo*, producido por Leiva, y en donde Benjamín Prado, que ya escribió con él la mayor parte de las letras de *Vinagre y rosas*, cofirma los textos de ocho de las doce canciones que lo integran.

- Se publica el libro *Incluso la verdad. La historia secreta de Lo niego todo* (Planeta), firmado por Sabina y Benjamín Prado, en donde se cuentan los entresijos del proceso de creación de las canciones incluidas en *Lo niego todo*.
- Actúa en el Royal Albert Hall de Londres, la ciudad en la que vivió, tras exiliarse, durante siete años, en su época de joven indocumentado y felicísimo. La misma en la que tocó en el metro y «entre las mesas de restaurantes inmundos», y en donde fue *squatter* (el término *okupa* aún no se había acuñado). Aquello fue como cuando el conde de Montecristo regresa a los lugares de su robada juventud para cobrarse una antigua deuda. Un bendito disparate.
- Recibe la Medalla de Oro y el Título de Hijo Predilecto de Úbeda, en un acto muy emocionante para él en el que la alcaldesa de esa ciudad, Antonia Olivares, lo califica de «artista y genio universal». La oveja negra de Jerónimo y Adela, hijo y hermano de policías, era, al fin, profeta en su tierra.

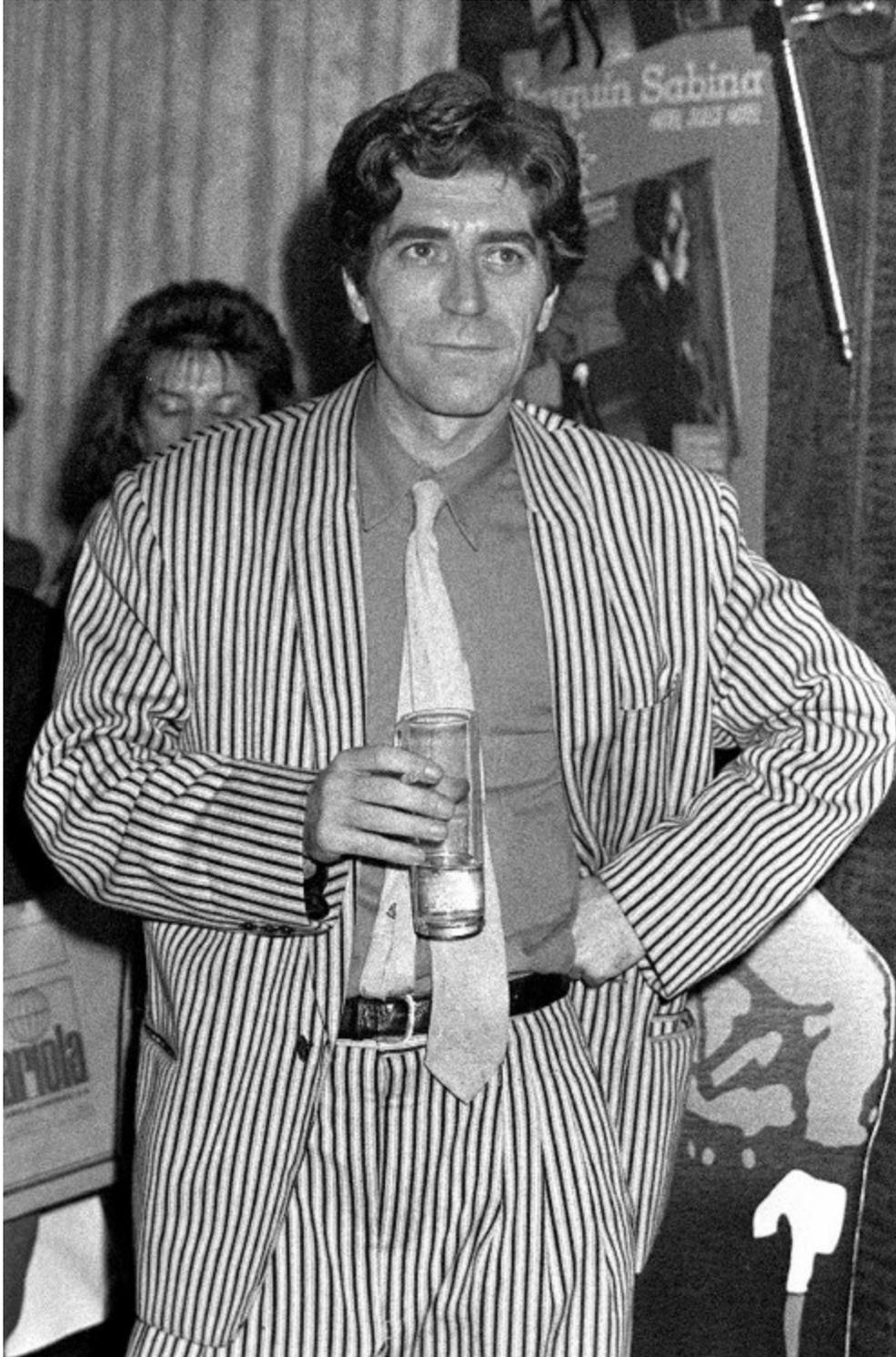


Sabina, antes de ser Sabina (finales de los setenta), en plena faena en un bar madrileño. El muchacho boquiabierto sentado a pie de tarima es Pulgarcito, o *Púlgar*, cantante callejero que dio a conocer antes que el propio Joaquín el tema «Qué demasiao (una canción para el Jaro)», incluido después en el disco *Malas compañías*.





Sabina con Javier Krahe, al que casi admiró tanto como quiso, en 1985, cuando parecía que la vida sí era noble, buena y sagrada. © Bernardo Pérez/Ediciones EL PAÍS S.L.



Sabina, copa y cigarro en mano y gesto satisfecho, en la presentación de *Hotel, dulce hotel*, el disco que lo convirtió en un artista superventas (Madrid, enero de 1987). © EFE.



Uno de sus gestos característicos durante un concierto en Santiago de Compostela (junio, 1987). © EFE.



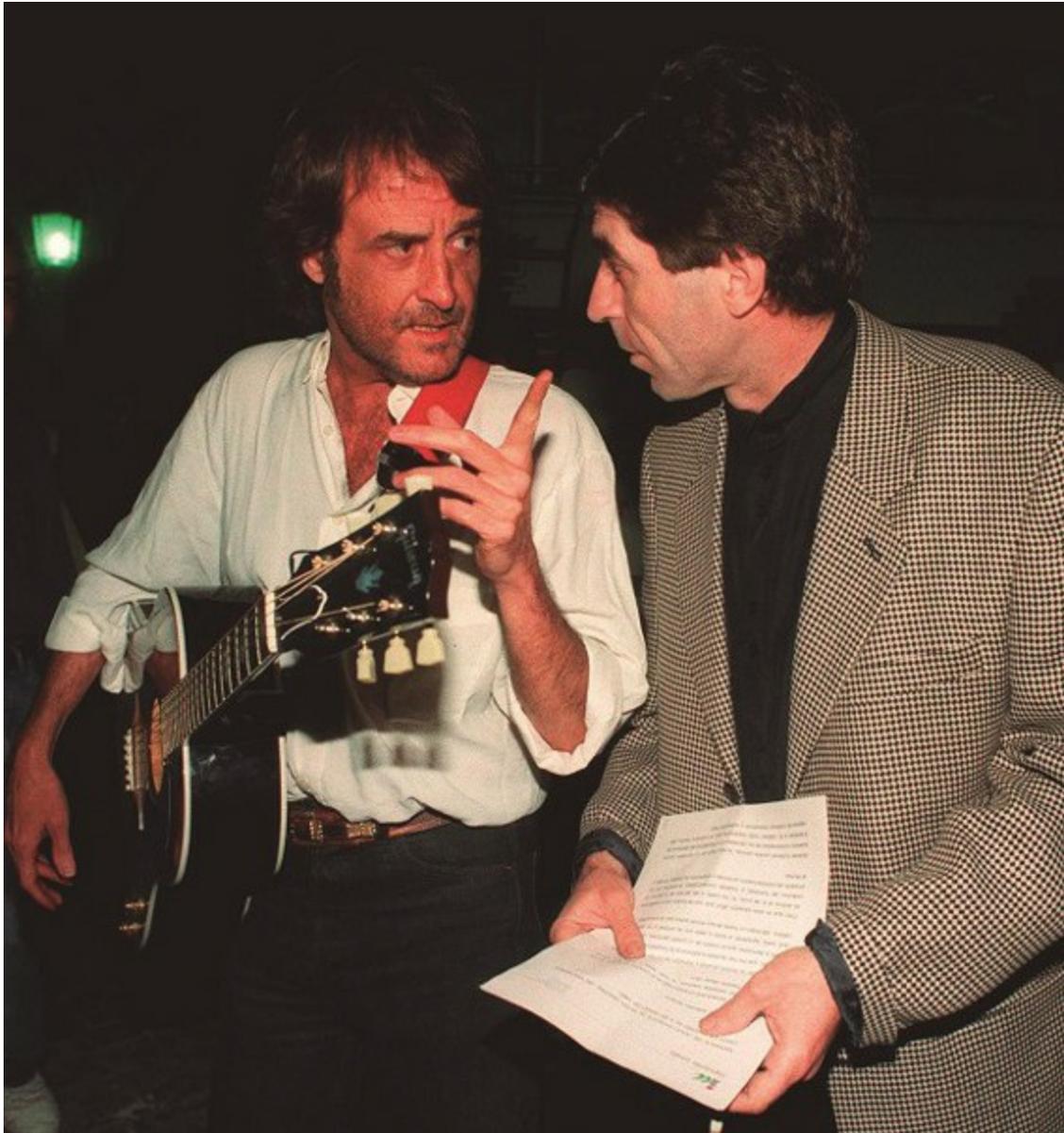
Uno...



...Dos...



... y tres! Sabina en estado puro durante un concierto en la madrileña plaza de Las Ventas (septiembre, 1990). © Rafael Blanco/EFE.

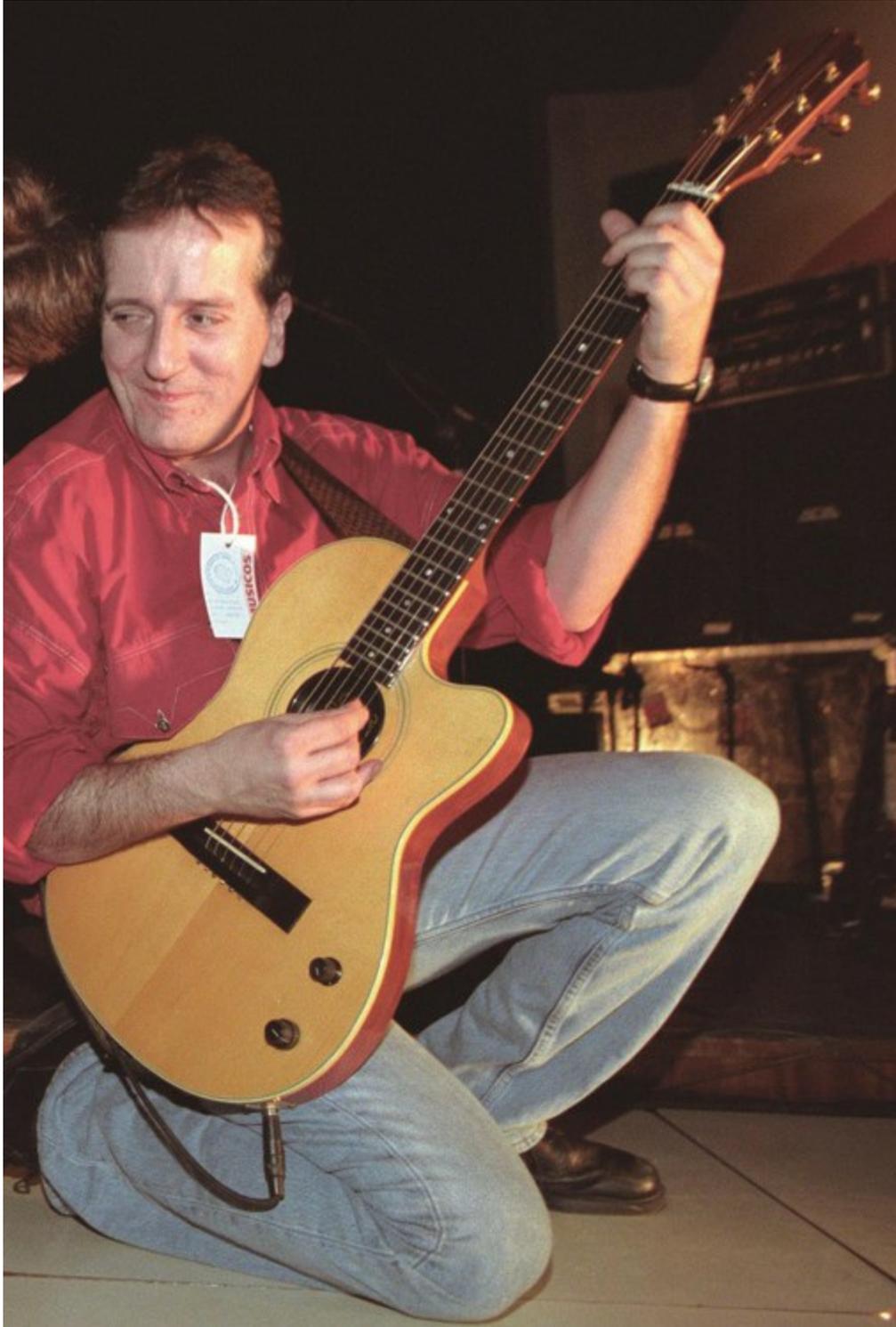


Con su compinche Luis Eduardo Aute momentos antes de leer una carta de Julio Anguita, candidato a la presidencia del Gobierno por Izquierda Unida (IU), en el mitin de cierre de campaña de esa coalición, celebrado en la Plaza Mayor de Madrid (junio, 1993). © Kote Rodrigo/EFE.

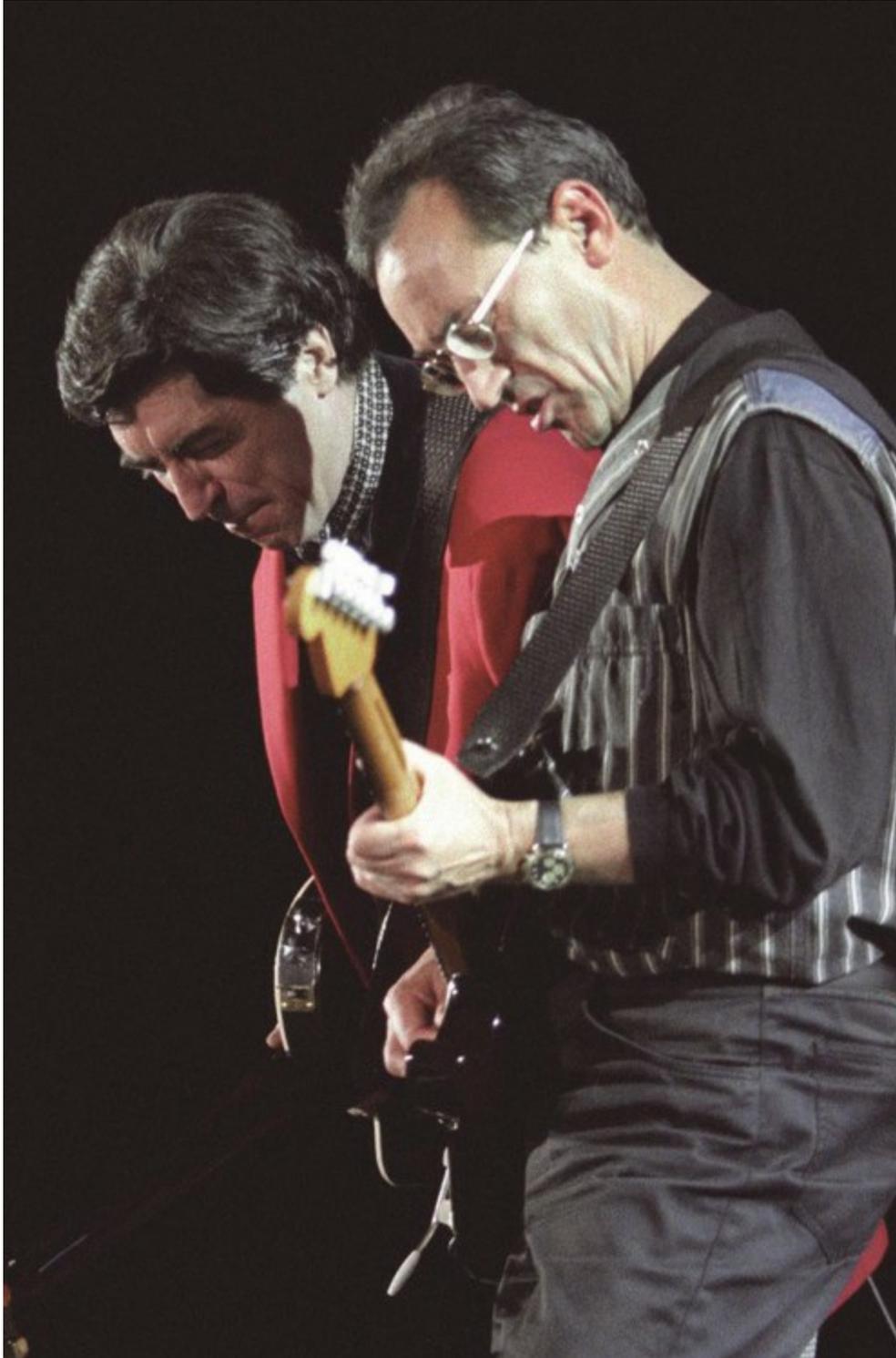


Sabina, con un chaleco imposible y envuelto en la bruma del éxito, durante un concierto celebrado en la plaza de Las Ventas (septiembre, 1994). © Rafael Blanco/EFE.

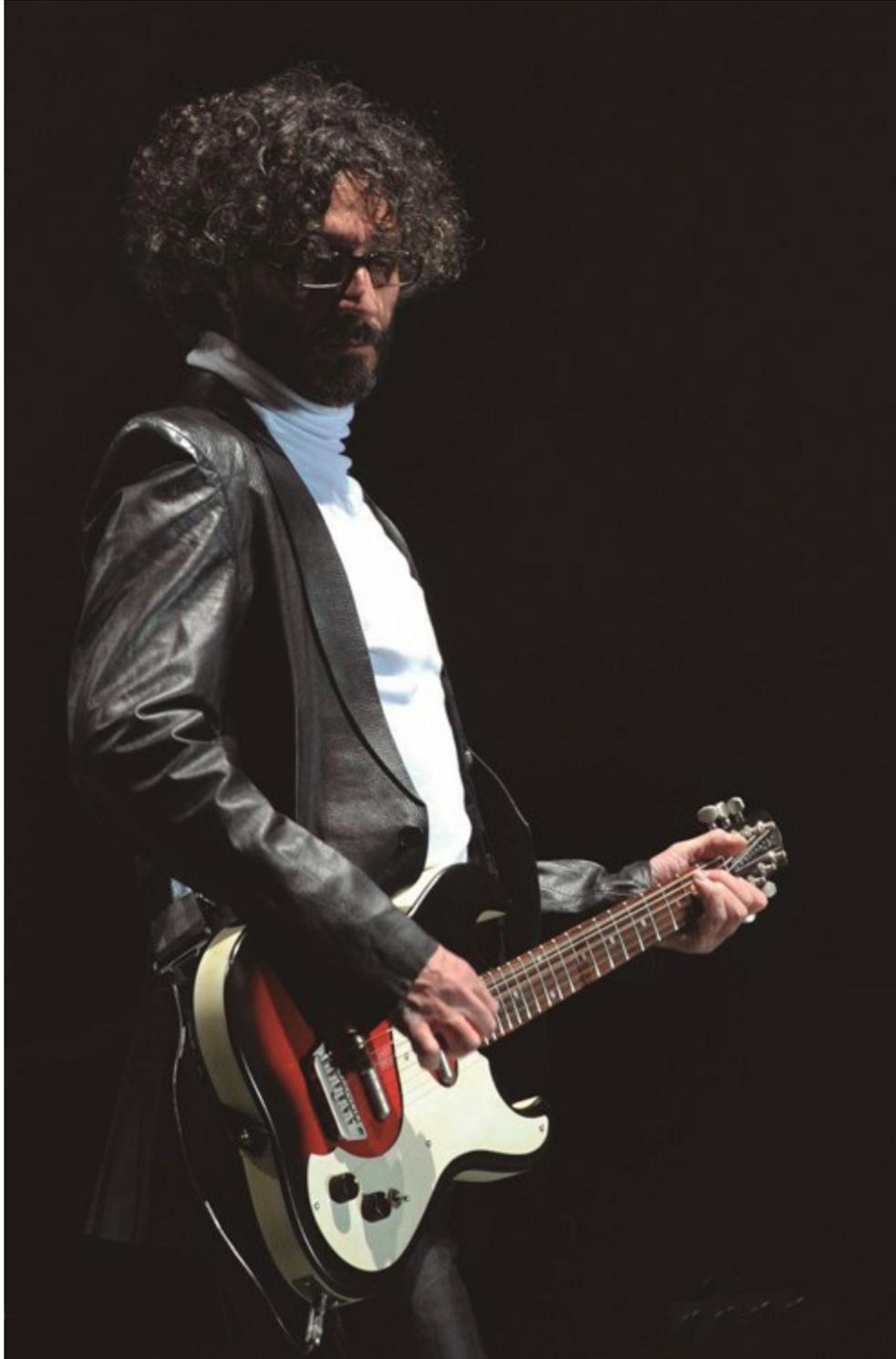




Con Pancho Varona durante una emocionante actuación en la madrileña prisión de Carabanchel (enero, 1996). © Toni Albir/EFE.

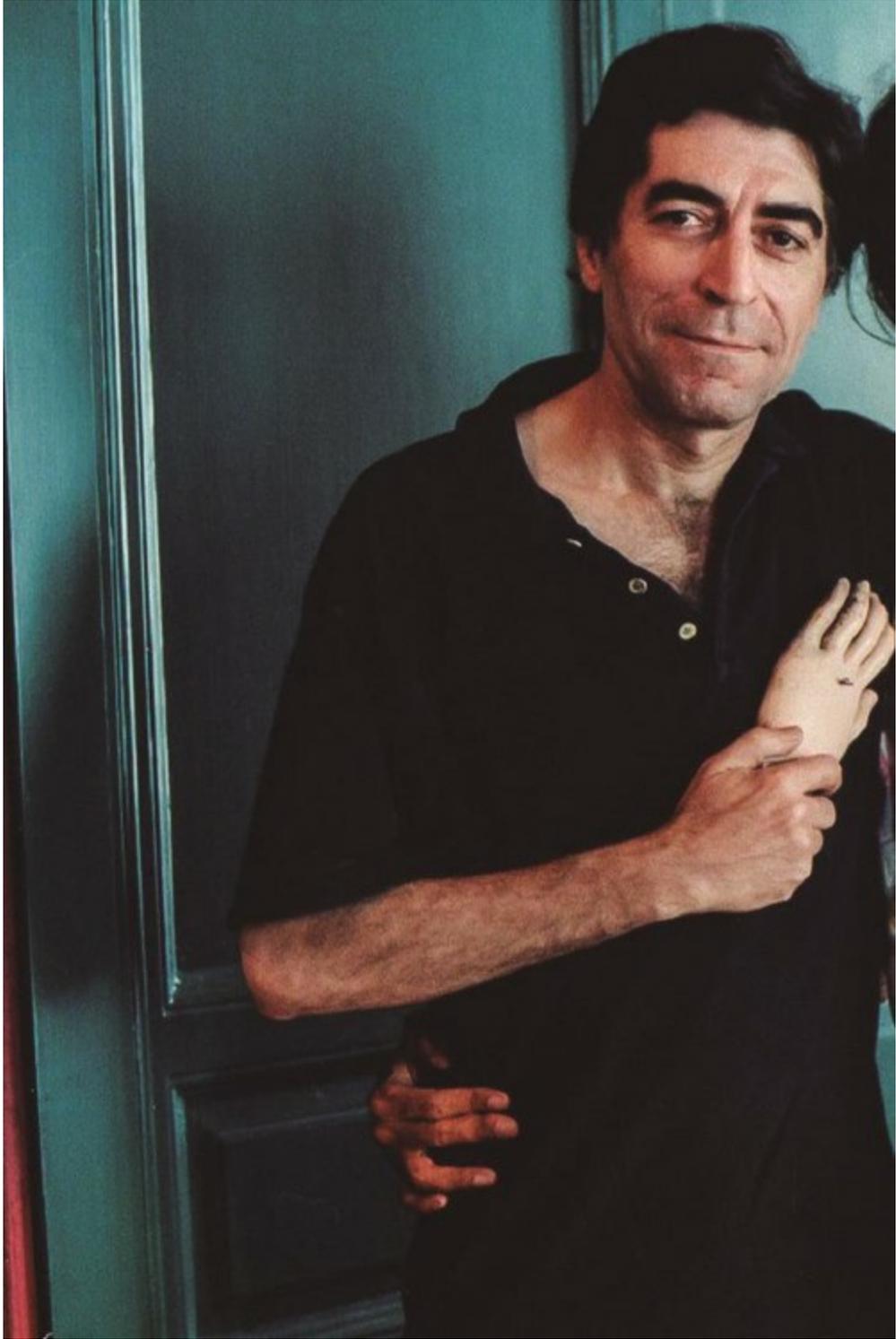


Momento rock con el superdotado músico Antonio García de Diego en la plaza Monumental de Barcelona (septiembre, 1996). © Toni Albir/EFE.



El músico y compositor argentino Fito Páez fue el primer artista de éxito con el que Sabina grabó todo un disco de creación, *Enemigos íntimos* (después lo haría con Serrat). Aquello les costó ocho años de distanciamiento, pero la aventura dejó algunas hermosas canciones.

© Rafa Salafranca/ AFP/Getty Images.





Sabina y un servidor, en la casa/museo del primero, en algún momento del verano de 1998. Aquel día me avanzó, a golpe de guitarra, una canción que se subía a la cabeza como ciertas bebidas y que aún no tenía título. Acabó siendo la poderosa «Ahora que...», primer corte de *19 días y 500 noches*, su disco inmortal. Foto de Gloria Murt.



La foto fue tomada por mí: Andrés Calamaro y Sabina, con pinta de forajidos, en los camerinos del mítico Luna Park. Con suerte, entre los dos suman noventa kilos. Y qué pelazos, señores. Qué pelazos (Buenos Aires, marzo de 2000).



Un Sabina *empapelado* durante la presentación del doble disco en directo *Sabina y Cía*. *Nos sobran los motivos* en el madrileño Teatro Coliseum (noviembre, 2000). © Alberto Martín/EFE.

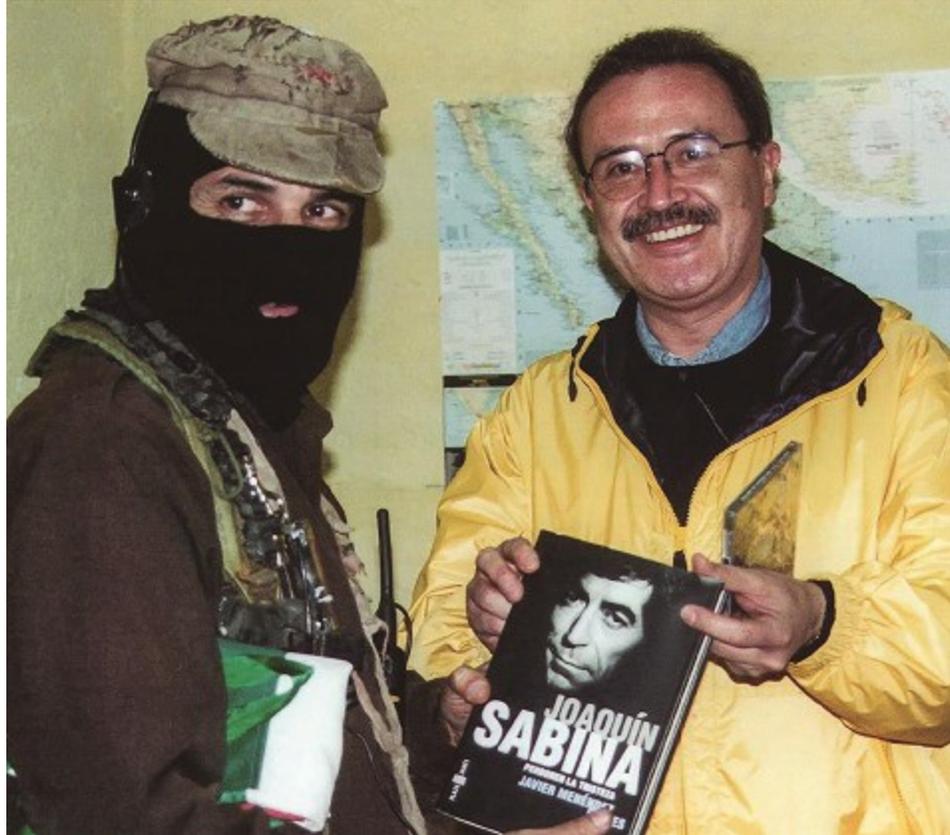




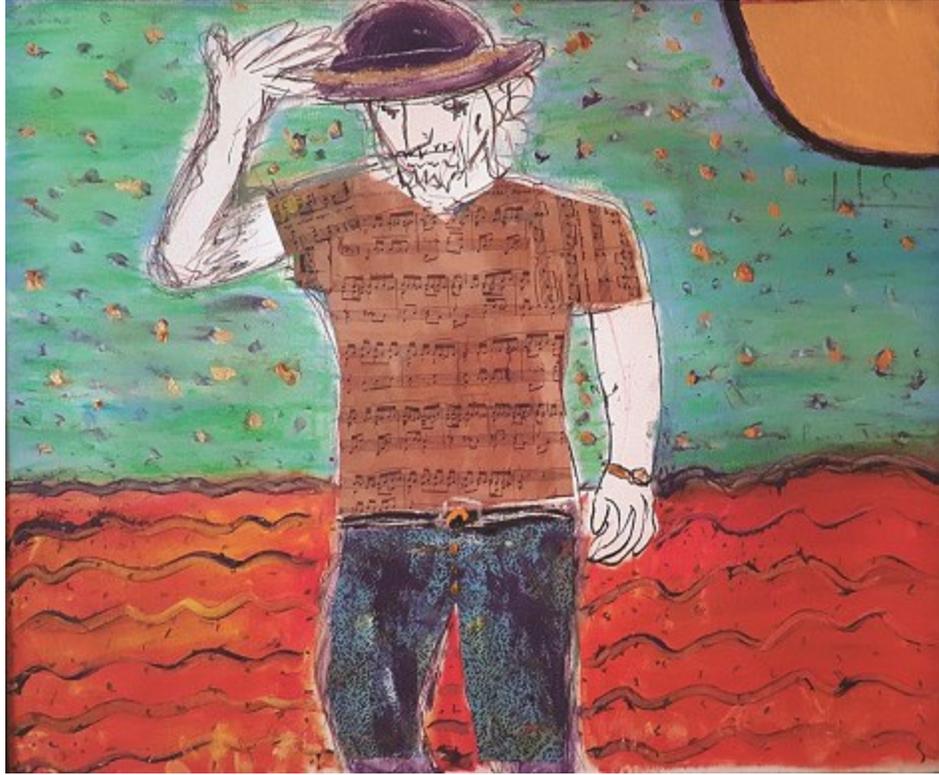
Con la vocalista Olga Román en un momento del concierto ofrecido en el Palacio de Congresos de Granada (abril, 2000). © Juan Ferreras/EFE.



Presentación de la primera edición de la biografía *Perdonen la tristeza*. De izqda. a dcha.: el político y escritor Joaquín Leguina; el actor Juan Echanove; un servidor; la abogada Cristina Almeida y el poeta y periodista Ángel Antonio Herrera. Foto de Gloria Murt.



El subcomandante Insurgente Marcos, líder del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), y el periodista mexicano Ricardo Rocha posan con la primera edición de la biografía *Perdonen la tristeza* (México, 2001). La foto me la entregó Sabina en su casa.



Autorretrato (técnica mixta sobre lienzo) de Sabina a partir de la portada del disco *Sabina y Cía. Nos sobran los motivos*. Joaquín me lo regaló en su casa tras un concierto que ofreció en el Teatro Coliseum de Madrid, en enero de 2001.





En un concierto en la plaza de Las Ventas dentro de la gira *Dos en la carretera*, de Ana Belén (en la imagen) y Víctor Manuel. Fue su primera aparición pública tras el *marichalazo*. Los asistentes lo abrazaron con todas sus fuerzas (septiembre, 2001). © Alberto Martín/EFE.



Un Sabina peleón durante la presentación del disco *Dímelo en la calle* (octubre, 2002). © Gustavo Cuevas/EFE.



Mitin de inicio de campaña del PSOE, celebrado en el Palacio de Congresos de Madrid. De izqda. a dcha.: Rafael Simancas, Trinidad Jiménez, María Teresa Fernández de la Vega, Sabina, Sonsoles Espinosa, mujer de Zapatero, y el candidato y más tarde presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero (febrero, 2004). © Kote Rodrigo/EFE.



Sabina pronuncia el pregón de las Fiestas de San Isidro, escoltado por el entonces alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, desde un balcón del ayuntamiento de la capital (mayo, 2005). © Mondeo/EFE.



Sabina imita su pose en la portada del disco *Alivio de luto* el día de su presentación a los medios de comunicación (septiembre, 2005). © Gustavo Cuevas/EFE.



En la presentación del libro *Esta boca es mía*. De izqda. a dcha.: el periodista Jesús Maraña; la pintora Margarita Bañón; un servidor; la editora del libro, Carmen Fernández de Blas (editora a su vez de la primera edición de *Perdonen la tristeza*); el poeta y periodista Ángel Antonio Herrera y Sabina, autor del libro.



Sabina junto a dos dioses argentinos, Maradona y Charly García, minutos antes del inicio del programa televisivo *La Noche del 10*, de cuya presentación se encargaba el exfutbolista (Buenos Aires, octubre de 2005). © Canal 13/EFE.



Un servidor y don Joaquín Ramón (en pijama tal vez no sea Sabina) haciendo el ganso, maleta en mano, en la muy confortable calle melancolía (otoño de 2005). Foto de Jimena Coronado.



En el Teatro Municipal Jovellanos, en Gijón, minutos antes de suspender el concierto debido a problemas con sus cuerdas vocales (diciembre, 2005). © Alberto Morante/EFE.



Con Rosario Flores en el macroconcierto *Los Número 1 de 40 en Concierto*, organizado en el estadio Vicente Calderón por la emisora 40 Principales con motivo de su 40º aniversario. Sabina interpretó, tras muchos años sin cantarla, «Pongamos que hablo de

Madrid», que fue número uno de esa lista en la versión roquera de Antonio Flores (junio, 2006). © Víctor Lerena/EFE.



Sabina recibe la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes de manos del rey Juan Carlos en la mezquita-catedral de Córdoba (octubre, 2006). Republicano confeso, lo cortés no quita lo valiente. De hecho, manifestó que quien concedía esa distinción era «el Consejo de Ministros de un gobierno democrático y de izquierdas». © Olga Labrador/EFE.



Con sus amigos, los poetas Ángel González (segundo por la izquierda) y Luis García Montero (segundo por la derecha), y el filósofo Emilio Lledó en la presentación de un libro de García Montero (octubre, 2006). © Mondelo/EFE.



Con el cantautor Diego El Cigala y su admirado Gabriel García Márquez, de cuya amistad disfrutó, durante un encuentro en la embajada de España en México (octubre, 2006). © Mario Guzmán/EFE.



Con Joan Manuel Serrat en el concierto de arranque de la gira *Dos pájaros de un tiro*, en el Pabellón Príncipe Felipe de Zaragoza (junio, 2007). © Javier Cebollada/EFE.



Tarde de toros en Almería con su mujer, Jimena Coronado, con motivo de la Feria de la Virgen del Mar (agosto, 2007). © Carlos Barba/EFE.



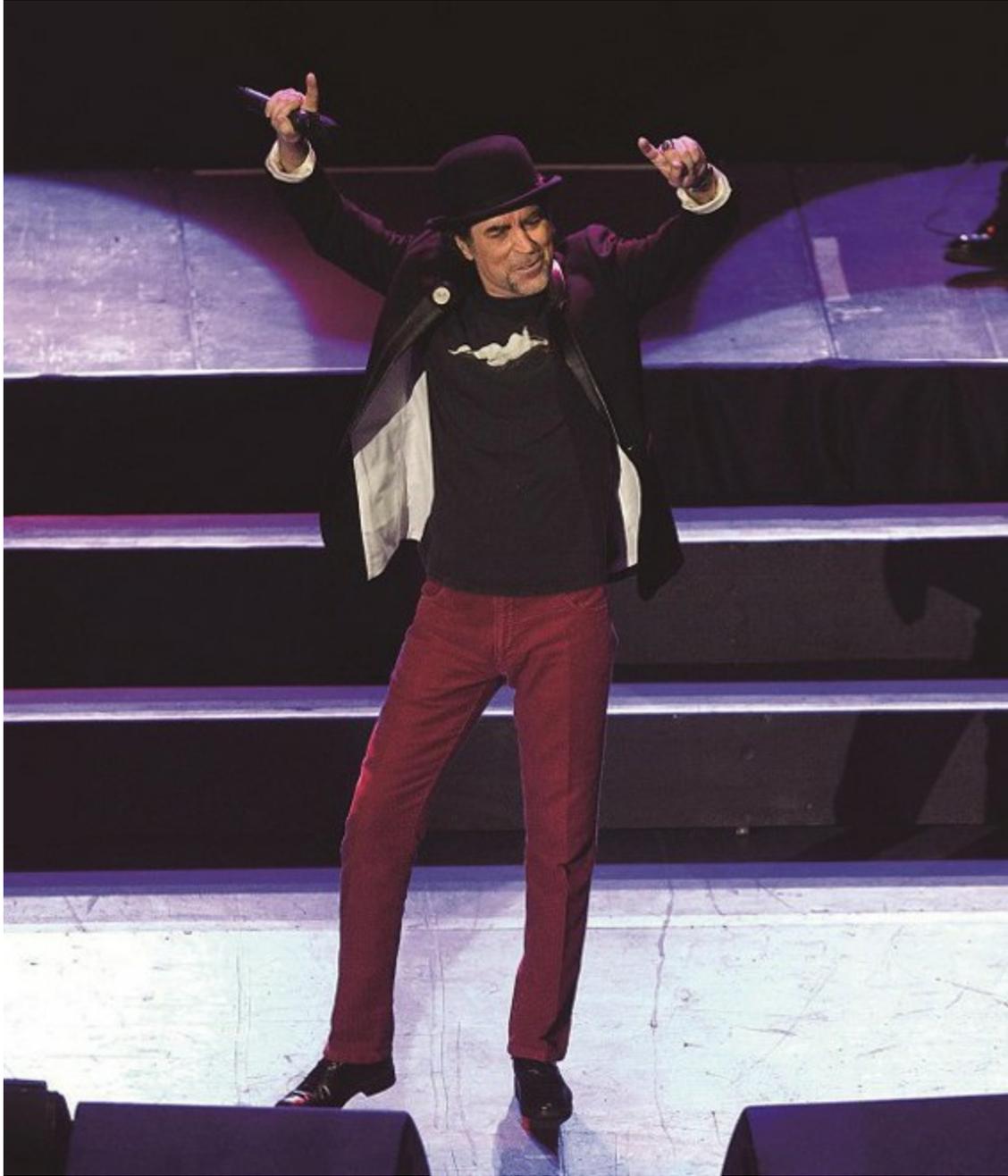
Con el poeta y Premio Cervantes Juan Gelman, su amigo, en un acto para conmemorar la fiesta del libro. Junto a ellos, la directora del Instituto Cervantes, Carmen Caffarel (segunda por la izquierda), y Leire Pajín, secretaria de Estado de Cooperación Internacional de España (abril, 2008). © J.L. Pino/EFE.



En el Palacio de Cibeles, sede de la Alcaldía de Madrid, el día de San Isidro, durante la entrega de las medallas de Oro de Madrid. De izqda. a dcha.: el matador José Tomás; Sabina; el entonces alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón; la pianista y mecenas Paloma O'Shea y el futbolista Raúl (mayo, 2009). © Bernardo Rodríguez/EFE.



Un Sabina exultante al recibir su tercer disco de platino por la venta del disco *Vinagre y rosas* (abril, 2009). © Mondelo/EFE.



Marcándose un bailecito en el Auditorio Nacional de México (noviembre, 2011). © Angel Delgado/Clasos.com/LatinContent/Getty Images.





Con Joan Manuel Serrat durante una rueda de prensa en Asunción (Paraguay), dentro de la gira *Dos pájaros contraatacan* (abril, 2011). © Stringer (EPA)/EFE.



Resulta difícil decidir si es más llamativa la calavera que adorna su mano o la uña del pulgar (Ciudad de México, octubre de 2012). © Luis Ortiz/Clasos.com/LatinContent/Getty Images.



Con su hija Carmela en la plaza de Las Ventas (mayo, 2013). Se ve que lo están pasando fatal. © Carlos Barba/EFE.



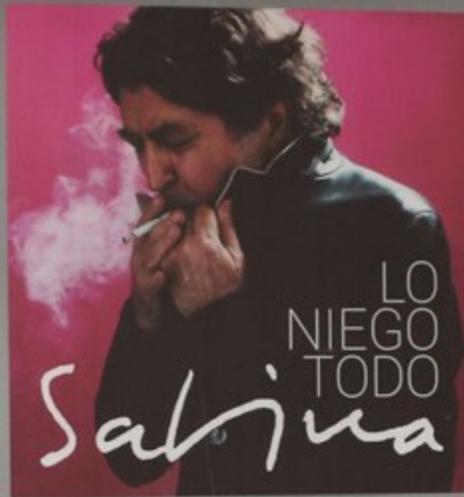
El gesto concentrado, cargado de biografía, durante un concierto en Santiago de Chile dentro de la gira *500 noches para una crisis* (agosto, 2014). © Sebastián Silva/EFE.



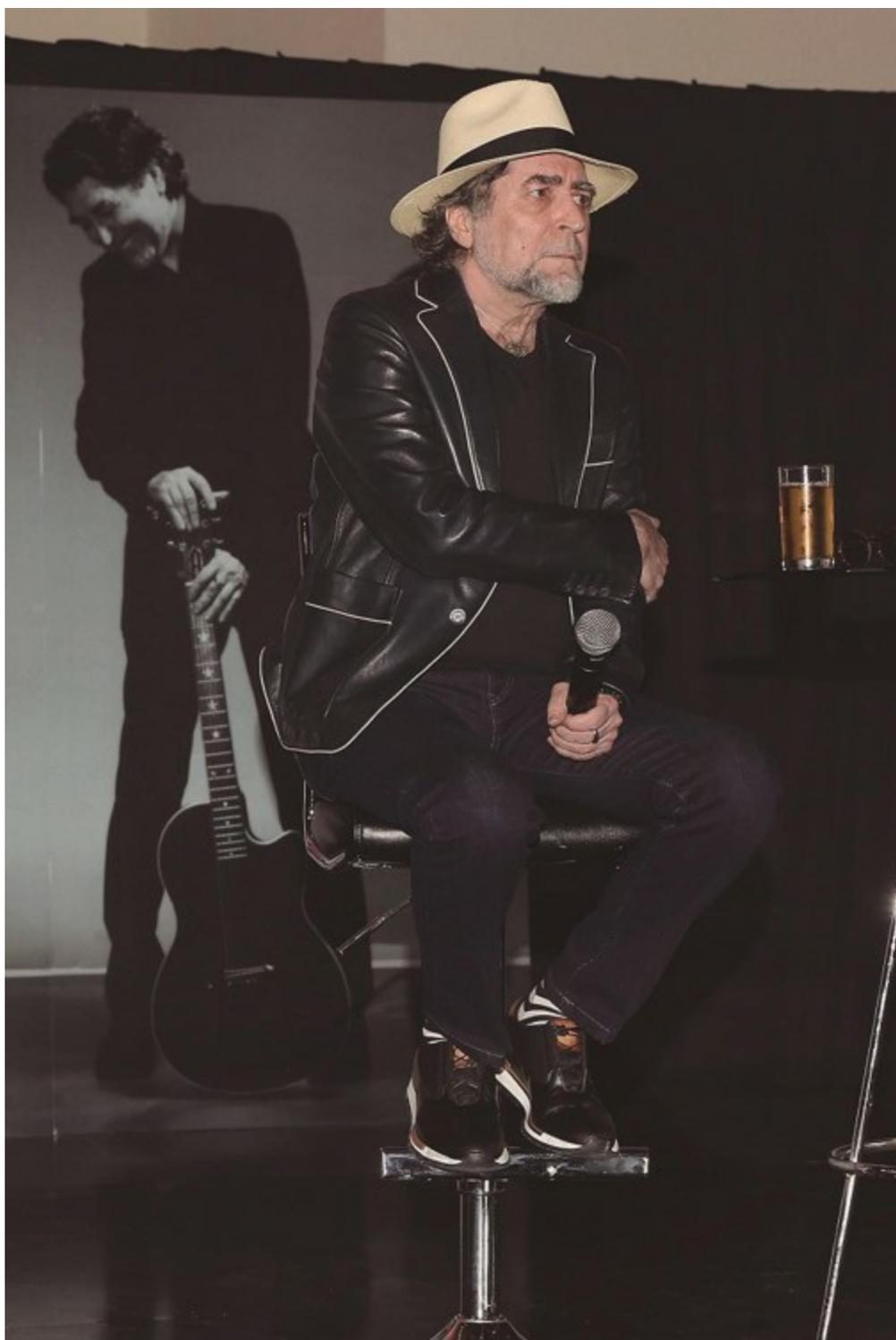
Sabina regala una peineta en el *photocall* de los Premios Grammy Latinos celebrados en la ciudad de Las Vegas, Nevada, Estados Unidos (noviembre, 2014). © Gabe Ginsberg/Getty Images for Selig Multimedia/Sony Music Latin.

Sabrina

LO
NIEGO
TODO



4, 16, 23 Y 28 DE MAYO | 18 DE MAYO | 20 DE MAYO | 25 DE MAYO
GUADALAJARA | MONTERREY | PUEBLA



Rueda de prensa para presentar los conciertos que ofreció en distintas ciudades de México con motivo de la gira *Lo niego todo* (Ciudad de México, mayo de 2017). © Víctor Chávez/WireImage/Getty Images.



Un momento de su actuación en el Royal Albert Hall de Londres, Reino Unido, dentro de la gira *Lo niego todo* (junio, 2017). Uno de los conciertos más importantes de su vida. © Samir Hussein/WireImage/Getty Images.



En plena faena en el WiZink Center, antiguo Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid (junio, 2017). © Juan Aguado/Redferns/Getty Images.

Notas

* El 4 de abril de 1949 se fundó en Washington, Estados Unidos, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), una alianza militar intergubernamental que constituye un sistema de defensa colectiva entre todos los estados miembros, y del que formaron parte doce países. España se unió a ella en 1981, tres décadas después. En 1986, el Gobierno socialista, que ganó las elecciones generales de ese mismo año con el lema *OTAN: de entrada NO*, fue el primer valedor de la continuidad en dicha organización, para lo cual convocó un polémico referéndum en el que los españoles votaron de forma mayoritaria a favor de la permanencia. Sabina se contó entre el nutrido grupo de artistas e intelectuales que se movilizaron activamente, aunque sin éxito, para pedir el no.

* En el verano de 1968, en Guipúzcoa, el encarcelamiento de varios sacerdotes vascos vinculados a ETA, que ese año cometió sus primeros asesinatos, motivaron una huelga general y numerosas manifestaciones, las cuales fueron reprimidas por la policía con excesiva dureza. Se decretó el estado de excepción en la zona, pero debido a la gran repercusión que aquellos disturbios tuvieron en el resto de las provincias españolas, en las que estudiantes y sacerdotes, fundamentalmente, exigieron una mayor libertad, tuvo que ampliarse a todo el país. El gobierno franquista, que no tardó en darse autoboño ante la opinión pública por los logros obtenidos con el Segundo Plan de Desarrollo, no imaginaba una reacción popular semejante. Se resistían a admitir que no solo de la economía vive el hombre, y que la demanda de mayores libertades era cada vez más atronadora. El estado de excepción se mantuvo todo ese año y continuó hasta finales de marzo de 1969.

* Los primeros asesinatos de ETA, acaecidos en 1968 —el del guardia civil José Pardines Arcay, de Guipúzcoa, y el de Melitón Manzananas, comisario de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa, primer atentado premeditado de esa organización criminal—, desembocaron en el juicio conocido como Proceso de Burgos, en el que varios activistas de la banda terrorista fueron juzgados. Se inició en esa ciudad el 3 de diciembre de 1970, y el 28 de ese mes se dictaron las sentencias: nueve condenas a muerte, 500 años de prisión y una multa de un millón y medio de pesetas. Debido a las numerosas manifestaciones y enfrentamientos con las fuerzas públicas que tuvieron lugar en todo el país, se decretó un nuevo estado de excepción. Dos días más tarde de darse a conocer las sentencias, y debido a la enorme presión internacional —ETA recibió el apoyo de todos los países occidentales y hasta del Vaticano, ya que dos de los implicados eran sacerdotes—, el general Francisco Franco, jefe del Estado español, indultó a los condenados a la pena capital.

* En el editorial de *Rolling Stone* del mes siguiente a la publicación de la entrevista, el director escribía una nota en la que relataba que la cuñada de Mariano Zugasti contactó con la redacción de parte de la madre de Zugasti, la cual había leído la entrevista. Esa mujer pensaba escribir a Joaquín para decirle que su hijo llevaba ya dieciséis años muerto y que sus palabras le habían emocionado enormemente.

* El 20 de diciembre de 1973, poco antes de las diez de la mañana, la banda terrorista ETA dio uno de sus golpes más espectaculares: a través de un túnel practicado en un sótano, y que iba a parar a la calzada, colocó un gran número de explosivos que fueron activados en el momento justo en el que pasaba, como todas las mañanas a esa misma hora, el vehículo oficial del presidente del Gobierno español, Carrero Blanco, quien se disponía a acudir a misa. El coche voló literalmente hasta una altura de veinte metros, remontó una vivienda de cinco pisos y acabó encajado en el claustro de la casa provincial de los jesuitas, sita en la madrileña calle de Claudio Coello. Aquel asesinato fue celebrado con entusiasmo por todos aquellos que abominaban del ya achacoso régimen franquista y dejó más abierto que nunca el mapa político español. Le sucedería, aunque por poco tiempo, el hasta entonces ministro de la Gobernación, Carlos Arias Navarro.

* José López Rega fue el ministro de Bienestar Social durante los gobiernos de Héctor José Cámpora, Raúl Alberto Lastiri, Juan Domingo Perón y María Estela Martínez de Perón, más conocida como Isabelita Perón, y organizador de la temible Alianza Anticomunista Argentina (AAA), conocida como la *Triple A*, un grupo armado de ultraderecha que llevó a cabo asesinatos selectivos de intelectuales, artistas, políticos de izquierdas, historiadores y sindicalistas.

* Tras casi dos décadas a su lado, Paco Lucena dejó de ser mánager de Sabina al poco de publicarse la primera edición de este libro, en 2000.

* Ana Belén.

* Sabina reescribió ese soneto y lo incluyó, con el título *A Paco Umbral*, en su libro de sonetos *Ciento volando de catorce* (Visor, 2001). He aquí la nueva y definitiva versión: «*Nunca olvidabas festejar a Olvido, / a Berlanguita, a Cela, a Ramoncín, / cómo te odiaba, viéndome excluido / de la efímera fama del Spleen. / Soñaba que mi nombre, con negritas, / brillaba, en tu columna de El País, entre lumis, cebrianes y Pititas, / o con Ana (la amo) vis à vis. / Pero, al fin, mi delirio incontinente / se ha visto, a fuego fatuo, cocinado... / ¿qué importa que me llames decadente? / ¡Me has citado, Dios mío, me has citado! / Ese adjetivo, Umbral, directamente, / al umbral del parnaso me ha llevado*».

* Guiño a la canción de Rubén Blades *Pedro Navaja*, enormemente inspiradora para Joaquín.

* Ya bajo el título *Don Mendo no se hereda*, Sabina incluyó años después ese soneto en su libro *Ciento volando de catorce* (Visor, 2001), aunque bastante cambiado. Lo recojo aquí. Todas las palabras en cursiva (en este caso en redonda, pues el soneto va en cursiva), como Sabina se encargó de señalar en una nota al pie, eran los insultos que Ussía le dedicó en una columna de la revista *Época* y que le devolvía como un bumerán: «¿Ramplón? ¿No es esa la autobiografía / de un comemierdas a un borbón pegado? / ¿Ordinaria? su lengua de lenguado, / y cursi... ¿no es sinónimo de Ussía? / ¿Pelma oficial? su napia de beata, / ¿tópica? su prosapia de la C.E.D.A., / ¿boba? su sopa, ¿rancia? su corbata, / ¿Buen gusto? ¿Usted? Don Mendo no se hereda. / ¿Esteti... cuánto? Qué malos modales, / antes de sus regüeldos semanales, / lústrese los colmillos con lejía. / Comprendo que se esconda tras su abuelo / viéndome derrochar (sírvasse fría) / la gracia que no quiso darle el cielo». Nota: las siglas C.E.D.A. corresponden a la Confederación Española de Derechas Autónomas, coalición española de partidos católicos y de derechas durante la Segunda República.

* Años más tarde lo incluyó en el libro de sonetos *Ciento volando de catorce* (Visor, 2001) con cambios notables: «*Esta tarde la sombra está que arde, / esta tarde comulga el más ateo, / esta tarde Antoñete (dios lo guarde) / desempolva la momia del toreo. / Esta tarde se plancha la muleta, / esta tarde se guarda la distancia, / esta tarde el mechón y la coleta / importan porque tienen importancia. / Esta tarde clarines rompehielos, / esta tarde hacen puente las tormentas, / esta tarde se atrasan los mundiales. / Esta tarde se mojan los pañuelos, / esta tarde, en su patio de Las Ventas, / descumple años Chenel por naturales*».

* Joaquín lo incluyó un par de años después en el libro de sonetos *Ciento volando de catorce* (Visor, 2001) con el título *Sotanas y coturnos*, aunque muy modificado: «*Mi infancia era un cuartel, una campana / y el babi de los padres salesianos / y el rosario ocho lunes por semana / y los sábados otra de romanos. / Marcado por sotanas y coturnos, / con sangre, para que la letra entrara, / párvulo fui, de ardores taciturnos, / con tutores de mármol de Carrara. / Y el picón del brasero por las tardes, / y el acné y el cartón y las primeras / hogueras a la vera de la nieve. / Y los adultos fieros y cobardes / y los tricornios por las carreteras / y escapar al cumplir los diecinueve*». En el libro está dedicado a «Joaquinito Curbelo, con caballitos de cartón».

* Dos años más tarde lo incluyó en *Ciento volando de catorce* (Visor, 2001) con bastantes cambios. En el título sustituyó «Alberti» por «Rafael»: «*Si digo Rafael digo Picasso, / cabello de ángel, gorro marinero, / Ignacio, Federico, Garcilaso, / Aitana, Benjamín, García Montero. / Si escribo cal y canto, ¡qué osadía!, / si Trastévere... casa de las flores, / no pasarán quiere decir Dolores, / si naufrago pernocto en tu bahía. / Si te falla mi hombro es porque muero, / si nombro a Juan abrazo al panadero / del pan de anís de la melancolía. / Si te desvives culpo a tu asesino, / si calla Alberti se avinagra el vino / del bar del Puerto de Santa María*».

* Estas líneas fueron escritas en 2000, de cara a la publicación de la primera edición de este libro.

* En la actualidad, y desde hace ya dieciocho años, su mánager es José Emilio Navarro, Berry, de Berry Producciones. Es el mánager histórico de Serrat (está con él desde 1975) y fue mánager también del irrepensible Paco de Lucía.

** Curso de Orientación Universitaria (COU), el equivalente en la actualidad a Segundo de Bachillerato.

* Pues va a ser que sí.

* Recuérdese al humorista y actor Santiago Urrialde y su lograda imitación de Rambo en el televisivo *Esta noche cruzamos el Mississippi*, presentado por Pepe Navarro.

** Poco tiempo después bautizó su isquemia como *marichalazo*, una sabinada que aludía a Jaime de Marichalar, exmarido de la infanta Elena de Borbón, quien sufrió una isquemia cerebral el 22 de diciembre de 2001, meses después que él.

* El disco *Benditos, malditos* incluía el tema del mismo título, una suerte de bakalao con muy buena letra y muchas de las obsesiones de Joaquín, en dos versiones: «Benditos, malditos» y «Benditos, malditos (versión Cortázar)», además de la canción «A vuelta de correo» y del videoclip de «69 punto G». Reproduzco un fragmento de la letra, espléndida: *«Benditas sean las raras excepciones, / los moratones de los vulnerables, / los labios que aprovechan los rincones, / más olvidados, más inolvidables, / [...] / los santos milagrosos, los gordos cariñosos, / los locos que se creen Napoleones, / las pálidas lesbianas, los dulces maricones, / los mocos de la gente con ventanas, / los tuertos que no quieren ver visiones, / los muertos que se mueren con las ganas. / [...] / Malditos sean los justos, los sumisos, / los que tiran penaltis de cabeza, / los que para mear piden permiso, / los súbditos del dios de la certeza, / los que adornan las notas de sus hijos, / los probos ciudadanos, los niñatos, / los que follan con red y a plazo fijo, / los canallas que nunca han roto un plato. / Maldita sea la voz de la experiencia / que casi se equivoca a media suma, / la pipa de la paz con la conciencia, / los “oiga, que en mi taxi no se fuma”, / los que se mojan poco cuando llueve, / los que sonríen en las fotografías, / los que progresan porque no se mueven, / los de la escandalosa mayoría, / malditos sean, malditos sean...».*

* El «*vivir*» de este último verso del estribillo lo alterna con «*morir*».

* El título obedecía a que la portada de esa revista siempre la ilustra una mujer desnuda y en la última página escribía un texto el escritor Juan José Millás, de ahí que Joaquín quedase espléndidamente *emparedado*.

* ¿Hacía alusión el periodista con este dato a que había llegado a sus oídos que a Sabina no le sentó nada bien su crónica de seis meses atrás, cuando actuó en el Palacio de los Deportes? Seguramente.

* No oculta Joaquín que esa gira, que inició en 2014, obedecía a su necesidad de hacer caja para reponerse del boquete de más de tres *kilos* de euros que le hizo el fisco por una disparidad de criterios respecto a las liquidaciones fiscales de sus últimos ejercicios. De hecho, bromeó al asegurar que gracias a Cristóbal Montoro, ministro de Hacienda y Función Pública, la gente podía verle sobre un escenario, pues de otra forma no se habría movido de su casa. Tras aflojar la mosca, el cantante ha pleiteado con Hacienda para recuperar lo pagado y el litigio sigue su curso. La crisis, pues, también le alcanzó a él, algo que era incapaz de imaginar.

Joaquín Sabina. Perdonen la tristeza

Javier Menéndez Flores

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto original: Javier Menéndez Flores, 2010.

© del texto actualizado y ampliado: Javier Menéndez Flores, 2018.

© imagen de cubierta: Javier Salas.

© imágenes del interior: Getty Images, Efe, *El País* y del archivo del autor.

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-480-2422-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com